

«Una novela sentida sobre vidas corrientes
y los temores que las hacen tambalearse.»

THE GUARDIAN

UN MAL NEGOCIO

PAULA DALY

Roja & Negra

Lectulandia

Roz es una madre soltera que ha llegado al punto de no retorno. Su sueldo como fisioterapeuta apenas le da para cubrir las necesidades de su hijo de nueve años y acaba de recibir la temida carta de desahucio: tiene dos semanas para encontrar una solución antes de que la echen a la calle.

De repente, un desconocido le hace una oferta: a cambio de una noche con él, le pagará una suma de dinero que podría salvarla. Sin embargo, el plan perfecto se convierte en la peor de las pesadillas. Él se obsesiona y controla todos sus movimientos, obligándola a hacer cosas que jamás habría imaginado.

Lectulandia

Paula Daly

Un mal negocio

ePub r1.0

Titivillus 12.12.2018

Título original: *The Mistake I Made*

Paula Daly, 2018

Traducción: Eduardo Iriarte Goñi

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Título

JULIO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38
39
40
41
42

DOS MESES DESPUÉS

43
44
45
46

AGRADECIMIENTOS

Sobre el autor

Para Grace

JULIO

1

Yo me dedicaba a los cuerpos. Vivos, no muertos. Y una tarde sofocante de principios de julio el cuerpo que yacía boca abajo ante mí era un espécimen normal. Era mi duodécimo paciente del día, y me dolía la espalda, así que mi temperamento risueño empezaba a flaquear.

—¿Qué tal lo notas? —preguntó mientras yo hundía los pulgares en la fascia endurecida junto a su columna vertebral.

—Bastante bien —repuse—. He quitado el tejido cicatricial en torno a la L4, la vértebra que te daba problemas. Notarás la diferencia en cuanto te pongas de pie.

Era un cantero. A menudo mis clientes más duros. Hablaban poquísimo, así que yo disfrutaba del breve respiro de la interacción que exigía la mayoría, pero, físicamente, los canteros me obligaban a emplearme a fondo con las manos. Su musculatura tiene gran densidad, sus tejidos ofrecen resistencia, y eso requiere que dirija todo el peso de la parte superior de mi cuerpo hacia mis desgastados pulgares.

Los pulgares eran mis instrumentos. Esenciales para todas las facetas de mi trabajo. Eran herramientas diagnósticas, utilizadas para detectar y evaluar los matices en la estructura de los tejidos; mi medio de ofrecer alivio a una persona con dolor.

Me había planteado asegurármelos. Como las piernas de Betty Grable. Pero nunca me decidía a hacerlo.

—Cuando hayas acabado con la espalda —dijo—, si tienes tiempo, ¿te importa echarle un vistazo al hombro?

Levantó la cabeza, sonriendo a su pesar, como si detestara darme la lata.

—Qué va —respondí en tono animado, disimulando un suspiro.

Antes trabajaba como fisioterapeuta por mi cuenta y hacía todo lo posible por ocuparme de las necesidades de todos y cada uno de mis pacientes. Si no obtenía resultados, no cobraba. Así que trabajaba duro para tener la consulta llena.

¿Eso a lo que aspiramos? ¿El equilibrio entre el trabajo y la vida? Durante un tiempo lo tuve.

Ya no.

Cuando se acabó el dinero, vine a parar aquí. Trabajando cincuenta horas a la semana para una cadena de clínicas, encerrada en un cubículo sin aire y atendiendo a pacientes en serie. Los frutos de mi trabajo van directos a los bolsillos de otros.

También me encontré a merced de un director de clínica llamado Wayne.

Wayne tenía buenas intenciones, pero su ansia de que el trabajo se hiciera correctamente a veces lo volvía autoritario. Y de vez en cuando también le daba por flirtear, aunque debería decir que nunca llegaba al punto del acoso. Había que ser firme con él, eso sí, porque si no su comportamiento iba aumentando de intensidad y empezaba a sugerir citas. Quizá estaba un poco solo.

Con el cantero ahora al borde de la camilla, me arrodillé detrás de él y le pedí que levantara el brazo afectado hacia ese lado. Cuando alcanzó un ángulo de noventa grados, contuvo el aliento a causa del dolor y contrajo el hombro involuntariamente.

—El supraespinoso.

—¿Eso es malo?

—Puede ser delicado. Aunque hoy no puedo tratarlo como es debido, no hay tiempo suficiente. Pero voy a ponerte una aguja de acupuntura, a ver si al menos te alivia un poco.

Había hecho un posgrado en acupuntura, y mientras movía la aguja hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, oí a Wayne en la zona de recepción, engatusando a una paciente, intentando convencerla de que pidiera cita con otro terapeuta de la clínica.

—Quiero que me atienda Roz Toovey.

—Roz no tiene horas libres hasta mediados de la semana que viene. ¿Qué tal Gary Muir? —insistió—. Gary tiene un hueco hoy. Podría atenderte en diez minutos.

No hubo respuesta.

—Bien, ¿qué tal Magdalena? —sugirió Wayne.

Ese solía ser el orden. Primero, Wayne intentaba encajarle el paciente a Gary, que estaba casi segura de que era incapaz de distinguir el culo del codo, y, hasta donde sabía, accedió a la licenciatura porque entonces en el país había escasez de fisioterapeutas masculinos. Antes de su periodo de formación, Gary había sido futbolista de segunda división.

—¿Magdalena? —preguntó la paciente—. ¿La alemana?

—Es austriaca —señaló Wayne.

—La última vez me hizo daño. Quedé como si me hubiera atropellado un autobús. No, quiero a Roz.

—Pero —repuso Wayne perdiendo la paciencia— ya le he dicho que Roz no tiene horas disponibles. Por cierto, me llamo Roz Toovey.

—¿Puedo hablar un momento con ella? —dijo—. Dile que soy Sue Mitchinson y que vuelvo a tener mal la espalda, ¿vale? Antes era paciente habitual suya. Seguro que me hará un hueco, si sabe que soy yo. Y tengo un dolor atroz. Roz es la única capaz de...

—Un momento —accedió Wayne, irritado, y oí pasos que se acercaban.

—Roz, hay una tal Sue Mitchinson preguntando si puedes verla.

—Perdona un momento —le dije al paciente.

Abrí la puerta y asomé la cabeza.

Más allá de donde estaba Wayne, mis ojos se posaron directamente en Sue, que al verme cruzó la recepción con firmes zancadas.

Antes de que yo tuviera ocasión de hablar, empezó a suplicarme.

—Roz, no te lo pediría si no estuviera desesperada. Ya sabes que no. Si pudieras recibirme solo cinco minutos, te lo agradecería muchísimo.

Yo no solo era la única fisioterapeuta en South Lakeland capaz por lo visto de curar a Sue, sino que las dos teníamos una historia en común.

Tenía una historia en común con muchos pacientes que frecuentaban la consulta, puesto que me habían seguido desde mi clínica cuando cerró. La mayoría también me había ayudado de algún modo a hacerme con una clientela, así que en realidad estaba en deuda con ellos.

Al principio, puse un pequeño anuncio en la prensa local, y en cuanto les alivié el dolor a unas cuantas personas, en algunos casos crónico (cosa que otros terapeutas de la zona no siempre eran capaces de hacer), corrió la voz. En cuestión de un mes tuve la agenda llena. Como es natural, ahora el problema era que aquellos primeros pacientes, los que habían tenido la amabilidad de recomendarme, de pronto no podían conseguir cita. Y entonces recurrían a la súplica: «Ya sabes que no te lo pediría si no estuviera desesperado».

—Sue, no puedo —dije con firmeza—. Tengo que recoger a George del club de extraescolares, y esta semana ya he llegado tarde dos veces.

Sin pararse a pensar, replicó:

—¿Y si llamo a mi madre y le pido que vaya ella a recoger a George?

Yo no conocía a la madre de Sue. Nunca la había visto. Y George tampoco.

—Ahora vivimos en Hawkshead —dije con el mayor tacto posible—. Así que eso queda descartado.

Sue torció el gesto mientras se afanaba por dar con una solución que funcionara; Wayne, por su parte, nos miraba con incipiente inquietud. Le ponía de los nervios que los pacientes insistieran en verme y no quisieran que los recibiese alguien como Gary. Hacía que le resultara imposible cuadrar los horarios de visitas. Y al final yo acababa trabajando hasta el agotamiento mientras Gary estaba de brazos cruzados en recepción.

Por lo general, Gary dedicaba el tiempo libre a charlar con Wayne, a discutir sobre la Premier League y los méritos de las botas de fútbol Puma King. Los dos decían mucho «totalmente».

—¿Y si me concedes cinco minutos? Cinco minutos o menos —dijo Sue en un último y desesperado intento.

—Vale, cinco minutos —dije, derrotada—. Pero vas a tener que esperar. Tengo otro paciente después de este y ya voy con retraso.

Sue ya no escuchaba. Antes de que alguien tuviera ocasión de cambiar de parecer, se apresuró a ocupar su asiento en la sala de espera.

—¿Has llamado al tipo ese de la compañía de seguros? —preguntó Wayne.

—¿Qué? No, lo siento. Se me ha vuelto a olvidar.

Wayne lanzó un suspiro teatral, puso los ojos en blanco y habló como quien regaña a un niño pequeño.

—Arréglalo, Roz. Todos los demás ya se han sometido a la evaluación. —Bajó el tono de voz—. Sin esa evaluación, no estás protegida del todo. La clínica no está

protegida del todo, a no ser...

—Lo haré. Te lo prometo. En cuanto tenga un momento libre. Oye, Wayne —dije, al tiempo que salía de la sala de tratamiento y cerraba la puerta a mi espalda para que el paciente no oyera lo que iba a preguntar—. Supongo que no hay posibilidad de que me hagas un pequeño adelanto, ¿verdad? Es que ahora mismo voy muy apurada y no sé si podré aguantar hasta el viernes que viene.

Ladeó la cabeza y me miró con un gesto de leve reproche.

—Ya te lo he dicho otras veces, Roz —repuso con delicadeza—. La empresa no puede hacer excepciones. Ni siquiera en tu caso. Ojalá pudiera hacer algo, pero, sinceramente, tengo las manos atadas.

Y sin más, se alejó.

Mientras acababa con el cantero oí que Wayne informaba a Sue en recepción, ahora con voz sonora y autoritaria, de que tenía que abonar la sesión de tratamiento por adelantado, y entera, al margen de lo que durase.

Tenía la costumbre de hacer cosas así cuando su autoridad se veía ninguneada en una cuestión de poca importancia, y hoy tampoco era distinto.

Recuerdo que cuando empecé por mi cuenta, hace años, me preocupaba muchísimo ser capaz de sacar el negocio adelante. Por entonces le conté esos temores a uno de mis primeros pacientes, Keith Hollinghurst, y me dijo lo siguiente: «Los que tienen lo necesario para sacarlo adelante, lo hacen. Los que no, no lo hacen».

Hasta el día de hoy, Keith siempre ha visto con desdén a la gente que se toma a la ligera la gestión de un negocio; que no entiende lo que en realidad hace falta para obtener beneficios un año sí y otro también. «Nueve de cada diez empresas se van a pique —me decía—. Asegúrate de que la tuya sea la que no se hunde».

Keith Hollinghurst estaba chapado a la antigua. Tenía una empresa de chatarrería. En su bolsillo nunca faltaba un fajo de billetes de veinte enrollados, y lanzaba insinuaciones sin ningún pudor. Keith continuó como paciente mío, y mientras estaba tumbado boca abajo, la peluda espalda respunteada de agujas de acupuntura, le oía perorar sobre la incompetencia del municipio de South Lakeland. Cuando relataba conversaciones que había tenido con empleados demasiado conscientes de sus derechos —a los que, cómo no, había puesto en su sitio—, yo intervenía con algún «oh» o «ah», planteando alguna que otra pregunta para dar la impresión de que le seguía con atención. Luego extraje las agujas de la piel de Keith y le pedí que se diera la vuelta y se pusiera boca arriba para poder tratarle la parte inferior de la espalda, haciendo palanca con su pierna por encima del cuerpo. Hizo lo que le decía, y al colocarle una almohada debajo de la cabeza alcancé a ver la mancha de orina seca que tenía en los calzoncillos.

—Tengo que hacerte una proposición cuando hayas acabado con mi espalda —dijo parpadeando rápidamente.

—No pienso ver cómo te masturbas, Keith.

Me lo había sugerido más de una vez.

Guardó silencio mientras le levantaba la pierna por encima del cuerpo y le pedía que cogiera aire y luego lo soltara, a la vez que ejercía presión con fuerza y permanecía atenta al chasquido delator.

Los pacientes creen que es el ruido que hace un disco intervertebral al encajar en su sitio de nuevo. Pues no. Es o bien el sonido de dos superficies articulares que se desvían o se separan —gases que se disuelven produciendo un chasquido—, o bien, más frecuentemente, como en este caso, el sonido de adherencias que se desprenden en torno a la articulación. Pero yo les doy la razón en lo del disco porque es más fácil.

Otras cosas en las que les doy la razón son: una, el hecho de que todo aquel que ha ido a un osteópata asegura tener una pierna más larga que la otra; dos, la irritante suposición de que los fisioterapeutas ciegos tienen los poderes curativos del mismísimo Jesucristo; y tres, la absurda afirmación que hacen todas las mujeres de mediana edad de que poseen un umbral de dolor muy alto.

—Mira —dijo Keith—, ya sé que vas justa de dinero. Sé que estás sola con el crío. Te doy sesenta libras más ahora mismo si lo haces. Ni siquiera tienes que acercarte a mí. Y será rápido.

—Ni pensarlo.

—¿Te acuerdas de lo que te dije cuando empezaste?

—A ver, recuérdame.

—Que si quieres sobrevivir tienes que dar el paso siguiente. Los que solo hacen lo necesario en los negocios fracasan... Los que no ofrecen una satisfacción extra al cliente...

—Mi negocio ya se ha hundido. Es demasiado tarde para eso.

—Sí, pero si quieres recuperarte, Roz, no puedes limitarte a hacer lo mínimo.

La gente espera más, hoy en día espera más que nunca. Tal como está la economía... Todo el mundo va detrás del mismo dinero. Desaparecen los puestos de trabajo y...

Le miré.

—En serio, Keith, no irás a justificar lo que me pides que haga apelando a las tasas de paro, ¿verdad?

Miró hacia un lado con gesto furtivo antes de morderse el labio inferior.

—Ochenta libras —dijo—. Ochenta libras, en efectivo. Ahora mismo. Ni siquiera tienes que fingir que te gusta lo que ves.

—Es que no me gusta lo que veo.

—Cien libras.

—No, Keith —dijo con firmeza—. Ahora ponte los pantalones.

2

Cuando el ferry se separó de la orilla con un gruñido, me apeé del coche.

En el caso de los turistas, es evidente que salen del vehículo en cuanto se cierran las puertas del ferry: se hacen fotos unos a otros sonriendo, el lago como telón de fondo, señalando las bonitas mansiones que salpican la línea de la costa.

Pero como la mayoría de los de la zona, yo daba la belleza por supuesta.

Olvidaba contemplar las colinas coronadas de pizarra, los antiguos bosques, el agua resplandeciente.

La absoluta majestad del lugar puede tornarse invisible cuando una está absorta en asuntos cotidianos, preocupaciones cotidianas.

Las poblaciones de Bowness y Hawkshead están separadas por el lago natural más grande del país: Windermere. El ferry lo cruza por en medio, el punto más ancho del lago en realidad, y hace más de quinientos años que hay un servicio en este lugar. Para rodear el lago en cualquier dirección hay que hacer un trayecto de veintidós kilómetros, y con el denso tráfico que hay en verano el recorrido puede llevar más de una hora, conque el ferry es esencial. Las primeras embarcaciones eran de remos, luego entró en funcionamiento un barco de vapor.

Ahora el ferry, que tiene capacidad para dieciocho coches y funciona por medio de cables, cuenta con un motor diésel.

Los días buenos me sentía sumamente afortunada. Se me henchía el corazón ante el esplendor del trayecto de regreso a mi casa en Hawkshead, y me alegraba de estar viva. Era una bendición vivir en uno de los lugares más bonitos del mundo. Uno de esos sitios en los que la gente sueña jubilarse después de trabajar duro toda la vida.

Hoy llegaba tarde.

Tarde en plan «No hay excusas».

No me podría disculpar con cuentos de que habían puesto semáforos provisionales, había tractores con remolques cargando ovejas o había tenido un pinchazo. Y por muy tarde que llegara, el ferry no podía ir más rápido.

Hace dos semanas, mi coche estaba al lado de una ambulancia que llevaba a un herido, y el ferry tampoco podía ir más rápido en ese caso. Era una imagen llamativa, la ambulancia detenida, las luces azules encendidas, mientras surcábamos lentamente el lago. Los pasajeros cruzaban miradas nerviosas, preguntándose quién iría dentro, quién sería el que necesitaba atención médica urgente. No lo averiguamos.

No iba a llegar al club de extraescolares hasta un buen rato después de la hora límite y para entonces George estaría inquieto, probablemente hasta un poco lloroso. Tenía nueve años, y aunque por lo general cuando hacía falta era un niño duro, desde que su padre y yo nos habíamos separado dos años atrás lo había pasado mal. Yo veía cómo su naturaleza relajada iba mermando poco a poco y era sustituida por una especie de aprensión malhumorada, un estado más similar al de un adolescente

desubicado. Cada vez tenía una expresión más cautelosa, como si necesitara estar preparado para los obstáculos que nos ponía delante la constante inestabilidad en que nos encontrábamos.

Saqué el móvil y pulsé rellamada.

El sol seguía en lo alto y el calor pegaba fuerte.

Los humos de diésel del ferry y de un par de motores de coche que seguían en marcha hacían que el aire pareciera denso y contaminado, una atmósfera incongruente con el agua del lago limpia y clara que surcábamos. Me apoyé en la barandilla, con el teléfono en la mano mientras escuchaba, una vez más, el mensaje grabado del club de extraescolares.

Luego llamé a Dylis otra vez tratando de localizar a mi exmarido. Esta vez contestó.

—¿Dylis? Soy Roz.

—¿Quién?

—Roz —repetí—. ¿Dónde está Winston?

—Ay, no sé, cariño —dijo distraída, como si acabara de despertar. Se comportaba así a menudo, igual que si estuviera un poco colocada, no del todo centrada—. Está trabajando, me parece —añadió—. Voy a por papel y boli y le dejo un mensaje, porque se me da fatal...

—Dylis —la interrumpí—, Winston no tiene trabajo. Está en paro, ¿recuerdas? Por eso no me pasa la pensión alimenticia. ¿Dices que está en el trabajo ahora mismo?

—Ah, no —tartamudeó—. No digo eso. No es eso. No sé exactamente dónde está. Igual ha ido a ayudar a alguien, ya sabes, sin cobrar.

—Sin cobrar —repetí en tono inexpresivo—. Qué típico de Winston. Mira, Dylis, si vuelve antes de cinco minutos, ¿puedes decirle que vaya a recoger a George? Llego tarde.

—Pero te toca a ti quedarte con él —dijo, confusa, y la oí pasar páginas; debían de ser las páginas de su agenda.

—Este fin de semana no os toca a vosotros —le expliqué—, pero es que llego muy tarde. Y me harías un gran favor si localizas a Winston y...

—Billete, Roz —dijo una voz a mi espalda.

Me volví con el teléfono pegado a la oreja a la vez que sacaba dinero del bolso y lo entregaba.

—Necesito un abono nuevo, Terry —le susurré al veterano revisor—. He usado el último billete esta mañana.

Hicimos la transacción, Terry era hombre de pocas palabras, y volví a explicarle la situación a Dylis. Ella no conducía, de modo que no le sugerí que fuera a recoger a George. Vivía en Outgate, un pueblecito a unos tres kilómetros o así de Hawkshead. Pero Winston Toovey, mi ex, que a todas luces trabajaba y cobraba en negro —llevaba haciéndolo desde Navidad, si mis sospechas eran correctas—, probablemente

no andaba lejos, pasando el rato con algún amigo, sin prisas por llegar a ninguna parte en absoluto ahora que vivía con su madre y se había sacudido cualquier responsabilidad importante. Y puesto que no siempre llevaba el móvil encima, no lo podíamos localizar.

Puse fin a la conversación con Dylis, y no por primera vez me entraron unas ganas terribles de estampar el teléfono contra algo sólido. Dylis me causaba ese efecto. Era como intentar sacarle información a un niño. A menudo se iba de la lengua, hacía algún comentario fuera de lugar sobre Winston —a mí, en particular— y cuando la instaba a aclarármelo, se quedaba muda y se miraba los pies.

Cuando se veía contra las cuerdas, Dylis levantaba la cabeza y me miraba, afligida, como si supiera que se acababa de meter en un lío muy, pero que muy grave. Me miraba como diciendo: «Por favor, no se lo digas a Winston».

Me entraban ganas de zarandearla. Sentía deseos de gritar: «¿Cómo puedes dejar que tu hijo se largue y me deje con una deuda descomunal?». Pero no lo hacía, porque a un nivel más profundo era consciente de que Dylis no daba más de sí que ese comportamiento soñador y descerebrado.

Para cuando llegué al colegio eran las 18.28.

Veintiocho minutos de retraso.

Abrí la puerta principal y me recibió un pasillo en silencio, ganchos vacíos para abrigos, algún que otro bolso de gimnasia colgado.

Respiré hondo y entré en la clase. El club de extraescolares usaba el aula de primero y, mientras esperaba a que George recogiera sus cosas, me gustaba echar un vistazo a aquellos iniciales intentos de escribir y hacer retratos de los padres, que a menudo eran sorprendentemente fieles a la realidad, destacando cualidades que quizá los progenitores hubieran preferido disimular (orejas de soplillo, dientes irregulares).

Ahora George estaba sentado en el suelo con las piernas estiradas hacia delante y la mirada baja mientras jugaba con una Nintendo DS. No levantó la cabeza cuando entré, aunque reparó en mi presencia. En cambio, hizo un movimiento rápido con la cabeza para apartarse el pelo de los ojos.

Iona, la joven a cargo del club de extraescolares, levantó la vista de la mesa y me ofreció una sonrisa lánguida. Una sonrisa como dando a entender que aquella iba a ser la última vez.

Era viernes. Brillaba el sol. Estaba lista para un top de bikini, unos shorts, chanclas y un botellín de cerveza helada Peroni en la plaza del pueblo.

—Cuánto lo siento —dije con rotundidad—. Lo siento mucho, pero mucho. George, venga, recoge tus cosas.

—¿Roz? —dijo Iona.

—Lo sé. Es inaceptable. ¿Cuánto dinero extra te debo?

—Diez libras —contestó—. Hemos tenido que empezar a cobrar cinco libras por cada cuarto de hora de más, o si no los padres no captan la urgencia.

—Toma —dije, a la vez que sacaba un billete del que no podía prescindir—, veinte. Ya sé que no puedes seguir...

—Roz —repuso con tristeza—, no es el dinero. Es mi tiempo. Llevo aquí desde las siete y media de la mañana, y tengo una vida, ¿sabes?

Iona no levantó la voz al hablar. Era muy profesional para enfadarse delante de George. Fue casi peor en cierto sentido. Hablaba como si yo me estuviera decepcionando a mí misma. Decepcionando a mi hijo.

—Lo siento —repetí—. No volverá a pasar. Te lo aseguro.

—Vamos a tener que poner fin a este acuerdo. Sencillamente no...

—No —me apresuré a decir—. No hagas eso, por favor. No me las puedo apañar sin esto.

—No es que no lo entienda, Roz —dijo—. Ya veo que estás pasando un mal momento. Pero es que llegas tarde prácticamente todos los días, y no es justo.

No es justo para nosotros y no es justo para...

No terminó la frase, simplemente señaló con un gesto a George, que fingía no escuchar mientras recogía la fiambarrera del alféizar de la ventana. Como se habían acabado las galletas, le había puesto un yogur de melocotón esa mañana y ahora lo lamentaba. El colegio obligaba a los niños a llevarse los envoltorios del almuerzo para que los padres supieran si se lo habían comido todo. El envase de yogur vacío tendría a estas alturas su propio ecosistema.

Me volví hacia Iona y vi que estaba esperando a que yo dijera algo.

—No sé qué hacer —repuse con toda sinceridad, mientras pensaba en la logística de la semana siguiente.

Iona no me ofreció ninguna solución. No era de extrañar, claro, teniendo en cuenta que se le había acabado la paciencia hacía un mes. Me había dado una segunda oportunidad tras otra.

Podía recurrir a mi hermana.

No. Hoy cumplía cuarenta años. Íbamos a ir a su fiesta esa noche y la semana siguiente se marchaba a Nueva York. Mis padres estaban demasiado lejos y le había prometido a mi hermana que bajo ningún motivo abusaría de su amabilidad. Les había fallado en el pasado, y no podía soportar pedirles ayuda.

Al menos durante una buena temporada.

Winston no era de fiar. Había dejado a George esperando a las puertas del colegio más de una vez cuando empezó a fascinarle el clima extremo y se fue a perseguir tormentas por la costa.

Iona carraspeó. Seguía esperando a que yo hablara.

Pero entonces, curiosamente, al intentar ponerse en pie hizo un gesto de dolor.

—¿Estás bien? —le pregunté al verla desplazar el peso del cuerpo de un pie al otro.

—No, la verdad es que no —respondió, y suspiró. Dos veces—. Venga, vale —dijo al final con gesto vencido, hastiado—. Vale, Roz, otra oportunidad.

Y antes de que tuviera tiempo de expresarle mi gratitud, antes de que pudiera decirle que podía tener «la absoluta seguridad de que no volvería a ocurrir», se agachó y se levantó la pernera del pantalón.

—No tendrás diez minutos para echarle un vistazo a mi rodilla, ¿verdad?

3

Al volver la mirada, veo que en el fondo todo avanzaba hacia ese punto, el punto en que mi vida se desvió por una tangente disparatada, pero creo que lo que desencadenó la serie de acontecimientos que ocurrieron a continuación fue la nota.

NO ENTRES
HUELE A GAS
BESOS, CELIA

Estaba pegada con celo a la puerta de la calle y la había dejado mi vecina.

Celia llevaba cinco años viviendo en el pueblo y no era de allí; de hecho, era de Liverpool. Pero si le preguntabas de dónde era oriunda, decía «Southport, Lancashire», con su mejor voz telefónica. (Atención: Lancashire, no Merseyside. Una distinción importante, por lo visto).

Cuando me mudé a la casita tuvimos unos cuantos altercados: Celia se ponía bastante alterada e irritada si yo dejaba el contenedor de basura al final del sendero del jardín más de dos días seguidos, o si las cortinas de mi sala de estar se quedaban cerradas mientras yo estaba en el trabajo o, Dios no lo quiera, si dejaba la ropa tendida cuando ella celebraba un encuentro de su club de lectura.

Celia era una esnob de mucho cuidado. Una mujer de clase trabajadora que se empeñaba en hacerte saber que era un poquito mejor que todos los demás.

Resultaba divertidísimo y, sin darme cuenta, había llegado a adorarla por ello.

Enseguida llegamos a un acuerdo por el cual, como yo no tenía tiempo para darle a la casita el atractivo vecinal que ella consideraba necesario, y como vivía mortalmente aterrada por la caída del valor inmobiliario, Celia tenía una llave de mi vivienda. Le dije que ella misma se ocupara de cualquier cosa que la pusiera de los nervios. Así pues, su marido recogía mi contenedor en el instante en que se iba el camión de la basura. Yo llegaba a casa y me encontraba los márgenes del jardín delantero pulcramente recortados, o manchitas rosas en el sendero donde Celia había echado herbicida en mis dientes de león. De un tiempo a esta parte, la notaba con ganas de colgar uno o dos maceteros, pero aún no había abordado el asunto.

Quitó la nota de la puerta. «Venga —le dije a George—, vamos a casa de Celia». Era lo último que necesitaba, de verdad. Se suponía que teníamos que volver a salir de casa a las siete y media para ir a la fiesta de mi hermana. George tenía que comer algo y a los dos nos hacía falta adecentarnos un poco. Al mirarle de reojo, me fijé en que le faltaba pelo encima de la oreja derecha. No tenía idea de cómo no me había fijado antes, porque había perdido un buen mechón.

—¿Qué te ha pasado ahí? —pregunté señalándolo.

—No estoy seguro.

—George... —dije.

—No me acuerdo. Un comentario rápido sobre las mentirijillas. Seguro que os habréis fijado en la incapacidad que tienen los niños pequeños para decir la verdad. No se les puede reprochar. Sencillamente, les da miedo contrariarnos.

—George, no estoy enfadada contigo, simplemente quiero saber por qué te has cortado un mechón tan grande de pelo.

—Lo necesitaba para una criatura que estaba haciendo —dijo.

—Parece razonable —repuse.

Desanduvimos el sendero, salimos por la cancela y cruzamos el breve tramo de calle hasta la casa de Celia.

—Tengo muchísima sed. Quiero beber algo, mamá —dijo George.

—Yo también.

Hacía un calor tremendo: el aire pesado y denso estaba atrapado en la cuenca que formaban las colinas circundantes. Me despegué la blusa del estómago en un pobre intento de airearme un poco. El sudor me resbalaba por la espalda y me provocaba picores.

La casa de Celia era una vivienda individual. La nuestra era un adosado; la otra parte de la casa se alquilaba a turistas. Nunca veía a los propietarios. En cambio, había un desfile de gente más o menos similar: sonreían si brillaba el sol, estaban mustios y poco comunicativos si no.

¿Recordáis el pueblo de Greendale, del programa infantil de televisión *Pat el cartero*? Bueno, Greendale no existe, pero se concibió a imagen y semejanza de Longsleddale, un lugar que está al otro lado del lago, y es lo bastante parecido para hacerse una idea precisa de Hawkshead. En el pueblo viven quinientas personas y, veraneantes aparte, todas se conocen. Las casitas de piedra vista o encaladas, ubicadas en tierras de cultivo (que se usan sobre todo como pastos), están bordeadas por muros de piedra seca. Mientras que los que estamos en el centro del pueblo nos beneficiamos del suministro de gas y el alcantarillado, los de las afueras calientan las casas con electricidad o, más a menudo, combustible, y tienen fosas sépticas. Todos los que están en un radio de kilómetro y medio del centro del pueblo tienen un letrerito junto al retrete en el que se pide a los huéspedes que solo tiren de la cadena cuando sea necesario, y usen la menor cantidad posible de papel higiénico. Si has crecido con ello te acostumbras.

Como a la leche pasteurizada y los comercios cerrados por la tarde.

Celia debía de estar mirando a ver si veníamos por la ventana, porque en cuanto abrimos la cancela salió a la puerta.

—¡Dios santo, George! —exclamó a voz en cuello—. ¿Qué diantres te has hecho en el pelo? —Por su expresión se diría que se había arrancado parte de la cabellera de encima de la oreja—. Parece ese lelo, Billy. ¿Sabes, el de *Alguien voló sobre el nido del cuco*? —Celia lo miraba con el ceño fruncido, la barbilla hundida—. ¿No te parece, Roz?

—¿Qué quiere decir, mamá? —susurró George, preocupado, mientras nos acercábamos a la casa.

—Nada. No es más que una peli antigua. Billy era el héroe que repartía tortas —mentí.

—¿Has visto la nota? —preguntó Celia, y asentí—. Entrad, entrad —dijo, y nos franqueó el paso.

George se quitó los zapatos automáticamente sin que nadie se lo dijera.

—¿Has llamado a la compañía del gas? —le pregunté.

No contestó. En cambio, se mostró aturdida un momento y le dijo a George:

—Pasa por la parte de atrás de la cocina y vete con Dennis. Está ahí perdiendo el tiempo con sus tomateras. Y Foxy también está en el jardín.

Foxy era la vieja perra de Celia. Era una pequeña terrier rencorosa y malhumorada que detestaba a los niños, pero cuando estaba de buen humor le dejaba a George acariciarle el vientre. Hacía poco había empezado a negarse a caminar atada con correa. A menos que fuera de regreso a casa, claro. Así pues, ahora se veía a Celia y Dennis yendo en coche hasta la otra punta del pueblo, por la mañana temprano; luego Dennis dejaba a Celia y Foxy, que volvían paseando hasta casa. Celia estaba encantada con la treta y aseguraba que Foxy se mostraba «casi enérgica», y hasta tiraba de la correa.

George se fue arrastrando los pies en busca de la perra y Celia tragó saliva con dificultad antes de hablar.

—Un problema —empezó.

—Un problema con el gas —maticé.

—Me temo que no. He dejado esa nota para que no entrarais. No quería que George lo viera.

—Que viera ¿qué?

—Prepárate, Roz, han estado los agentes judiciales.

—¿Qué se han llevado?

—Todo. Bueno, todo menos las camas, porque son de tu casero, por lo visto, que también ha estado merodeando y ha dejado su habitual rastro de baba, preguntándome si te había visto. Te ha dejado una nota en la que exige que le pagues, me parece.

—Me he retrasado con el alquiler.

—Eso he pensado —dijo—. Sea como sea, el traje de tres piezas ha desaparecido...

—Todavía lo estaba pagando —la interrumpí.

—Así como los muebles del comedor, la cocina...

—¿La cocina?

—Me dijeron que eso también lo estaban financiando.

Me hundí pesadamente en el sofá de Celia.

—Lo estaban —suspiré, recordándolo ahora.

—Creo que, si hubieras estado en casa, también se habrían llevado el coche. Menos mal que los he visto, porque iban a forzar la puerta principal. Han dicho que también te cobrarían los daños. —Hizo una pausa. Luego exclamó—: ¡Cabrones! Así que al final les he abierto con la llave. Lo siento, Roz, pero traían todo el papeleo. Le he pedido a Dennis que le echara un vistazo, y ha dicho que no tenías nada que hacer.

Antes Dennis trabajaba en un bufete. Aunque no sé muy bien qué hacía. A Celia, como es natural, le gustaba dar a entender que era abogado, pero yo había oído a Dennis señalar en más de una ocasión que «en realidad no estaba capacitado» para asesorar legalmente.

Sentada con la cabeza entre las manos, le dije a Celia que había hecho bien en usar la llave.

—Has hecho lo que debías —afirmé, porque se estaba retorciendo las manos y saltaba a la vista que no estaba segura de cómo iba a reaccionar yo.

—Me ha parecido mejor dejarte esa nota en la puerta, para que puedas preparar a George. No tiene que ser agradable para un niño volver a casa y que no haya muebles.

—¿Se han llevado la PlayStation?

Celia asintió.

—Era un trasto estúpido de todos modos —señalé—. Típico de su padre. No nos llega para la gasolina del coche y va y le compra eso. Y George lo adora por ello, claro. Cree que yo soy una bruja malvada cuando no le compro juegos para la consola.

—Los hombres son así. No tienen ni pizca de sentido común.

—Dios, Celia —dije, ahora que empezaba a darme cuenta de la magnitud de lo ocurrido—. ¿Qué demonios voy a hacer?

Dejé a George con Celia y fui a inspeccionar la casa.

No habían dejado más que las paredes. Se habían llevado cosas que ni siquiera sabía que tuviese hasta que desaparecieron. Cuadros que no me gustaban especialmente. Libros de cocina que no había tenido tiempo de leer pero que formaban parte de mi historia, de aquella época en que me dio por ponerme en plan doméstico durante unos pocos meses maravillosos después del nacimiento de George.

Era como volver a los años setenta, cuando la gente no tenía nada. Los suelos de hormigón sin enmoquetar eran lo habitual y las cajas de naranjas hacían las veces de mesillas de noche.

Incluso había un feo boquete entre los armarios empotrados de la cocina donde tendría que haber estado el horno. Fue entonces cuando tomé la decisión de no afrontar el problema esa noche. George tenía que picar algo antes de irnos a la fiesta de Petra. «¡Ponte guapa! ¡En plan vestido de fiesta!», había escrito en la invitación con un rotulador de color plata metálico. Así que volví a casa de Celia con una muda de ropa para los dos, lista para recoger a George, mientras elaboraba un plan

apresurado: me tomaría una copa bien grande de Torres Viña Sol blanco en el King's Arms (techos bajos, jaeces de latón para caballerías, un acogedor aroma a cerveza que impregnaba densamente el aire) mientras George engullía una salchicha de Cumberland y unas patatas fritas, y luego abordaría la crisis del mobiliario y le explicaría a George la realidad de nuestra nueva situación.

La nota de mi casero tendría que esperar.

George iba en el asiento del acompañante del Jeep con una corbata de clip y expresión preocupada.

—¿Tendré que ir a vivir con la tía Dylis? —preguntó después de que le contara lo que había pasado con los muebles y le diera una charla rápida sobre este principio básico: no gastes más dinero del que tienes.

—No —contesté con la esperanza de que no detectase la incertidumbre en mi voz.

Estábamos a punto de subir a bordo del ferry para cruzar el lago hasta la casa de Petra en Windermere, así que George guardó silencio. Hay que sortear un punto delicado, donde la rampa del ferry entra en contacto con la pendiente de la orilla. Si no conduces con cuidado, puedes acabar destrozando la parte inferior del coche. No supone mucho problema con un Jeep, pero si vas en un coche deportivo bajo, estás apañado.

Una vez que estacioné el coche debidamente y apagué el motor, le dije a George que podía hablar de nuevo si quería.

—Esto es por papá, ¿no? —preguntó.

—¿Te digo la verdad? —repuse—. Sí. Pero no tiene sentido echarle la culpa, porque así no se llega a ninguna parte. Lo que vamos a hacer es desconectar hasta después de la fiesta de la tía Petra. Vamos a pasarlo bien esta noche y ya nos preocuparemos mañana. Tenemos camas para dormir, tenemos agua corriente y nos tenemos el uno al otro. Nos irá bien.

Pero lo cierto es que no nos iba bien.

Cuando Winston se fue, ya no pude pagar las cuotas de las hipotecas de nuestra casa y del local de mi negocio, y el banco los expropió. Para más inri, Winston había acumulado deudas por valor de doce mil libras en una tarjeta de crédito que estaba a nombre de los dos, y ahora yo apenas lograba cubrir los pagos mensuales mínimos.

Aunque no podía echarle toda la culpa a Winston.

Hace cinco años, la vida nos iba bien. Ganábamos mucho dinero, gastábamos a manos llenas (más dinero del que teníamos) y pensábamos que seguiríamos siempre así. Pero un acontecimiento cambió nuestras circunstancias, y nosotros no cambiamos al mismo tiempo. Ni remotamente tan deprisa, al menos. La empresa de construcción de Winston perdió su contrato más importante y le redujeron el horario, junto con su tarifa por horas. Al final, todo se vino abajo.

Winston se marchó y yo me encontré sin casa, con el mobiliario que había comprado a crédito embargado, sin negocio y con un niño pequeño al que mantener.

Probablemente tendría que haberme declarado en bancarrota entonces, pero una combinación de orgullo y miedo a no obtener crédito en el futuro me impidió hacerlo. Así que le pedí prestado dinero a mi hermana para un depósito, alquilé una casa,

compré unas cuantas cosas a crédito para acondicionarla, y ahora, gracias a Winston y el exorbitante interés mensual de la tarjeta de crédito, tenía una deuda de cerca de dieciocho mil libras.

Después de pagar el alquiler, los costes del coche, la comida, las facturas de la casa, el ferry, el club de extraescolares y las cuotas del préstamo, me quedaban unas cincuenta libras al mes del sueldo de la clínica, si no se torcía nada. Y siempre se torcía algo.

Miré a George de soslayo para ver si entendía lo que le acababa de decir, y me pareció que sí. Adoptó una expresión pensativa, como si ya estuviera en otras cosas. Los críos. Qué capacidad de resistencia tienen.

—Foxy me ha mordido —dijo al rato.

—¿Otra vez? —pregunté, y él asintió—. ¿Te ha dolido?

—No.

—A ver —dije.

Alargó la mano y vi que tenía un bultito en el nudillo, pero no tenía la piel desgarrada.

—No quería hacerlo —dijo—. A veces no lo puede evitar. Me parece que no se ha dado cuenta de que era yo. ¿Está ciega? Celia dice que sí.

—Se está quedando ciega —contesté—. Aunque Dennis cree que ve bastante bien al gato de al lado.

Teníamos un perro. Antes. Un lurcher de tres años con mucho pelo al que George le puso César en honor a su héroe, César Millán, el encantador de perros.

George pedía un perro todas las navidades y todos los cumpleaños desde que aprendió a hablar. Cuando cumplió seis años, Winston y yo accedimos por fin, y nunca había visto a un niño más feliz que George Toovey.

Dos años más tarde y después de que Winston se fuera, el perro también se tuvo que marchar. Intenté evitarlo. Pero la dificultad de encontrar una vivienda de alquiler en la que aceptaran perros, y las horas que me pasaba trabajando, hicieron la situación insostenible. Me gustaría decir que George se tragó la mentira que todos los padres cuentan a sus hijos cuando han llevado a la mascota a un refugio —esa de que el perro se va a vivir a una granja en alguna parte, corriendo en libertad, feliz por siempre jamás—, pero George insistió en que llamara al refugio para animales Rescátame para ver si César estaba bien, y una simpática mujer le dijo que había sido adoptado por un niño más o menos de su edad que disfrutaba inmensamente con su nuevo compañero.

George aún no lo había superado y estaba contando las semanas que faltaban hasta que pudiéramos trasladarnos a una vivienda más permanente, donde dejaran tener perros. Le dije que aún tardaríamos en irnos, pero seguía en sus trece y procuraba mantenerse al día en lo referente a cuidar perros viendo el programa de César Millán cada vez que se quedaba en casa de la madre de Winston, quien tenía la suerte de disponer de Sky TV.

Le sonreí a George y alargué el brazo para revolverle el pelo encima de la calva que se había dejado.

—Te quiero, ya lo sabes —dije.

—Yo te quiero más —respondió.

Íbamos con las ventanillas bajadas porque el aire acondicionado no funcionaba. En el borde de la carretera había haces de hierba cortada y el aroma a heno agostado colmaba el aire. Paseaban parejas cogidas del brazo camino de Bowness para pasar la velada. George tenía el codo apoyado en la ventanilla, como había visto hacer a los hombres adultos. Pero como no tenía los brazos bastante largos, se veía obligado a ladearse en una postura incómoda hacia la portezuela.

El cabello me azotaba la cara, algunos pelos se me pegaban al pintalabios y otros quedaban enganchados en las pequeñas bisagras de las gafas de sol.

Cuando llegamos a casa de Petra me miré la cara en el retrovisor y me retoqué rápidamente el pintalabios y el rímel. Maquillarme no se me da muy bien. Y no lo digo como uno de esos comentarios que sueltan algunas mujeres irritantes, ya sabéis, cuando se supone que tienes que sentirte fatal porque tú te lo pones a paletadas y ellas están naturalmente guapas con la cara lavada. No, es que me siento un poco tonta cuando me maquillo, y solo lo hago cuando me veo obligada. En ocasiones como esta.

Me detuve en el peldaño de la entrada de la casa de mi hermana, me arreglé el pelo, ajusté los tirantes del vestido de verano sin espalda ni mangas y le susurré a George que no mencionara la situación en casa. Le dije que era la noche de Petra y no quería que se preocupara por nosotros. Lo que era verdad en su mayor parte.

Vince, mi cuñado, abrió la puerta con su entusiasmo habitual, echó un vistazo a mi cara maquillada y, con una sonrisa, dijo:

—¿De qué vienes disfrazada?

—Esta noche no, Vince —dije, y me abrí paso por su lado—. No estoy de humor.

—¡Eh, Georgie, chaval! —saludó a la vez que chocaba los cinco con George—. ¿Qué tal, colega?

—Muy bien, gracias... teniendo en cuenta las circunstancias —respondió George, un poco incómodo, y Vince me lanzó una mirada.

—¿Llegamos muy tarde? —dije, eludiendo sus ojos.

—No más de lo habitual. —Vince se encogió de hombros antes de prestar atención a George de nuevo—. Venga, chaval —dijo—. Vamos a atiborrarte de azúcares y aditivos suficientes para que te enfrentes al montón de *petites dragonettes* que hay arriba.

Vince estaba más a gusto en compañía de niños. Después de un par de cervezas y de que lo asaltaran su hija y sus mandonas amiguitas, te lo encontrabas con rímel (mal puesto) y unas enaguas de Petra en la cabeza (su largo cabello de princesa).

Se le daban bien las niñas, pero todo el mundo sabía que Vince se moría de ganas de tener un hijo. Petra había conseguido descartar la idea inculcándole la noción de

que si volvía a quedarse embarazada, su muerte era una certeza absoluta, debido a la hipertensión y la diabetes gestacional que había padecido cuando estaba embarazada de Clara.

Así que Vince tenía que conformarse con George. No era lo ideal, pues a George no le interesaba nada el fútbol, el rugby ni las carreras de coches. Pero recientemente habían encontrado una afición común en el juego del póquer. Y en alguna que otra partida al *crib*.

En la cocina, Vince me sirvió una copa de champán con algo brillante y dulce como el jarabe flotando en la superficie.

—¿No se puede tomar solo? —le pregunté, mirando la copa con el ceño fruncido.

—No es una opción.

Mi hermana pasaba por fases así. Una de ellas consistía en aderezar las cosas para que resultaran más emocionantes y estropearlas al hacerlo.

Con la cabeza ladeada y una rápida mirada de reojo, Vince dijo:

—Nadine las sirvió en su cincuenta cumpleaños —imitando a su esposa— y la gente quedó encantada.

—Ah, bueno, si las sirvió Nadine —repuse, siguiéndole la corriente.

Nadine y su marido, Scott, eran la última fijación de Petra. Petra tenía tendencia a esas obsesiones: como digo, en estos momentos eran Nadine y Scott Elias, pero con la misma facilidad podrían haber sido el jarrete de ternera cocinado a fuego lento o los faros propiedad del Patrimonio Nacional.

Las mujeres habían trabado amistad mientras veían jugar a sus maridos un partido benéfico de críquet, y ahora Petra dejaba caer el nombre de Nadine prácticamente en todas y cada una de sus frases, aunque no lo hacía para alardear; creo que era involuntario. Algo así como cuando estás en esa exquisita primera etapa de una relación, y el nombre del amante te viene a los labios con tanta facilidad que aunque lo intentes no puedes evitar pronunciarlo.

Vince sacó una lata de Fanta de la nevera de bebidas y se la puso a George en la mano a la vez que le decía: «Buena suerte ahí arriba, amigo mío», y George se escabulló al piso de arriba, pero no sin antes decirle a Vince que habían desaparecido todos nuestros muebles.

—¿Qué? —dijo Vince, que se volvió hacia mí mientras yo fulminaba con la mirada la espalda de George.

Pero con un gesto de la mano le quité importancia a la preocupación de Vince y le dije que no era más que un problema pasajero, y a continuación salí al jardín a paso rápido.

Tenía el regalo de Petra (unos aros brillantes) en una mano, una botella de champán en la otra, y anuncié mi presencia preguntando en voz bien alta «¿Dónde está la cumpleañera?», mucho más risueña de lo que tenía motivos para estar.

Con las propiedades inmuebles a este lado del lago siempre hay que llegar a una solución intermedia. Las restricciones de planificación del Parque Nacional dictan que la gente tiene que quedarse con la casa que posee, a menos que te sobren tres millones para comprar el bungalow de 1950 a la orilla del lago, y entonces lo puedes derribar y levantar una megamansión en su lugar. El resto de la comunidad compra lo que se puede permitir, y luego se las apaña. Por lo general, renunciando a espacio interior, y las más de las veces, a un jardín decente.

Nadie tiene un jardín de forma normal en Windermere ni en Bowness: o bien el terreno es muy inclinado o bien queda cortado en ángulo por un arroyo o, lo que es más habitual —y esto data de antes de que el departamento de planificación se pusiera en plan estricto—, por vecinos que construyeron segundas residencias en sus terrenos para generar dinero extra.

De ahí que Petra y Vince fueran las únicas personas que conocía que tenían un precioso césped rectangular rodeado de magníficas vistas a Langdale Pikes. Esas preciosas colinas escarpadas —como la cordillera Sawtooth de las Rocosas en miniatura— se tornan de color rosa cuando reflejan el sol de primera hora de la mañana y a medida que el sol se pone tras ellas se tiñen de una maravillosa luz anaranjada. Gracias a ello, las reuniones en casa de Petra y Vince a menudo tenían cierto aire de día festivo.

Había bancos de pícnic, sofás de mimbre, arriates de flores meticulosamente cuidados, y aunque Vince no se esforzaba demasiado con la mayoría de las cosas de la vida, su césped era liso como un campo de *bowls* de primera clase y se ocupaba de él sin descanso. Recortaba los márgenes irregulares con tijeras de cocina, como si fuera un experto en podar arbustos con formas de animales.

Crucé el patio hasta donde estaba Petra, que estaba sirviendo a mis padres sus bebidas habituales: cerveza sin alcohol para mi padre, zumo de arándanos para mi madre (que sufría de cistitis). Después de saludar a todos y disculparme por llegar tarde, mi padre me informó de que mamá y él no se quedarían mucho rato, y añadió: «Ya nos conoces, no nos gusta quedarnos hasta tarde. Tenemos un buen trecho hasta casa y tal», y yo dije «No, no, claro», los tres con la cabeza gacha para evitar el contacto visual.

Habían empezado a tener un aspecto frágil de un tiempo a esta parte. Su vigor natural estaba empezando a desvanecerse. Mi madre, en particular, se movía ahora con cuidado, como si se estuviera recobrando de una mala caída, y se me pasó por la cabeza que igual la había sufrido y no nos lo había contado.

Les dije que iría a por George en un momento, que había tenido ganas de subir a ver a su prima, lo que no era del todo cierto. Si no había enviado a George a ver a sus abuelos directamente era por miedo a que se fuera de la lengua sobre lo del mobiliario desaparecido. Bastante se preocupaban ya por mi situación económica.

—¡Roz! Roz, ven a hablar con Scott y Nadine —me dijo Petra, tirándome del codo—. Me muero de ganas de que los conozcas. Son encantadores. No puedo creer que hayan venido. Y espera a ver lo que ha traído Scott. ¿Has visto ese vino de ahí? —Indicó con un gesto los bancos del patio, que estaban cubiertos con manteles blancos—. ¡Ha traído tres cajas!

—¿Es buen vino? —pregunté, porque no sabía muy bien qué decir.

—¿Qué? —repuso con el ceño fruncido—. Claro que es buen vino. Scott no bebe bazofia. Tiene un tipo que escoge lo mejor y se lo lleva a domicilio. En cualquier caso, no lo menciones, o se incomodará un poco. Es muy humilde con su riqueza.

—No pensaba decirlo.

—Scott, Nadine —dijo Petra mientras nos acercábamos—, esta es mi hermana, Roz Toovey. Es la fisioterapeuta de la que os he hablado. Roz tiene un talento increíble. Puede curar a cualquiera. Incluso a los que llevan años con dolores.

Carraspeé y tendí la mano.

—Me temo que Petra exagera. Encantada de conocerte, Nadine. Qué pelo tan bonito.

—Va a Manchester a hacerse mechas, ¿verdad, Nadine? —nos interrumpió Petra cuando Nadine se levantaba y me estrechaba la mano mientras me decía lo mucho que se alegraba de conocerme por fin.

Me dio dos besos en las mejillas y sucedió ese momento incómodo en el que una persona (que sería yo) se aparta después del primer beso, sin esperar el segundo. Es una manera sumamente fácil de poner en una situación violenta a alguien del norte.

—Hemos oído hablar mucho de ti —dijo con una sonrisa sincera.

—Lo mismo digo —repuse, y luego le dije al oído—: Creo que Petra está un poco enamorada de ti, la verdad.

Nadine tuvo la elegancia suficiente para aceptar el elogio arqueando un poco las cejas, y luego me llevó hacia su marido.

—Scott Elias —dijo; otra vez dos besos.

Medía alrededor de un metro ochenta, parecía muy seguro de sí mismo y podría haber resultado un poco imponente de no ser por su manera de sonreír. Lo hacía dando a entender que era un auténtico placer conocerme, como si estuviera interesado de veras en lo que yo tenía que decir.

—Igual podrías mirarme el codo cuando tengas un momento —empezó, y Nadine le dio un rápido codazo.

—Está de broma —aclaró ella en tono neutro—. ¿Verdad que sí, cariño?

—Sí. Desde luego —replicó, agachándose un poco como si esperara una colleja, por gentileza de Nadine—. No se me ocurriría plantear algo tan inapropiado de buenas a primeras. Pero la gente lo hace.

Por alguna razón no creen que mi trabajo esté dentro de los límites habituales.

No sabía cómo había hecho su fortuna Scott, ni exactamente a qué se dedicaba, pero pongamos por caso que fuera jardinero paisajista. Pedirme que le echara un

vistazo rápido a su codo sería como si yo le pidiera que se pasara por mi casa y removiera la tierra de una zona desigual hacia el fondo de la propiedad. O le preguntara a un chef si no le importaría preparar unos cuantos canapés porque teníamos ganas de picar algo.

Sea como sea, no se lo tuve en cuenta porque, como la mayoría, lo había dicho sin pensar. Y la gente pregunta por sus molestias porque es una manera de iniciar una conversación y no se les ocurre nada más que decir.

Es como lanzarle un golpe a un cinturón negro de kárate y decir: «¿Cómo reaccionarías si hago esto?».

Hablamos un rato de cosas sin importancia: estábamos teniendo una racha de muy buen tiempo, y, como muchos con quienes había hablado del asunto, Scott estaba disfrutándolo aún más porque en el sur del país llovía. Le pregunté a Nadine por sus hijos, y ella dijo con orgullo que el menor estaba pasando el verano en Toulouse, antes de empezar en Warwick en octubre, y el mayor estudiaba en la Escuela de Cine de Londres. Entonces hizo una mueca como para dar a entender que no estaba segura de adónde iba a llegar. Scott y ella no tenían dotes artísticas, había sido una elección que los pilló por sorpresa.

Bueno, esto sí que no me lo esperaba, pensé.

Me caían bien.

Había pensado que me caerían más bien mal después de los incesantes comentarios de Petra acerca de cómo Scott Elias hace tal y Nadine Elias hace cual. Scott tiene un chófer que forma parte de la familia, a Nadine le gusta tener flores frescas en todas las habitaciones, todos los días, el florista se las lleva especialmente, bla, bla, bla.

Pero parecían normales. Bastante naturales, la verdad.

Nadine era una mujer más elegante que la media, claro. Hasta el último detalle era refinado, y estaba potenciado para sacar el mayor partido posible a sus rasgos. Pensad en una canción corriente después de que haya pasado por los arreglos de Giorgio Moroder y os haréis una idea. Ella, como Scott, tenía poco más de cincuenta años. Era una mujer esbelta y bien proporcionada, con una buena estructura ósea y muñecas y tobillos delicados. Iba vestida de blanco, con pantalones de pernera ancha y un top de cuello de barco y llevaba un sencillo diamante colgado al cuello.

—¿No has venido acompañada? —preguntó Nadine, paseando la mirada como si buscara un compañero ideal con el que emparejarme.

—No —respondí.

Durante una temporada llenaba el vacío que seguía a esa pregunta con explicaciones, con comentarios en tono de lamento sobre mi condición de soltera, procurando mostrarme animada para que la otra persona no se sintiera mal.

Ahora me traía sin cuidado.

—¿No hay ningún hombre en tu vida? —preguntó Scott.

Antes de que tuviera ocasión de contestar, se entrometió Petra:

—Lo que le hace falta a Roz —dijo— es un hombre bueno con el que salir.

No tendrás algún amigo soltero que sea majo, ¿verdad, Scott?

Scott fingió hacer un repaso de sus amigos, frunciendo el ceño como si sopesara cuidadosamente a uno tras otro. Luego me miró fijamente, sosteniendo la mirada unos segundos más de lo debido, para asegurarse de que me diera cuenta; asegurarse, tal como hacen algunos hombres, de que te tienen firmemente en el punto de mira.

—Me temo que no —dijo—. Están todos pillados.

—Suele pasar —me apresuré a decir, avergonzada—. En cualquier caso, gracias, pero como muy bien sabe Petra, ahora mismo paso de los hombres.

—No son todos como Winston —dijo Petra, con cierta brusquedad—. No todos van a hacer lo que hizo él.

Le lancé a Petra una mirada como dando a entender «Ahora no», y respondí:

—Sí, bueno, prefiero no correr ese riesgo.

Y pasé del asunto riendo y poniendo los ojos en blanco.

Aunque nuestras palabras eran bastante inocuas, me pareció evidente por el tono de Petra que allí había algo más en juego, y el ambiente se cargó por efecto de nuestro intercambio.

Al percatarse, Scott se apresuró a intervenir:

—Voy a buscarte otra copa, Roz —dijo—. Venga, siéntate...

—Gracias, pero no. Ya he cubierto mi cuota. Tengo que volver a casa conduciendo, por desgracia.

—Vaya, qué pena —dijo y, otra vez, esa mirada.

Al oírlo, Petra resopló:

—Ay, por el amor de Dios, Roz, tómate otra copa. Vas a quedarte aquí.

—No, yo...

Pero Scott ya se había ido. Y en cuestión de segundos había vuelto con algo así como un cuarto de litro de vino tinto.

Lo hice girar en la enorme copa un par de veces, hechizada por el modo en que el líquido se adhería a los laterales, dejando un oleaginoso matiz ambarino.

No pregunté de qué variedad era. No quería quedar en evidencia. En cambio, me la tomé de un trago, le dije a Scott que era absolutamente excepcional y fui a por otra.

Dos horas después, estaba bastante entonada. Petra vociferaba y hacía bromas y era divertido verla. Cuando bebía se le soltaba la lengua y le daba por cotillear, y tan pronto contaba anécdotas del trabajo —era secretaria en una escuela— como informaba a quien le prestase oídos del aprieto en que me encontraba yo.

—¡Y cuando Roz se despierta, él se ha largado! Se va a vivir con su madre después de dejarle un montón de deudas a su nombre. Y ahora ella no le puede sacar ni un penique. Y tiene un lío económico de mucho cuidado. ¿Verdad que sí, Roz?

—Sí, eso más o menos lo resume —reconocí, en tono soñoliento.

Vince estaba encendiendo la estufa de gas. Ahora solo quedábamos unos pocos fuera y la noche era todavía cálida, aunque si no llevabas chaqueta se notaba el fresco. Tenía la piel de gallina en la parte posterior de los brazos y Scott me ofreció el jersey, preguntándome si me hacía falta, pero le dije que no, que iba a entrar a buscar un par de mantas de lana del sofá para que todos estuviéramos abrigados.

—¿Te molesta? —susurró, acercándoseme a la vez que señalaba con un gesto a Petra, que ahora estaba absorta en explicarle a Nadine cómo los hombres esquivan a la Agencia de Manutención Infantil.

Nadine tenía el ceño fruncido de preocupación mientras Petra le hablaba de los numerosos padres de la escuela que se largaban y estaban en paro, lo que quería decir que sus esposas y familias recibían nada de nada en concepto de pensión alimenticia.

—La verdad es que no —le dije a Scott—. No es un secreto, precisamente. Lo que pasa es que no creo que a la gente le apetezca oír este rollo una noche que sale. Por eso intento hacerla callar. Una batalla perdida, como puedes ver.

Una vez más, me sostuvo la mirada, y noté que algo se movía en mi interior.

Desvié la vista.

Se me dispararon todas las alarmas. Los hombres casados estaban prohibidos, así de sencillo. Me levanté y pregunté si alguien quería algo de picar, porque iba dentro. Le dije a Petra que de paso iba a ver qué hacían los niños, pero ella estaba en su mundo, sermoneando a Nadine acerca de que el sistema estaba en contra de las mujeres, porque «Tú no puedes largarte sin más y dejar a los niños como hacen los hombres, ¿verdad? La biología te lo impide».

Fui arriba, hice una visita rápida al cuarto de baño y escuché un momento detrás de la puerta de la habitación de Clara. Vince había acostado antes a los niños, contándoles cuentos de fantasmas (su especialidad) sobre la Dama Gris y el Jinete Sin Cabeza, sus relatos preferidos con los que probablemente asustaba a las niñas cuando era pequeño.

Abrí la puerta una rendija. Los niños seguían despiertos: Clara, George y las dos vecinitas cuyos nombres se me escapaban. Una era una cría con aspecto de lerda y el labio inferior permanentemente húmedo que no perdía detalle de lo que decía Clara. Estaban sentados en círculo, cubiertos por una sábana de algodón, con una linterna.

Abrí la puerta del todo.

—Es hora de dormir, niños —dije en voz queda, y percibí el movimiento silencioso de los cuerpecillos bajo la sábana al meterse cada cual en su cama—. Buenas noches —susurré.

Bajé, cogí las mantas, una bolsa de tamaño familiar de Chipsticks con sabor a sal y vinagre y ocupé mi sitio junto a la estufa de gas. Petra se reía de algo al tiempo que intentaba ponerse en pie, pero no pudo levantarse de la silla, así que volvió a caer, derrotada.

—¿Estás bien, Roz? —preguntó Scott.

—Ha sido un día largo —repuse sonriendo e intentando que mis ojos no me traicionaran.

Estaba pensando en los agentes judiciales y en mi casa vacía.

Ahora Petra peroraba sobre la infidelidad de Winston, y preguntaba al pequeño grupo por qué iba a querer un hombre serle infiel a una persona tan encantadora como su hermana.

Alzó la copa hacia mí, por si alguien había olvidado quién era, y me sorprendí diciendo, sin pensarlo en realidad:

—Alguien me dijo una vez que ojalá Winston hubiera acudido a una prostituta en vez de tener aventuras.

Alguien carraspeó.

—¿Qué? —dijo Petra.

—Una prostituta —repetí—. Supongo que a la larga todo habría sido mucho menos complicado —añadí distraídamente.

Hubo un silencio estupefacto. Todos se me quedaron mirando.

Petra dejó la copa.

—Dios santo, Roz —dijo.

Miré alrededor y por la expresión confusa y la incomodidad de todos los rostros vi que la gente no acostumbraba a pensar así. Las mujeres parecían ofendidas y los hombres no sabían dónde mirar.

—Pues ocurre —dije, intentando justificar lo que acababa de decir.

Al oírlo, Nadine se inclinó hacia delante en el asiento. Adoptó una expresión de genuina curiosidad, como si fuera abierta de miras y quisiera saber más.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, parpadeando un poco—. ¿Conoces a gente que frecuenta prostitutas?

—Vaya, no —dije—. Claro que no. Es solo que después de que salieran a la luz las aventuras de Winston, un pobre tipo, Giles se llamaba, cuya familia se había roto porque Winston se enrolló con su esposa, me dijo: «¿No habría sido mucho más sencillo si Winston hubiera recurrido a una profesional?».

A Petra empezó a entrarle pánico. ¿Qué hacía hablando así delante de sus invitados, que eran tan simpáticos?

—Y, en ese momento, entendí más o menos a qué se refería —dije—. Si Winston se hubiera desfogado con una prostituta en vez de acostarse con la mitad de las mujeres de la localidad, mujeres casadas, mujeres con familia, entonces no habría tantos hogares destrozados.

Petra dejó escapar un grito ahogado.

—No puedo creer que estés diciendo en serio...

—Ay, Petra —repuse, suspirando—. No estoy hablando en serio.

—Pues lo parece.

—No hablo en serio. Pero, sinceramente, tú no sabes lo que fue tener a esos pobres hombres engañados mirándome como si pensarán «Es culpa tuya». Como si,

de haber tenido yo a Winston vigilado, no se habría ido a la cama con sus esposas. Lo único que digo es que, si Winston hubiera satisfecho la necesidad que por lo visto tenía que satisfacer sin destrozarle la vida a todo el mundo de paso, probablemente lo respetaría más.

—Dios bendito —dijo Petra a la vez que se ponía en pie—. No tendría que haberlo hecho para nada, Roz. No puedo creer que lo justifiques.

—No lo justifico.

—A mí no me mires —terció Vince. Tenía las manos levantadas en ademán de inocencia—. Yo tengo toda la diversión que necesito aquí mismo.

Petra estaba consternada. Alzó las manos por encima de la cabeza como para defenderse de un golpe.

Me miró a mí, luego a Scott, a Nadine y a Vince.

Le había echado a perder la velada.

Lo había echado todo a perder.

Las lágrimas empezaron a escocerle en los ojos antes de que se fuera adentro apresuradamente.

La ropa cubre multitud de pecados.

Probablemente ya habréis averiguado que la gente de verdad no se parece a las imágenes retocadas con Photoshop que se ven en los medios de comunicación. Leí hace poco una cita estupenda de Cindy Crawford, que, cuando le preguntaron qué le parecían esas imágenes, contestó: «Ojalá me pareciera yo a Cindy Crawford».

Dios la bendiga por eso. Porque no os imagináis la cantidad de gente (hombres incluidos) que se disculpa por el estado de su cuerpo cuando se quita la ropa.

Lo siguiente puede tomarse como un comunicado de interés público.

En mis veinte años de trabajo he tratado en total a dos mujeres delgadas que tenían tetas grandes naturales. No he tratado (al menos la última vez que me fijé) a ninguna paciente de más de cuarenta y cinco años a la que no le colgara un poco algo. Incluso las que están desesperadamente delgadas. Les haces darse la vuelta y la piel se les separa del cuerpo de una manera notoria.

Las mujeres con curvas preciosas tienen cicatrices de cesáreas, estrías, hendiduras como si siguieran llevando un sujetador con varillas. Los culturistas tienen la espalda de color púrpura cubierta de cicatrices queloides y acné y huelen de una manera peculiar por causa de los esteroides. A menudo los corredores fibrosos y súper en forma de cierta edad tienen gruesas venas varicosas como pequeños racimos de uvas en las pantorrillas y colgajos de piel sobrante en la parte superior de los brazos y el tórax.

Las jóvenes voluptuosas pueden estar cubiertas de vello negro desde el ombligo hasta las rodillas, por gentileza del cruel síndrome de ovarios poliquísticos.

Hay tatuajes chapuceros y gente a la que le faltan dedos de los pies, fragmentos de músculo, pechos.

Esto es el cuerpo humano.

No tiene el mismo aspecto que en el cine. Pero no por eso es menos maravilloso, no está menos perfectamente capacitado para hacer todo lo que le pidas. Si se le da la oportunidad, el cuerpo se arregla por sí solo. Con descanso, un poco de cariño y atención, se recupera, genera tejido nuevo, hasta nuevos conductos nerviosos. Aspira constantemente a regresar a un estado de compensación, un estado de equilibrio. ¿Y si no lo consigue? Ahí es donde entro yo.

La fisioterapia es el tratamiento del cuerpo por medios físicos. Si el cuerpo está descompensado, me valgo de las manos para iniciar el proceso de curación.

Sin medicamentos. Debo señalar, sin embargo, que no es una ciencia exacta: ninguna especialidad médica lo es. Se prueba una cosa, y a veces da resultado y a veces no.

Tenía un cartel en la sala de tratamiento que decía: NO SOY JESUCRISTO. Aunque a veces me preguntaba qué índice de efectividad tendría Él. Bueno, ¿curaba a

todo aquel que entraba en contacto con él? Sospechaba que no. Sospechaba que no podría haber hecho gran cosa para ayudar a mi siguiente paciente de la jornada: uno de mis fracasos. No lograba atenuar sus síntomas, por mucho que lo intentara.

Durante la primera consulta Rosemary Johns me saludó con la noticia de que había ido a todos y cada uno de los fisioterapeutas de la zona y nadie lograba curarla. Ahora bien, esta suerte de comienzo por lo general evolucionaba de dos maneras. O bien examinaba al paciente y me entraba un vértigo de euforia al detectar el síntoma encubierto que habían pasado por alto otros terapeutas, o se me caía el alma a los pies porque el paciente era una de esas personas que sencillamente no querían curarse.

En el caso de Rosemary, era esto último.

(Me salgo del tema, pero los pacientes así tampoco acaban de morir. Cuando trabajaba en la sanidad pública me daba mal rollo leer en el margen de las notas de un paciente las iniciales CDH: Cerca del Hoyo. Podían pasarse años en el hospital).

Sea como sea, el lunes por la mañana no estaba precisamente de buen humor cuando le pedí a Rosemary Johns que pasara a la consulta. El fin de semana había sido un infierno. Después de que hubiera humillado a mi hermana más allá de lo imperdonable el viernes por la noche, Petra estaba tan disgustada por la impresión que había causado a Scott y Nadine que apenas me dirigía la palabra.

Sin que ella lo supiera Vince se había pasado por mi casa el sábado, me había dado con disimulo un billete de cincuenta y dejado un par de sillones, un juego de mesitas y una cocina con una década de grasa encima.

Un amigo suyo había conseguido los muebles sobrantes al vaciar una casa cerca de Rydal Water, y Vince pensó, con toda la razón, que me vendrían bien hasta que consiguiera recuperarme. Pasé la mayor parte del domingo solicitando otra remesa de tarjetas de crédito, con la esperanza de que los ingresos inflados que había asegurado tener no se revisaran demasiado a fondo y así pudiera recobrar parte del mobiliario que se habían llevado los agentes judiciales.

Tendría que esperar una semana hasta saber si se aprobaba la solicitud.

Así pues, esa mañana me costó disimular la sorpresa y, supongo, el alivio, cuando por la puerta de la sala de tratamiento no asomó el rostro afligido de Rosemary Johns, sino Scott Elias.

—Espero que no te importe —se disculpó—. He pedido cita antes y me han dicho que habían anulado esta hora. ¿Tenías intención de tomarte un descanso?

—¿Un descanso? —dije, confundida un momento—. Ah, no, lo cierto es que no tengo descansos. Cuando alguien anula la visita, Wayne llama a otra persona de la lista de espera. Pero me sorprende verte aquí. Debes de haberte saltado la cola.

Scott se avergonzó.

—Es posible que haya ofrecido un pequeño incentivo.

Sonreí.

—Mejor no pregunto. Bueno, pasa. ¿En qué te puedo ayudar?

—El codo. ¿Recuerdas?

Asentí.

—Siéntate, voy a tomar nota de tus datos. Luego le echaré un vistazo.

Mientras lo hacía él sacó el móvil y las llaves del coche y los dejó encima de la mesa. No hice ningún comentario sobre el llavero de Ferrari, pero debo reconocer que me llamó la atención.

Hay algo que merece la pena saber sobre los ricos, por si estáis predispuestos a frecuentarlos: no te regalan nada de su dinero.

No te pagan más por tus servicios que cualquier otro cliente, y la probabilidad de que te dejen algo en su testamento es prácticamente nula. Dejé de creer que eran de algún modo distintos a cualquier otro paciente hace años, porque, por regla general, resultaban si acaso más fastidiosos de tratar. Esperaban que su riqueza les garantizara ser recibidos de inmediato, pero no les quitaba el sueño saltarse citas una vez que empezaban a encontrarse mejor.

Apunté los datos personales de Scott Elias, su historial médico, los detalles de su lesión, y le pregunté por su trabajo: era propietario de una gran empresa de fabricación de dispositivos electrónicos cerca de Preston. Luego le dije que se quitara la camisa y me indicara dónde le dolía exactamente.

—¿Te duele aquí? —dije, a sabiendas de que le dolía, porque notaba la inflamación en el punto de unión del tendón extensor.

Lo pregunté solo para romper el silencio.

—Sí —contestó—. ¿Cómo sabías dónde apretar?

—Un sexto sentido.

—¿Crees que se puede hacer algo?

—Tiene fácil tratamiento —dije sin darle importancia—. No debería llevar mucho tiempo.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a recurrir a un complicado procedimiento médico —empecé, y arqueó las cejas a la expectativa—. Primero, voy a friccionarlo hacia aquí. Y luego hacia allá.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Vale —dijo, pero no parecía convencido.

Pasé los minutos siguientes disgregando el tejido cicatricial que se había formado en torno al tendón. En lo que a tratamientos respecta, era una tarea bastante mecánica que requería niveles de concentración insignificantes. Con el paso de los años mis pulgares han desarrollado sensibilidad a los cambios más leves, desplazándose por intuición de las áreas sanas al tejido dañado sin que apenas tenga que recurrir al pensamiento consciente.

—Le he dicho al recepcionista que podíamos dar un paseo en el Ferrari si me conseguía una cita hoy —reconoció Scott.

—¿Wayne? —dije sonriendo—. No le llames recepcionista. No le hará ninguna gracia. Aunque, ahora que lo pienso —continué, con un deje de malicia—, sí,

asegúrate de llamarle justo eso.

—¿No te cae bien?

—Me cae bastante bien, pero digamos que si quisiera podría hacerme la vida un poco más fácil.

Scott asintió.

—Eso duele bastante —dijo señalándose el codo con un gesto, y aflojé un poco la presión que ejercía con el pulgar derecho.

—A Wayne le gustan mucho los coches —dije—. Seguro que os lleváis bien.

—¿A ti no?

—No. —Reí—. Por lo que a mí respecta, son todos iguales por dentro. Al mirar por el parabrisas ves lo mismo que cualquier otro conductor. Incluso cuando un coche es cutre, está bien. Te lleva a donde quieres ir.

Scott Elias escuchó mi discurso con una leve sonrisa.

Nada de lo que le había dicho era verdad, claro. Me encantaban los coches chulos. ¿A quién no? Pero no tenía intención de ponerme a babear por su coche.

Tengo un poco de dignidad.

Hubo un alto en la conversación y oí que en la radio de la sala de espera estaba sintonizado el programa *PopMaster* de Ken Bruce.

A decir verdad, Scott estaba en bastante buena forma para tener cincuenta y cuatro años. Era evidente que se cuidaba, hacía entrenamiento de resistencia, pues aún tenía bastante masa muscular, más típica de alguien de treinta y tantos.

Su constitución —y me abstengo de usar aquí el término «fisicalidad», que tanto se utiliza ahora, y que ni siquiera estoy segura de que sea una palabra como es debido — producía una sensación de vigor. Tenía, eso sí, una leve falta de elasticidad en la piel, y la protuberancia del abdomen que acompaña a los cincuenta y cuatro años. Pero si yo hubiera estado, pongamos por caso, fingiendo leer un libro de bolsillo al borde de la piscina y Scott pasara por delante me habría fijado en él.

—Voy a vendártelo un poco —dije a la vez que cogía de un estante el Fixomull de doce centímetros—. No debería molestarte. Se puede mojar, pero sécalo después. Es transpirable, conque no afecta a la piel.

Mientras le vendaba el codo, me di cuenta de que Scott me observaba con atención. Era de lo más desconcertante, pues por lo general los pacientes se interesan tanto en lo que hago (a todo el mundo le encanta que lo venden, a fin de cuentas) que no estaba acostumbrada.

—Tienes algo —murmuró suavemente.

No levanté la vista.

—Eres muy atractiva —dijo.

—Estás casado, Scott.

—No te estoy tirando los tejos.

—Ah, bueno, qué alivio.

—Vale, igual sí, un poco —reconoció—. Pero no como crees.

—¿Hay más de una manera? —respondí, e hice un sonoro corte final con las tijeras.

—¿Qué es ese algo que tienes? —insistió, juguetón.

Puse los ojos en blanco y guardé el resto de la venda.

—Mueve un poco el brazo a ver si está bien. Comprueba que el vendaje no te pellizque la piel.

—Lo noto bien.

—Entonces, ponte la camisa.

No se movió.

—Desde el viernes por la noche —dijo—, desde que te...

Levanté la palma de la mano.

—No, por favor.

—Escúchame.

—No, Scott. Yo trabajo aquí. Tengo que ver a otros pacientes, y aunque pareces un tipo muy majo, te pido por favor que no pongas en peligro mi puesto aquí. Es muy incómodo cuando los hombres empiezan a...

—¿Te ocurre a menudo? —preguntó, y de pronto se le ensombreció el gesto.

Vi que se desanimaba de inmediato.

—A veces —dije en voz queda.

A decir verdad, ocurría con frecuencia. Y no porque sea una especie de diosa.

Nada más lejos. Tengo el físico robusto de una golfista, pelo negro liso y un rostro corriente. Pero ocurría.

Remóntate a ese periodo en que todas las mujeres solteras estaban loquitas por Sarah Jessica Parker. Su llamativo estilo hechizaba a mujeres del mundo entero.

Por entonces, no obstante, a los hombres los dejaba totalmente perplejos. Se rascaban la barbilla y fruncían el ceño como si dijeran: «¿Sabes? La verdad es que no lo pillo».

Bueno, yo tenía algo parecido.

No soy guapa. No tengo un cuerpo irresistiblemente sexy ni muy exuberante, pero los hombres parecen sentirse atraídos, por razones que no alcanzo a desentrañar. Igual es porque ya no me importa. Quizá es porque, debido a lo de Winston, y a todo lo que ocurrió, doy la sensación de que me trae sin cuidado, y a los hombres les intriga. Quién sabe.

—La camisa, Scott —repetí—. Tengo otro paciente esperando.

Se bajó de la camilla. Metió un brazo por la manga y empezó a apretar el puño una y otra vez.

—Tengo el codo estupendamente —dijo—. Qué maravilla, de verdad, después de una sola sesión.

Meneé los dedos y dije «Magia» en un tono inexpresivo.

Me ofreció una sonrisa triste.

—Lo siento —dijo, sosteniéndome la mirada—. No tenía intención de incomodarte. Ha sido una tontería, y te pido disculpas.

—Está olvidado —dije.

Tomé unas breves notas del tratamiento: «Fricciones cruzadas, vendaje aplicado, se le aconseja ponerse hielo y descansar el codo», y mientras Scott se acababa de vestir, ordené la mesa. Dejé en su sitio la venda y las tijeras, apoyé el taburete en la pared para no tropezar. Luego puse una tira de papel nueva sobre la camilla antes de coger la goma del pelo, hacerme una cola de caballo rápida y esbozar una amplia sonrisa en señal de que era hora de que Scott se fuera.

—Ese marido tuyo debía de ser idiota —dijo cuando iba hacia la puerta.

—Es una manera de decirlo.

Y entonces alargó el brazo y me tocó la mano.

Lo hizo como para sugerir que me quedara quieta un momento; que tenía algo importante que decirme.

Se me aceleró el pulso.

—Tómame una copa conmigo —dijo—. Solo una.

Os ahorraré los detalles más sutiles del hundimiento de mi matrimonio. No hay nada de extraordinario en lo que ocurrió: solo la típica desintegración de una relación, que acarrea promesas rotas, corazones rotos y platos rotos.

Puedo decir sin miedo a equivocarme que no éramos una de esas exparejas que tenían una excelente relación como progenitores. No celebrábamos la Navidad juntos ni nos reuníamos civilizadamente con nuestros viejos amigos.

No, nos separamos al estilo norteño.

Gritos cruzados en plena calle a la antigua usanza, irracionalidad y puñaladas traperas por doquier. Una noche de juerga que nos encontramos nos lo montamos en unos aseos. No fue bonito. Pero, claro, ¿cuándo lo es?

Yo era de esas mujeres que se referían a su ex como «el capullo ese». Y todo el mundo sabía de quién hablaba.

Nos separamos hace dos años y seguíamos casados porque no podíamos pagar el divorcio; aunque ya no pensaba en él como mi marido. Winston era tan irresponsable que intentar que firmase algo —mejor dicho: intentar que hiciera cualquier cosa— requería tal gasto de energía por mi parte que me había dado por vencida.

Y sí, naturalmente, Petra tenía razón al decir que debería haber cortado cualquier clase de atadura con ese hombre. Tendría que haber borrado mi nombre de cualquier cosa relacionada con él, porque no obtendría nunca crédito, nunca podría seguir adelante con mi vida, mientras lo tuviera colgado de mí a distancia, fastidiándolo todo. Pero con todas las horas que trabajaba, y el esfuerzo que requería ir tirando sin más, bueno, me era imposible.

«Lo que menos te apetece hacer hazlo en primer lugar, Roz —me había aconsejado Petra en numerosas ocasiones—. Así serás mucho más productiva, sin estar pendiente todo el día de eso que te da pavor».

Imaginad lo que pasaría si le contara a Petra lo de la invitación de Scott.

¡Virgen santa! Se volvería loca.

Petra creía que todo el mundo se regía por la misma brújula moral que ella. Y cuando la gente resultaba no ser como ella pensaba se quedaba atónita. Se lo tomaba como un insulto personal.

Yo había rechazado a Scott, claro.

—No salgo con hombres casados —le dije.

—No te pido una cita —repuso—, solo una copa. No hay ninguna ley contra eso, ¿verdad? Podemos quedar como amigos.

—Lo siento, Scott, pero no.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Ahora sonreía.

—Adelante.

—Si no estuviera casado, ¿vendrías a tomar algo?

—Pero es que estás casado.

—Supón que no lo estuviera.

—Pero lo estás, Scott.

Se fue, con aire divertido. Como si en realidad mi testarudez fuera de lo más atractiva. Me pregunté si tendría por costumbre hacer eso, si era un adúltero en serie y disfrutaba de la conquista. Y lo más probable es que hubiera seguido preguntándomelo el resto de la mañana si no hubiese recibido la llamada de George.

Iba por el tercer paciente aquejado de ciática de la jornada cuando oí que sonaba el teléfono en recepción. Procuré no distraerme porque este paciente estaba bastante tocado y necesitaba toda mi atención.

La auténtica ciática es poco común. Se da cuando la sustancia blanda que hay dentro del disco intervertebral se escurre por una grieta en el revestimiento exterior más duro del disco. Esa sustancia se posa sobre el nervio ciático, lo que produce un dolor severo y a menudo la parálisis de la pierna del paciente. Una vez que se ha salido esa sustancia, no hay vuelta atrás. Es como intentar volver a meter el dentífrico en el tubo. El único remedio pasa por la cirugía. Así que si os encontráis en la situación de que un terapeuta os dice que os está volviendo a poner los discos en su lugar, podéis estar seguros de que es un idiota.

Pero, como decía, la auténtica ciática es poco común. Es mucho más frecuente que el paciente sufra una sobrecarga de la fascia que rodea las vértebras inferiores. Yo tenía un buen truco que consistía en que el paciente se inclinara delante de mí para que pudiera hacerle un masaje bien fuerte con las yemas de los dedos. A menudo, en cuestión de unos minutos, el paciente podía agacharse del todo sin que yo tuviera que manipular las articulaciones, lo que podía ser doloroso.

Estaba en medio de ese procedimiento cuando Wayne llamó enérgicamente a la puerta con los nudillos y me informó de que había una llamada de teléfono que tenía que contestar de inmediato. «¡Les llamo luego!», grité, porque la anciana hippy sin sujetador que tenía delante se había estremecido por efecto de la interrupción de Wayne y ahora tenía un espasmo muscular. Estaba doblada hacia delante y no se podía mover.

—Es la maestra de George —repuso Wayne entre dientes.

Era imposible que dejara a la paciente tal como estaba: con los arrugados pechos, cual bolas de billar dentro de calcetines, colgando hasta el suelo, y una inclinación de cuarenta y cincuenta grados, una posición sumamente precaria.

Así que le dije a Wayne que devolvería la llamada en dos minutos.

Pasé los noventa segundos siguientes sumida en una colisión de pensamientos dispares mientras mi cerebro funcionaba como una agenda giratoria revisando las posibles lesiones que podía haber sufrido George para que me llamaran con tanta urgencia. Y como no conseguía aliviar el espasmo muscular que sufría mi paciente en la espalda, me di por vencida temporalmente, ajusté el plinto de tratamiento en la posición más baja —a unos treinta centímetros del suelo— y la sostuve rodeándole la

cintura con los brazos mientras ella avanzaba con ademanes penosos hasta el plinto, se derrumbaba en posición fetal y decía:

«Venga, vete a ver qué pasa con tu hijo».

Le di las gracias y me abalancé sobre las estanterías, cogí una toalla grande y se la puse encima para proteger su pudor (aunque le trajera sin cuidado). Luego fui a toda prisa a recepción, donde Wayne lucía una expresión que yo debía traducir como «Nada de llamadas personales en horas de trabajo».

Contestaron y dije «¿Hola?», mientras Wayne fingía atarearse abriendo una caja nueva de pañuelos de papel y luego secándose el labio superior.

—Señora Toovey, soy Hilary Slater.

Hilary Slater era la directora.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Sí y no, para ser sincera. —Y dejó escapar un sonoro suspiro—. Hay un problema... un problema con George.

—¿Está enfermo?

Hace unos seis meses, empecé a recibir llamadas de la escuela con regularidad para avisarme de que George no se encontraba bien y tenía que ir a recogerlo.

Presentaba una variedad de síntomas: náuseas, dolor de cabeza, mareo, cojera alguna que otra vez. Como era de esperar, la escuela se tomaba estos síntomas en serio. Igual que yo, al principio.

Cuando ocurrió por tercera vez, ni a Wayne ni a mí nos hacía ninguna gracia que tuviera que salir pitando hacia Hawkshead a media tarde para llevar a mi hijo a casa o volver con él a la clínica. Sobre todo porque en ninguna de esas ocasiones le pasaba nada en absoluto. Veinte minutos después de salir de la escuela, su palidez había desaparecido y estaba charlando tranquilamente. Hablé con la maestra de George. Le expliqué que, por la razón que fuera, creía que George nos estaba poniendo a prueba, e intentaría llegar al fondo del asunto, pero que en el futuro hicieran el favor de cerciorarse bien antes de dar por sentado que se encontraba mal.

Una semana después recibí la misma llamada, solo que esta vez habían visto a George vomitar, conque difícilmente podía yo poner pegas. Allá que me fui, dejando a una paciente con fibromialgia en las manos no demasiado competentes de Gary. Gary, cuyo repertorio completo de tratamiento consistía en ultrasonidos seguidos de la nueva terapia eléctrica de turno que nos estuvieran endosando los representantes, para terminar con una buena charla sobre posturas correctas. Lo que, en esencia, no le aliviaba una mierda a alguien que tenía dolor constante.

Ni que decir tiene que George estaba bien. El que lo había visto era uno de sus amiguetes, que, de haber sido interrogado, habría cedido y cambiado su versión a que, más que vomitar, le colgaban de la boca hilillos de saliva. Y George había conseguido una vez más saltarse la clase de español. O la de la guerra de las Rosas. No sé cuál era la que menos le gustaba por entonces.

—George no está enfermo, señora Toovey —dijo Hilary Slater.

—¿Ah, no? Qué alivio —respondí con una risa nerviosa. Silencio.

—¿Podría pasarse por aquí hacia las tres y media para que nos reunamos? —dijo, en un tono que en realidad no era de pregunta.

Vacilé.

—Hoy George tiene club de extraescolares. Me temo que trabajo hasta las cinco. ¿De qué se trata exactamente?

A estas alturas Wayne me estaba mirando sin disimulo e intenté apartarme del mostrador para que no me oyera. Sin embargo, el cable del teléfono era muy corto y no pude alejarme lo suficiente.

—Prefiero hablar con usted en persona —dijo con cautela.

—Lo entiendo, pero... —Hice una pausa. ¿Cómo decirlo sin sonar grosera y despectiva? No era posible—. No quiero cambiar las citas de mis pacientes, señora Slater, a menos que sea absolutamente necesario.

Wayne estaba haciendo gestos exagerados. «Dile que no —dijo moviendo los labios en silencio—. Ni pensarlo».

—No le pediría que viniera de no ser absolutamente necesario.

—Entonces quizá podría quedarse usted un poco más tarde, ¿no? —sugerí esperanzada—. Podemos reunirnos, pongamos, a las cinco. Seguro que puedo salir un poco más temprano de aquí si...

Me interrumpió.

—No es posible. Señora Toovey, George ha estado robando.

—¿Que ha estado qué?

—Robando.

—¿Robando? —repetí, como cegada, y Wayne dejó lo que estaba haciendo y me miró fijamente, muy interesado.

—Así es —dijo ella.

—Esto... supongo que tiene pruebas, ¿no? —tartamudeé—. Supongo que no haría semejantes acusaciones a menos que esté absolutamente segura, porque si...

—No hay la menor duda, señora Toovey.

—Joder —susurré, y me disculpé enseguida—. De acuerdo —le dije—. De acuerdo, iré a la reunión.

A menos que las reuniones se concierten de modo que coincidan con los horarios del ferry, suele ser difícil llegar a las citas con puntualidad. Cosa insólita, en este caso llegué temprano. Me quedé en el coche delante de la escuela, prefiriendo esquivar a las otras madres, porque George no saldría con el resto de los niños.

De hecho, no se le había permitido asistir con los demás compañeros a ninguna de las clases de la tarde y había estado trabajando él solo con una maestra auxiliar en el aula de informática de la escuela.

Di vueltas al dial de la radio, intentando sintonizar decentemente alguna emisora. Dependiendo de donde estés, la recepción de las señales de transmisión deja bastante

que desear. Los relámpagos, en cambio, no tenían tantos problemas para caer y si querías proteger los aparatos eléctricos era fundamental tener supresores de sobretensión. Desde que me mudé aquí ya me había quedado sin un frigorífico y dos teléfonos móviles.

Al final, claudiqué y opté por esperar en silencio. Observé a las mujeres en el patio en corrillos de tres o cuatro, manteniendo una conversación desenfadada en la que lo esencial probablemente sería: «No, sin duda la peor madre de toda la escuela soy yo porque...». No lo decían en serio, claro. No hablaban con sinceridad. Los hombres se libraban de esa letanía de bobadas trufadas de autodesprecio; se les permitía estar a solas, sin hablar, irradiando ambivalencia.

Si actúas así siendo mujer, la gente lo nota.

Cuando el patio se despejó, entré en la escuela. Había decidido no defender a George. Escucharía lo que tuviera que decirme Hilary Slater. Le diría que me ocuparía de ello. Haría lo que fuera necesario para que George se corrigiera, y tan pronto como fuera posible.

Pero cuando la secretaria me llevó al despacho de la directora y vi a George sentado en una silla demasiado alta, con las piernecillas colgando, la cabeza gacha, me superó.

Me lancé hacia él.

—George —dije a la vez que me acuclillaba junto a su silla—, ¿estás bien?

Asintió con la cabeza sin levantar la vista.

Unos segundos después vinieron la directora, Hilary Slater, la maestra de quinto curso de George y la maestra de sexto, que llevaba una colonia empalagosa que se adueñó del despacho y me revolvió el estómago.

—Señora Toovey —empezó la directora—, gracias por tomarse la molestia de venir.

—No es ninguna molestia —repuse.

—Igual quiere sentarse —dijo señalando una silla vacía a poco más de medio metro de la de George.

Miré a mi hijo antes de ponerme en pie; intenté que me sostuviera la mirada, pero no quiso. Llegué al extremo de levantarle la barbilla con el dedo, pero se resistió y mantuvo la cabeza gacha.

Me senté, miré a las tres mujeres que tenía delante; las tres me miraban con una expresión compasiva que insinuaba: «Aquí no juzgamos a nadie».

—Bien —empezó la directora—, seguro que el señor Toovey la puso al tanto del problema de la semana pasada y, en realidad, lo que nos gustaría ahora es saber qué piensan al respecto y elaborar un plan de actuación adecuado para George. Un plan en el que todos colaboremos con el fin de...

La interrumpí.

—Un momento —dije—. ¿Han hablado con Winston de esto?

Hilary Slater frunció el ceño.

—Sí —respondió—. ¿Usted no?

—Es la primera noticia que tengo.

—Vaya —resopló, incómoda—. Ah, qué... inoportuno. Había dado por supuesto que... —Se quedó sin palabras y miró a las otras maestras en busca de inspiración.

La maestra de la clase de George carraspeó. Era una mujer amable y simpática de poco más de cincuenta años y maneras accesibles, pero tenía la molesta costumbre de fingir no reconocerte si te la cruzabas fuera de la escuela.

—Intentamos ponernos en contacto con el señor Toovey para que viniera hoy a la reunión, pero el hombre que contestó dijo que el señor Toovey estaba de viaje de negocios en el extranjero.

Miré de reojo a George, que levantó la cabeza antes de volver a bajarla enseguida. Tenía las rodillas manchadas de hierba y el lazo de la zapatilla derecha se había corrido de manera que un extremo era demasiado largo y el otro demasiado corto para hacer el nudo.

—Es lamentable —dije. A nadie se le escapaba que quien había contestado la llamada era el propio Winston—. Pero dice que ya habían hablado con él, ¿no?

—Sí —contestó Hilary Slater—. Dos veces. El viernes pasado, cuando el señor Toovey vino a recoger a George a la escuela. Entonces ya hacía tiempo que desaparecían cosas...

—¿Qué tipo de cosas? —pregunté.

—Artículos de escritorio y tal... nada de mucho valor, pero no se trata de eso en realidad. Robar es robar, señora Toovey.

—¿Y se lo dijeron a Winston?

—Sí. —Hizo una pausa, mordiéndose el labio antes de continuar—: Me parece que el señor Toovey no se lo tomó muy en serio. Por lo visto pensó que era normal en niños pequeños. De hecho, bromeó diciendo que cuando tenía la edad de George su madre tuvo que coserle los bolsillos. Lamento que no fuera informada, pero supuse que el señor Toovey le hablaría de nuestra conversación.

Miré a George.

—Cariño —dije con delicadeza—, tendrías que habérmelo dicho.

—Me temo que no conseguimos que George hable del asunto —dijo Hilary Slater—. No reconoce que se porta mal y no logramos entender por qué. Aparte de eso, como sabe, va muy bien en los estudios. Y ni que decir tiene que les cae bien a sus compañeros. Es un alumno simpático y popular.

—¿George? —le insté, pero él se limitó a encogerse de hombros—. Me volví hacia la directora y le dije: —Así que artículos de escritorio. ¿Eso es todo?

—Me temo que no. Si descubrimos que George estaba robando fue porque intentaba venderles los artículos a otros niños.

—Ah —dije.

—Encontraron una grapadora en la mochila de un niño de segundo.

Hice una mueca de dolor.

—Y por desgracia, hoy —continuó— hemos encontrado a George en la sala de profesores, hurgando en los bolsos en horario de clase. Tenía cuarenta libras en el bolsillo y estamos casi seguros de que no es la primera vez que lo hace.

Me levanté de la silla.

—Dios, George —dije, a la vez que me agachaba a su lado—, ¿en qué demonios estabas pensando?

Se echó a llorar.

—Señora Toovey, sabemos que la situación de George en casa no es muy estable desde hace tiempo. Quizá podría charlar con él y ver si le preocupa algo —sugirió Hilary Slater.

—¿Van a castigarle? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No creemos que sea el mejor modo de abordarlo. Desde luego, si vuelve a ocurrir nos veremos obligados a tomar medidas. Pero estamos convencidos de que ahora George entiende la gravedad del asunto y que no habrá más incidentes. ¿Verdad que no, George?

Levantó la cara inundada de lágrimas.

—No —susurró.

Unos momentos después, cuando estábamos sentados en el pasillo, dije:

—Mírame, George. ¿Qué está pasando?

—Nada.

—George... —repetí.

Se limpió los ojos.

—No sé.

—Claro que lo sabes. ¿Por qué has cogido el dinero?

Y se echó a llorar, su cuerpecillo estremecido por grandes sollozos.

—Porque no tienes dinero —dijo entre lloros.

—Tengo un poco. Tengo suficiente dinero —respondí.

Tomó aliento.

—Y quería comprar a César —añadió—. Quería recuperar a nuestro perro.

Era el día siguiente a la primera cita de Scott. Y había vuelto para otra visita. No le había preguntado cómo había convencido a Wayne para que cambiara la hora a mi tercer paciente del día, porque ya me estaba dando cuenta de que Scott no funcionaba dentro de los parámetros habituales. Andaba bastante alicaída después de la reunión en la escuela, y el efecto que estaba teniendo mi situación económica sobre George me había caído encima con todo su peso. Lo cierto es que no tenía ganas de batirme en otro duelo dialéctico, pero Scott insistió en que me interesaría lo que tenía que decirme, así que, después de la sesión de tratamiento, le presté oídos.

—Sé que tienes problemas económicos —empezó Scott cuando le dije que adelante.

Sí, lo escucharía, porque cuando estás endeudada por valor de dieciocho mil libras, y tu hijo roba en la escuela, porque hasta George se había dado cuenta de lo mal que estaba la situación, tienes mejor disposición a recibir propuestas de negocios (aunque había aguantado a un montón de vendedores piramidales a lo largo de los años. Algunos pacientes habían intentado venderme de todo, desde suplementos nutricionales de algas a depuradores de agua).

—Puede que lo que voy a decirte te choque —me advirtió Scott.

—Antes trabajaba en la sanidad pública —repuse—. No me sorprende tan fácilmente.

—Quiero pagarte por pasar la noche contigo —dijo.

Parpadeé. Luego me eché a reír.

—Creía que querías hablar conmigo de algo serio —contesté—. ¿Esto es por lo que dije el viernes sobre la prostitución? No hablaba en serio, la verdad. Había bebido mucho y no fue más que una observación...

—Lo digo completamente en serio.

—Qué va —repliqué, pero por su expresión vi que hablaba en serio—. Joder —susurré.

Me habían pedido cosas muy raras a lo largo de mi vida. Justo la semana anterior, uno de mis pacientes habituales —un bebedor diabético con gota en los dos pies— me preguntó si un masaje en la zona perineal podía ayudarle a mantener la erección. Respondí que no estaba segura, pero que no conocía a nadie que ofreciera ese servicio en la localidad, y antes de que tuviera ocasión de continuar lo despaché.

—Mira —dijo Scott—, esto nos beneficiaría a los dos. Rehusaste tomar una copa conmigo.

—Porque estás casado.

—Y me gustaría pasar un rato contigo: tu sentido del humor, tu sinceridad, la naturalidad que tienes hace que me entren ganas de... bueno, digamos que es refrescante. —Hizo una pausa, atento a mi reacción—. Y —continuó—, como decía,

por lo que comentó Petra en la fiesta deduje que te vendría muy bien el dinero. Aunque, evidentemente, Roz —añadió, su tono de repente más serio—, me la estoy jugando. Así que, si no te interesa en absoluto, prefiero que lo digas sin más. No quiero correr el riesgo de que esta conversación llegue a oídos de otras personas.

—No diré nada al respecto —respondí en voz queda, y él asintió.

No lo dije porque tuviera la menor intención de aceptar su escandalosa propuesta, sino por su esposa, Nadine. Puedo decir por experiencia que la pena que te sobreviene cuando te han engañado nunca acaba de pasarse. Sin duda, con el tiempo, las heridas desgarradas y en carne viva van cicatrizando, pero el dolor perdura, y esperaba no hacerle pasar por ello a Nadine.

—¿Te lo pensarás? —preguntó Scott.

—No es necesario que lo haga. La respuesta es no.

—Pero no me has preguntado cuánto estaba dispuesto a pagarte.

—No necesito preguntártelo. No me vendo, Scott.

—Todo el mundo tiene un precio.

—Ahora estás hablando como un auténtico gilipollas —le espeté.

Sonrió a su pesar y levantó las dos manos dando a entender que sabía que había perdido.

Probablemente debería haberme mostrado más enfadada de lo que estaba en realidad. ¿De verdad quería pagarme a cambio de sexo? Virgen santa.

Entonces me contuve porque pensé que era exactamente la clase de trato que yo había sugerido el viernes por la noche.

Me vino a la cabeza la cara horrorizada de Petra.

—Si cambias de parecer —dijo—, la oferta sigue en pie.

—No lo haré.

La mañana transcurrió rápidamente entre una bruma de cuerpos sudorosos e interminables comentarios sobre la ola de calor. El tipo de conversaciones en que no paras de oír: «Bueno, si esto es el calentamiento global, por mí estupendo».

Cuando llegó la hora de comer ya casi me había olvidado de la propuesta de Scott. Pero seguía teniendo una sensación rara, como si estuviera un poco sucia y me conviniera ducharme.

Fui al cuarto de baño de empleados, donde llené el lavabo de agua fría, me quité la bata y me enjaboné bien de cintura para arriba. No me apetecía secarme con la toalla de mano, porque también la usaban Wayne y Gary, pero decidí que no había muchas posibilidades de que se lavaran las manos después de mear, conque la usé.

Me arreglé un poco el pelo, recogíéndomelo con unas viejas horquillas que encontré en el fondo del bolso. Pegado al forro había un caramelo Hall's de cereza que había perdido el envoltorio.

Observé mi reflejo y me pregunté si yo misma había provocado lo que había pasado antes. De acuerdo, mi franqueza el viernes por la noche quizá había alentado

de alguna manera el comportamiento de Scott, pero no recordaba haber sugerido en absoluto que fuera a prostituirme. Mi idea general era que algunos hombres tienen una necesidad evidente —siempre la han tenido, siempre la tendrán—, así que sería mucho menos lioso si satisficieran esa necesidad sin recurrir a aventuras ni provocar rupturas de matrimonios y familias.

Ahora veía que lo que a mí me parecía una idea relativamente sencilla y razonable, podía percibirse de una manera muy distinta. Petra había reaccionado como si le hubieran dado una bofetada. Su marido, Vince, como si hubiera sonado un silbato que él no alcanzara a oír. Y Scott, bueno, Scott había cogido la idea y la había llevado a un nivel totalmente distinto.

O quizá no.

Quizá Scott ya llevaba una temporada al acecho y había decidido que yo estaba razonablemente bien dispuesta, así que ¿qué podía perder?

Cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que no tenía la menor idea de lo que le pasaba a la gente por la cabeza.

Salí del cuarto de baño con intención de prepararme un café —para sacudirme el bajón de primera hora de la tarde— y comerme un plátano al sol. Había un banco de madera ante la entrada de la clínica, pero decidí evitarlo, porque los ancianos tendían a llegar sumamente temprano a las citas y se refugiaban en él.

Antes de que me diera cuenta, me encontraría atrapada en la misma charla intrascendente que llevaba manteniendo toda la mañana: el calor, la inmigración, la nuera frívola y manirrota y la carne de cerdo demasiado hecha en el banquete de boda al que habían asistido la semana anterior.

Así pues, cogí la mochila con la idea de ir a sentarme a almorzar a solas en un peldaño polvoriento de detrás de la clínica, donde no me vería nadie.

Wayne, en cambio, tenía otros planes.

—Quiero hablar contigo un momento, Roz —dijo cuando pasé por recepción.

No levantó la cabeza. Su mirada estaba fija en el monitor que tenía delante.

—Ahora iba a...

—Será solo un momento. —Y me miró a los ojos a la vez que me ofrecía una sonrisa más bien compasiva—. Hay un problemilla con los ingresos —empezó.

Wayne Geddes era un tipo incoloro. Tenía la piel, el pelo, las pestañas e incluso las encías de un peculiar matiz de nada. Era lo que yo describiría como olvidable al instante.

Aparte, claro, de su propensión a sudar.

Si alguna vez habéis dejado un trozo de queso parmesano fuera de la nevera un tiempo os habréis fijado en que salen de la corteza una serie de gotitas grasientas. Así es la frente de Wayne. Da igual qué tiempo haga. No podía por menos de compadecerlo.

—¿Un problemilla? —dije.

Frunció el ceño a la pantalla del ordenador como si intentara entender algo.

Luego me miró.

—Los ingresos no siempre coinciden con la agenda de citas —dijo—. Hay algunas incongruencias.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Vaciló.

—Suéltalo, Wayne.

Miré de soslayo la puerta abierta. Hay tan pocos días de sol al año que ejercen una atracción irresistible. Me quedé mirando a Wayne, moviéndome con nerviosismo igual que un galgo en el cajón de salida, listo para echar a correr.

—¿No quieres contarme nada? —preguntó, cauteloso.

—No.

—¿Estás segura? Porque puedo ayudarte, Roz. Basta con que confíes en mí y prometo que te ayudaré.

Le sostuve la mirada muy fijamente.

—No sé de qué me hablas, la verdad. Ahora tengo que...

—Vale —dijo—. De acuerdo. —Y me miró con tristeza, como si lo decepcionara—. Hay otra cosa. Vas a tener que volver antes del descanso para comer —dijo—. Le he dado hora a Henry Peachey a la una.

—¿Quién?

—¿El agente de seguros? ¿Ese al que tenías que llamar y no llamaste?

Ah. Ese.

—No podía dejarlo pasar más tiempo, Roz —dijo—. Tienes que someterte a esa evaluación. Sin ella, no estamos cubiertos del todo.

—Eso me dices una y otra vez. Pero ¿tenías que darle cita para hoy? —pregunté, mirando el reloj.

Solo me quedaban quince minutos.

—Henry solo trabaja los martes y los miércoles.

—Me alegro por él.

Wayne dejó escapar un sonoro suspiro.

—Reúnete con él, ¿vale? Ayúdame a ayudarte. Además, no te llevará mucho rato.

—Si le parece, empiezo preguntándole la fecha de nacimiento —dijo el agente de seguros.

—El 25 de diciembre de 1971.

Levantó la cabeza.

—El día de Navidad.

Asentí.

Entonces la gente dice una de las dos cosas siguientes: «¿Te hacen el doble de regalos?» o «Siempre he compadecido a la gente que cumple los años ese día».

Él no hizo ninguno de los dos comentarios.

—La verdad es que a mí no me va mucho la Navidad —dijo, y sonrió.

Tenía una sonrisa cálida y sexy al mismo tiempo. Y me descolocó por completo.

Estábamos en el despacho de la nutricionista. En la clínica no había suficiente trabajo para un nutricionista a jornada completa, de modo que Helen Miller se repartía entre cuatro o cinco centros del noroeste. Gracias a ello su mesa siempre estaba despejada de los desechos que se acumulaban en la mía, pues Helen siempre llevaba de aquí para allá sus expedientes y demás. Había bajado los estores porque el sol estaba alto y entraba un calor tremendo por las ventanas, y tenía el ventilador al máximo.

Notaba las mejillas calientes y enrojecidas.

Henry Peachey llevaba un polo con el cuello un poco descolorido y unos pantalones de lona que ciertos establecimientos considerarían vaqueros, negándole por lo tanto el acceso. Alcancé a oler su loción para después del afeitado.

—¿Nombre completo? —preguntó.

—Rosalind Veronica Toovey.

Tecleaba rápido. Tenía el gesto relajado, estaba muy tranquilo, y lo observé con descaro. Los únicos hombres que venían a la clínica (aparte de pacientes) eran representantes médicos y parecían androides. Se movían entre nosotros, engañándonos con su postura erguida, su buen cutis, la camisa impoluta y la mirada penetrante e interesada. Al principio te daba la impresión de que nunca habías estado más en sintonía con alguien. Y luego, de súbito y sin previo aviso, la fachada desaparecía.

El viajante metía la mano en el maletín, se desvanecía el hechizo y caías en la cuenta: «Ah, es un representante».

No es capaz de continuar con la ingeniosa guasa del comienzo porque solo puede mantenerla durante el rollo inicial. En ese momento igual te ves haciendo una broma para aliviar la incomodidad. Pero te encontrarías con una mirada inerte, vacía. Una mirada que dice: «No computa».

Henry Peachey no era así en absoluto. Y cuando levantó la vista y dijo «¿Lugar de nacimiento?», me sostuvo la mirada. Fue como si me pidiera que me desnudase.

No lo estaba imaginando, hubo una atracción mutua inmediata, y tartamudeé:

—Kendal. —Y añadí—: ¿Cómo es que no le gusta la Navidad? ¿Está en contra de la religión?

—No estoy en contra de la Navidad como tal —repuso, sin dejar de teclear—. Pero me parece que en nuestra sociedad hemos llegado a un punto en el que tenemos que gastar sumas desmesuradas solo para demostrar que nos queremos. Supongo que tiene más que ver con que no me gusta que la industria de la publicidad me diga lo que tengo que hacer. —Levantó la vista—. ¿Títulos?

—¿Los quiere todos?

—Basta con los más recientes.

—Una licenciatura en fisioterapia. Empecé un máster pero, ya sabe, la vida se entrometió. ¿También está en contra de los cumpleaños?

Un brillo de malicia asomó a sus ojos, e hizo una pausa antes de hablar. Tuve que apartar la vista para recobrar el aliento.

—Hace unas semanas recibí un mensaje de Apple —dijo— en el que me decían que tenía que regalarle un *iPad* a mi padre por el día del Padre. Según su criterio, si lo quería de verdad y tal y cual, me rascaría el bolsillo para comprárselo. ¿Trescientas libras por el día del Padre? Qué locura. ¿Fuma?

Titubeé. Luego dije:

—No —con firmeza.

—¿Nunca?

—Bueno, a veces cuando estoy borracha —reconocí avergonzada—. Si estoy un poco aburrida, salgo en busca de un pitillo. Pero no ocurre a menudo.

—Eso cuenta.

—¿De verdad?

Asintió con seriedad.

—Hemos tenido un par de casos este año... familiares de personas muertas en accidentes de coche que no han cobrado la póliza. Los titulares aseguraron que no eran fumadores, pero como se encontraron restos de nicotina en sus muestras... en fin —dijo, y se encogió de hombros.

—Se pasan un poco, ¿no?

—Es el mundo en que vivimos, me temo. Fumadora ocasional —murmuró mientras escribía.

—¿Para qué es esto exactamente? —pregunté.

Wayne me lo había dicho, pero no le había escuchado. Los administradores en prácticas siempre intentan que hagamos cosas irrelevantes; Magdalena, la fisio austriaca, aseguraba que lo hacían simplemente para justificar su existencia. Si hiciera la mitad de las cosas que me pedía Wayne, atendería a cuatro pacientes menos al día.

—Es para reducir las cuotas del seguro de responsabilidad civil.

—Pero ya estamos todos asegurados hasta cien millones con la Sociedad Colegial.

—Eso es el seguro individual —explicó—. La compañía propietaria de esta cadena también es responsable si ocurre un accidente con un paciente. Llevando a cabo estas evaluaciones a fondo de su personal, pueden reducir sus cotizaciones. Es un poco como hacer un cursillo avanzado de conducción: se te considera un conductor más seguro al terminarlo, así que se reduce el seguro de automóvil.

Asentí.

—Olvidaba preguntárselo, ¿está casada, señora Toovey?

—Separada —contesté, demasiado rápido—. Y llámame Roz.

Tenía una piel preciosa. Y la boca tan suave que al mirarla fijamente noté una punzada de anhelo que me bajó hasta...

—De acuerdo, Roz —dijo—, ¿alguna operación, intervención médica?

—Tuve un accidente de coche hace cuatro años y sufrí un neumotórax.

—¿Neumo...?

—Perdona, pensaba que tenías formación médica. Un pulmón colapsado —expliqué—. También me rompí un brazo, pero no creo que tenga importancia.

—¿Alguna operación, alguna intervención quirúrgica realizada fuera del Reino Unido?

No respondí.

Levantó la cabeza y me miró con preocupación. Como no dije nada, hizo una mueca antes de continuar:

—Lo siento, pero tienes que responder esta pregunta con absoluta claridad. Es importante.

Suspiré. No quería que se enterara. Hasta ese momento había estado envuelta en una bruma, una especie de maravilloso hechizo como de ensueño donde la puerta de la clínica nos protegía por completo del mundo real.

Ahora era como si el hechizo se hubiera desvanecido.

—Perdí un hijo que esperaba mientras estaba de vacaciones en Gran Canaria —dije—. Estaba de veintiséis semanas, bastante avanzada.

Ladeó la cabeza y me ofreció una sonrisa triste.

—Lo siento mucho —dijo en voz baja.

—No pudo ser —repuse.

Lo que no dije es que aquello fue el principio del final para Winston y para mí. Él ya me había engañado varias veces. Entonces yo no lo sabía, pero notaba que nuestra relación no era como antes. No me di cuenta de lo que tenía delante de los ojos y, abrigando falsas ilusiones, pensé que otro bebé nos uniría de nuevo.

Una tontería, la verdad, pero en mi defensa diré que estoy segura de que no fui la primera mujer en pensar que un hombre dejaría de comportarse como lo hacía cuando

tuviera un nuevo bebé en brazos. Si las mujeres dejaran de engañarse con esa fantasía en concreto, me parece que la humanidad se extinguiría en un abrir y cerrar de ojos.

Por desgracia para nosotros, empecé a sangrar un poquito cuando subimos al avión en Manchester, y para cuando llegamos a Gran Canaria estaba claro que algo iba mal. Fuimos directos al hospital, donde me engancharon a un gota a gota, me echaron un vistazo y me dijeron que me someterían a una exploración a fondo a primera hora de la mañana. A Winston le dijeron que no podía hacer nada y, como yo iba a compartir habitación con otra mujer, no podía quedarse.

Hacia las diez de esa noche hubo un cambio de planes. Una obstetra bastante brusca llevó a cabo la exploración y me dijo en su precario inglés: «No hay nada».

Cuando le pregunté qué quería decir exactamente, contestó «No más bebé», y la enfermera auxiliar me informó de que me provocarían el parto a las siete de la mañana y tendría que dar a luz. Solo que al final no habría ninguna compensación. Medio muerta de pena, medio aterrada, rogué que me hicieran una cesárea. Pero se negaron.

Después de aquello cambié. Creo que sencillamente dejé de esforzarme. No tenía el ánimo ni la energía y determinación necesarios para encauzar nuestras vidas con eficacia y, al final, todo se vino abajo. Winston empezó a acostarse con más mujeres. Yo no presté atención a nuestros problemas económicos. Y lo perdimos todo.

—Voy a tener que tomarte una muestra de sangre —dijo ahora Henry Peachey, en tono de disculpa.

—¿Un análisis de sangre? ¿Por qué?

—Cualquier intervención quirúrgica realizada fuera del Reino Unido conlleva un mayor riesgo de contraer el sida. ¿Te hicieron un legrado?

Negué con la cabeza.

—Di a luz.

—Me temo que eso sigue siendo una intervención quirúrgica. El análisis consiste en un pinchazo en el pulgar. Solo necesito la sangre suficiente para...

Dejó la frase en suspenso mientras hurgaba en el maletín, en busca, según se vio, de dos sobres de polietileno, cada cual con un pequeño vial de plástico.

—Allá vamos —dijo.

Me limpió el pulgar usando una toallita con alcohol. Me di cuenta de que su ánimo y la forma de tratarme habían decaído. El sutil tono de flirteo entre nosotros había desaparecido.

Me apretó el pulgar y colocó el vial.

—Con el trabajo que tienes —comentó, a la vez que enroscaba el tapón—, debes de conocer a toda clase de gente.

No se equivocaba. Cargaba con más secretos de la gente de lo que me apetecía recordar. La relación entre paciente y terapeuta es un arreglo curioso, que no se reproduce en ninguna otra parte. Antes pensaba que era la condición vulnerable del paciente —el hecho de que tenían dolor y estaban medio desnudos— lo que les

empujaba, quizá como respuesta nerviosa, a revelar información. Pero he cambiado de parecer. No creo que mis pacientes se sientan nunca vulnerables de verdad. Me esfuerzo mucho para que estén tranquilos, para presentarme como una persona afable y capaz en la que se puede confiar para tratar el asunto en cuestión sin aspavientos. O sea que no, no era eso. Era la puerta cerrada. La sala insonorizada. Algo relacionado con saber que no te oirán. Hablar con una persona que tiene la obligación de mantener la confidencialidad con el paciente libera a la gente para sincerarse como no pueden hacerlo en ninguna otra faceta de su vida. Salvo, quizá, con un sacerdote. Pero ¿quién confía aún en el clero?

Cuando Henry Peachey hubo terminado me pasó un algodón y me dijo que presionara sobre el pinchazo. Era de lo más eficiente.

—¿Cubres todo el norte de Inglaterra? —pregunté, por charlar un poco—. ¿Por eso solo estás disponible en esta zona los martes y los miércoles?

—No. Solo trabajo dos días a la semana.

Debí de mirarlo con la boca abierta, porque dijo:

—¿Tan raro es?

Arqueé las cejas.

—Afortunado, más bien. ¿Cómo te las apañas? ¿Eres rentista o algo así?

Se echó a reír y la luz volvió a sus ojos.

—No.

—Entonces ¿cómo lo haces?

—Solo hace falta un poco de autocontrol, y supongo que la determinación de no tragarse la creencia extendida de que el trabajo duro es algo bueno en sí. Que todos tendríamos que partimos el espinazo trabajando solo para gastar más dinero en porquerías que no necesitamos.

—Ah —dije con una mueca—, eres uno de esos.

Se detuvo y me miró con socarronería.

—¿Uno de cuáles?

—Ya sabes, esos que se dedican a tejer cestas de mimbre, los autosuficientes.

¿Has plantado algo en tus viejas botas de trabajo y las has dejado en el umbral de tu casa?

—No —dijo, y se echó a reír.

—Antes salía con un tipo así. Dedicaba tanto tiempo a fabricar molinos de viento con porquerías recicladas, intentando vivir de la tierra, que no tenía ni un penique a su nombre. Habría sido mucho más rápido y menos cansado buscarse un trabajo a media jornada.

Me miró. Arqueó una ceja. Esperó a que cayera en la cuenta.

—Que es exactamente lo que has hecho tú —reconocí—. Ah, vale, bien por ti. Los que tenemos responsabilidades nos vemos obligados a ganarnos la vida como Dios manda.

—Bonito discurso —dijo, y me dio una tirita.

—Gracias.

Pasó un momento.

—¿Luego tuviste hijos... quiero decir, después de lo que te pasó en el extranjero?

—Ya tenía un hijo. Pero no tuvimos más porque no nos lo podíamos permitir. —

Y cuando frunció el ceño, como si pusiera en tela de juicio mi afirmación, añadí—: No teníamos seguro de viaje. Mi ex dijo que lo había arreglado para las vacaciones, pero no lo había hecho. Tuvimos que pagar mi estancia en el hospital con tarjeta de crédito, una deuda que aún sigo amortizando, junto con muchas otras. En fin —dije más animada, intentando cambiar de tono otra vez—, en apenas unos minutos has averiguado todo lo que hay que saber sobre mí.

Me sostuvo la mirada, y ahí estaba de nuevo. La sacudida de atracción mutua.

—Todo no, espero —dijo Henry.

A media tarde de ese día George y yo hicimos un pícnic en el jardín de atrás.

Compré unas cosillas en el pueblo: un tarro de humus de oferta, embutido ahumado de la región (con fecha de caducidad de ese mismo día), un pepino y una *baguette* que se vendía a diez peniques porque había recibido algunos golpes durante el transporte.

Visto desde fuera, cualquiera habría dicho que todo era más o menos perfecto.

El calor del día iba menguando. George estaba feliz, engullía lonchas de ternera sazónada con pimienta, y tenía el polo de la escuela lleno de manchas de hierba, motas de polen y una informe marca amarilla en torno al cuello que luego me daría cuenta de que era crema de protección solar.

Al otro lado de la valla Celia y Dennis trasteaban en el jardín, Dennis silbando suavemente la música de *Los Walton* mientras Celia mantenía un tono de parloteo quedo y constante, puntuado de vez en cuando por un «Dennis, empieza a hacerme caso ahora mismo», cuando tenía que transmitir alguna información crucial.

La casa para turistas del otro lado albergaba esa semana a una pareja de recién casados de Billericay, discretos y con pinta de empollones. Eran de ese tipo de gente que parecen siempre pedir perdón simplemente por estar allí, cosa que, he de reconocer, era un cambio agradable con respecto a los grupos bulliciosos y descontrolados que habíamos tenido de un tiempo a esta parte. La semana anterior le había pedido amablemente a un caballero con una camiseta del Leeds United si no le importaría alejar un poco la barbacoa de la casa para que el viento de costado no empujara la densa humareda hacia nuestro patio, y él como respuesta me llamó puta lesbiana.

Vi a George masticar, la luz dorada en su pelo, el mechón cortado encima de la oreja ahora menos evidente. Tendría que arreglárselo un poco, pensé, aunque sabía que no lo haría. Petra decía que yo tenía tendencia a aferrarme a los rasgos infantiles de George, que a mí me parecían entrañables más que infantiles. Me regañaba a menudo si no corregía los errores de George al hablar, pero me gustaba cuando decía «traí» en vez de «traje», cuando me decía que había «escrito» una carta, cuando confundía las pes y las bes y me pedía que le acercara el «begamento». Esas cosas, qué duda cabía, se esfumarían muy pronto, y no tenía ninguna prisa por perderlas de vista.

Arranqué una margarita de la hierba y se la pasé a George, que puso los ojos en blanco. Eso era cosa de chicas.

—¿Qué has hecho hoy en el cole?

—Ciencias —dijo.

—¿Habéis hecho algún experimento?

—Hemos metido unos bloques blancos en distintas botellas para ver lo que pasaba.

—¿Botellas de qué?

Se encogió de hombros.

—Leche y Coca-Cola y tal.

Recordaba el experimento. Se hacía para demostrar cómo se cariaban los dientes, de modo que los niños aprendieran a elegir bien lo que bebían. Por lo visto, George no había captado el meollo del asunto.

Acabó de masticar, y dijo:

—Finn Gibson-Morris dice que nosotros también seríamos ricos si tuviéramos un restaurante, como sus padres.

—¿Ah, sí? —repuse, inexpresiva.

—Le regalan montones de cosas, mamá. Sus padres tienen tantísimo dinero que...

—Sus padres no tienen una casa en propiedad. Están de alquiler.

Frunció el ceño.

—¿Nosotros no estamos de alquiler?

—Sí, pero no vamos por ahí haciendo que otros niños se sientan fatal porque no tienen mucho dinero.

Ya había oído hablar de Finn Gibson-Morris. No solo por boca de George sino también de sus amigos del colegio. Esta conversación surgía más o menos todas las semanas y, por lo general, tenía el buen juicio de morderme la lengua. Ese día no.

—¿Has terminado? —le pregunté a George, señalando su plato, y él asintió—. Pues vete a coger una manzana.

Le vi irse, las piernas delgaduchas y bronceadas, con la parte posterior de la rodilla hiperextendida. Había heredado la hipermovilidad de Winston. Era capaz de doblar el pulgar hacia atrás hasta tocarse el antebrazo, igual que Winston.

Nunca he visto a un hombre tan ágil, tan flexible, como Winston Toovey. Por eso nos conocimos. La rótula izquierda se le desviaba a menudo hacia la parte exterior de la pierna, y yo se la estabilizaba para que pudiese caminar de nuevo.

Logré terminar dos sesiones de tratamiento antes de acceder a salir con él, desoyendo la directiva de la Sociedad Colegial que desaconsejaba las relaciones entre paciente y fisioterapeuta.

Resultó que estaban en lo cierto, pero no por las razones que aducían.

Vi a George salir por la puerta de atrás, darle un fuerte mordisco a la manzana y hacer un gesto de dolor. Uno de sus dientes de leche seguía aferrándose a la encía, y se le olvidaba hasta que le dolía.

—¿Estás bien? —le grité, y él se sacó la manzana de la boca, se ajustó el diente con un dedo y lo volvió a meter en la encía.

—Sí —dijo, prestando atención a una oveja esquilada que se había separado del rebaño y se acercaba al murete de piedra que bordeaba el fondo del jardín.

Algo en la mirada de George —más bien triste y pensativa— hizo que se me cortara la respiración. Quizá sabía que dentro de poco se llevarían a esa oveja, lista para el matadero, solo porque había nacido con el género equivocado.

George dio un capirotazo al aire, como ahuyentando el pensamiento, y preguntó si podía ir a la casa de al lado a ver a Foxy.

—No te metas entre los pies de Celia —le advertí.

Nada más irse llamaron a la puerta principal y al abrirla me encontré al cartero ahí plantado, con una carta en la mano.

—Entrega especial —dijo—. Tiene que firmar aquí.

Cogí la carta, le di las gracias y entré. Sentada en el peldaño de atrás, la abrí a sabiendas de lo que era.

Un aviso de desahucio. Tenía dos semanas.

Llevaba tres meses de retraso con el alquiler y no tenía manera de pagarlo.

Al final, una simple factura que no esperaba había dado al traste con todo mi presupuesto semanal. Había tenido que comprar dos neumáticos nuevos y una correa de distribución. Mi padre llevaba casi un año dándome la lata para que cambiara la correa, diciéndome que tendría que haberlo hecho hacía mucho tiempo, que si no lo hacía se rompería y el coche quedaría inservible. Al final había comprado la correa, aunque sabía que no tendría suficiente para pagar el alquiler, pero, sin el coche, no podía ir a trabajar. Entre eso y la factura de la calefacción del invierno cuyo pago había ido retrasando, me había sumido en una espiral de deudas.

Y ahora estaba en un lío grave.

Y no era uno de esos miserables problemas económicos que se pueden superar con más tarjetas de crédito, cartas pidiendo disculpas y promesas de cuotas mensuales mínimas.

Estaba a punto de perder la casa.

Estaba a punto de perderlo todo.

—¿Podemos hablar?

—Esperaba que me llamasen —dijo—. Esperaba... —Scott Elias se interrumpió y emitió lo que me pareció un suspiro de alivio—. La verdad es que no esperaba tener noticias tuyas tan pronto —reconoció.

—Oye —empecé—. Preferiría no tener que hacer esto por teléfono, pero mis circunstancias han cambiado, quiero que lo sepas. Me gustaría reconsiderar tu oferta, si sigue en pie.

—De acuerdo —dijo lentamente—. Igual deberíamos vernos. Bueno, para hablarlo con más detalle. Supongo que hay ciertas cosas que te gustaría aclarar.

Procuré adoptar un tono profesional acorde con las pautas que me había marcado antes, pero la voz me temblaba de un modo perceptible.

—Tengo cuarenta y cinco minutos para comer —dije—. Ven a la clínica. Será más seguro que reunimos en la calle. No despertaremos sospechas si fingimos que te he dado cita como paciente extra.

—Eso tiene sentido.

—Podremos hablar sin que nadie nos moleste.

—¿A qué hora quieres que vaya?

—A la una y cuarto —dije—. Procura no llegar tarde.

—Nunca llego tarde.

Después de colgar, dejé el teléfono sobre la mesa con mano trémula. Luego esperé un momento antes de llamar al siguiente paciente; quería observarme de cerca en mi acto de traición. Me levanté y me miré en el espejo. Tenía el aspecto endurecido y demacrado de una mujer que, a primera vista, pensarías que estaba enojada, pero, si prestabas más atención, verías que estaba aterrorizada.

Me había pasado la noche dándole vueltas a la propuesta de Scott.

¿Lo haría? ¿No lo haría?

¿Podía hacerlo? ¿Cómo podía hacerlo?

No llegué a ninguna conclusión clara.

Cuando dejaba vagar los pensamientos, casi parecía fácil. Me acostaba con un hombre y mis problemas económicos desaparecían.

Intenté convencerme de que había tenido que pasar por cosas peores: mi formación como fisioterapeuta, por ejemplo.

Atender a gente que había sufrido un derrame cerebral en el cuarto de baño, algunos de más de metro ochenta, gordos y con un lado del cuerpo paralizado, de manera que era como levantar un cadáver, requería más capacidad de fingimiento, más jovialidad frente al horror y la consternación de la que me haría falta para pasar una noche con Scott Elias.

Cuando pensaba así, no me cabía la menor duda de que podría hacerlo.

Las dudas me sobrevenían cuando pensaba en los riesgos que entrañaba: el riesgo de que me descubrieran; el riesgo de destrozar a Nadine, su esposa, la amiga de mi hermana. Por no hablar de que me había hecho la firme promesa de que nunca, nunca me acercaría al marido de otra mujer. No después de los estragos que había provocado Winston. Cuando pensaba en todo ello, estaba absolutamente segura de que no podría hacerlo.

Pero ahora acababa de llamarle.

Y el resto de la mañana lo pasé en modo piloto automático. Si me pidierais que recordara una conversación, la opinión de algún paciente sobre las noticias del día, no sabría contestar. Eludí a Wayne. En un momento dado llamó a la puerta cuando estaba entre un paciente y otro, y me trajo un café. Dejó la taza en la mesa y me preguntó si estaba bien. Preguntó si podía hacer algo por ayudarme, porque esa mañana me veía inquieta, y repitió que siempre podía acudir a él si lo necesitaba. Ya lo sabía, ¿verdad? Era un detalle por su parte, pero le dije que estaba bien, y que le agradecía su preocupación. Si lo creyó o no, no sabría decirlo, pero no dijo nada más, excepto que mi siguiente paciente había salido un momento para llamar a la escuela de su hija, por si me estaba preguntando por su paradero.

Cuando el reloj estaba a punto de marcar la una y cuarto, me encontraba empapada en sudor y probablemente no en el mejor estado para recibir al hombre que venía de camino para tratar el asunto de acostarse conmigo a cambio de dinero.

Llamó a la puerta con firmeza, sin pasar por la recepción, y cuando abrí dijo:

—Gracias por darme hora en el último momento.

No contesté. Tendría que haberlo hecho, aunque solo fuera para que lo oyese Wayne, pero tenía la boca tan reseca que no pude más que asentir y tragar saliva, al tiempo que le hacía pasar con un gesto de la mano.

Mientras se sentaba, recobré el aplomo y me rehíce.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté—. ¿Estás bien?

Levantó el codo unos centímetros, doblando y estirando el brazo varias veces.

—Está mucho mejor —aseguró—. Haces milagros, la verdad.

Le resté importancia con un gesto.

—No es un tratamiento difícil. No tengo tanto éxito con los hombros anquilosados y la gota; eso lleva mucho más tiempo. Solo depende del problema, en realidad, porque si te toca alguien que está... —Me interrumpí—. Estoy parloteando.

—Estás nerviosa —contestó—. Yo también. En realidad, no importa si parloteamos un poco, ¿verdad?

—Supongo que no.

—¿Hombros anquilosados, decías?

Negué con la cabeza.

—No tiene importancia. —Consciente del tiempo que teníamos disponible, y en realidad, de lo que teníamos que abordar, empecé de nuevo—: Vamos a ceñirnos al asunto que te ha traído aquí, porque todavía no estoy segura. No he decidido del todo

que quiera seguir adelante. Lo que pasa es que tengo un pequeño apuro económico y...

Levanté la vista. Scott me miraba atentamente, pero de un modo abierto y sin juzgarme.

—De hecho, es más que un pequeño apuro —reconocí, bajando la mirada—. Me van a desahuciar. Por eso hago esto, por eso he accedido a que nos veamos.

—No tienes que dar explicaciones —dijo.

—Creo que sí tengo que darlas. No quiero que pienses...

—Yo no pienso nada. Sé quién eres. Me gusta cómo eres. Y te abordé yo, como recordarás. A mí no me preocupa lo que pienses de mi motivación, y no debería preocuparte lo que piense yo de la tuya. Esto es una transacción comercial, nada más.

—Una transacción comercial —repetí.

—Así deberías verlo.

Arqueé las cejas.

—Creo que será más fácil si te lo planteas en esos términos —dijo con delicadeza.

—Vale, pero ¿cuál es tu motivación para hacer esto... conmigo? —pregunté—. Porque no es exactamente lo que se considera una propuesta comercial normal.

—Me gustas y quiero ayudarte. Si decides que quieres seguir adelante con esto, entonces es posible que hablemos de ello, pero en otra ocasión. Del mismo modo que no te pido que expliques tus razones, me gustaría que tú tuvieras el mismo detalle conmigo.

Asentí.

—Parece razonable.

—Quizá, en vez de los motivos, tendríamos que hablar de cómo vamos a hacerlo. Y luego está el asunto de tus honorarios.

Dejé escapar una risa nerviosa.

—Mis honorarios —repetí como un eco.

Como es natural, ya había pensado en ello, lo pensaba una y otra vez, haciendo cuentas de memoria, asignando dinero a mi casero, la empresa de tarjetas de crédito y los atrasos del alquiler. Pero ahora, al decirlo en voz alta, parecía casi cómico, y de súbito resultaba grosero y feo, hasta el punto de que empecé a perder los nervios.

—¿Qué querrías que hiciera? —pregunté en voz queda.

—Nada raro, si es eso lo que te preocupa.

Dejé escapar el aire que tenía en los pulmones.

—Qué alivio.

Separó las manos en un gesto que indicaba que venía en son de paz, que no tenía mala intención.

—Es sencillo —dijo—, no tengo nada de extraño. Lo único que quiero es pasar una noche contigo.

—¿Toda la noche?

—¿Sería un problema?

—Pues no —tartamudeé—. No, no creo. Evidentemente, hay que tener en cuenta a George...

—¿No se podría buscar algún arreglo, una canguro, quizá?

—Supongo.

Asintió antes de continuar:

—Otra cosa que hay que mencionar es que, como es natural, este acuerdo requeriría absoluta discreción. —Hizo una pausa. Con sus ojos fijos en los míos, calibrando mi reacción, añadió—: Tengo tanto que perder como tú, Roz, es probable que más, de hecho. Es absolutamente fundamental que esto quede entre nosotros. Solo nosotros.

—Te aseguro que no tenía pensado contárselo a nadie —repuse ofendida.

Sonrió.

—Lo siento —dijo—, lo siento. Imaginaba que se daba por supuesto pero, no sé, de todos modos tenía que asegurarme. Disculpa.

—¿Qué querrías que hiciera exactamente? —indagué otra vez, ahora en tono más firme. Más segura de mí misma.

Cuando había decidido reunirme con él, pensé que eso era lo único en lo que iba a mostrarme inflexible, en caso contrario no podría seguir adelante. Si apreciaba alguna señal de alarma, me echaría atrás. No podía arriesgarme.

Esperaba cierto nivel de perversión, porque si no, para el caso podía acostarse con su mujer. Pero tenía que conocer los límites, los límites definidos, antes de acceder a esta transacción comercial, como la llamaba Scott.

—¿Qué espero? —dijo—. Nada que no te resulte cómodo. No espero que te conviertas en algo que no eres, no se trata de eso.

Arqueé las cejas y aguardé a que continuara.

—Desde luego no espero que seas una especie de dominatriz —aseguró, negando con la cabeza—. No sé qué buscan los tíos hoy en día, qué clase de fetichismos tienen. Sea lo que sea, a mí no me va eso. Hablando en plata, me gustaría pasar una noche con una mujer atractiva. Una mujer que pueda ser ella misma y con suerte estar relajada en mi presencia. Espero de veras que esa mujer seas tú, Roz.

Titubeó.

—Me pareces irresistible —dijo en voz baja—, la curva de tu cuerpo, esa manera de reír sin ostentación. Pienso en ti cuando no debería. Pienso en lo que sería estar a tu lado. —A continuación pareció ordenar sus pensamientos—. Así pues, si decides aceptar —dijo otra vez en tono más formal—, no veo ninguna razón para que esto no funcione. Los dos somos adultos sensatos, a fin de cuentas.

—Pero, para que quede claro, Scott, estamos hablando de sexo, ¿no?

Mi franqueza le hizo sonreír.

—Sí —dijo—. Sí, Roz Toovey, esto tiene que ver con el sexo, desde luego.

—Ya —dije.

—Y con respecto a tus honorarios... He pensado que cuatro mil libras sería una cifra razonable. Por una noche.

—Ya —repetí.

Entonces se levantó.

—Bien —dijo, y tendió la mano, estrechando la mía con firmeza—, si todo coincide con lo que tenías en mente, ¿puedo sugerir una fecha?

Asentí.

—Igual es un poco demasiado pronto, pero estaba pensando, si es posible, en mañana por la noche, no sé si tú...

Levanté la palma de la mano para que callara.

—Veré qué puedo hacer —repuse.

—Dios santo, Winston, ¿cuándo te pido nada?

Estábamos en la cocina de la madre de mi exmarido. Eran las seis de la tarde y Winston tenía un bote de lubricante WD-40 en la mano y lo agitaba con fuerza de aquí para allá antes de rociar la cadena de su BMX, que estaba vuelta del revés encima de la mesa.

—Nunca te pido nada, y la única vez, la única puñetera vez... —dije.

—¿Qué es tan importante para que tengas que pasar fuera toda la noche?

—¿Te pregunto yo por lo que haces?

Se encogió de hombros.

—Si me preguntaras, te lo diría. ¿Y tu hermana? ¿No puede encargarse ella?

—Está en Nueva York con Vince.

Winston me lanzó una mirada de soslayo. Probablemente no hace falta que diga que Winston y Petra nunca se han llevado muy bien, y eso desde mucho antes de que Winston empezara a echar el ojo a otras mujeres.

—¿Qué hace allí? —preguntó.

—Ha cumplido los cuarenta.

—¿Y?

Dejé escapar un fuerte suspiro.

—Es lo que hace la gente, Winston. Lo que hace la gente normal para celebrar las fechas importantes.

—Ah —dijo, y asintió con aire pensativo, como si se diera cuenta por primera vez.

En realidad, Winston no pillaba lo de las celebraciones. Cuando cumplí treinta años, me invitó a salir una noche en Kendal. Cuando digo «salir una noche» me refiero a ir de bares: Winston no le veía sentido a gastarse el sueldo de un día en comer en un restaurante, no cuando se lo podía gastar en cerveza. A la hora de cerrar, fuimos dando tumbos hacia una parada de taxis, y como había unas treinta personas haciendo cola, Winston siguió andando hasta llegar a un puesto de kebabs.

Marcó el número que había en el escaparate y pidió dos *doners* grandes (con guindilla extra, sin cebolla) a domicilio. Cuando unos minutos después la destartalada furgoneta aparcó delante del restaurante, Winston me cogió de la mano y cruzamos la calle en dirección al repartidor, a quien le dio un billete de cinco. En el interior de la furgoneta, entre cajas de pizza y una curiosa variedad de herramientas de jardinería (el trabajo diurno del repartidor, por lo visto), me enamoré de Winston Toovey.

Petra decía que Winston era un niño atrapado en el cuerpo de un hombre.

Decía que no tenía ningún concepto del mundo adulto ni de lo que conllevaba anteponer las necesidades de otros a las propias. No podía sino darle la razón, teniendo en cuenta la situación en la que Winston nos había dejado. Pero el gran

problema de Winston —su auténtico problema, a mi modo de ver— era que no entendía lo que era la gratificación a largo plazo. Cuando Winston quería algo, iba y lo compraba. Aunque estuviera sin blanca, siempre se salía con la suya.

La BMX que tenía delante era un juguete nuevo. Winston tenía cuarenta y tres años, vivía con su madre, no tenía empleo propiamente dicho y ¿qué hacía?

Montar en una BMX.

Winston creía que Petra iba de mártir. Decía que le gustaba complicarse la vida, y de paso complicársela a los demás. Me miró de reojo:

—Así que en Nueva York —dijo.

—Sí.

—Pensaba que Petra habría preferido un par de semanas clavada a una cruz, todo incluido.

No le hice caso.

—¿Vince está bien? —preguntó.

Asentí.

—Hace tiempo que no lo veo.

—Vince está perfecto, Winston —repuse.

—Pobre infeliz —comentó.

Así se refería Winston al marido de Petra: «Vince, el pobre infeliz». Como si padeciera alguna enfermedad grave o hubiera sufrido una tragedia terrible.

Cuando Winston y yo estábamos juntos, si Vince, el pobre infeliz, salía a relucir en la conversación, tenía que explicar a la gente que en realidad Vince gozaba de buena salud, no le pasaba nada malo, de hecho, aparte de ser el sufrido esposo de Petra.

—Winston —le dije ahora con aspereza—, ¿vas a cuidar de nuestro hijo o no?

—Voy a cuidar de mi hijo este próximo fin de semana. Tal como acordamos. Pero mañana por la noche tengo planes. Igual vuelvo a casa, igual no. Aún no lo sé.

—¿Con quién has quedado? ¿Alguna adolescente?

Dejó el bote.

—¿Con quién has quedado tú, Roz?

—Con nadie. No estoy saliendo con nadie. Ya sabes que no. Pero si fuera a quedar con alguien, no creas que puedes...

—Roz —dijo sonriente—, tranqui. Puedes salir con quien quieras, por lo que a mí respecta. De hecho, te vendría bien desfogarte. Igual así dejarías de darme la vara.

—Vete a tomar por culo, Winston.

Se echó a reír y empezó a girar los pedales de la bici hacia atrás, inclinándose para comprobar que la cadena funcionaba bien.

—Me encanta cuando hablas en plan sexy, Roz. Suéltame algún otro taco, me recuerda a cuando nos dábamos un revolcón estupendo después de una pelea de las buenas. ¿Te acuerdas de aquella vez que estábamos en Aira Force, la cascada...?

Dejó la frase a medias y adoptó una expresión melancólica.

—Ay, por el amor de Dios —dije, a la vez que cogía el bolso y le gritaba a George que viniera de la sala donde estaba viendo la tele.

—Roz, Roz —dijo Winston; alargó el brazo y me puso la mano en el hombro—. Solo te estoy tomando el pelo. Claro que lo haré. Solo quería verte un poco agobiada.

Le aparté la mano de un cachete y le miré.

—A veces eres igual que un puñetero crío.

—No te cabrees.

—Tú me cabreas. Dios —susurré, y cerré los ojos.

Dándome la vuelta, apoyé las manos en la encimera de la cocina y respiré hondo para calmarme. Delante de mí había una fila ordenada de hortalizas. Una cebolla grande, dos zanahorias, un tallo de apio y seis patatas grandes lavadas.

Jueves, pensé, imaginándome a la madre de Winston, Dylis, con su delantal lavable y sus sandalias Scholl. Los jueves tocaba pastel de carne, hiciera el tiempo que hiciera, y Dylis había dejado los ingredientes preparados para cocinarlos al día siguiente. Hasta ese punto era sencilla la vida de Dylis.

Me volví hacia él.

—Ahora mismo tengo mucha presión —le dije a Winston por fin.

—Eres tú la que te la buscas. En cualquier caso —dijo, justo cuando entraba George—, ¿vas a decirme adónde tienes que ir o no?

Me puse a hurgar en el bolso, fingiendo que buscaba las llaves del coche.

—Ya te lo he dicho, es un asunto de trabajo.

Al levantar la cabeza vi que Winston me miraba con escepticismo.

—Ah, sí —dijo—. Un asunto de trabajo.

Sacó una moneda de una libra del bolsillo de los vaqueros, antes de dársela a George.

—Pórtate bien con tu madre.

Una advertencia: si alguna vez os encontráis en la misma situación que yo, no busquéis información sobre acompañantes y agencias de servicios de compañía.

Os entrará pánico.

Reconozco que *Las aventuras íntimas de Belle de Jour* no era con toda probabilidad el mejor sitio para empezar, pero era el único título de la librería W.

H. Smith en Windermere que estaba remotamente relacionado con el tema. Solo había leído hasta el tercer capítulo antes de caer en la cuenta de que lo que era «normal» para mí desde luego no lo era para grandes sectores de la población.

Cerré el libro sintiéndome más bien sucia, pensé que afortunadamente no había sacado un ejemplar de la biblioteca y que con un poco de suerte cuando Scott Elias decía que no buscaba «nada raro» hablaba en serio, y luego intenté conciliar el sueño.

Cuando desperté, sentí una profunda sensación de terror.

Terror a tener que seguir adelante con aquello que deseaba desesperadamente no hacer.

Petra sufría migrañas cuando no tenía ganas de hacer algo, aunque nunca había reconocido abiertamente que la causa fuera el miedo. Se tomaba un cóctel de pastillas para evitar los accesos que, según ella, se debían a cambios de presión atmosféricos, fluctuaciones hormonales y, alguna que otra vez, conservantes en productos derivados del cerdo. Sin embargo, los accesos casi siempre coincidían con los viajes para ver a la madre de Vince en su asilo de Wigan y con las reuniones de los miembros del consejo escolar, donde, como secretaria, tenía que tomar nota de todos los detalles, y esas cosas tendían a prolongarse indefinidamente.

Me incorporé y me senté en la cama con las piernas colgando. Se había acumulado una capa de polvo en el zócalo.

Debajo del radiador colgaban tres telas de araña. La casa necesitaba un buen repaso.

Por la ventana abierta oí que se cerraba una puerta y, un momento después, el tenue gemido de la cancela de Celia, seguido por un motor que se ponía en marcha. El paseo matutino de Foxy.

Como muchas personas mayores, Dennis acostumbraba a darle la vuelta al coche y dejarlo a punto para salir media hora o así antes de ponerse en marcha.

Como si el coche necesitara un breve paseo preparatorio antes de estar listo para recorrer cualquier distancia real.

Me levanté y fui a la ventana. Vi cómo el Rover de Dennis se alejaba sin hacer ruido y se perdía de vista. Dennis era un bendito. A diferencia de Celia, que, cuando el martes por la tarde había ido a recoger a George, me la encontré tocando un silbato de árbitro directamente sobre el micrófono del móvil.

Me había fijado en que llevaba el silbato colgado al cuello con un lazo y había supuesto que era para llamar a Foxy si se alejaba más de la cuenta. Olvidaba, claro, que a Foxy no le gustaba pasear, y mucho menos alejarse. Cuando le lancé a Celia una mirada interrogante, me informó de que era la manera que tenía de lidiar con las molestas llamadas de publicidad.

—¿No es un poco brutal? —pregunté—. Esa gente lleva auriculares, Celia.

—Qué va. Es que son muy insistentes... por no decir maleducados. Se lo tienen bien merecido —aseguró.

Luego me explicó que George había sacado a pasear a Foxy y que la perra caminaba tan ricamente con él. Apenas se resistía a la correa, dijo.

Me aparté de la ventana y me puse ante el espejo.

Había dejado atrás los cuarenta. Levanté la mano derecha y la moví un poco, viendo cómo la carne del tríceps oscilaba metódicamente, como medio desprendida. Era una novedad, la primera señal de deterioro que había observado a medida que mi cuerpo se acercaba a la mediana edad. Seguía estando fuerte.

Tenía la parte superior del cuerpo bien torneada y esbelta, una buena musculatura gracias al trabajo, y aun así...

Y había empezado a sonreír a los perros hacía poco, lo que sin duda era un indicio de que me hacía vieja.

Habíamos quedado al norte de Lancaster, en un hostel rural no muy lejos de la salida de la autopista. Estaba a una hora de mi casa, lo que había coincidido con Scott Elias en que era más que suficiente, y tenía unos precios en plan pub con ínfulas gastronómicas lo bastante absurdos para ahuyentar a la mayoría de la gente que se topara con el establecimiento. Era un sitio de esos que parecía hecho a medida para parejas clandestinas; ofrecía un ambiente refinado y elegante, con personal bien preparado que eludía las típicas preguntas que un turista requeriría para sentirse bien recibido: «¿De dónde vienen? ¿Ya se han alojado antes con nosotros? ¿Estaba muy congestionada hoy la M6?».

Lo difícil era saber qué ponerse. Suponía que Scott querría que fuese vestida como una mujer. Pero ¿qué se ponía una para cenar en un hostel rural, un día laborable, en Lancashire?

Complicado.

No era una cita. Y me sobrevino la incómoda sensación de que quería estar presentable de cara al trabajo que me habían contratado para hacer, pero al mismo tiempo me cohibía muchísimo la perspectiva de ponerme sexy para un hombre con el que, en circunstancias normales, nunca me acostaría.

Abrí el armario y busqué inspiración. A la derecha del todo había un vaporoso vestido de gasa de Coast cubierto de rosas de té que me había puesto para una boda el año anterior.

Demasiado nupcial. Y quizá un tanto virginal.

Al lado había un clásico de fiesta de Navidad: un vestido negro cruzado con demasiado escote. Me lo subía al principio de la velada y me lo bajaba a medida que se acercaba la medianoche, dependiendo de cuánto hubiera bebido y quién estuviera presente.

Luego había tres vestidos idénticos que Petra me había pasado y que yo describiría como conservadores. Con la ropa interior adecuada, no obstante, podían tener un punto sexy. Petra había comprado esos vestidos el año anterior y luego adelgazó, y puesto que aseguraba que se sentía como enterrada en ellos, yo les ofrecí un nuevo hogar encantada, sin ofenderme por su comentario, ya que «A caballo regalado...» y todo eso.

Me decidí por la versión verde intenso y me lo probé rápidamente para comprobar que no hubiera ningún hilo suelto, ninguna arruga fea en el vientre ni manchas que hubiera pasado por alto la última vez que lo llevé. Después del trabajo no tendría mucho tiempo para prepararme y quería tener esta parte bien organizada de antemano.

Me quedaba bien.

Atractiva, aunque no una fulana, y podía pasar fácilmente por la directora general de una empresa, una de esas mujeres que no quieren vestir como los hombres

simplemente por el puesto que ocupan.

Satisfecha con la elección, fui a servirle los cereales Weetabix a George y prepararle el almuerzo. Estábamos otra vez en las últimas: pan un poco duro y una crema de queso de marca blanca que tenía la ventaja de tardar un mes en enmohecerse. Le quité la corteza al pan para mejorar un poco el sándwich y examiné un plátano que, de haber sido otra clase de mujer, con una vida distinta, habría decidido que solo servía para hacer bizcocho de plátano. Lo metí todo en una bolsa de plástico de Bargain Booze, junto con el botellín de agua de George, cuyo morro empezaba a oler a mantel húmedo.

Pobre crío.

Mientras acababa de prepararlo, me sorprendí murmurando que todo cambiaría pronto. La semana siguiente a esas horas, después de que le hubiera pagado al casero, tendría suficiente dinero en la cuenta para permitirme que me trajeran a domicilio la compra del Tesco, y George podría almorzar sushi si le apetecía.

La semana siguiente a esas horas todo habría vuelto a su cauce y mi noche con Scott estaría a punto de convertirse en un recuerdo.

—Buenas noches —dije—. He quedado con un cliente, Scott Elias. ¿Puede decirme si se ha registrado ya?

No había visto el Ferrari de Scott en el aparcamiento, por lo que esperaba que se hubiera retrasado.

—El señor Elias la está esperando en el bar. Ahora la acompaño. ¿Quiere dejar el bolso de viaje aquí, y haré que se lo suban a la habitación?

—Sí, gracias —contesté.

Seguí al joven por un pasillo agradable y espacioso, moteado de mesitas antiguas y sillas de comedor francesas recién tapizadas, antes de que se detuviera y me indicara una entrada a la derecha.

Sonrió.

—Por aquí —dijo—. Disfrute de la velada.

El mobiliario estaba hábilmente dispuesto para ofrecer intimidad en espacios separados. No había sofás grandes. En cambio, las lustrosas mesitas de centro estaban rodeadas de sillones de diversos diseños, escogidos con cuidado de forma que casaran con la decoración de tonos verde salvia y marfil.

Al entrar en la sala, Scott se levantó de su asiento en el otro extremo y me sonrió. Pasé junto a una pareja de sesenta y pocos años que estaban leyendo: ella un ejemplar de *A Bigger Picture* de David Hockney, y él la biografía del jockey A. P. McCoy. La mujer levantó la vista cuando pasé a su lado y luego la bajó de inmediato a mis zapatos, supuse que para ver con qué había combinado el vestido verde. A juzgar por su sonrisilla de satisfacción, los zapatos negros de charol habían sido una pésima elección.

—Roz —dijo Scott, que me cogió las manos y me besó en las dos mejillas—, cómo me alegro de verte.

Olía a limón y había tomado un poco el sol desde que lo viera la víspera. Le favorecía: parecía más joven y saludable.

Había un maletín abierto en la mesita de centro y dos montones de documentos al lado.

—Buena treta —comenté en voz baja, señalando con un gesto el maletín.

Scott lo había dispuesto todo con cuidado para que diera la impresión de que era una reunión de negocios.

—Estás impresionante —dijo—. ¿Qué quieres tomar?

—Ah, lo que sea, lo que sea —tartamudeé—. Tomaré cualquier cosa que se pueda beber.

—Yo estoy bebiendo tinto. Pero si prefieres algo con burbujas, o ¿qué tal un cóctel?

—El tinto me va bien.

—Me alegro mucho de verte —dijo de nuevo, sosteniéndome la mirada un momento más de lo debido antes de llamar con un gesto al camarero.

Nos acomodamos en los sillones. Nerviosa, crucé las piernas hacia un lado, luego hacia el otro. No a lo Sharon Stone, porque llevaba ropa interior; ropa interior que tenía la costumbre de rebelarse, haciendo que me revoliera en el asiento.

—No he visto tu coche —dije.

—No, he venido con el otro. —Bajó la voz—. El Ferrari no es lo mejor cuando me molesta la ciática, la verdad.

Intenté sonreír.

—Por eso todos los jugadores de fútbol se han pasado a los Range Rovers.

—¿Por la ciática? —dijo, sorprendido—. Son jóvenes para eso, ¿no?

—Si conduces con las rodillas más altas que las caderas, la raíz nerviosa se irrita, provocando espasmos en los músculos isquiotibiales. Eso significa que es más fácil que se desgarren al estirarlos de repente.

—Ah —dijo cuando trajeron mi copa—. De todos modos, seguro que no quieres hablar de tu trabajo. ¿Qué tal el día?

—Caluroso. Tedioso. ¿Y el tuyo?

—Lo mismo. —Me sirvió vino, me acercó la copa y levantó la suya—. A tu salud —dijo, y esperó mientras me llevaba la copa a los labios.

Nos trajeron las cartas y el maître, un tipo afable que impresionaba debido a su corpulencia, nos informó de las recomendaciones del chef. Se me pasó por la cabeza mientras él y Scott hablaban de añadas y regiones, del *terroir* de algún recóndito valle de la región del Languedoc francés, que era un puesto que por lo general ocupaba una persona muy delgada.

No quise ningún entrante y opté por un pez de San Pedro con almejas como plato principal. En circunstancias normales, habría escogido algo que tardara en prepararse, un capricho —panceta de cerdo asada en salsa de oporto—, algo que nunca cocinaría en casa. Pero estaba trabajando. Y me sentía nerviosa. Y, como ya he mencionado, Scott estaba en buena forma. La velada podía volverse atlética de pronto, y sin duda lamentaría tener el estómago lleno.

Eso me rondaba por la cabeza cuando Scott se inclinó hacia mí y susurró:

—Tienes el ceño fruncido. Relájate.

—Nunca había hecho esto.

—Eso no quiere decir que no puedas disfrutar de la velada. Te he traído aquí porque quiero que lo pases bien, no quiero que estés tensa.

Dejé caer la cabeza.

—¿Lamentas haber venido? —indagó.

Y yo vacilé.

Alargando el brazo, me tocó la piel del cuello con el dedo corazón. Sus ademanes eran relajados, como si ya hubiera hecho aquello un millón de veces, y me sorprendí

paseando la mirada por la sala con aire furtivo, igual que si Scott hubiera hecho algo terriblemente ilícito.

—Yo no lo lamento en absoluto —dijo, y acto seguido nos avisaron de que nuestra mesa estaba lista.

Aunque en la campiña inglesa se disfrutaba de otra cálida noche veraniega, la luz en el comedor era tenue. Unas cortinas oscuras y pesadas tapaban las ventanas y las paredes estaban recubiertas de un papel tipo arpillera color chocolate, lo que daba a la sala un aire elegante, sensual.

Sin otra razón que el hecho de que estaba programada para hacerlo (cada veinte minutos), me vino a la cabeza George. De manera instintiva, abrí el bolso para comprobar si la señal roja de advertencia del móvil estaba encendida.

—¿Todo bien? —preguntó Scott cuando nos sentábamos, y asentí.

—No ha ocurrido ningún desastre.

Iba a seguir hablando, pero lo pensé mejor y cerré la boca.

—¿Ibas a decir algo? —preguntó.

—No tiene importancia.

—Ibas a hablarme de tu hijo.

Era cierto. Iba a hacerlo.

—Adelante, por favor —me instó.

Así pues, me puse a divagar acerca de nada en particular, y Scott me observaba con vivo interés, como si lo que oía fuera instructivo y divertido, cosa que no era. Había conocido a suficiente gente para saber que, si se les deja, los padres de un hijo único divorciados pueden hablar del crío hasta que las ranas críen pelo. Los padres de tres o cuatro hijos apenas los mencionan. Yo me había propuesto no aburrir a la gente con George y antes de comenzar la velada había decidido que lo mejor sería dejar que Scott hablara de sí mismo. No me pagaba para que le hablara de mí.

Aun así, ahora lo parecía.

Me sirvió más vino y, cuando acabé de contarle la anécdota, me incliné hacia delante y apoyé la barbilla en los nudillos.

—Cuéntame por qué estamos aquí —le dije directamente.

Se echó a reír y respondió:

—Pensaba que lo había dejado claro.

Negué con la cabeza.

—Quiero saber por qué. ¿Por qué yo? ¿Por qué así?

Se encogió de hombros.

—Scott —dije forzando un susurro—, un hombre en tu situación tiene opciones de sobra. Hablando claro: seguro que en tu vida diaria te cruzas con muchas mujeres que estarían dispuestas a ser amantes tuyas gratis.

—¿Gratis? —contestó en tono cínico, dando a entender que, a su modo de ver, nada salía gratis.

—Vale, gratis quizá no —reconocí—. Pero ya sabes qué quiero decir. Con algún que otro viajecito y un bonito collar cada cierto tiempo obtendrías lo que quisieras.

Me llevé la copa a los labios mientras observaba su cara con atención. Tenía una expresión neutra, pero en sus ojos había un brillo juguetón y no fui capaz de sostenerle la mirada. Era la primera vez que sentía que Scott tenía algo más, algo bajo la superficie que estaba dispuesto a revelar.

—Las amantes no funcionan así —dijo.

—¿Ah, no?

—Quieren más. Siempre lo quieren todo. Empiezan diciendo lo que quieres oír, claro. Que no buscan una relación, que los encuentros fortuitos les van bien, y tal y cual. Pero esas mujeres aspiran a tener un idilio, quieren ir a cenar dos o tres veces antes de plantearse siquiera...

Hizo una pausa. Ladeó la cabeza para dejar que yo dedujera el resto.

—Ya veo que eso llevaría su tiempo —señalé.

Se me acercó.

—En esencia, requiere trabajar duro. Y una vez que se quita de en medio el sexo inicial, quieren más. No se contentan con estar en el banquillo, aunque digan lo contrario. Se enfurruñan porque quieren ocupar el lugar de Nadine. Y yo lo entiendo, de verdad que sí. Pero no soporto que me den la lata.

—Bueno, hay métodos más directos, ¿no? —sugerí.

—¿Te refieres a una chica de compañía?

—Sí. ¿Para qué tomarte tantas molestias, correr con tantos gastos —dije, señalando con la mano el restaurante—, con una persona normal como yo? No soy ninguna experta en estas cosas, Scott. Igual no puedo ofrecerte lo que esperas.

Mientras sopesaba la respuesta asomó a sus labios una sonrisilla. La sala se estaba llenando de clientes, parejas que se detenían al entrar directamente del jardín para acostumbrar sus ojos a la luz tenue. Hombres con camisa de manga corta bien planchada, la frente brillante por el sol, esperaban a sus acompañantes antes de seguir su camino. Las mujeres llevaban zapatos de plataforma y se tambaleaban al andar con las copas de champán en la mano; un rubor rosado se extendía por la parte superior de su escote.

Scott apoyó las palmas de las manos en el mantel a ambos lados de los cubiertos y repiqueteó con los dedos dos veces.

Cosa extraña, parecía reacio a hablar. Transcurrido un momento, dijo:

—He explorado las demás opciones en otras ocasiones y, sin entrar en detalles, te aseguro que no eran para mí. Todas tienen sus inconvenientes.

—¿Y qué hay de Nadine? —pregunté en voz baja.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Sigues queriéndola?

Abrió más los ojos.

—Claro —aseguró—. Claro que la quiero.

—¿Pero...? —De pronto me vino algo a la cabeza—. Scott —me apresuré a decir, aterrorizada—, ella no está al corriente, ¿verdad?

Él negó con la cabeza, perplejo, como dando a entender: «¿Cómo puedes preguntar algo semejante?».

—Nadine no lo sabe —dijo—. Nadine no lo sabrá nunca. Esto no es un juego, Roz.

—Entonces ¿qué es?

Cogió la copa de vino y la apuró de un trago.

—De acuerdo —dijo—, voy a hacer todo lo posible por explicártelo. Quiero a Nadine. Siempre la querré. Tenemos una buena vida juntos. Es solo que...

—¿No te entiende?

—No —repuso—, no es eso.

—¿Ya no disfruta con la parte física de vuestra relación?

Dejó escapar una risilla incómoda.

—Ya no tanto, no. Pero tampoco es eso.

Me recosté en la silla.

—Ah —dije con suavidad.

Llegó la comida y el camarero enumeró de forma rimbombante todos los ingredientes de cada plato. Yo estaba impaciente y me entraron ganas de interrumpirlo y decirle: «Sí, ya recuerdo lo que he pedido, gracias». Parecía estar en *MasterChef*, intentando que la comida pareciera de primera categoría y diciendo que me servía un filete de pez de San Pedro sobre un lecho de patatas asadas, con una alcachofa y almejas...

«Un» alcachofa.

¿Cuándo perdió la gente la capacidad de hablar?

Miré a Scott y puse los ojos en blanco mientras el camarero recitaba de un tirón su lista de ingredientes, y Scott sonrió. Un poco más relajada, dije:

—No tienes que darme más explicaciones. No quería ser indiscreta. Supongo que necesitaba una aclaración.

—¿De que no estoy loco?

Asentí.

—Supongo que daba por sentado que los hombres que pagan por esto buscan una experiencia distinta. Algo que no les dan sus esposas.

—¿Te refieres a que pagar les da derecho a hacer lo que les venga en gana con una mujer?

—Sí.

—No busco dominar ni degradar a nadie —aseguró—. Nadine y yo hemos perdido la sintonía, nada más. Aún tenemos vida sexual, pero no hay intimidad, no hay auténtico sentimiento. Y lo echo en falta. Del mismo modo que para algunos hombres es necesario salir con una chica de compañía como una manera de

desfogarse, de aliviar el estrés, en mi caso es lo contrario. Necesito amor físico para funcionar y, por distintas razones, ya no lo puedo obtener de Nadine.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué toda la noche?

—¿A diferencia de una profesional, quieres decir?

—Sí.

—Sencillo. Eres justo lo que creo que debería ser una mujer. Eres sexy sin proponértelo, desprendes una especie de calidez que la mayoría de las mujeres no tienen. Y por lo que respecta a una profesional, no quiero estar donde acaba de estar otro hombre.

Tosí, inhalando una pequeña cantidad de vino.

—Yo no soy virgen, Scott.

—No —dijo sonriendo—, no lo eres. Pero no quiero estar donde ha estado otro hombre apenas unas horas antes. Me parece sucio. Es como una cinta transportadora, en realidad. Eso no me va. Y no quiero darme aires al decirlo, pero he llegado a una etapa de mi vida en que puedo permitirme hacerlo a mi manera. Puedo costearme la experiencia como quiera. Intimidad real con una mujer real.

Con todo el peso de su mirada sobre mí, se recostó en la silla.

—En resumen —dijo—, puedo permitirme tenerte a ti, Roz.

Recuerdo el día en que vimos *Una proposición indecente*. Estábamos en casa por las vacaciones de primavera y fuimos en grupo al Royalty Cinema de Bowness.

Es uno de esos pintorescos cines antiguos que se están quedando obsoletos. En 1993 tenía una sola sala y la chica que vendía las entradas también hacía de acomodadora, y se paseaba con una bandeja de helados (colgada al cuello con una correa) cuando estaba a punto de empezar la película. Se quedaba en la parte delantera, esperando tímidamente a que se acercara la gente e ignorando con valentía los envoltorios de golosinas que le tiraban desde la galería.

Fue la única ocasión en la que salimos hablando de la película. Como grupo, estábamos divididas por la mitad respecto a la decisión de si lo harías o no lo harías.

¿Te acostarías una noche con Robert Redford a cambio de un millón de dólares?

Las que éramos ingenuas y a esa edad teníamos principios firmes, salimos diciendo: «Desde luego que no. El amor no se compra». (En cambio enseguida estuvimos de acuerdo en que el vestido negro de tirantes de Demi Moore era increíble. Para morirse, de hecho. ¿Y quién sabe qué harías si alguien te regalara uno así? Robert Redford ya tenía unos cuantos años entonces, claro, pero ese vestido era precioso).

Qué vidas más sencillas teníamos entonces. Éramos unas tontas, y estábamos convencidas de que íbamos a comernos el mundo y que, si por alguna razón no lo conseguíamos, siempre cabía la posibilidad de que viniera al rescate un hombre atractivo, porque era lo que pasaba en las películas.

Antes de salir hacia mi cita secreta con Scott, me había quedado en ropa interior, contemplándome en el espejo y preguntándome si de verdad era posible que un hombre pagara por acostarse con una mujer normal como yo. Tenía grandes dudas. Desde el punto de vista físico, no era un adefesio, pero estaba muy lejos de las imágenes que salían en las portadas de las revistas para hombres, muy lejos de la quintaesencia de la fantasía masculina. Ahora bien, por lo que acababa de decir Scott, y por el fervor con que había pronunciado su pequeño discurso, al parecer me equivocaba. Scott estaba más que dispuesto a pagar por una mujer normal como yo. Alguien normal era justo lo que buscaba y no podía encontrar.

Pero ¿de verdad podría hacerlo yo?

¿Podría acostarme con un hombre, dejar que me penetrara, por dinero?

Pensé en los dos años transcurridos desde que Winston y yo nos separamos.

Me había dado algún revolcón estando borracha: un par de veces me acosté con dos infelices porque me daban pena. También me lo había montado con Winston y luego fingí que no había ocurrido, aunque Winston lo sacaba a colación cada vez que le pedía dinero. Y me había acostado con un tipo que en realidad no me gustaba, pero me había alimentado un poco el ego porque era más joven y atractivo y era el

entrenador de fútbol del colegio. Todas las mujeres de más de treinta años se apartaban el pelo de forma exagerada en su presencia. Con todo esto quiero decir que había disfrutado del sexo con esos hombres, pese a que ninguno era perfecto, ni había habido corazoncitos y flores, así que, sí, pensé, podría seguir adelante.

Solo que ahora estaba nerviosa.

Al verme ante Scott Elias, me di cuenta de que aquello no iba de sexo de borrachera y sin compromiso. Se trataba de un hombre inteligente y elocuente que esperaba tener «una experiencia». Cuando apartamos las sillas de la mesa y me cogió del brazo, con suavidad, alejándome de los demás comensales, deseé con todas mis fuerzas podérsela ofrecer. Porque el chispazo de atracción que normalmente sentía antes de acostarme con un hombre acababa de decaer. Sus palabras me halagaban, claro, porque ¿a quién no le halagarían? Era agradable que hablaran de una así. Y tengo que reconocer que cuando conocí a Scott, hubo auténtico magnetismo entre los dos. Pero la seguridad en sí mismo que mostraba ahora, su manera de dar por sentado que el dinero podía comprar todo lo que le gustara, todo lo que quisiera, tuvo el efecto de volverlo más bien poco deseable a mis ojos. Había cruzado una línea que poca gente se plantearía cruzar y sus comentarios acerca de comprarme me habían dejado mal sabor de boca.

Aunque solo había sido sincero. Aunque yo estaba aquí por esa razón: que me comprara.

Así que esperé cumplir con aquello a lo que me había comprometido. Porque si no hacía algo iban a desahuciarme en menos de dos semanas. Y, hasta el momento, rezar para que ocurriera un milagro no había servido de nada, conque, a mi modo de ver, esta era mi única oportunidad.

—¿Quieres tomar otra copa en el bar? —preguntó Scott, y aunque no me apetecía, acepté, convencida de que otra copa me calmaría los nervios y también demoraría las cosas un poco.

Pedí un gin-tonic. Después de todo tenía que trabajar al día siguiente, y por la mañana siempre me encontraba mejor después de tomar un combinado en lugar de más vino. Llevábamos un rato hablando de la empresa de electrónica de Scott y del problema que suponía que algunos de sus empleados pasaran semanas de baja debido a lesiones por esfuerzos repetitivos y demás dolencias relacionadas con el trabajo, cuando me di cuenta de que empezaba a adormilarme y no me concentraba de verdad en sus palabras. Así pues, me excusé y fui al aseo para echarme un poco de agua a la cara.

Al pasar por delante del guardarropa, me llamó la atención un hombre sentado a la otra barra, más pequeña, a escasa distancia de la recepción.

Era el agente de seguros que me había tomado una muestra de sangre. Llevaba camisa blanca y una corbata con el nudo aflojado, y se había remangado por el calor. Estaba de costado, al lado de un hombre cuya corpulencia parecía excesiva para el taburete, y los dos bebían pintas de cerveza.

El corazón me dio un brinco. Al caer en la cuenta de quién era debí de palidecer, o quedarme petrificada, porque me sonrió antes de alzar el vaso en mi dirección. Fue un gesto casi imperceptible —su compañero no se giró— y luego siguió charlando alegremente, a la vez que cogía un puñado de frutos secos o lo que hubiera encima de la barra.

Mientras corría al lavabo notaba los latidos del corazón en la garganta. No había esperado toparme con nadie conocido, y menos aún con él, y de pronto me di cuenta del riesgo que entrañaba lo que estaba haciendo.

A mi regreso, Scott preguntó:

—¿Estás bien? Te veo un poco pálida.

—¿Qué? Ah, no, estoy bien. Estaba pensando que igual me refresco un poco antes de... Lo que quiero decir es... —tartamudeé, porque, ¿no acababa de hacer precisamente eso?—. Lo que quiero decir es que no he tenido ocasión de deshacer el equipaje al llegar.

—No hay problema —dijo, cayendo en la cuenta de que probablemente eran los nervios—, yo me quedo aquí abajo encantado. Como te sientas más cómoda.

Alargó el brazo y me pasó el pulgar por el dorso de la mano.

Me quedé mirándolo fijamente. La necesidad de volver la vista fue abrumadora, pero mantuve la mirada baja.

—¿Roz? —preguntó Scott—. ¿Seguro que estás bien? Te tiembla la mano.

—¿Ah, sí? —La retiré. Sonreí a Scott y empecé a ponerme en pie—. ¿Me das quince minutos?

Camino de la escalera, miré con disimulo hacia la segunda barra. Ahora el agente de seguros estaba de pie, listo para irse, riendo mientras su compañero de copas gesticulaba con las manos, como si hiciera señales a un avión. Me dio la impresión de que su risa era forzada. Quizá había venido por un asunto de negocios, como yo.

Volvió la vista y, al ver que lo observaba, me guiñó el ojo.

Avergonzada, me alejé a paso ligero.

Las cartas sobre la mesa: la noche no fue lo que esperaba.

El dinero lo cambia todo, de eso no me cabe duda. Si hablarais con unos cuantos pacientes míos elegidos al azar, dirían que la fisioterapeuta Roz Toovey era amable, atenta, se le daba extraordinariamente bien escuchar, no juzgaba y siempre estaba dispuesta a prestar oídos si alguien necesitaba llorar a gusto, o a dar consejos si se los pedían.

Pero siempre no era así, claro. Me pagaban por ser de ese modo. Pensadlo: ¿cuándo fue la última vez que le dijisteis exactamente lo que estabais pensando a vuestro jefe? ¿O, para el caso, a cualquiera en el trabajo?

Cuando eres trabajador autónomo, los clientes son tus jefes. Si no les das lo que quieren, no cobras. Así de sencillo. Y aunque ya no era autónoma, seguía siendo muy consciente de que, si no hacía una buena labor como terapeuta, si no ofrecía a los

pacientes exactamente lo que esperaban, buscarían un sustituto. Así que lo daba todo en el plano físico: realizaba levantamientos y maniobras extenuantes, permanecía inclinada largos periodos, perdía el tacto de los pulgares a causa de la presión continua a la que los sometía. Y lo daba todo en el plano empático: escuchaba los problemas de los pacientes, lo que les preocupaba de su vida, de las vidas de sus hijos, sus dificultades económicas, sus problemas de salud. Lo daba todo en el plano educativo: repetía datos sobre recuperación, postura, sobre la relación entre el estrés y el dolor miofascial, datos que había estado recitando todo el día, todos los días, año tras año. Y lo daba todo en el plano animoso y positivo, fingiendo que los pacientes eran las personas más divertidas, ingeniosas y agradables del mundo con las que pasar el rato.

Escuchaba, y sonreía, mientras los viejos contaban chistes aburridos, y las viejas hablaban de lo gracioso que era Alan Carr. Al final de cada jornada, me quedaba tan poco para George —tan poco para mí, de hecho— que lo máximo que podía hacer era permanecer sentada, muda e inexpresiva, hasta que llegaba la hora de dormir.

Mientras me preparaba, y preparaba la habitación, para cuando llamaran a la puerta, creo que se esfumó la sensación de vergüenza por lo que iba a hacer.

Hasta ese momento había tenido miedo, miedo de que me descubrieran, miedo de que la sociedad me juzgara. «¿Qué clase de mujer vende su cuerpo por dinero?». Cuando me di cuenta de que llevaba veinte años vendiéndome, si bien de un modo que se consideraba aceptable aunque, para ser sinceros, en el fondo era igual de pernicioso y, quizá a cierto nivel, incluso más dañino para el alma, noté en mi interior una especie de fuerza que no había tenido en mucho tiempo.

Justo antes de que una mujer dé a luz hay un momento en que el terror se convierte en fortaleza, una actitud en plan «No me vengas con hostias», cuando se da cuenta de que tomar el control y sacar al bebé sano y salvo es cosa suya. Si no lo hace ella, nadie lo hará.

Fue esa sensación, esa absoluta determinación, esa capacidad de imponerme, la que me sobrevino en los instantes que pasé sola en la habitación del hostel.

Nadie iba a venir a rescatarme de la situación económica en la que me hallaba. O abandonaba y claudicaba, reconocía la derrota, o encontraba el modo de seguir adelante.

Así que ya no estaba asustada. Tenía una actitud desafiante. Si Scott Elias quería a una mujer cálida y atenta que satisficiera sus necesidades sexuales, aquí estaba. Aquí mismo.

La suite estaba decorada al estilo de Nueva Inglaterra: muebles blancos, tejidos de color azul pálido, cuadros de faros de Nantucket, suelo de parqué decolorado con una alfombra grande y mullida en el centro. La cama era de las de columnas, cosa que más o menos me había temido. La víspera por la noche me habían acosado imágenes de mí misma, atada y abierta de brazos y piernas, con un calcetín metido en la boca. Pero tenía la sensación de que Scott había escogido esta suite precisamente por su

sencillez, y por lo poco que recordaba a un *boudoir*. Como si estuviera por encima de todo ese rollo de crear un ambiente propicio al sexo.

Había ajustado la persiana de listones para que solo entrara un poquito de luz crepuscular y deshecho el equipaje. En el cuarto de baño, me quité el vestido y me retoqué el maquillaje, pasando con cuidado un algodón húmedo por debajo de las pestañas. Me aseé mecánicamente antes de ponerme pintalabios y brillo.

Por último, me recogí el pelo en un moño flojo que podía deshacerse con facilidad si era necesario.

Volví a ponerme el vestido e inspeccioné mi aspecto desde todos los ángulos.

Había acariciado la idea de ponerme un salto de cama. Pero me pareció que abrir la puerta maquillada, con tacones y un picardías rayaba en lo sórdido. Para bien o para mal, había decidido que Scott era de esos hombres que disfrutaban desnudando a una mujer, o disfrutaban presenciando el ritual de desnudarse y, además, un salto de cama no figuraba entre mis prendas.

Retiré la ropa de cama y encendí una lámpara de mesilla y luego otra junto a la televisión. Después apagué la intensa luz del techo antes de inspeccionar la habitación. Casi lista.

En el minibar, provisto de frigorífico, había una selección de botellas en miniatura. Cogí dos whiskies de malta y los serví en sendos vasos.

Llamaron a la puerta.

Me eché un último vistazo en el espejo. Mi aspecto general era alegre, pero tenía la expresión endurecida e inflexible de una velocista olímpica antes de una carrera; la expresión que adoptaría para desanimar a sus rivales al situarse en los tacos de salida.

Respiré hondo, agité los brazos e hice unos movimientos de rotación con los hombros para aliviar la tensión.

Preparada.

Abrí la puerta y miré a Scott.

—La habitación es estupenda —dije.

—Me alegro de que te guste.

Me hice a un lado para dejarle pasar.

Debo decir una cosa sobre Scott, su aplomo era magnético. Ahí estaba, haciendo algo que la gente bien consideraría indecente, y no mostraba ni un ápice de remordimiento. No agachaba la cabeza ni había indecisión en sus ojos.

Se conducía con absoluta seguridad. Era difícil que no te afectara.

En ese momento me pregunté si las mujeres estábamos programadas, por causas evolutivas, para sentirnos atraídas por esa confianza como un medio para la supervivencia. Ten hijos con ese hombre y os protegerá a muerte. O igual era una tontería y solo tenía que ver con el dinero. A las mujeres les resultaba atractiva la imagen del dinero porque suponía seguridad, y quizá la única razón de que Scott Elias se mostrara tan seguro era que estaba forrado.

Scott se sentó a la mesa.

—¿Qué bebemos? —preguntó.

—Whisky de malta.

Con el vaso en la mano, me dio un lento repaso, de la cabeza a los pies, y luego otra vez hacia arriba, con un aire de serena apreciación. Como haría cualquiera al contemplar un Jaguar E-Type, o un animal de granja bien proporcionado y premiado. En cuestión de segundos se puso serio.

—Te queda bien el pelo así —observó.

Por instinto, me llevé la mano a la cara; nunca me sentía cómoda con los elogios.

Me acerqué a él hasta que casi nos rozamos. Me quedé ahí de pie, y el aire entre el muslo de Scott y la piel desnuda de mi pierna se electrizó. En ese espacio alcancé a notar un rápido intercambio de calor.

—Bueno, ¿cómo va esto? —susurré.

—Te me ofreces como creas que debes hacerlo... —Hizo una pausa. Y luego—: Yo estoy aquí sencillamente para...

Pero se interrumpió de nuevo. Percibí que quería decir algo más, quería revelar más de sí mismo, pero por alguna razón no lo hacía, o no podía hacerlo. Empezó a pasarme los dedos por un lado del muslo. Miré cómo admiraba la curva de mis caderas. Le vi expulsar aire con cautela, con los dedos apoyados bajo una de mis nalgas.

Le cogí el vaso y lo dejé en la mesa.

Inclinándome, apoyé ambas manos en el respaldo de su silla, y con el rostro a pocos centímetros del suyo, murmuré:

—Es tu fiesta, Scott. Dime lo que quieres.

Presionó su boca contra la mía y me sorprendió sentir un pequeño y embriagador estremecimiento.

El beso. Más dulce de lo que había pensado.

Me aparté un poco y le miré a los ojos.

—Quítate el vestido —dijo.

Mientras esperaba sentada en el banco, iba metiendo patatas fritas dentro de un sándwich.

Petra había vuelto de Nueva York la víspera por la tarde y al parecer había olvidado la humillación sufrida en su fiesta de cumpleaños, pues me llamó de inmediato y me dijo que teníamos que quedar para comer sin falta, porque se moría de ganas de contarme todos los detalles del viaje. Luego pasó a contarme todos los detalles del viaje, pero aun así me hacía ilusión verla. Cuando estaba ausente la echaba de menos. A veces hasta sentía un auténtico dolor visceral, una especie de nostalgia, cosa que me desconcertaba porque cuando la tenía cerca me ponía de los nervios.

Así son las familias. Creo que nunca llegaremos a encontrar un sentido a nuestras relaciones.

Estaba sentada en uno de los pocos bancos que había dispersos por Cockshot Point, una zona de la costa del lago propiedad del Patrimonio Nacional. Hay un amplio sendero peatonal de guijarros que serpentea a través de una bonita zona boscosa antes de que se abra a extensas vistas a un lado y otro del lago.

Lo frecuentan turistas y vecinos de la zona por igual, gente que pasea al perro y madres jóvenes con cochecitos. Yo iba a menudo cuando quería despejarme la cabeza. El hecho de contemplar el agua lamiendo suavemente la orilla me permitía ordenar los pensamientos; me ayudaba a encontrar la manera de solucionar el problema que me estuviera agobiando.

Le había sugerido a Petra que nos encontráramos allí porque no estaba lejos ni de la clínica ni de su escuela, y un día como ese el centro de Bowness estaría atestado de turistas.

Cuatro cisnes se posaron en el agua uno detrás de otro y un adolescente en silla de ruedas aplaudió encantado el espectáculo, en el momento en que vi que Petra se acercaba.

Apareciendo entre los árboles, con su vestido rosa ceñido y los zapatos de tacón a juego, tenía un aire chic y urbano. Llevaba un bolso nuevo y gafas de sol enormes, y me pregunté qué habrían pensado de su aspecto esa mañana en la sala de profesores las mujeres de faldas vaqueras y los hombres de bata de algodón. Petra hizo un gestito excitado para indicar que me había visto y vino hacia mí. Caminaba a paso ligero pero el vestido ceñido reducía la longitud de sus zancadas, lo que en conjunto transmitía la impresión de que era una mujer con una misión, una mujer que iba camino de cantarle las cuarenta a alguien.

Quizá venía con esa intención, pensé distraídamente, cuando salió del sendero y vino en diagonal por la hierba. Quizá, entre esa mañana en que había hablado conmigo y este momento, había descubierto de algún modo lo que yo había hecho

con Scott Elias en un hostel rural. Había quedado más tarde en reunirme con Scott en un sitio diferente y, aparte de la ansiedad que conllevaba conducirse como una prostituta secreta, en esta ocasión, a diferencia de la anterior, no estaba aterrada del todo.

Lo que había aprendido sobre Scott Elias era lo siguiente: su placer se derivaba directamente del placer que hacía sentir a la mujer con la que estaba.

Yo diría que no era nada insólito en ese aspecto. La mayoría de los hombres que había conocido no eran egoístas en la cama. Miento, ninguno de los hombres que había conocido era egoísta en la cama. Querían que su mujer se corriera.

Querían ser el que hiciera correrse a su mujer. Necesitaban sentir cómo se le contraían los músculos con fuerza en torno a su miembro para alcanzar el orgasmo ellos mismos.

Scott no era distinto. Salvo que yo había supuesto equivocadamente que, puesto que pagaba por ello, mi disfrute no formaría parte del trato.

Me equivocaba. Scott era tierno, lascivo, generoso y, mientras estaba allí tendida a las tres de la madrugada, cuando por fin decidimos dar por finalizada la velada, estaba pensando: «¿De verdad acaba de pasar esto?». No era el sexo más alucinante del que había disfrutado en mi vida, pero he de reconocer que tampoco era el peor. Faltaba el frenesí electrificante del auténtico deseo, pero no había estado nada mal. Y en comparación con algunas experiencias lastimosas que había tenido en el pasado, la mera decadencia de todo el asunto me excitaba un poco.

Decidí allí mismo que si Scott quería repetir la velada, aceptaría.

¿Cuatro mil libras por una noche?

No podía permitirme el lujo de rehusar.

Dentro de unas semanas me habría recuperado. Podría pagarle al casero, saldar la deuda de las tarjetas de crédito y devolver dinero a gente a la que había pensado que no podría reembolsárselo en la vida.

Sería una oportunidad de empezar otra vez. De dejar atrás por fin los errores del pasado. Tenía que hacerlo de nuevo.

—¿Sándwiches de patatas fritas? —comentó Petra con desdén después de abrazarme.

Chasqueó la lengua y meneó la cabeza mientras sacudía el polvo del banco antes de sentarse a mi lado.

—¿Quieres un mordisco?

—Sí, venga —accedió, y abrió la boca de par en par. Sin dejar de masticar, levantó el índice de la mano izquierda—. ¿Te parece que está inflamado?

—Es posible.

—¿Qué crees que tengo?

—Ni idea.

Puso los ojos en blanco.

—Roz, por lo menos finge un poco de interés. Ya sé que tienes que vértelas con cosas así todo el día, pero estoy preocupada. ¿Puede ser artritis?

—Lo más probable es que te hayas hecho un esguince al levantar una maleta.

—Así que no crees que tenga que hacerme análisis de sangre, ¿no?

—No.

—Pero ¿y si es artritis?

—No lo es. Pero si vas a sentirte mejor, hazte los análisis. Aunque en tu lugar yo no me tomaría la molestia. Si te sigue doliendo dentro de una semana —dije en tono hastiado—, le echaré un vistazo.

Más tranquila, Petra se recostó con todo su peso en el banco a la vez que volvía la cara hacia el sol, antes de dejar escapar un largo y sonoro suspiro.

—Dios, tengo la sensación de haber estado encerrada una eternidad en ese despacho. Qué bien se está al aire libre.

—Solo llevas un día trabajando.

—Sí, pero tendrías que ver toda la mierda que me han dejado. Cuando no estoy yo no hacen nada. De verdad, me lo dejan todo encima de la mesa sin pararse a pensar lo que me encontraré.

Petra trabajaba tres mañanas y un día entero a la semana como secretaria de la escuela. El centro no era lo bastante grande para que pudiera trabajar a jornada completa. Oyéndola, cualquiera pensaría que la escuela se les caería encima si no estuviera ella para dirigirla como era debido.

—¿Se lo pasó bien Clara con Liz? —pregunté.

Liz era la hermana de Vince. Estaba soltera, otra vez. Por lo visto, todas sus relaciones se iban al cuerno, dejando a la pobre mujer herida y perpleja, sin la menor idea de qué estaba haciendo mal.

Con la cara vuelta hacia el sol, Petra cambió de postura.

—Quería hablar de eso —dijo, y su voz adoptó un tono áspero—. Clara dice que Liz la ha estado acosando.

—¿Acosando?

—Bueno, igual acosar es una palabra demasiado fuerte —reconoció—, pero ha estado metiéndose con ella. ¿Cómo crees que debería abordar el asunto con Liz?

—Quizá Clara exagera, ¿no crees? —sugerí, pensando en la simpática hermana de Vince, que adoraba a su sobrina y a la que nunca había visto portarse mal con nadie.

También me vino a la cabeza el carácter irritable de Clara, que protestaba si se sentía eclipsada o excluida, aunque solo fuera ligeramente. Petra sufría con el dolor de su hija, y a menudo atacaba a quien se lo había causado.

Con esta disposición, Petra se mostraba inquebrantable cuando tenía que lidiar con grupos de niños. Cosa que yo admiraba: todos eran incluidos, todos estaban invitados. Pero ¿y cuando dejaban de lado a su propia hija? Pobres de ellos. Se las tenía con los responsables.

—Seguro que tú dirías algo si George sufriera acoso —repuso Petra.

—Claro que sí. Pero creo que tendrías que hablar otra vez con Clara antes de correr el riesgo de ofender a Liz. Es una mujer encantadora, Petra, no creo que soñara siquiera con...

—Vale, vale, vamos a dejarlo —dijo de repente, cuando quedó claro que no iba a ofrecerle la respuesta indignada que venía buscando.

Ay, Dios. A Liz le esperaba una buena bronca.

—Bueno, ¿qué has estado haciendo desde que me fui? —preguntó, ahora en tono animado.

—No mucho.

—¿Has visto a alguien?

—La verdad es que no. Trabajo y más trabajo.

Volvió la cara hacia mí, levantándose las gafas de sol a la vez que me mostraba una sonrisilla compasiva.

—Vince me comentó que vas otra vez justa de dinero —dijo con tacto.

—Siempre voy justa de dinero.

—¿Es muy grave esta vez?

—Ya me las apañaré.

Silencio.

—Es que... —dijo Petra, y se interrumpió.

Parpadeó con fuerza un par de veces y por un momento pensé que la conversación iría por otros derroteros de los que esperaba.

Al final, fue incapaz de callarse lo que quería decir.

—Es que no quiero que pase lo de la última vez, Roz, de verdad.

—No te preocupes, no pasará.

—A eso me refiero —replicó—. Es que estoy preocupada.

—Pues no tienes por qué estarlo.

—Eso ya lo has dicho otras veces.

—Déjalo, Petra.

Se puso las gafas para cubrirse los ojos y guardó silencio mientras veíamos a un joven con barba lanzar palos al lago para que se los trajera su perro cobrador.

Llevaba una camiseta verde oliva que le quedaba holgada en torno al cuerpo larguirucho, y unos pantalones a juego. El uniforme de un podador. En un momento dado el perro empapado salió corriendo del agua y vino directo hacia un doguillo al que paseaban por el sendero a unos pocos pasos delante de nosotras. Petra se estremeció y se agarró al banco con las dos manos. Si el perro cobrador se sacudía, nos iba a dejar empapadas.

—Entonces ¿no se lo has pedido? —dijo Petra con un tono despreocupado que no dejaba traslucir el peso que tenían sus palabras.

—No.

Noté la electricidad estática en el aire. Una rápida mirada de soslayo a Petra me permitió ver que estaba rígida de la tensión, y entonces quedó claro el objetivo del encuentro.

—Porque antes de llegar a eso otra vez, prefiero que me pidas dinero a mí —dijo.

—No llegaré a eso.

Asintió.

—De acuerdo —dijo al final—. Si tú lo dices. Supongo que tendré que fiarme de tu palabra.

En cuanto empecé a buscar un local en el que instalar mi consulta de fisioterapia, advertí que no iba a tener mucho donde escoger. No había opciones de leasing a corto plazo ni lo que yo consideraba contratos de alquiler asequibles. Las propiedades inmobiliarias estaban muy solicitadas y por lo tanto resultaban caras. Los propietarios en la zona de Windermere y Bowness retenían a los arrendatarios con contratos de leasing por diez años, la mayoría de los edificios necesitaban importantes medidas de mantenimiento interno y externo; algunos ni siquiera tenían calefacción. Yo necesitaba un sitio con dos salas de tratamiento, un área de recepción, un cuarto de baño (todo a ser posible en la planta baja, para los pacientes a los que les costaba andar) y cerca de algún aparcamiento.

No existía un lugar semejante, y fue entonces, mientras estaba planteándome renunciar al sueño y, o bien seguir en la sanidad pública o bien alquilar un local más barato en Kendal, cuando mi padre me aconsejó que comprara. Como es natural, los precios eran exorbitantes, los impuestos sobre bienes inmuebles una brutalidad, pero el principal problema era que no cumplía los requisitos para que me concedieran la hipoteca de una propiedad comercial a menos que aportara un adelanto del cuarenta por ciento. Que no tenía.

Puesto que no querían que desistiera de mi proyecto de futuro, mis padres vinieron a verme una tarde con la intención de sacar dinero de sus ahorros para invertirlo en la consulta. Los precios de los inmuebles seguían subiendo, los tipos de interés eran bajos, y decidieron que su dinero estaba más seguro invertido en ladrillos y hormigón que en el banco, y que incluso acabaría rindiéndoles más beneficios.

Me prestaron ciento diez mil libras, dinero que habían obtenido mudándose a un chalé de dos habitaciones, dinero que debía complementar sus pensiones cuando llegara el momento. Y pedí prestado al banco las doscientas cuarenta mil libras restantes.

Después del recorte salarial de Winston, sus infidelidades, el bebé que perdimos, las tarjetas de crédito y su subsiguiente abandono del hogar, yo no estaba precisamente centrada en el trabajo. No podía pagar los plazos de la hipoteca del negocio y la de nuestra casa, y lo perdí todo.

El banco se quedó con los inmuebles. Y como me moría de vergüenza, no le conté a nadie la magnitud del desastre hasta que fue demasiado tarde y ya no hubo tiempo

de vender a un precio mucho más bajo, y en consecuencia mis padres acabaron sin nada, cuando quizá podrían haber recuperado al menos parte de su dinero.

Lo que tendría que haber hecho en ese momento era declararme en bancarrota: liquidar la deuda de las tarjetas de crédito de Winston. Pero una combinación de orgullo y temor a que me denegaran una hipoteca en el futuro me lo impidió.

Justo antes de jubilarse, y después de darle muchas vueltas, mis padres pusieron su chalé a la venta y se mudaron a Silloth —a más de una hora en coche, en una parte del condado más barata— para tener la seguridad de poder vivir el resto de su vida con dinero suficiente.

Nuestra familia se rompió.

Abochornada a más no poder, me convertí en la persona culpable que ahora todo el mundo sabía que era: alguien a quien no se podía confiar dinero, a quien no se podía dar ninguna responsabilidad de peso, a quien se miraba con una mezcla de desdén y lástima.

Y Petra se quedó sin canguros. A eso venía en realidad su pulla de hoy contra Liz. «Si no hubieras perdido todo aquel dinero, no tendría que apañármelas con la hermana de Vince...».

Y así seguía la cosa. Procurábamos soslayar el asunto con la charla normal entre hermanas, Petra disimulaba su irritación y su decepción como mejor podía, pero, al final, todos los caminos nos llevaban de vuelta a lo mismo: ¿cómo pudiste destruir la vida de nuestros padres de esa manera?

Ojalá tuviera la respuesta.

Petra se estremeció un poco como para desprenderse de la energía negativa que amenazaba con apoderarse de ella.

—Se acabó el sermón —dijo, y puso la mano encima de la mía—. Oye, vamos a salir a cenar con Scott y Nadine el sábado, nada muy allá, ¿por qué no te vienes? Invito yo.

—No, esto... tengo que...

Petra se volvió hacia mí y frunció el ceño.

—¿Qué tienes que hacer? Este fin de semana no tienes a George, ¿verdad?

—No, pero yo...

No se me ocurría nada lo bastante rápido. Las palabras me eludían. Las mentiras me eludían. Era imposible que aguantara una cena con Scott y Nadine después de pasar toda la noche del viernes con Scott.

—¿Roz? —me instó—. ¿Qué pasa? ¿Estás saliendo con alguien?

—No —me apresuré a decir, y de inmediato caí en la cuenta de que tendría que haber dicho que sí.

Una relación fingida sería la coartada perfecta en este caso.

Petra, desconcertada, meneó la cabeza antes de apretarme la mano.

—Ya sé lo que te pasa —dijo—. Y ya es hora de que te olvides de ese complejo de inferioridad, Roz. No puedes seguir considerándote despreciable. Que Scott y

Nadine tengan mucho dinero no quiere decir que no les apetezca pasar el rato contigo. No son así. No juzgan a nadie como hacen otros.

Me quedé mirándome las manos entrelazadas, incapaz de volver la vista hacia mi hermana.

—Ven, por favor —insistió—. Sé que lo pasarás bien. Me encantaría que vinieras, y nunca vas a cenar a un buen restaurante. Venga.

Estaba a punto de responder cuando me atajó.

—Roz —dijo con seriedad—, me lo tomaré como un insulto personal si no vienes.

Como en el caso de muchos criminales, lo problemático no era el delito en sí, sino más bien qué hacer con el dinero.

En una época en la que todo está digitalizado, desde los ingresos hasta las visitas al dentista, liquidar deudas con billetes de veinte libras nuevecitos no era tan sencillo como había pensado. De hecho, no era sencillo en absoluto.

Había supuesto que podría ingresar los cuatro mil que me pagó Scott directamente en mi cuenta bancaria y, a partir de ahí, pagar los retrasos del alquiler.

Pero no.

Poco después de hacer el ingreso recibí una llamada del banco, en tono de disculpa, pero aun así firme, exigiéndome la verificación de la procedencia del dinero ingresado. A causa de la lucha contra el fraude, ahora estaban obligados a comprobar las retiradas y los ingresos de grandes cantidades. Pensando sobre la marcha, expliqué que el dinero era un préstamo que me habían hecho mis padres para ayudarme en un apuro económico, pero enseguida me di cuenta de que no podría usar esta excusa de manera habitual. Si es que volvía a utilizarla. Aparte de todo lo demás, la Oficina de Recaudación y Aduanas Británica también querría conocer la procedencia de cualquier otro ingreso.

Lo que había tomado por una manera infalible de liquidar mis deudas, de pronto no lo era. Y empecé a preguntarme cómo «justificaban» el dinero que ganaban las chicas de compañía que trabajaban en el cuarto de invitados de su propio adosado. No se puede mantener algo así sobre la nada. O bien aseguraban tener ingresos y el dinero en metálico aumentaba sus ingresos, o bien justificaban su ocupación en la declaración de la renta bajo un epígrafe distinto de «prostituta». «Masajista», tal vez.

Esa noche había quedado con Scott —Winston (el empresario internacional que había vuelto al país, por lo visto) iba a recoger directamente a George al club de extraescolares—, conque tenía el resto de la tarde para idear una manera de aceptar un pago por mis servicios que no despertara sospechas. Parecía injusto.

Estaba haciendo todo lo que estaba en mi mano para saldar mis deudas, pero la ley decía que no me estaba permitido hacerlo así. Pensé en los traficantes de droga que salían en *Traffic Cops*, sus Range Rover tuneados con las ventanillas tintadas, y me pregunté cómo se las ingeniarían (dando por sentado que la droga, como los servicios de compañía, era un negocio en el que se manejaba dinero en efectivo).

Resultó que Scott estaba pasando por dificultades similares. Y para asegurarse de que no me largara a mitad de la cita cuando descubriera que no había venido con una cartera llena de dinero, llamó de improviso a la clínica para hablar de nuestro acuerdo, las alternativas que teníamos, y hacerme una nueva propuesta.

Sería esta decisión, de entre la lista de malas decisiones, la que daría pie a que nuestras vidas tomaran una trayectoria de montaña rusa que lo cambiaría todo.

Había dejado a George en la escuela con una mochila en la que llevaba los juguetes y los artículos esenciales para quedarse con su padre. Winston, aunque era un incompetente a la hora de pagarme la pensión alimenticia, se las apañaba bastante bien para surtir a su hijo de ropa, pijamas y juegos de consolas. Y puesto que Dylis le daba tres buenas comidas al día y le lavaba la ropa, nunca me preocupaba que George anduviera necesitado cuando se quedaba allí. George y Winston lo pasaban en grande, salían en busca de aventuras, sin ninguna de las ataduras o responsabilidades que retenían a la mayoría de los padres en casa los fines de semana. Imaginaba que era como quedarte con tu tío preferido, bohemio y despreocupado, y después del trastorno que había supuesto la visita de los agentes judiciales y la reunión con la directora, George sin duda necesitaba un fin de semana así.

Después de contarle a Winston que George había estado robando, reconoció que el niño también le había robado a su madre varias veces. Cuando le eché la bronca por no contármelo, su respuesta fue:

—Solo quería un perro, Roz. No seas tan dura con él.

—Bueno, pues no puede tener perro, ¿verdad? Sabe que no puede tener perro mientras estemos en una vivienda de alquiler.

No hurgué en la herida como podría haberlo hecho. No saqué a relucir que, para empezar, era culpa de Winston que hubiéramos tenido que deshacernos del perro. Porque no tenía sentido. No porque hubiéramos superado el ajuste de cuentas, sino porque Winston no lo habría asimilado. Sería incapaz de establecer un vínculo entre su infidelidad y que George se hubiera quedado sin perro, igual que sería incapaz de relacionarla con mi pluriempleo para sacar dinero extra. A juicio de Winston, su comportamiento no tenía ninguna repercusión.

Winston me contó que había encontrado más de cincuenta libras escondidas dentro de la funda de la almohada de George, lo que suponía que llevaba robando desde mucho antes de que nadie lo sospechara. Y probablemente quería decir que también les había robado alguna vez a Petra y Vincent. Decidí guardarme esa información por el momento, convencida de que la advertencia que le había hecho a George de que si robaba nunca volvería a tener un perro fuera lo bastante disuasoria para que no lo hiciese.

Eran casi las once de la mañana cuando oí el bramido delator del Ferrari en el aparcamiento. Es curioso cómo una mujer mayor que acelera el motor de su Fiat Panda de 900 cc es objeto de burlas desconsideradas por parte de algunos, pero hacer justo lo mismo con un coche de alto rendimiento provoca la admiración general.

Oí a Wayne apresurarse en llegar a la puerta principal a recibir a Scott, esperando dar otro paseo en coche por el valle de Lyth. Scott había soportado a Wayne, según me contó, para llegar hasta mí. Le había dado una vuelta por el campo, cruzaron Winster, girando a la derecha hasta Strawberry Bank, fueron a Gummer's Howe y al final recorrieron a toda velocidad la orilla este de Windermere antes de dejar a Wayne de nuevo en la clínica. En algún momento durante el trayecto de veinte minutos,

Scott me contó que Wayne empezó a hablar distinto, cambiando la cadencia y el ritmo de sus palabras a imagen y semejanza del especialista en automóviles Jeremy Clarkson. Cuando me reí, ridiculizando a Wayne, Scott me dijo que pasaba lo mismo con todos los hombres que se montaban en su coche. Era algo inconsciente, y en realidad no se daban cuenta de que lo hacían.

En vez de esperar a que Wayne llamara a la puerta, asomé la cabeza. El paciente con el que estaba se encontraba tumbado, lleno de agujas de acupuntura, y podía dejarlo a solas unos minutos. A menudo los pacientes eran reacios a seguir charlando con agujas clavadas en la cabeza. Supongo que les preocupaba que como resultado de algún movimiento pudieran acabar con el cerebro ensartado. No era posible, pero prefería no divulgar esa información de entrada, porque así disfrutaba de los breves periodos de silencio que me proporcionaba.

La puerta de la clínica estaba abierta de par en par, y Wayne se encontraba en el umbral, de espaldas a mí. Esa mañana había caído un aguacero monzónico, con la lluvia rasgueando rítmicamente sobre el tejado igual que una banda de música militar. Los aromas secos y delicados del verano que durante las últimas semanas había traído el viento llegaban ahora en forma de vapor. Y de repente el aire se había vuelto denso, empalagoso y pesado.

Scott debía de haberse entretenido dentro del coche, porque no oí cerrarse la portezuela hasta unos instantes después, seguidos de los aplausos de Wayne, que quería recibir a Scott en plan colega, pero quedó como un mero adulator.

Al verme mirar desde la sala de tratamiento, Scott dijo que tenía que hablar conmigo con suma urgencia y, aunque por lo general Wayne habría ignorado una petición semejante de un paciente —le habría dicho que no se me podía molestar, que tenía que pedir cita—, observó impotente cómo yo le indicaba a Scott desde la otra punta de la recepción que fuera al despacho de la nutricionista, que sabía que estaba vacío.

Sería la primera vez que veía a Scott conducirse sin su habitual encanto, mostrando rechazo por quien ya no tenía ningún interés. Me sorprendió la tranquilidad con que pasó por delante de Wayne, saludándolo sin prestarle más atención, como si no hubieran mantenido una conversación en su vida. Wayne pareció sorprendido. Le dejó perplejo el desaire de Scott y no supo cómo interpretarlo.

El despacho de la nutricionista se había usado ese día como almacén de una enorme entrega de rollos de papel para camilla, cajas de pañuelos y papel higiénico, a la espera de que Wayne se encargara de ordenarlo.

—Tenemos un problema —empezó Scott.

—¿Qué tal va el codo? —pregunté en voz muy alta, al tiempo que cerraba la puerta.

Pero preferí no cerrarla del todo, pensando que si me encerraba en un despacho con Scott quizá despertara sospechas de que había algo entre nosotros.

Era mejor adoptar un aire relajado; dar la impresión de que hablábamos de su codo, o sea que no había necesidad de una intimidad absoluta.

Me volví, y Scott me lanzó una mirada como para decir: «Que le den al codo». Luego cruzó el despacho a largas zancadas, cogió mi cara entre las manos y me besó.

—No —dije, pasmada—. Aquí no.

No se disculpó.

—¿Qué clase de problema? —pregunté, notando al instante las náuseas que provoca la amenaza de que te descubran—. ¿Es Nadine?

Negó con la cabeza.

Parecía inquieto y crispado, no era el Scott al que estaba acostumbrada, y me pregunté qué habría ocurrido para que estuviera así.

—Es el dinero —dijo—. No puedo reunir el dinero.

Di un paso atrás.

—¿No puedes reunir cuatro mil libras?

Era inverosímil.

—No puedo reunir cuatro mil libras en efectivo. No ahora mismo, por lo menos.

—Ah —dije—, yo creía...

Sonrió.

—No, no voy tan justo.

—Vale, entonces ¿qué hacemos?

—Tengo una idea, pero no sé qué te parecerá a ti.

—Prueba —dije.

—Bueno, si sigo sacando dinero de la empresa, no pasará inadvertido. El contable querrá saber para qué es y, aunque creo que puedo confiar en él, lo cierto es que no quiero que se ponga a hurgar. Además, su mujer y Nadine son amigas. Y a pesar de que siempre me promete absoluta confidencialidad, ya sabemos que todo el mundo hace confidencias a su esposa.

—¿Sigue en pie lo de esta noche? —pregunté.

—Eso depende de ti. A mí me encantaría, de hecho. —Y se interrumpió, alargó la mano y me pasó un dedo por el contorno de la barbilla—. Creo que tengo la solución. Pero tendrás que esperar un poco a recibir el dinero.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos días.

—Ah.

—Ya sé que lo necesitas enseguida, me hago cargo. Pero piénsalo: no puedes ocultar ese dinero a la Agencia Tributaria. Acabarán por descubrirlo y querrán saber de dónde salió. Y cuando lo hagan, dependiendo de cómo te conduzcas, vendrán a meter las narices en mi negocio, Roz, y sencillamente no puedo correr ese riesgo.

—De acuerdo —accedí—, entonces ¿qué sugieres?

—Puedes decir que eres asesora.

—¿Asesora en qué?

—Lo que quieras. En realidad, da igual. Lo importante es que se te ocurra algo creíble, algo por lo que puedas presentar una factura a mi empresa, y te haremos el ingreso en tu cuenta en veinticuatro horas. Estaba pensando en algo relacionado con la ergonomía, pero si se te ocurre algo mejor, soy todo oídos.

—Eso de la ergonomía está bien.

—Cuanto antes presentes la factura, antes se te abonará —dijo—. Puedes decir que nos asesoraste acerca de la altura de las mesas, los respaldos de las sillas, cosas así, ¿vale?

—De acuerdo.

—¿Y te parece bien lo de esta noche? —preguntó con vacilación.

—¿Te refieres a lo de no cobrar?

Asintió.

—Es inesperado, conque no puedo decir que esté del todo de acuerdo, pero tengo un poco de margen después de tu último pago. No quiero poner en peligro nuestro acuerdo, o sea que... ¿Sigues queriendo que pasemos toda la noche?

—Claro —dijo—. ¿Nos vemos a las siete?

—A las siete.

—Pues me voy. Te dejo seguir con lo tuyo. —Fue hacia la puerta, la abrió y se volvió para mirarme—. Gracias —dijo—, gracias por entenderlo.

Levanté la mano para despedirme de Scott y al instante me quedé de piedra.

Detrás de él estaba Wayne, en la fuente de agua refrigerada.

Esta vez Scott tampoco habló con él al pasar.

Pero ahora a los ojos de Wayne no asomó ni rastro de molestia o rechazo. En cambio, se puso a silbar.

Llenó el vaso, silbando una alegre melodía improvisada, antes de lanzarme una sonrisa cargada de intención.

—Qué sorpresas te llevas con la gente, ¿verdad?

Siempre me ha fascinado especialmente el concepto de la jerarquía. Para cada persona en una situación determinada hay una jerarquía: tanto si son conscientes de ello como si no.

A menudo es una danza invisible que ejecutamos unos con otros. «¿Dónde encajo con respecto a ti? ¿Hasta qué punto soy importante en tu vida?».

Por lo general, no obstante, sabemos dónde encajamos. Sabemos cuál es nuestro lugar en la escala de importancia, y nos comportamos de manera acorde.

Tendemos a ocupar nuestros espacios asignados, sin quejarnos, sin atrevernos a movernos, sin atrevernos a pedir más por miedo al rechazo.

Así pues, cuando a última hora de la tarde Wayne me soltó la noticia de que quería formar parte del arreglo, bueno, como es de suponer, me reí de él a la cara porque era ridículo.

Cuando vi que iba en serio, dije:

—¿Qué arreglo?

Y él contestó:

—No me insultes, Roz.

Pensé que me proponía lo siguiente: una parte de mis ganancias por guardar silencio. Mil libras o así por morderse la lengua, por no revelarles la auténtica naturaleza de mi relación con Scott a su mujer, mis jefes, la comunidad en general.

Pero no era eso.

—Quiero pasar una noche contigo —dijo Wayne, en serio, y me quedé boquiabierta.

—Wayne —empecé—, es muy muy distinto lo que pasa entre...

—No hay ninguna diferencia —se limitó a decir.

Una pausa.

—Por lo que he entendido de la conversación que habéis tenido antes —dijo, y señaló con un gesto el despacho de la nutricionista—, Scott Elias te está pagando. Te está pagando una cifra considerable por tus servicios. ¿O lo he malinterpretado?

No lo negué. Quería ver qué intenciones tenía.

—Yo querría hacer lo mismo —dijo.

Le miré fijamente, procurando no mostrarme escandalizada.

—Wayne —dije con cuidado—, yo no quiero hacer eso.

—Roz —respondió—, no creo que tengas elección. —E hizo un gesto hacia el ordenador—. ¿Recuerdas la anomalía que te comenté? —preguntó señalando la pantalla.

Evidentemente, no me dejó mirar, porque cuando alargué el cuello minimizó la página.

—Una anomalía, ¿con qué?

—Las cuentas.

—Sí. ¿Y me lo dices ahora porque...?

—Los contables de la sede central me han hecho notar —dijo— que esta clínica en particular ha sido víctima de... digamos, una malversación de fondos.

«La sede central», pensé, procurando no mofarme de la absurda oficiosidad de su tono, cuando caí en la cuenta de lo que estaba diciendo en realidad.

—¿Un robo? —pregunté.

—Desde luego, eso parece.

—Pero no hay nada que robar —protesté—. No tenemos nada almacenado... Por lo menos nada útil.

Estaba pensando en las bolsitas de té y los rollos de papel higiénico que me había llevado recientemente, preguntándome si se referiría a eso. Pero lo descarté porque seguro que nadie se dedicaba a calcular el uso normal de esas cosas.

—¿En qué me afecta a mí? —dije al cabo.

—De un total de diez clínicas, y eso incluye a más de cincuenta terapeutas, tú tienes el índice más alto de anulación de pacientes.

—Pero es que soy la que más pacientes tiene —razoné—. Es normal que tenga un número de anulaciones mayor. Es proporcional.

—Por lo visto, no. Los contables de la sede central han hecho una auditoría, y tu índice de citas anuladas es cinco veces más alto que el de cualquier otra persona. Más aún, ahora que he tenido oportunidad de revisar los datos con detalle, resulta que esas citas anuladas tendían a coincidir con horas en las que yo estaba ausente de la clínica.

Tragué saliva.

—Y son todos pacientes que por lo general pagan en efectivo —añadió.

—Ten cuidado con lo que insinúas, Wayne.

Lo fusilé con la mirada.

Él me la sostuvo.

—Naturalmente, es posible que en la sede central estén dispuestos a pasar por alto cualquier falta que se haya dado —dijo con cautela—. Quizá yo podría convencerlos de que la pasen por alto, si sabes a lo que me refiero.

—No tienes pruebas. No hay ninguna prueba, Wayne, esto no tiene nada que ver conmigo.

Y entonces pasó a mostrarme las «pruebas» que había estado reuniendo a lo largo de la última semana o así.

La serie de robos de la clínica, y la parte que me tocaba en ellos, era irrefutable, me explicó. Había llegado al extremo de ponerse en contacto con los pacientes que yo había anotado como ausentes para preguntarles si podían confirmar o desmentir su presencia en la clínica en las fechas indicadas. La mayoría contestaron encantados, consultando sus agendas, sus calendarios de pared, pues no les informó del motivo

por el que quería saberlo, solo les dijo que había habido un problema con el sistema informático de citas y necesitaba volver a introducir la información.

—¿Y si me niego a hacer lo que propones? —le dije a Wayne.

—Entonces acudiré a la policía.

—¿Serías capaz?

—Dime por qué no debería hacerlo. Has estado estafando a la empresa. Y no solo eso, ahora tienes esta actividad suplementaria, que bien podrías estar ejerciendo tras la puerta cerrada de la sala de tratamiento...

—Eso no ha pasado nunca.

—Pero nosotros no lo sabemos, ¿verdad? Piensa la imagen que daríamos si saliera a la luz que cobras por servicios sexuales, además de robar los ingresos.

Dejarían de venir pacientes. Sería un negocio inviable. Y con una clínica específicamente concebida como esta, si los propietarios pierden cientos de miles de libras en inversiones, puedes tener la seguridad de que se te echarán encima con todo lo que tengan. Se juegan su reputación como organismo de atención médica.

—No vayas a la policía, por favor.

—No lo haré —dijo—. Haz lo que te pido y te doy mi palabra de que no iré a la policía. No se lo contaré a nadie. Ya sabes que siempre te he tenido aprecio, Roz. Me lo callaré, te lo prometo.

Resoplé, cerré los ojos. Intenté pensar.

Me tenía pillada, y no se me ocurría ninguna manera de escapar. Me había embolsado el dinero cuando estaba desesperada. Desesperada de verdad. No fue mucho. Treinta y cinco libras, alguna que otra vez. Pero aun así aquello era robar.

No había ninguna opción buena; solo una mala opción ligeramente peor que la otra. Y sabes lo que deberías hacer. Las entrañas te piden a gritos que recules.

Que des la vuelta. Que te sinceres y aceptes las consecuencias antes de que las cosas se salgan completamente de madre. Pero no lo haces, porque eres débil. Y, para empezar, tu costumbre de aceptar la opción menos mala es lo que te trajo hasta aquí.

—¿Cómo explicarás los ingresos que faltan? —pregunté al fin—. Supongo que el departamento de contabilidad querrá saber adónde ha ido ese dinero.

Wayne le restó importancia con un gesto.

—Echaré la culpa a la limpiadora que se fue hace un par de semanas. Les diré que no hay pruebas directas, pero que confío plenamente en el personal que tengo ahora, y no veo quién más podría haber sido. Naturalmente, ahora que ha dejado de faltar dinero, todo encajará.

Esperó mi reacción. Se humedeció los labios.

—Por favor —dije, haciendo un último intento a la desesperada—, no lo hagas. Es ridículo.

—¿Ah, sí?

—Sabes que sí. Por favor, Wayne, no me obligues a suplicar.

Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa antes de proferir un resoplido largo y exasperado.

—¿Tan repulsivo soy? —preguntó.

—No. —(Sí).

—¿Tan absurdo es que lo pida?

No contesté. Me escocían los ojos por las lágrimas mientras imaginaba la escena que él me estaba proponiendo.

Ni pensarlo.

No podía acceder a algo así de ninguna de las maneras.

—Sin duda te das cuenta de que, si no lo haces, se acabó lo que se daba, ¿no? —susurró cuando salía un paciente de la sala de Magdalena—. No volverás a trabajar en la vida. Nunca podrás acercarte siquiera a un paciente.

Me tendió un pañuelo de papel.

—Yo me lo pensaría bien antes de rechazar mi oferta, Roz.

Acababa de salir de la ducha, me había puesto el albornoz y envuelto la cabeza en una toalla, cuando oí que llamaban a la puerta.

Al abrirla, vi que la visita traía una botella de champán en una mano y una gran caja de fresas maduras en la otra.

—Será mejor que pases, Celia —le dije.

Entró y empezó a pasear la mirada por la sala sin muebles.

Contemplando las paredes desnudas, el suelo sin moqueta, dijo:

—No sé cómo vivís así. —Su acento de Liverpool sonaba más marcado de lo habitual—. De verdad que no. —Luego preguntó—: ¿George está con su padre?

Le dije que sí, le dije que estaba con Winston hasta el domingo por la tarde, y fue a buscar un par de copas.

Curiosamente, las copas de champán eran de las pocas cosas que no se habían llevado los agentes judiciales. Me apoyé en el marco de la puerta, mirando a Celia trastear en la cocina, y no pude por menos de sonreír cuando se llevó un paño a la nariz para comprobar si estaba limpio, antes de usarlo para descorchar la botella.

—¿A qué viene la celebración? —pregunté mientras ella llenaba primero una copa y luego la otra.

—¿A qué viene? —preguntó—. ¿Hace falta algún motivo? —Me pasó una copa—. Salud —dijo. Luego reconoció que me había visto al llegar con el coche desde la ventana de su dormitorio, y que le había dado la impresión de que necesitaba animarme un poco—. Pareces llevar todo el peso del mundo sobre los hombros.

—Tengo problemas en el trabajo, nada más.

—Ah, por cierto —dijo a la vez que se quitaba una sandalia—, Dennis tiene dolor, justo aquí. —Señaló el centro del talón.

—¿Le duele por la mañana cuando se levanta de la cama? —pregunté.

—¡Como una puñalada! —exclamó—. Casi no puede ni caminar.

—Fascitis plantar. —Garabateé en un papel el nombre de las plantillas ortopédicas que acostumbraba a recomendar—. Cómprale un par en Boots —dije—. El fin de semana iré a echarle un vistazo.

Celia frunció el ceño mientras leía la nota. Le parecía que las plantillas serían una pérdida de tiempo.

—Dan buen resultado —le dije con convicción.

Dobló la nota, se la guardó en el bolsillo y cogió la copa.

—¿Por qué no vienes a cenar? —preguntó—. Tengo un fletán estupendo y como siempre he comprado para seis. Puedes darle un masaje a Dennis en el pie, y yo...

—No puedo.

Dejó la copa.

—¿Por qué no puedes?

—He quedado con alguien.

—¿Quién? —se interesó, con los ojos brillantes.

Desde que éramos vecinas, Celia había intentado, en numerosas ocasiones y sin éxito, emparejarme con solteros diversos. Un par eran hijos de sus amigas del grupo de lectura. Otro era el hermano de su enmarcador de cuadros. Otro, el sobrino del tipo que venía a limpiarle el horno una vez al mes. En teoría todos estaban bien. Pero como intentaba hacerle entender a Celia, cuando alguien decía que no entendía cómo su hijo/hermano/sobrino llevaba soltero tanto tiempo, por lo general era por una buena razón.

—A los buenos los cazan enseguida —le dije.

—Entonces ¿cómo es que no te han cazado a ti?

—Siempre elijo mal.

—Igual eres demasiado exigente.

—Es posible —reconocí, y lo dejé correr. Pero, sinceramente, tendríais que haber visto a esos hombres. No quiero ser cruel, pero una se preguntaba cómo se las arreglaban para atarse los cordones de los zapatos y salir de casa todas las mañanas.

—No te emociones —le dije ahora a Celia mientras ella esperaba a que le diera más detalles—. No es más que una persona a la que he conocido en el trabajo. No es nada serio.

Celia hizo una mueca.

—Qué generación la tuya. —Chasqueó la lengua con desdén—. ¿Cómo puede no ser serio el amor? ¿Y qué significa eso? Veo a esos tíos imbéciles en la televisión diciendo que no se quieren comprometer, que quieren relaciones sin ataduras, y le digo a Dennis: «¿Qué boba sería capaz de aguantar algo así?».

Dios bendito, para lo que sacan, más les valdría hacer la calle. —Se interrumpió, sopesando lo que había dicho mientras apuraba la copa. Meneando la cabeza, añadió —: El oficio más viejo del mundo.

—Sí, ¿no?

Una hora después estaba en el coche, yendo hacia el norte.

Durante el viaje, no podía pensar más que en Wayne. Qué furiosa estaba, joder. Furiosa con él. Furiosa conmigo misma. Si me hubiera tragado el orgullo y le hubiera pedido a Petra un poco de dinero cuando lo necesitaba, no me encontraría en esa situación. Tomé las sinuosas curvas que bordeaban Rydal Water y el estómago se me empezó a encoger con solo pensar en él. Wayne me había acorralado al final de la jornada cuando no había pacientes en la clínica y solo quedaba Gary, que ordenaba las fichas como hacía a diario. Wayne me preguntó si había tomado una decisión.

Mientras esperaba a que le contestase, mantuvo la boca entreabierta, cosa que hacía a menudo cuando se concentraba, y su enorme lengua me dejó paralizada.

La tenía hinchada y cubierta de una densa capa de sarro blancuzco, indicio de una infección crónica de hongos, sospeché.

—Puesto que no me dejas otra salida, lo haré mañana por la noche —le solté.

Estaba indignada por la situación en que me había puesto, y no intentaba disimularlo.

—Ah —repuso alegremente—. ¿Tan pronto?

El cabrón se sentía halagado.

Mirándole la lengua, me abstuve de decir que no tenía otra opción que quitármelo de en medio; que, si me daba tiempo para pensármelo, seguro que me echaría atrás y, bueno, las repercusiones de no hacerlo me las había dejado bien claras antes.

—George se ha quedado a pasar el fin de semana con su padre —le dije—. Así que tiene que ser mañana o dentro de quince días.

—Mañana —se apresuró a responder—. Sí, mañana me viene perfecto, sí, porque voy a tener un par de fines de semana ocupados a lo largo del mes, de hecho...

Entonces pasó a enumerarme una serie de actividades que constituían su tediosa y patética vida.

Cuando hubo acabado, lo miré fijamente un momento, todavía conmocionada por que hubiera sido capaz de chantajearme. Wayne y yo siempre nos habíamos llevado bastante bien. Tenía sus molestas manías: contaba chistes malísimos y se tomaba su papel en la clínica con excesiva seriedad. Pero siempre me había tratado con amabilidad. Los dos nos habíamos tratado con amabilidad. No podía creer semejante cambio. Me sentía traicionada.

Intenté ahuyentar a Wayne de mis pensamientos por el momento, pues no quería encontrarme con Scott en ese estado de irritación. Para ser alguien que me conocía desde hacía tan poco tiempo, Scott tenía una capacidad misteriosa para intuir cómo me sentía, y yo sabía que sería un error desastroso ponerle al corriente de las exigencias de Wayne.

Para Scott, Wayne era un inútil al que ni siquiera valía la pena saludar con una inclinación de cabeza. Eso se había hecho evidente esa tarde, conque no tuve que pensar mucho si contarle o no a Scott las intenciones de Wayne.

En primer lugar, aunque Scott no lo había aclarado, yo sabía que mientras me estuviera pagando era suya. Y solo suya. Su descripción de la fealdad del sexo en plan cinta transportadora no tenía tanto que ver con las chicas en sí como con la idea de la serie de canallas asquerosos que habrían estado con ellas antes que él.

Por un lado estaba eso.

Pero además, al no informar a Scott, estaba pensando en el estado de vanagloria jactanciosa que provoca el que la persona con que te has acostado se acueste después con otra. Una persona que consideras inferior a ti. Y aunque la persona con la que tuviste relaciones sexuales te cayera de maravilla, ahora no podrías volver a tenerlas, porque te sientes insultado por ella al haberte puesto en la misma categoría que el siguiente amante. Era humillante. Sea como sea, a lo que voy con todo esto es que no habría sido buena idea informar a Scott de mis planes con Wayne al día siguiente. No podía arriesgarme a que nuestro acuerdo se interrumpiera.

Y aún me hacía falta el dinero para liquidar la deuda de las tarjetas de crédito, claro.

Ya lidiaría mañana con el asunto de Wayne. Por el momento, tenía que prepararme para la noche que me esperaba. Así que encendí la radio, moví el dial hasta que encontré una emisora que ponía una canción insulsa con graves potentes, y cuando tuve oportunidad adelanté a un par de ciclistas en una curva sin visibilidad, lo que me provocó un subidón de adrenalina, esa sacudida que se consigue con un instante de temeridad, algo que me hacía falta para que la Roz Muñeca Sexy tomara las riendas y se esfumara la Roz Hecha Polvo.

Scott me esperaba en el balcón del hotel. Había dado instrucciones a las camareras de que secaran el suelo y los muebles, ahora que había escampado, para que pudiéramos cenar fuera, con vistas a Grasmere. Yo había ido directa a la habitación nada más llegar. Scott me había enviado el número en un mensaje de texto y me había dado indicaciones para que no tuviera que preguntar en recepción. Se había tomado unas copas antes de cenar con su contable y el abogado de la empresa, y le había contado a Nadine que pasaría la noche fuera, porque la reunión iba a prolongarse hasta las tantas. Luego había dejado a los dos hombres en el bar con una botella de coñac de mil doscientas libras, y les había dicho que lo sentía, pero que se retiraba temprano porque al día siguiente tenía prevista toda una jornada de copas en las carreras de Carlisle.

—Lamento llegar un poco tarde —dije—. Había mucho tráfico.

Scott le quitó importancia y dijo que no me preocupara. Me abrió la puerta de par en par y pasé, dejando el bolso en el sillón. Era una habitación de estilo tradicional. El tipo de habitación en la que una pareja mayor que pasara la Navidad en Grasmere estaría muy a gusto. Tenía una decoración recargada: papel pintado de color dorado cubierto de lirios y gruesas cortinas carmesíes.

Los apliques eran de latón o dorados y los muebles, de roble macizo.

Scott y yo nos miramos sin decir nada.

Esbozó una media sonrisa y, aunque yo sabía que él deseaba estar aquí —sabía que probablemente necesitaba estar aquí—, fue evidente por su expresión que tenía otras cosas en la cabeza.

Esto no entraba en la categoría de Segunda Cita, pero sí tenía algunas de sus características. Aunque Scott estaba recién duchado y afeitado, aunque tenía esa tensión nerviosa que se deriva de estar a solas con una mujer, el intenso destello de curiosidad estaba ausente de sus ojos. Ya nos habíamos acostado. El misterio había desaparecido. El trabajo, la vida real, inundaban ahora sus pensamientos.

Y supuse que si durante la cena entablábamos una conversación educada, Scott tendría la cabeza en otra parte.

Miré por la puerta abierta del balcón. La mesa estaba puesta, con velas y todo, y había una botella de algo en la cubitera.

—¿Prefieres que vayamos directos a la cama? —le pregunté.

Un poco sorprendido, dejó escapar una tosecilla y abrió más los ojos. Luego dijo:

—¿Te importa?

—Qué va. Podemos cenar más tarde.

Así que eso hicimos. Esta vez, se quedó vestido del todo y me penetró por detrás en el cuarto de baño. Vi por su expresión que quería sexo rápido y guarro, así que me dejé puestos los zapatos de tacón, de cara al espejo, mientras él me apartaba las bragas y me follaba como supuse que se follaba antes a Nadine, cuando a ella todavía le gustaba.

Luego, nos sentamos fuera bajo la estufa de gas, porque había refrescado (eran más de las nueve), y me dio las gracias con lo que me pareció que era una sensación de asombro por haberme adelantado a sus necesidades.

—No hace falta ser un genio —repose, pero a decir verdad lo había hecho tanto por mí como por Scott.

Wayne seguía dominando mis pensamientos, y fue una manera tan buena como cualquier otra de librarme de él.

Scott aún llevaba el traje azul marino puesto, pero me pidió que me quedara en ropa interior, con un albornoz del hotel, mientras cenábamos.

—Estás preciosa —me dijo—. ¿Qué tal está el cangrejo?

—Rico.

—Ojalá lo hubiera pedido yo.

—Toma un poco —dije, y me ofreció una de sus navajas—. Gracias, pero no me gustan mucho.

La verdad era que nunca las había probado. Pero al verlas me vino a la cabeza la imagen de una solitaria en un tarro de formol que había estado un curso tras otro en el laboratorio de biología de la escuela. Petra había hablado con entusiasmo de las navajas hacía poco, y caí en la cuenta de que seguramente las habría probado con Scott.

Las últimas luces del día fueron apagándose mientras oíamos una sucesión de portezuelas de coche al cerrarse. Quizá eran las personas que no se alojaban en el hotel, sino que habían cenado allí y volvían a casa, o que buscaban un poco más de diversión para el viernes por la noche de la que podía ofrecerles este hotel tan serio. Al día siguiente iba a celebrarse el banquete de una boda. Venid a los Lagos, alojaos en un hotel así y todos los sábados por la noche os veréis excedidos en número por bulliciosos invitados a bodas, junto con novias deslucidas, con las pestañas postizas colgando, viendo los fuegos artificiales de rigor, los niños tirándoles del vestido, cada cual con su flamante apellido compuesto.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Scott.

—En esto y aquello. Sobre todo, aquello.

—¿Alguna vez lamentas estar sola?

—Sí —dije, sinceramente.

—¿No te gusta la soledad? Yo siempre he soñado con tener mi propia...

—¿Idaho, como en *Mi Idaho privado*?

—Autocaravana.

—Ah, como una cabaña sobre ruedas en la que esconderte. Seguro que estaría bien. Yo tengo a George, acuérdate, conque no disfruto de mucha soledad. Pero echo de menos un hombre. —Acabé de comer y dejé el cuchillo y el tenedor con cuidado al lado del plato—. Echo de menos a alguien que comparta la responsabilidad; no me refiero tanto al aspecto romántico, sin eso puedo pasar. O igual es que he aprendido a vivir sin ello y no me doy cuenta. Pero echo en falta la presencia de un hombre. Alguien que diga «Voy a comprobar el aceite y el agua de tu coche», alguien que arregle el intermitente. Hablando así, cualquiera diría que echo de menos a mi padre. Winston no me cuidaba nada.

—¿Es eso lo que quieres, alguien en quien confiar, alguien que cuide de ti?

—Eso creo, sí.

—Siempre puedes recurrir a mí.

—No, no puedo, Scott —dije—. No recurriría a ti porque eso no forma parte de nuestro acuerdo. ¿No es exactamente lo que querías evitar?

Frunció el ceño. Me lanzó una mirada que decía: «No te sigo».

—Lo querías así precisamente porque no quieres ocuparte de otra mujer.

Pagar por sexo te libera de eso. Lo dijiste con esas palabras, Scott. No me supone ningún problema. A mí también me va bien.

Alargó la mano hacia la copa y me miró con seriedad.

—Odio saber que estás sola en una situación tan apurada —dijo.

Y fue como si sus palabras quedaran adheridas al vello de mi oído interno. En respuesta me estremecí.

No sabía por qué. Quizá fuera su manera de hablar, sus palabras llevaban una carga de significado que no alcanzaba a entender del todo.

—La próxima vez que pases por una crisis, Roz —dijo Scott con un deje enigmático—, no dudes en llamarme.

A la mañana siguiente me levanté temprano y dejé a Scott en la cama, profundamente dormido. La víspera le había dicho que me iría a primera hora. Él tenía pensado desayunar en el hotel antes de ir al norte a las carreras. Luego él y Nadine cenarían con Petra y Vince en el sencillo italiano al que había accedido a ir yo, aunque me disculparía alegando que tenía migraña.

Nunca tenía migraña. Pero como Petra usaba esa excusa tan a menudo, difícilmente podría ponerla en tela de juicio. Estaba satisfecha con mi treta y planeaba enviarle a Petra un mensaje rápido hacia las dos diciéndole que no me encontraba bien, a fin de prepararla para la anulación que le haría llegar en torno a las seis.

¿Cómo nos las arreglábamos antes de los mensajes de texto?

Recuerdo las náuseas y el temor que me invadían antes de llamar al trabajo con resaca para decir que estaba enferma. La voz del jefe incrédulo que hacía preguntas mientras yo hablaba en un débil gimoteo: «Sí, creo que me sentó algo mal... Ya lo creo, hay que tener mucho cuidado con el pescado».

¿No sería maravilloso que pudiera librarme de Wayne con un mensaje?

Me puse vaqueros, chanclas y una camiseta rosa. Me planteé dejarle a Scott una nota, pero decidí no hacerlo. Las pruebas tienden a ir a parar a las manos equivocadas. Comí dos galletas de mantequilla y un par de higos de la bandeja de obsequio que había encima de la mesa y me tomé una taza rápida de té negro ahumado. Luego me puse en marcha.

Con el bolso colgado del hombro y otro buen puñado de dinero camino de mi cuenta bancaria —en cuanto le presentase la factura a Scott—, me sobrevino esa sensación puritana de logro que se deriva de esforzarse por alcanzar un objetivo.

Pero ¿a quién quería engañar? Fijaos en lo que estaba haciendo.

Conduje bajo un frondoso y exuberante dosel de árboles. Todavía era lo bastante temprano para ver algún que otro ciervo mordisqueando brotes en los campos al otro lado de la carretera; lo bastante temprano como para encontrarme un convoy de furgonetas de Pescados Fleetwood camino de Grasmere a fin de hacer los primeros repartos del día. Tenía toda la mañana por delante, llena de posibilidades, con una única mancha enorme en el horizonte. Wayne. Después de saldar mis deudas inmediatas, me quedaban mil ochocientas libras en la cuenta.

Tenía previsto ir a Kendal a las ocho en punto y pasarme casi toda la mañana allí. Abastecería la casa de comida y artículos esenciales, antes de ir a B&Q para comprar un sofá nuevo, vajilla nueva, ropa de cama nueva y unos cuantos cojines para animar la vivienda. Si me mantenía ocupada, quizá dejaría de pensar en la cita de esa noche con Wayne hasta el último momento.

No pasaría toda la noche con él. Me había negado tajantemente a hacerlo.

Pero había accedido a mantener relaciones sexuales. Una vez, y solo una vez.

Cuando entraba en el aparcamiento de Morrisons', tomé nota mental de comprar un par de botellitas en miniatura de Jack Daniel's para metérmelas entre pecho y espalda en el coche justo antes de entrar a la casa de Wayne. No cobraría por el servicio. Solo ganaría la libertad de seguir ganando dinero tal como lo hacía, y naturalmente la promesa de que no se tomarían medidas contra mí por los hurtos, que Wayne había calculado en un total de mil setecientas libras.

Hasta donde atinaba a ver, había dos cosas que podían torcerse. Una, que Wayne hubiera mentido y pensara tenerme eternamente entre la espada y la pared (era muy posible pero, una vez más, apenas tenía elección). Dos, que se me revoliera el estómago y no pudiera llevarlo a cabo (véase más arriba: Jack Daniel's).

Miré el reloj: las 8.35 de la mañana. Dentro de doce horas todo habría terminado.

El supermercado estaba casi vacío, así que pude recorrer los pasillos sin el incordio de tropezar con demasiados compradores. Llené el fondo del carrito de frutas y verduras diversas antes de ir directa a la sección de medicamentos y cosméticos. Allí examiné la oferta de condones sin miedo a que me interrumpieran, antes de dejar las cajas bien escondidas bajo un racimo de plátanos a fin de evitar las miradas curiosas.

Le había dicho a Wayne que esperaba que se pusiera dos condones de protección extra y que llevaría a cabo una inspección completa antes del coito por si tenía alguna lesión ulcerada o grietas en la piel. Era todo pura rutina, le dije, y él asintió con seriedad, a la vez que contestaba: «No podría estar más de acuerdo. Desde luego».

Eché un jabón corporal antibacteriano al carrito, elixir bucal antibacteriano, un frasco de desodorante íntimo Femfresh (sí, ya sé que la vagina es una especie de horno con función de autolimpieza, pero estábamos hablando de Wayne), además de dos frasquitos de sedante Night Nurse que me dejaran frita después y con un poco de suerte me permitieran sumirme en el olvido.

Ya estaba preparada.

La vivienda en sí era una cabañita bastante mona ubicada a las afueras de Ambleside, algo apartada de la carretera que lleva a Kirkstone Pass. Si Kirkstone Pass os suena, seguramente lo habréis oído mencionar en los boletines nacionales de tráfico. Suele ser el primer puerto de montaña que se cierra cuando cae una fuerte nevada, y presume de tener el tercer pub a mayor altitud de Inglaterra.

Wayne heredó la casa de sus padres. Su padre era un empleado de correos que había muerto diez años atrás, y su madre vivía en un asilo.

Como Wayne era previsor, y había convencido a su madre de que pusiera la casa a su nombre al morir su padre, el Estado costeaba la atención de su madre, gracias a lo cual Wayne no tenía que pagar hipoteca ni cuidar de nadie, y disponía de dinero de sobra para gastárselo —cosa increíble— en peces.

—No sabía que tuvieras un acuario —dije antes de pasear la mirada por toda la sala de estar: mucho cromo; líneas sencillas; dos sofás de cuero de color marfil.

Una mesita de centro rectangular de cristal ocupaba buena parte del suelo y el estilo de la decoración era el típico de un pisito de soltero. Me sorprendió el nivel de limpieza. Saltaba a la vista que se enorgullecía de su casa.

Empezó a señalarme los peces más preciados del acuario, que ocupaba toda una pared de la sala de estar.

La casa quedaba bastante alejada. Se accedía por un camino de grava de un solo carril. En la década de los sesenta, había sido una granja pero, a la muerte del granjero, los padres de Wayne compraron la casa, y los terrenos circundantes se parcelaron y se vendieron por separado. Ahora los arrendaban dos campesinos de Troutbeck que los usaban como pastos para sus ovejas. Había accedido a ir allí porque sabía que nadie vería mi coche, y porque no pensaba quedar con Wayne en un hotel y fundirme ochenta libras. Y ni que decir tiene que la idea de que Wayne viniera a mi casa quedaba descartada por completo. Aunque no hubiera estado Celia fisgoneando.

Dos caballitos de mar se mecían en un rincón del acuario y, sin pensarlo, alargué la mano y toqué el cristal. Qué criaturillas tan entrañables, tan vulnerables. Se les da fatal nadar, por lo visto, aleteando sin moverse del sitio.

¿Y no era el macho de la especie el que se quedaba embarazado? Eso sí que es interesante.

—¿Tienes un generador? —le pregunté a Wayne.

—Claro —repuso.

—Y cuando te vas de vacaciones, ¿qué? ¿Quién da de comer a los peces?

—Mi primo de Glenridding. Él tiene reptiles.

No me extraña.

—Cuando uno de los dos se va de vacaciones, el otro cuida de sus animales —me explicó.

Me sorprendí pensando que era raro que no supiera nada de eso. Llevaba trabajando con Wayne bastante tiempo, durante el que me había hablado de la granja, pero no recordaba que hubiera mencionado los peces. Cosa curiosa, porque a todas luces eran su vida. Lo único que se me ocurría era que yo hubiese desconectado mientras hablaba, asimilando solo lo más esencial. Petra decía que hacía lo mismo con ella. Aseguraba que tenía el disco duro saturado y que debía desfragmentarlo para liberar un poco de espacio.

—Bueno —dije un momento después—, esto es un poco violento.

—¿Ah, sí? —Pareció sorprenderse.

Me sentía como en una peli porno cutre, con los actores soltando una serie de frases forzadas antes de montárselo de repente.

O igual que en un filme francés de arte y ensayo. Un hombre grotesco y flácido y una mujer sin maquillaje («¡Qué valiente!», diría de ella la crítica) tienen una

tremenda y cruel pelea... antes de abandonarse al sexo de golpe.

Resultaba un tanto patético cómo se había preparado Wayne para la noche. Se había cortado el pelo, en algún lugar que no era su peluquería habitual; quizá esta vez había pagado un poquito más. El resultado era que llevaba el pelo rubio, casi incoloro, un poco más largo por arriba y casi al rape en los lados. Con los labios finos, la frente sudorosa y la camisa oscura abotonada hasta el cuello, parecía un oficial de las SS.

Le ofrecí una sonrisa lánguida y sugerí que más valía que fuéramos al grano.

Casi dije «Acabemos de una vez», pero me las arreglé para contenerme en el último momento. Después de pimplarme el Jack Daniel's en el coche, me encontraba en ese estado de insolencia embriagadora anterior a la borrachera, cuando el aplomo está en su punto álgido y todo parece mucho más divertido de lo que es. Había llegado el momento de hacerlo. Si esperaba más, mi nivel de alcohol en sangre bajaría en picado, me pondría melancólica y, con toda probabilidad, me sentiría avergonzada. Y si reaccionaba como tenía por costumbre, esa vergüenza se manifestaría en forma de una ligera agresividad.

Me quité la camiseta.

Wayne abrió los ojos de par en par.

—Cómo, ¿aquí? —dijo.

—No pensarías que íbamos a revolcarnos en tu cama, ¿verdad?

—No —dijo en voz queda, pero por su aspecto alicaído fue evidente que era justo lo que había tenido en mente.

—Wayne —dije, arrugando la nariz en un gesto de asco—. Lo siento, pero no.

—¿Me desvisto? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Eso es cosa tuya.

Esperaba que se quedara vestido, pero no. Primero, se desabrochó la camisa, dejando a la vista la piel como de vientre de pescado de su pecho. Me miró de soslayo, tímido, temeroso de que huyera, me parece, así que hice lo posible por alentararlo con un gesto. Cuanto más se entretuviera, más rato estaría allí atrapada.

Corrí las cortinas, me quité las chanclas y me bajé los vaqueros. Mis movimientos eran rápidos y mecánicos. Tenía el aire formal que una adopta al desnudarse ante un médico y, cuando vi que Wayne me miraba, por un instante casi me dio pena.

En el trabajo, la combinación de su posición de autoridad con su insistencia en el detalle hacía que a veces resultara desagradable. Era el jefe al que todos adoraban detestar porque tenía autoridad sobre sus empleados, todos con mejor formación y un sueldo más alto. Era una situación extraña, pero necesaria. Si se elimina a esa figura odiada en cualquier centro de trabajo, los empleados se vuelven unos contra otros. Es mucho más efectivo que haya una persona de la que todo el mundo pueda quejarse. Seguro que los propietarios de la empresa lo sabían muy bien. Los días que Wayne no estaba en la clínica, discutíamos. Y me encontraba pensando hasta dónde llegaríamos

con nuestras pullas si él no estuviera nunca. Quizá acabaríamos enfrentándonos, como se supone que hicieron los habitantes de la isla de Pascua. Aunque he de reconocer que no me imagino comiéndome a Gary, por mucho que me pusiera de los nervios.

Lo que quiero decir es que Wayne ahí plantado delante de mí era un triste espécimen en calzoncillos y calcetines. Y aunque me tenía bajo presión, y aunque lo despreciaba a más no poder por haberme hecho ir hasta allí, ahora veía que le movía la más pura desesperación.

Me quité las bragas y Wayne se estremeció. Pensé que iba a correrse allí mismo, pero se las apañó para contenerse.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a una mujer desnuda? —pregunté, y él negó con la cabeza. No estaba dispuesto a contestar—. Vale —dije—. Necesito un par de cosas del bolso.

Crucé la sala en unos pasos y, por el rabillo del ojo, vi que Wayne se quitaba los calcetines y los calzoncillos.

Con los dos condones en la mano, me acerqué a él.

Mientras rasgaba los envoltorios, le sostuve la mirada.

—Una vez y solo una, Wayne. Ese es el trato. ¿Queda claro?

Asintió repetidamente.

—Quiero oírte decirlo.

—Lo prometo —dijo, casi sin respiración—. Date prisa, ¿vale?

—No. No hasta que me digas que no volverás a molestarme. Que no volverás a hablar de esto. Y que desde luego no informarás a nadie de mi acuerdo con Scott, ni de lo del dinero que falta.

Arrugó el gesto.

—No lo haré. Te doy mi palabra. Venga, Roz, por el amor de Dios.

—¿Está claro, Wayne? Lo digo en serio.

—Sí. Sí. Del todo.

—Entonces, vale.

Con Wayne a punto, me di la vuelta, apoyé las manos en el alféizar de la ventana y le dije que adelante. No quería mirarle a la cara. Desde luego no quería su lengua cerca de mi boca. Esperaba que hacerlo así lo pusiera tan cachondo que no durase mucho.

Esperaba que hubiera terminado en cuestión de segundos.

Pero no ocurrió nada.

Esperé. Transcurrieron veinte segundos, y nada.

—¿Wayne? —susurré.

No contestó. Hice ademán de darme la vuelta, pero alargó los brazos para evitar que me girara.

—No —dijo—. No me mires —repitió con la voz entrecortada.

—Wayne, ¿qué pasa?

—No puedo hacerlo —gimió—. No puedo seguir con esto.

Divagó un poco, dijo algo relacionado con que su cuerpo lo traicionaba. Le dije que no le miraría, pero que me iba a vestir, y que igual podíamos hablar.

Un momento más tarde, estaba recogiendo las chanclas, casi vestida.

Después de eso, no tengo ni idea de lo que estaba haciendo Wayne, porque el cabrón me golpeó en la nuca y perdí el conocimiento.

Nunca me habían dejado inconsciente de un golpe. Me había desmayado alguna vez, pero no es lo mismo, ni mucho menos. De hecho, me tomaré un momento para explicar la diferencia entre una cosa y otra.

Uno se desmaya cuando el cerebro no recibe suficiente riego sanguíneo. Es un mecanismo de recuperación del cuerpo. Te desmayas, caes al suelo, la sangre no tiene que contrarrestar la fuerza de la gravedad para subir por las arterias carótidas del cuello y el cerebro recibe al instante el oxígeno que le faltaba. Por eso los soldados se desmayan cuando pasan largos periodos en formación.

Tienen la sangre literalmente en las botas.

La pérdida de conciencia después de un golpe en la cabeza es muy distinta; es un asunto serio. No es como, por ejemplo, en las películas, donde el malo queda fuera de combate unos momentos, lo que permite al héroe escapar, y luego vuelve en sí, en perfecto estado, solo que un poco más cabreado.

En realidad, nadie sabe qué causa una conmoción cerebral, pero la mayoría coincide en lo siguiente: el cerebro sufre daños, lo que tiene como consecuencia una pérdida de funciones temporal y en ocasiones permanente. Pueden darse problemas a largo plazo, cuyo alcance es objeto de constante investigación. Tras recibir un golpe en la cabeza, hay pacientes que pueden tener problemas permanentes de pronunciación, alteración de las expresiones faciales y, en algunos casos, cambios de ciertos rasgos de personalidad. Conocía a un operario que se cayó de una escalera de mano, un tipo malhumorado, amargado y huraño que siempre estaba criticando el trabajo de otros albañiles, y que de pronto se volvió un hombre feliz. Debía de resultarle extraño cuando se ponía a hablar sin parar, el rostro animado y alegre, mientras sus interlocutores lo miraban recelosos y con los ojos entornados, incapaces de creerse del todo el milagro que tenían delante.

Y también estaba el caso de Mama Cass. Se dice que su registro vocal aumentó después de golpearse en la cabeza con una tubería de cobre mientras estaba en un solar en construcción, aunque amigos de Cass Elliot han puesto en tela de juicio esta historia a lo largo de los años, aduciendo que se usó para explicar por qué John Phillips la mantuvo al margen de The Mamas and the Papas tanto tiempo (la auténtica razón era que estaba muy gorda).

Pero a lo que iba.

Estaba tendida en la moqueta de Wayne, más o menos en posición fetal, pero con la cabeza echada hacia atrás, tragando saliva una y otra vez, pues por lo visto tenía un exceso de salivación. En ese momento no estaba asustada, y tenía curiosidad por saber si estaba inconsciente o no. No muchas conmociones cerebrales tienen como resultado la pérdida de conciencia, y no podía decir con seguridad qué había ocurrido exactamente. Lo único que sabía era que algo no iba bien.

Oía la voz de Wayne como a través del agua. El hombre estaba aterrado y pronunciaba mi nombre y, en mi cabeza, yo respondía. Respondía a voz en cuello, gritando como cuando tienes los oídos sumergidos en la bañera y te hacen una pregunta.

Pero Wayne no me oía. Y yo no podía ver a Wayne. Y no podía mover la cabeza para ver dónde estaba.

Tenía el sistema auditivo hecho polvo. La voz de Wayne iba menguando, al tiempo que el zumbido del acuario, el sonido de las burbujas que ascendían cada pocos segundos, se volvía insoportablemente estruendoso. Intenté taparme los oídos con las manos. Pero no podía moverme. Y entonces, como es natural, pensé en George.

Curiosamente, hasta ese momento ni siquiera se me había pasado por la cabeza que yo pudiera estar en peligro. Es una tontería, la verdad, pero estaba tan centrada en abrirme paso a través de mis pensamientos, en intentar entender el entorno inmediato, consciente a nivel intuitivo de que mis sentidos estaban desajustados, que en realidad me sentía a salvo.

Se me volvió a llenar la boca de saliva. Fue entonces cuando pude abrir los ojos y me di cuenta de que había vomitado. El golpe en la cabeza me había hecho vomitar.

Empecé a inspeccionar la habitación y mis ojos se posaron en Wayne.

Se mecía adelante y atrás en una silla del comedor, con las manos entrelazadas delante de sí.

¿Así iba a acabar todo?

¿A esto me habían conducido los ridículos riesgos que había corrido para enmendar errores pasados?

Eso parecía.

Era la más cruel de las ironías. Intentando liberarme de una vida esclavizada por las deudas, había caído prisionera.

—Wayne —dije, pero no me salió bien.

La palabra sonó borrosa e informe. Me conmocionó oír ese sonido. Y a Wayne también, porque levantó la cabeza de pronto y me miró fijamente.

—Joder —susurró.

Luego empezó a acunarse de nuevo.

Me puse boca arriba para apartarme del vómito y estiré las piernas. Después de estar tendida con las piernas dobladas durante no sabía cuánto rato, era un alivio estirar los tendones posteriores del muslo. Levanté los dedos de los pies hacia mí, noté cómo la extensión me recorría los músculos de las pantorrillas y llegaba a cada tendón de Aquiles. Entonces intenté levantar las manos para comprobar si había sufrido un ictus. Los dos brazos ascendieron a la vez, así que volví la cabeza hacia Wayne.

Le sonreí.

—¿Por qué coño sonríes? —preguntó, consternado.

Pensé: «Bien». Los músculos faciales seguían funcionando como era debido.

No era probable que hubiera sufrido un ictus. Con un poco de suerte, recuperaría el habla cuando la inflamación del cerebro empezara a remitir.

Así pues, no hice nada.

De hecho, notaba un cansancio abrumador, de modo que me dormí un poco.

Cuando desperté, la sala estaba en penumbra.

Noté la presencia de Wayne cerca de mí antes de abrir los ojos. Me quedé inmóvil y agucé el oído. Al principio me pareció que le costaba respirar; emitía sonidos pesados y trabajosos. Pero después de escuchar un minuto o así me di cuenta de que intentaba tranquilizarse.

Le miré un momento y luego me dispuse a hablar, temerosa del sonido que iba a proferir.

—Ayuda.

A mí me sonó normal. Conque lo dije de nuevo, pero más alto:

—Ayúdame.

Wayne se quedó inmóvil. Se llevó las manos a la cara y su cuerpo fue presa de espasmos irregulares mientras intentaba contener el llanto.

Yo tenía la cabeza a punto de estallar. Debía de haberme golpeado justo en la protuberancia occipital. Tenía que mantener la cabeza ladeada para no tocar el suelo con la nuca. Notaba la lengua espesa en la boca como un pedazo de algodón. Y mis pensamientos eran embarullados e inconexos.

—Quería que te quedaras —gimoteó—. Nada más. Me ha entrado el pánico.

Solo quería que te quedaras un poco más.

—Me duele mucho la cabeza, Wayne. ¿Con qué me has golpeado?

Señaló la mesa con un gesto. Encima había un pequeño extintor manual de cromo, de esos que se ven en el camarote de un barco, o en una caravana. Estaba manchado de sangre. Me palpé la nuca. Tenía el pelo apelmazado de sangre y la piel alrededor de la herida estaba desgarrada.

Miré a Wayne. No sabía qué hacer conmigo, lo que no era bueno. Y sudaba a raudales.

Intenté incorporarme, pero al hacer el más leve movimiento, noté una sacudida de dolor en toda la cabeza que me dejó pegada al suelo.

—No estoy enfadada contigo, Wayne —mentí, apaciguándolo. Mantuve la voz serena, firme—: Pero tienes que ayudarme. Necesito ir al baño, y no sé si puedo tenerme en pie.

—No voy a hacerte daño, ya lo sabes.

Lo dijo de un modo que dio a entender que la idea le repugnaba. Como si no fuera digno de él. Como si no fuera a rebajarse hasta tal extremo.

—Ya sé que no —dije, ciñéndome a la insensatez de la situación—. No tengo miedo, Wayne, pero estoy incómoda.

Se quedó justo donde estaba; como si yo no hubiera hablado. Sus ojos llorosos se vaciaron de expresión cuando miró más allá de donde me encontraba, hacia la ventana. Debía de haber descorrido las cortinas después de golpearme.

—El lunes en la clínica no podré mirarte —aseguró, distraído.

—Te ha entrado el pánico. Has perdido el control un momento. Es comprensible. Lo entiendo perfectamente.

Parpadeó.

—¿Lo entiendes?

—Sí —dije con suavidad.

—No tendría que haberte obligado a hacer esto —repuso—. Es imperdonable.

No quería que fuera así entre nosotros. Así no. Así nunca.

—Ninguno de los dos es quien quiere ser ahora mismo, Wayne. De eso no me cabe duda. Pero te has sentido indefenso. En parte es culpa mía. Te he hecho sentir mal al decirte que solo haría esto una vez, al decirte que no me iba a quedar. Pero tienes que entenderlo, Wayne, estoy haciendo eso con Scott porque yo también estoy desesperada. Como digo, yo tampoco quiero ser esa.

Intenté moverme otra vez, pero el dolor me atenazó el cráneo.

—La única manera que tengo de retener algo es atraparlo —dijo Wayne con voz trémula.

—Eso no es cierto... y, Wayne, ahórrate el melodrama.

Encendió una lámpara que tenía al lado. Era una luz tenue, de treinta vatios quizá, de esas que se dejan encendidas toda la noche cuando estás dando el pecho; cuando tienes que localizar al bebé sin tropezar con las zapatillas.

—¿Irás a la policía? —preguntó.

—¿Y qué les diría? ¿Que vine a acostarme contigo porque me estás chantajeando, pero en cambio decidiste dejarme fuera de combate de un golpe?

No sé si me creerían.

—Podrías decir que te violé.

—Pero no lo has hecho.

Se levantó y se acercó para arrodillarse a mi lado.

Curiosamente, aunque por dentro seguía furiosa, furiosa con Wayne, furiosa conmigo misma por meterme en semejante situación, no estaba asustada. Vi el semblante de Wayne, triste y compungido, y lo único que sentí fue pena.

Me pasó una mano por debajo del cuello con suavidad y la otra por debajo de los hombros, disponiéndose a incorporarme.

—Lo siento mucho, pero mucho —dijo.

—Wayne —respondí en voz baja—, todo irá bien, ya lo sabes. Te prometo que irá bien. El lunes fingiremos que esto no ocurrió y no volveremos a hablar nunca más del asunto. Nadie aparte de nosotros tiene por qué saberlo.

Cerró los ojos y meneó la cabeza con solemnidad, como si confrontara un pensamiento profundo; como si supiera sin la menor duda que no iría bien. Al margen

de lo que dijera yo, el asunto no acababa allí.
Porque ¿cómo demonios podía acabar?

Apenas recordaba el trayecto de regreso a casa. Después de que Wayne me incorporase, el dolor de cabeza se volvió tan intenso que no pude estar de pie más que unos segundos antes de que tuviera que recostarme de nuevo. Debí de perder el sentido o quedarme dormida —no sé con seguridad si una cosa u otra—, porque me desperté tapada con una manta, sin rastro de Wayne, y luego me monté en el coche y volví a mi casa en Hawkshead. Es increíble que llegara de una pieza.

Ahora era el día siguiente y me encontraba en la cocina de Petra, que estaba dándome la vara por no haber ido a la cena de la víspera con Scott y Nadine.

—¿Notaste el aura? —preguntó.

—¿El aura? —repuse, sin la menor idea de a qué se refería.

—Sí, el aura —repitió en tono cortante—. ¿La visión borrosa, el entumecimiento de la cara, el hormigueo?

Me encogí un poco de hombros. Tomé un sorbo de zumo de naranja.

—Me parece que no.

—Bueno, entonces no tuviste una migraña de verdad. Tuviste dolor de cabeza. Hay muchísima diferencia. Los dolores de cabeza son un incordio. Las migrañas te incapacitan. Si hubieras tenido migraña, lo sabrías. ¿Tomaste ibuprofeno?

—Claro.

—¿Y no notaste nada?

—No. Ningún cambio.

—¿Probaste a acostarte en una habitación a oscuras? —preguntó.

Casi me eché a reír. Algo parecido, estuve a punto de decirle.

—No, no lo probé —dije—. La próxima vez lo haré.

Me miró con recelo, como si nunca se hubiera creído que tuviera migraña.

Sabía que me había rajado de su cena de la noche anterior sin tener una buena razón, y eso, unido a que no había soltado prenda sobre mi situación económica, la había puesto nerviosa.

Petra no soportaba ignorar algo.

Separó unas lonchas de beicon veteadado antes de ponerlas en la parrilla. Llegó un fuerte gemido del jardín, un grito de los que normalmente impelían a Petra a cruzar la casa corriendo como una loca para ver a qué se debían y comprobar sin aliento si su hija estaba tumbada hecha un guiñapo al pie de las escaleras.

Levantó la vista, miró de soslayo hacia el jardín y chasqueó la lengua con aire de no tomárselo en serio. Luego volvió al beicon y lo recolocó, desplazando solo un poquito cada loncha, para echar un poco más en la parrilla.

—¿Quieres que vaya a ver si le pasa algo a Clara? —pregunté.

—Vince está ahí fuera.

—Sí, pero sigue llorando bastante fuerte.

—Sobrevivirá.

Mientras se lavaba las manos bajo el grifo de agua caliente, me contó que la velada no había sido un éxito precisamente. La cena con Scott y Nadine había acabado temprano, de manera bastante abrupta, a decir verdad, después de que Scott se excusara por un problema de trabajo del que tenía que encargarse, y el tono un tanto crispado de Petra dio a entender que se lo había tomado como un desaire.

Antes de que yo pudiera responder de un modo convenientemente tranquilizador, como tenía por costumbre cuando Petra estaba mosqueada con alguien, dándole a entender que lo más probable es que no tuvieran intención de ser desconsiderados, que tuvieran otras muchas cosas en la cabeza, ella cambió de tema y me dijo que, aunque hablando estrictamente yo no había sufrido una migraña de verdad, tenía aspecto de estar muy cansada y no se me veía nada bien.

—¿Te preocupa algo? —me preguntó.

Fingí sorpresa.

—No —dije—. Por lo menos nada que ahora me venga a la cabeza. —No fui en absoluto convincente, pero ¿quién lo es cuando le hacen una pregunta así?—. ¿De verdad tengo tan mal aspecto? —pregunté—. Pensaba que hoy estaba bastante animada. Eso es un montón de beicon.

—Somos seis. Aunque Clara no hará más que picotear. Ha estado removiendo en los armarios antes de que nos levantáramos y ha encontrado los dónuts que anoche dejó Liz.

—¿Seis? —pregunté—. ¿Quiénes son los seis?

Petra frunció el ceño.

—Nosotros cuatro... y Scott y Nadine. Ya te dije que venían al *brunch*.

La frente me hormigueó de calor.

—No me lo dijiste.

Petra cascó unos huevos en un cuenco, haciendo una pausa para contar con los dedos.

—Dos para Vince —dijo en voz alta—. Dos para Scott... ¿Tú quieres uno o dos huevos?

Sin darme cuenta de lo que hacía, me bajé del taburete y fui a por el bolso.

—¿Adónde vas? —preguntó Petra—. No irás a marcharte, ¿verdad?

«Claro que me marchó —sentí deseos de decir—. No esperarás que me quede, ¿no?».

—Me largo —repuse sin mucha convicción—. Ojalá me hubieras dicho que venían, Petra. Esta mañana no estoy de humor para conversaciones. Me duele la cabeza y...

—Te lo dije.

No me lo había dicho. De ser así, no habría venido. No se lo podía decir, evidentemente, así que lo dejé correr.

—Tengo una pinta horrible —comenté un momento después.

Petra dejó lo que tenía entre manos y se volvió hacia mí. Esbozó una sonrisa.

—Acabas de decir que estabas bastante animada. No te importará lo que piense de ti Scott, ¿verdad? Porque te aseguro que ni te mirará. Es de esos hombres. No se fija en las mujeres. Podrías estar desnuda delante de él y estaría más interesado en...

—Lo decía por Nadine —me apresuré a responder—. Va siempre muy arreglada.

—Ve a lavarte la cara y ponte mi pintalabios, si así te sientes mejor. Llegarán en cinco minutos. Aunque no sé por qué te preocupas, ya te lo he dicho, no son como tú crees. En realidad, no son tan...

Petra siguió parloteando, pero yo había dejado de escucharla. Por dentro estaba como un flan. Pensaba una manera de huir, una excusa, así que en un primer momento no me di cuenta de que se había sonrojado. Tenía el cuello y la parte superior de los brazos cubiertos de manchas de un rojo intenso; un rojo furioso, como ronchas de psoriasis.

Al principio pensé que era porque el encaprichamiento que tenía con la pareja se había esfumado. Petra se entregaba a esas nuevas amistades con tanta energía, tanto entusiasmo, que cuando llegaba el momento en que la otra parte se distanciaba un poco, quizá aceptando otra invitación en lugar de la de ella, se comportaba como una novia a la que hubieran dejado plantada. Bueno, quizá eso sea pasarse un poco, pero se sentía extraordinariamente dolida.

Observé a Petra trasteando por la cocina. Sus movimientos eran entrecortados, parecía estar conteniendo el aliento, y en ese instante supe que había algo más en juego.

Me encogí de miedo.

A Petra le gustaba Scott.

Entonces apareció Vince en las puertas acristaladas.

—Buenos días, Roz —dijo alegremente.

—Buenos días.

—¿Cuándo estará listo el *brunch*? —preguntó.

Petra lo miró y se le tensó la mandíbula.

—Dentro de un cuarto de hora. Y cámbiate las bermudas.

—Claro —dijo, y me lanzó una sonrisa rápida—. ¿Está bien George?

—De maravilla.

—¿Crees que le apetecerá venir a pescar un rato el jueves por la tarde?

—Iría encantado.

—Entonces, a las seis y media —dijo—. Lo recogeré después de merendar.

Vince se fue arriba. Petra lo siguió con la vista, dando la impresión de que estaba exasperada con él sin razón. Que lo mangoneara no tenía nada de raro.

Así funcionaba la pareja. Pero su mirada —de desprecio— cuando Vince cruzó por allí en bermudas y chanclas era nueva. Las bermudas, dicho sea de paso, eran bastante horribles. De un beige insulso y un poco cortas para un hombre de figura

rotunda como Vince, se parecían a las que llevaban los espectadores americanos fondones en los torneos de golf.

—¿Habéis discutido? —le pregunté a Petra con la esperanza de que el motivo de su comportamiento no fuera Scott.

—¿Discutido? —dijo, distraída—. Nunca discutimos. Cuando estoy enfadada, paso de él, ya lo sabes.

—Entonces ¿estás enfadada?

Resopló mientras subía y bajaba visiblemente los hombros.

—No —dijo—, es solo que... a veces es tan... —hizo una pausa antes de añadir—: decepcionante.

Luego me miró con gesto culpable, como si supiera que se pasaba de la raya pero no pudiera evitarlo.

Sonó el timbre.

—Madre mía —exclamó, mirando el beicon—. Tengo que darle la vuelta a esto. ¿Te importa ir a abrir?

En pocas palabras, Scott fue capaz de disimular la cara de susto que se le puso al verme abrir la puerta. Y lo que podría haber sido un rato sumamente incómodo resultó no serlo cuando todo el mundo prestó atención a Clara, que cogió un berrinche espectacular. Me encanta ver un buen berrinche. Provoca que los adultos presentes tengan un comportamiento de lo más curioso, sobre todo Petra, que ofreció un alud de excusas para explicar por qué Clara se portaba de ese modo. Y también Nadine, que hizo todo lo posible por asegurarle a Petra (por lo menos a nivel subliminal) que no era una mala madre y no había hecho nada mal.

En medio de todo aquel caos, Scott me lanzó una mirada desde la otra punta de la cocina como para decir «Joder. ¡Esto sí que es algo inesperado!, —pero enseguida se encogió de hombros y me ofreció una sonrisa cálida que daba a entender—: Es lo que hay. No la jodamos».

Y no la jodimos.

Nos limitamos a mantener una conversación inocua sobre nuestros hijos.

Escuchar el cloqueo de Nadine y Petra era aburrido pero no peligroso, y estaba a punto de poner una excusa y marcharme cuando Nadine me metió un palo en la rueda.

—¿Sabes, Roz?, estaba pensando que seguro que te llevarías de maravilla con mi hermano.

—¿Ah, sí? —dije.

—Sí, lleva mucho tiempo sin pareja. No tengo ni idea de por qué. Es un partido estupendo.

—Qué raro que no lo conozca —dije distraídamente, y miré de reojo a Petra, que estaba radiante a más no poder.

Se diría por su expresión que Nadine había mencionado a un miembro de la realeza. Petra la miró con ganas de que continuara.

Pero Scott dijo de forma más bien brusca:

—A Roz no le conviene tu hermano.

Nadine se volvió hacia él, con expresión sosegada pero disimulando una profunda ofensa.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué no le conviene?

Scott se encogió de hombros.

—Está... —Hizo una pausa, escogiendo las palabras con cuidado—. No tiene un empleo como es debido, ¿no crees?

Miré a Petra de soslayo, y su sonrisa se esfumó. Fue igual que si le hubieran sacado todo el aire que tenía dentro. Como no quería molestar a Nadine, pero tenía la sensación de que debía decir algo, comentó:

—Roz busca a alguien estable. La estabilidad económica es la clave, más que cualquier otra cosa, en realidad.

A alguien que no conociera la historia podría haberle sonado pretencioso. Pero Petra se estaba protegiendo a sí misma tanto como me estaba protegiendo a mí.

Según resultó, Nadine no pareció interesada en lo que Petra tenía que decir, a todas luces estaba furiosa por la opinión que había expresado Scott sobre su hermano, y los demás nos miramos, impotentes, a la espera de que ella estallase.

—Mi hermano —dijo entre dientes— es un ser humano perfectamente decente que no tiene ninguna carga económica. Es bueno con las mujeres, leal a más no poder y, solo porque no tenga tu ambición, Scott, eso no lo convierte en un perdedor.

Scott se recostó en la silla.

—No he dicho que sea un perdedor. Solo que no creo que le convenga a Roz, nada más.

Nadine lo miró como si no diera crédito a sus palabras.

—Y eso, ¿cómo lo sabes?

—Pues —y me miró mientras lo decía— porque me parece que a Roz le gustaría un hombre que tenga empuje. Tu hermano es un vago. Es buen tío, pero no va a llegar a ninguna parte. Seguirá viviendo a salto de mata cuando tenga sesenta años.

Nadine negó con la cabeza.

—No puedo creer que me vengas con eso.

—Para ser sincera —tercié tímidamente—, de todos modos en estos momentos sería imposible. George no volverá a quedarse con su padre hasta dentro de un par de semanas, conque estoy atrapada en casa. No es que me moleste, es solo que...

—Podrías ir el jueves —soltó Vince de sopetón, las primeras palabras que pronunciaba desde que nos habíamos sentado—. Podrías salir con él el jueves. —Se había preparado un sándwich de huevo con beicon, y al morderlo chorreó un poco de yema. Petra apartó la mirada—. Voy a llevar a George a pescar.

Puede pasar la noche aquí, o no me importa llevarlo de vuelta tarde, y así tendrás ocasión de tomar un par de copas con su hermano. Si te apetece.

Nadine se volvió hacia mí, con la cabeza ladeada. Estaba esperando una respuesta.

—De acuerdo —me oí decir sin ser consciente de que estaba hablando.

Y solo cuando miré a Scott de reojo caí en la cuenta de lo que había hecho.

Estaba furioso.

No quería que saliera de ningún modo con el hermano de Nadine.

Winston trajo a George a casa poco después de las siete.

—Tienes que hablar con él —dijo cuando George pasaba por mi lado, sombrío y mudo, directo a su cuarto.

Celia estaba en el jardín delantero regando las macetas colgantes con una regadera de bombeo diseñada específicamente con ese fin. Parecía muy concentrada, incluso tenía el ceño fruncido mientras ajustaba la boquilla, pero saltaba a la vista que estaba pendiente de lo que decíamos.

Señalé a Celia con un gesto de la cabeza y le pedí a Winston que pasara, indicándole que prefería no hablar de George en la entrada. Pero rehusó.

—Tengo una cita importante —dijo.

—¿Ah, sí?

—Mickey Tallis. Vamos a hacer *kite surf* a Morecambe Sands.

—Intenta no matarte.

Winston conocía a Mickey Tallis desde hacía años y pasaba el rato con él cuando no encontraba a nadie más. Era un soltero empedernido. Yo solía evitar a Mickey (sobre todo cuando se había tomado unas copas) porque siempre se las ingeniaba para llevar la conversación al grupo Ultravox y cómo era un auténtico escándalo que «Vienna» no hubiera alcanzado el número uno de las listas por culpa de una novedad ridícula como «Shaddap You Face» de Joe Dolce.

Ahora esto no tiene ninguna importancia, pero me ha venido a la cabeza.

Winston se quedó apoyado contra la jamba, sin acabar de marcharse. Miró de reojo a Celia, la saludó con una inclinación de la cabeza y luego se volvió hacia mí.

—Sigue bastante tocado por el incidente en la escuela.

—¿George? ¿Qué le dijiste?

—Le dije que no podía coger dinero ni cosas de otras personas, porque se monta un lío de aúpa. Pero que eso no quería decir que fuera mala persona ni nada por el estilo.

Moviendo los labios en silencio le dije «Chiss», para que bajara la voz.

—¿Qué te contestó?

—Que quiere volver a su antigua escuela. Cree que aquí no tiene ningún amigo y quiere volver a Windermere.

—Ya hablaré con él —aseguré.

—Guay.

Luego, una pausa.

—¿Roz?

—¿Qué pasa, Winston?

—Se te ve cansada.

Me encogí de hombros.

—He tenido un fin de semana complicado.

—¿Estás bien? —preguntó con ternura—. Bueno, ¿te las vas apañando?

—Estoy bien, Winston. Vete a tomar viento con tu *kite surf*.

Arriba, George estaba sentado en el puf nuevo que le había comprado en Poundstretcher. Era barato. Probablemente duraría cinco minutos. George estaba de espaldas a la puerta y retorció su cuerpecillo intentando hundirse todo lo posible en el asiento, como si quisiera desaparecer.

—Hola —dije en voz baja.

—Hola —contestó.

—¿Te gusta el puf?

—Sí.

Me senté en su cama. Señalé el edredón con un gesto y dije:

—Te lo he lavado. Seguro que huele bien limpito cuando te acuestes luego.

—Gracias —repuso, y me sentí boba. ¿A él qué le importaba?

Esa tarde, mientras le hacía la cama con ropa limpia —alisando los pliegues, ahuecando las almohadas— y ordenaba sus muñequitos de Pokémon en el alféizar de la ventana, durante un rato había tenido la efímera sensación de ser una buena madre.

—Tu padre dice que estás preocupado por la escuela.

—Quiero cambiar de escuela.

—Vale —dije con cautela—, pero ¿adónde irías? Solo hay una escuela en Hawkshead. Eso nos lo pone bastante difícil.

Se volvió hacia mí.

—Podríamos volver a donde vivíamos antes.

—No podemos, cielo. Por lo menos de momento. Y, además, mañana seguirías teniendo que ir a la escuela, tanto si nos mudamos como si no.

—Podría ir a mi escuela de antes y tú podrías llevarme cuando vayas a trabajar. Ollie Mundine va a Windermere todos los días porque su madre trabaja en Correos.

Así que lo había estado pensando detenidamente.

—Vale, ya veo por dónde vas, y sí, se podría hacer. Podrías cambiar de escuela, y sí, podría llevarte de camino al trabajo, pero no voy a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque la única razón de que quieras irte es que te avergüenza lo que hiciste. Y no se puede huir de las cosas, George. ¿Qué pasa si tienes un problema en la

siguiente escuela? Entonces ¿qué? ¿Nos mudamos otra vez? ¿Y luego otra? No puedes darte por vencido o huir cada vez que no te guste algo.

—¿Por qué no?

—Porque entonces te quedas sin opciones, cariño. Y tarde o temprano tienes que afrontarlo.

A la mañana siguiente en el trabajo no había ni rastro de Wayne.

Eran las diez y cuarto, iba por mi tercer paciente de la jornada y los demás terapeutas estaban especulando sobre los motivos de su ausencia.

Ausentarse sin llamar para justificarlo no era propio de Wayne.

Gary se atrevió a llamarle, pero no lo localizó en el móvil ni en el fijo, así que después de preguntarnos a todos si creíamos que había que informar a la central, y de que todos dijéramos que no, que les informaríamos al día siguiente si no había aparecido, los llamó de todos modos.

Después de lo ocurrido el sábado, no me sorprendía mucho que Wayne hubiera desaparecido, pero resultaba un tanto preocupante, porque no era propio de él en absoluto. Wayne nunca se saltaba un día de trabajo a menos que estuviera enfermo, y siempre llamaba. Nos dejaba listas de instrucciones, como si fuera la persona más imprescindible del mundo.

¿Dónde demonios estaba? Si yo había venido a trabajar después de lo ocurrido, también podía él.

Quizá Wayne se había quedado tan abochornado por su comportamiento el sábado que se había ido de borrachera. Quizá volvería mañana, hecho unos zorros, con disculpas para dar y regalar.

Como he dicho, el sábado por la noche, después de recibir el golpe en la cabeza, mis recuerdos del momento en que abandoné la casa de Wayne eran un poco vagos. Lo recordaba hablando sin parar, diciendo una y otra vez que lamentaba lo que había hecho, que quizá no sería capaz de ir a trabajar el lunes.

Dijo que igual necesitaba unos días para aclararse las ideas. O por lo menos creo que lo dijo. Ahora no estaba segura de qué recordaba.

Yo había vuelto a casa y me había echado a dormir. No me hizo falta tomar el sedante que había comprado, pues el trauma que había sufrido en la cabeza me permitió dormir diez horas seguidas como un tronco y sin soñar, cosa que no recordaba haber hecho desde la adolescencia. Había despertado desorientada y mareada, sin apenas recuerdos del trayecto de regreso a casa, y aun así aliviada de que mi cuerpo hubiera tomado las riendas, sumiéndome en un sueño tan profundo que me libró del calvario de revivir la noche en casa de Wayne una y otra vez en mi imaginación.

Después de darme un buen baño en la bañera, a las diez de la mañana siguiente mi cuerpo parecía intacto. Volvían a funcionarme los sentidos y, con un hematoma mínimo en la cabeza y la herida en el cráneo cubierta por el pelo, el *brunch* en casa de Petra no me había parecido una manera tan desastrosa de acabar el fin de semana, teniendo en cuenta cómo había ido hasta entonces.

Solo que ahora tenía una cita.

Tenía una cita con el cuñado del tipo con el que me estaba acostando por dinero.

Después de haber accedido había intentado varias veces zafarme del compromiso. Pero Nadine estaba dolida después de su rifirrafe con Scott, y la situación se convirtió en un duelo entre los dos. Ella estaba convencida de que Scott encasillaba injustamente a su hermano, como era típico cuando alguien decidía vivir de una forma distinta a la de él, y cuanto más trataba Scott de hacerla cambiar de parecer, más firme se mostraba ella.

Además, mientras que al principio Petra parecía apoyar a Scott, en la medida en que creía que el hermano de Nadine sería una opción poco conveniente «en esta etapa de la vida de Roz, —según sus propias palabras, acabó cambiando radicalmente de postura y declaró—: ¿Quiénes somos nosotros para decidir la persona que le conviene?».

Petrificada ante la posibilidad de decir alguna inconveniencia, de meter la pata hasta el fondo, asistí con creciente temor al desarrollo de los acontecimientos mientras Scott iba sacando a relucir más ejemplos de la irresponsabilidad del hermano de Nadine.

Ni que decir tiene, con tantas cosas rondándome por la cabeza el lunes por la mañana, y una agenda repleta de pacientes, no tuve ocasión de darle muchas vueltas a la ausencia de Wayne, conque dejé que Gary intentase localizarlo.

En ese momento, cuando le masajé las articulaciones de la columna torácica, Keith Hollinghurst gruñó. Una vértebra —la T8— estaba obstruida y no cedía.

Me subí a la camilla de tratamiento, me puse a horcajadas encima de la espalda de Keith para aplicar perpendicularmente todo mi peso sobre él y ejercí presión con los pulgares.

Después de presionar veinte veces, Keith suplicó clemencia y un poco de aire —cuando se lleva a cabo esta maniobra es casi imposible respirar—, y me dijo, alargando el cuello al tiempo que resollaba con fuerza, que tenía que hacerme una propuesta.

—Otra no —dije, recordando la última.

—Escúchame. Nada de... —Y asintió en vez de decir «pajearme», incapaz de pronunciar esa palabra en presencia de una dama—. Nada de tonterías de esas —aseguró en tono culpable.

Me bajé de la camilla y me lavé las manos mientras Keith estaba ocupado en la dura tarea de darse media vuelta: imaginad una cochinilla intentando volverse.

Se me pasó por la cabeza que Keith, igual que la modesta cochinilla, no tardaría mucho en quedar varado en una posición y no podría darse la vuelta sin ayuda.

Una vez que se hubo sentado, y mientras respiraba casi con normalidad, me dijo que había comprado un pequeño *bed and breakfast* en una subasta.

—Ha sido una tontería, la verdad —reconoció—. El dinero me quemaba en el bolsillo y lo he comprado sin pensarlo bien.

No tenía idea de adónde quería llegar, y conociendo a Keith y sus propuestas anteriores, en realidad no podía ser nada importante. Así que guardé silencio.

—Sea como sea —continuó—, cuando fui a verlo, me di cuenta de que va a ser un coñazo contratar personal. En esos sitios hay que vivir, o no dan dinero.

En ese momento se puso a toser. Una tos seca y fuerte.

Le tendí unos pañuelos de papel y esperé a que soltara la flema. Necesitó tres gruñidos más y otro largo acceso de tos. Sin hacer ningún comentario, ni mostrar un ápice de desdén, le acerqué la papelera para que echara los pañuelos sucios.

Durante la formación como fisioterapeuta, los aspirantes van rotando entre secciones a fin de que adquieran una amplia base de conocimientos y se hagan una idea del área en que les gustaría especializarse. Fue durante una de esas prácticas, en cuidados respiratorios, cuando aprendí a poner la cara de póquer que adopto para enfrentarme a situaciones que me revuelven el estómago, como ver a Keith expulsando flema.

La mujer era diminuta como un pajarillo, como casi todos los pacientes con bronquitis crónica, pues queman calorías más deprisa de lo que pueden ingerirlas, y tenía la energía necesaria para respirar, para llevar aire hasta los pulmones enfermos. El pecho le resonaba como un aspirador viejo mientras se llevaba a la boca cucharadas de sopa de tomate. A un lado tenía su cuenco de esputos. Cada paciente ingresado en cuidados respiratorios tenía un cuenco en el que escupir sus secreciones, y yo tenía el cometido de revisar su color cada pocas horas en busca de indicios de infección, sangre y demás porquerías.

Mientras ella tenía los ojos vidriosos fijos en la tele colgada bien alto en un rincón de la habitación, vi cómo untaba el pan en el cuenco de esputos, dos veces, antes de masticarlo concienzudamente.

En fin, lo que quiero decir es que al ver a Keith en ese momento no me morí de asco como le habría ocurrido a la mayoría, y mostré auténtico interés por lo que iba a decirme.

Se enjugó los ojos.

—Ahora mismo tengo a unos obreros allí, echándolo abajo.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—Despachos, consultorios —dijo—. He pensado que igual querías uno.

Esperé.

—No en leasing —aclaró—. Solo un alquiler mensual. Todos los gastos pagados menos el teléfono. Habrá un cuarto de baño abajo y sitio para que los clientes esperen en el vestíbulo.

—¿Cuánto?

—Setecientos al mes. Pero te perdonaré el alquiler de los dos primeros meses, hasta que te recuperes, si me tratas a mí gratis cuando lo necesite.

—¿Harías eso?

—Siempre te has portado bien conmigo, Roz. Y sé que no te hace gracia que el risitas ese de la entrada no te quite el ojo y te controle hasta el último movimiento.

—¿Te refieres a Wayne?

—Podrías trabajar otra vez por tu cuenta, cielo —continuó—. Ser tu propia jefa. ¿Qué me dices?

Hice unos rápidos cálculos mentales. Con lo que me ofrecía Keith, deducidos los gastos, aumentaría mis ingresos semanales en torno a un treinta por ciento.

Siempre y cuando no volviera a joderla.

—Te digo gracias, Keith. —La voz se me quebró al pronunciar su nombre—. Gracias, gracias, gracias.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Estupendo —dijo. Me tocó el hombro con gesto afectuoso, porque vio que me estaba viniendo abajo. Luego me dio una firme palmada, como se la darías a un poni al que tuvieras especial cariño—. Así me gusta. Lo tendrás listo para instalarte dentro de un mes.

Recibí la llamada al móvil hacia media mañana, durante el descanso para el té.

Estaba fuera observando con interés cómo un tordo cantor intentaba partir la concha de un caracol usando un trozo de teja como yunque. El repiqueteo repetitivo me había llamado la atención, recordándome los guijarros que Winston tiraba contra la ventana de mi cuarto cuando volvía del pub después de que lo hubiera echado de casa para siempre.

—¿Roz Toovey?

—Sí —contesté—. ¿Puede hablar más alto? Hay mucho ruido de tráfico.

—Me han dicho que te llamara —dijo la voz—. Mi hermana. ¿Nadine?

—Ah, sí.

Me sorprendí torciendo el gesto. Me habría gustado colgar sin decir nada más.

—Bueno —continuó—, pues ya te estoy llamando. Es un poco incómodo, la verdad.

Respiré hondo.

—¿Te mencionó Nadine por qué quería que me llamaras?

Una risilla.

—Sí. Eres una persona simpática y cree que puedo encontrarte interesante.

—¿Eso dijo?

—Claro que no. ¿Quieres saber la verdad?

—¿Por qué no?

—Dijo que era amiga de tu hermana, que estaba desesperada por emparejarte con alguien que no sea un puto desastre. Y yo le vine a la cabeza de inmediato. A decir verdad, creo que probablemente está harta de oír hablar de tu soltería.

—¿Qué más te dijo de mí? —pregunté; me había hecho gracia.

—Buena figura, un poco dejada, aunque también piensa eso de mí, así que no me lo tomé muy en serio. Dijo que eres una persona de esas con las que puedes pasar un buen rato. ¿Qué te contó de mí?

—Aseguró que no eres un perdedor.

—No lo soy —dijo.

—Bueno, entonces, bien.

—Creo que tenemos que salir el jueves. ¿Correcto? —preguntó.

—Correcto.

—¿Tienes algún sitio en mente?

—Sorpréndeme —repuse.

—Muy bien, Roz Toovey —dijo—. Eso haré.

Cuando colgué estaba sonriendo. Y solo después, cuando le estaba tratando el codo a Scott, me di cuenta de que había olvidado preguntarle cómo se llamaba.

—Se llama Henry —dijo Scott mirándome fijamente.

Tenía su antebrazo cogido con una mano, y con la otra ejercía presión sobre su muñeca para estirar los músculos extensores. Tenía el codo casi recuperado, y sería la última sesión de tratamiento.

—Así que vas a salir con él, ¿eh? —preguntó.

—Preferirías que no lo hiciera —dije. Una afirmación.

—No, puedes salir con quien quieras —aseguró—. No tiene absolutamente nada que ver con lo que yo piense. Es solo que, como dije ayer, Henry es limitado.

—¿Limitado? Parecía majo por teléfono.

—Majo —repitió, como si escupiera la palabra.

—A ver, Scott —dije, perdiendo la paciencia con el juego que se traía entre manos—, ¿qué sugieres que haga? Fue tu mujer quien orquestó esto, tu mujer quien básicamente me acorraló para que aceptara. Intenté negarme. De hecho, me negué. Igual si no hubieras atacado de forma tan vehemente a tu cuñado ayer, no nos veríamos en este lío.

—¿Crees que Nadine lo hizo porque sospecha algo entre nosotros?

—No creo que sospeche nada. Forzó el asunto solo porque tú estabas en contra. Porque te pusiste a criticar a su hermano a saco. Fue desconcertante.

Petra no sabía cómo interpretarlo, ella...

—¡A Petra que le den! —saltó, sin que viniera a cuento de nada—. Petra no tiene ni una sola idea original en la cabeza.

De nuevo, me aparté.

En voz queda, con firmeza, dije:

—Déjalo, Scott. Ya es suficiente.

Estaba sorprendida. No lo había visto nunca así.

—Que deje ¿qué? —preguntó.

En voz baja e intentando no provocarle, respondí:

—No entiendo por qué te comportaste de esa manera. Era como si quisieras que te descubriesen. ¿Quieres que se enteren de lo que ha ocurrido entre nosotros?

—Claro que no. No seas ridícula, joder.

—Entonces ¿qué? ¿Qué?

Se quedó paralizado. Dejé de hablar porque, de pronto, se le desencajó la expresión y se llevó las manos a la cara.

Inclinó la cabeza y suspiró.

Luego alargó la mano, como diciendo: «Dame un momento. Necesito un momento para recomponerme, de verdad».

Con los ojos llenos ahora de ternura y arrepentimiento, susurró:

—Qué duro es esto para mí. ¿Cuándo puedo verte otra vez? Necesito verte.

Fiel a su palabra, en cuanto envié la factura a sus oficinas, las cuatro mil libras de Scott fueron a parar a mi cuenta al cabo de una hora y empecé a soñar con el futuro. No los sueños fantásticos de la desesperación que habían ocupado mis pensamientos durante los últimos meses. Al instante, dejé de soñar con ganar la lotería o con que me llegara dinero caído del cielo y volví a planificar los meses siguientes. No podía saldar la deuda con mis padres de la noche a la mañana, eso estaba claro, pero si gracias a la ayuda de Keith Hollinghurst la cosa funcionaba podía empezar a ganarme la vida decentemente, ahorrando un poco de dinero todos los meses que destinaría a compensar sus pérdidas.

A estas alturas, no sabía cuánto duraría mi asunto con Scott. No iba a durar siempre, eso estaba claro, y su comportamiento reciente —que pasara de desagradable a curiosamente empalagoso en cuestión de un segundo— me había inquietado de algún modo. Pero cuando ves que el dinero empieza a aumentar, cuando has vivido día tras día asustada de lo siguiente que te llegará al buzón, es duro renunciar a algo tan lucrativo. Dos noches más con él y el saldo de la tarjeta de crédito se reduciría a cero.

Y, si lo manteníamos en secreto, nadie iba a salir perjudicado con nuestros actos. No estaba estafando a nadie para ganar dinero, no pisoteaba a gente modesta. No había ningún efecto negativo sobre el medio ambiente. Hasta pensaba declarar mis ingresos. La socialista que llevo dentro casi lo aprobaba.

Y, sin embargo, no podía convencerme de que lo que hacía estaba bien. Por muchas vueltas que le diera.

Además, ahora me inquietaba cada vez más que lo que había empezado como un acuerdo comercial —lo que para mí seguía siendo total y absolutamente un acuerdo comercial— estuviera quizá tomando otro cariz para Scott. Y, como es natural, cuando pensaba en Nadine me moría de remordimientos.

Sería en nuestra tercera cita cuando empezaría a presentir lo que se avecinaba.

Esa vez no necesitamos toda la noche. Scott tenía muchísimas ganas de verme y le dije que me era imposible pasar la noche entera con él. Le expliqué que George estaba enfermo. Lo entendió, y negociamos una tarifa de mil quinientas libras por una tarde de diversión y placer al día siguiente.

Así pues, el martes por la mañana, sin la mirada entrometida de Wayne, hice algo que por lo general no habría hecho, que fue anular las citas con los pacientes de la tarde. Les di hora otros días, aduciendo la excusa imprecisa de que tenía «una cita en el hospital». A los pacientes solía preocuparles que pudiera tener alguna oscura dolencia, así que no preguntaron y accedieron al cambio de hora sin rechistar. Y si ocurría lo peor, si Wayne volvía en mi ausencia, le diría que me había ido al hospital a hacerme una radiografía craneal, lo que debería mantenerlo callado.

Scott había alquilado una casita de campo en la orilla nordeste de Coniston Water para las tres semanas siguientes, en efectivo, de modo que nadie pudiera rastrear el

pago. Tenía planeado alquilarla todo el verano, pero el agente inmobiliario le dijo que una familia de Bristol la había reservado para mediados de agosto.

Coniston está al oeste de Windermere, allí el lago es mucho más tranquilo y a la casita se accedía directamente desde el agua o por un camino privado.

Sospechaba que los propietarios se habían quedado sin dinero después de habilitar la vivienda para alquilarla, porque el camino de acceso requería arreglos. De momento, era poco más que dos roderas de grava separadas por malas hierbas que se agarraban a la parte de abajo del coche. Yo apenas logré abrirme paso con el Jeep y Scott fue capaz de sortearlo bastante bien con el Range Rover, pero un turismo estándar tendría que aparcar al borde de la carretera y los ocupantes deberían continuar a pie.

Supuse que ese era uno de los motivos por los que Scott la había alquilado.

Podíamos estar allí sin que nadie nos molestara, ocultos de los coches que de vez en cuando pasaban por esa orilla del lago. Como es natural, el principal atractivo era que podíamos ir y venir a placer. Era un escondrijo. De hecho, una vez arreglado lo del alquiler, Scott lamentó no haberlo pensado antes. ¿Para qué perder el tiempo en hoteles, donde corríamos el riesgo de ser descubiertos, cuando simplemente podíamos venir a un lugar así?

La ventaja para mí era que estaba a solo ocho kilómetros y doce minutos en coche desde mi casa. Podía escabullirme del trabajo, tomar el ferry con el vehículo en Windermere, pasar la tarde en la cama con Scott, llegar a tiempo de recoger a George y tener la cena preparada, todo antes de las cinco y media.

Y ganar mil quinientas libras.

A la 1.50 tomé el camino de acceso. No estaba bordeado por los típicos muretes de piedra seca, sino por tupidos setos. Desde mi asiento elevado al volante, veía más allá de las cumbres el lecho llano del valle con su característica forma de U, esculpido por un glaciar durante la última glaciación.

Al final del camino, Scott había aparcado a la perfección el Range Rover marcha atrás al lado de la leñera. Con el reflejo del sol en su parabrisas, no me di cuenta de que él seguía en el asiento delantero, y me sobresaltó al apearse del coche de improviso.

—Lo siento —se disculpó—. Me apetecía esperarte aquí fuera.

—No era necesario.

—He pensado que podíamos entrar juntos. Me ha parecido que sería bonito.

—Qué, ¿y fingir que somos una pareja de verdad, de vacaciones?

Se mostró dolido.

—Algo por el estilo —dijo en voz queda.

La casita era mona por dentro, pero la habían terminado a toda prisa. Los interruptores de la luz tenían manchas de pintura y algunos zócalos no casaban como era debido. Había una nota en la mesa en la que se nos advertía que a la mañana siguiente vendría un operario a arreglar la ducha del baño principal.

Perdonen las molestias, decía.

—Qué pintoresca —le dije a Scott, mientras iba de una habitación a otra.

—Es cutre —repuso—. Me alegro de no haberla alquilado para todo el verano. Buscaré algo mejor.

Nos quedamos mirando por las puertas acristaladas. Más allá estaba el lago, liso y tranquilo como un vidrio en el que se reflejaban los árboles de la orilla opuesta. Al igual que los demás tramos de agua que conforman la Región de los Lagos, Coniston tiene un límite de velocidad de quince kilómetros por hora.

Durante mucho tiempo Windermere no tuvo esa limitación, y la costa ofrecía una perpetua iridiscencia oleaginosa por culpa del gasóleo derramado. Los paseos a primera hora de la mañana se echaban a perder por culpa de capullos en traje de neopreno que aceleraban el estruendoso motor de sus motos de agua. No lamenté que entrase en vigor el límite de velocidad, pero mucha gente sí lo hizo.

Incluido Scott, que había tenido que vender su lancha motora.

Consciente de la hora que era, me volví hacia Scott y empecé a besarle.

Ciñendo mis caderas a las suyas, le metí la punta de la lengua en la boca.

Noté resistencia.

Sin saber muy bien cómo conducirme, empecé a desabrocharme la bata, pero él alargó la mano.

—No —dijo rotundamente—, te comportas como una prostituta.

Dejé caer los brazos a los costados y le miré.

—¿Qué quieres que haga exactamente, Scott? —pregunté—. No tenemos mucho tiempo. He supuesto que querrías...

—¿Un aquí te pillo aquí te mato?

Su voz estaba impregnada de sarcasmo. Tenía una expresión dura.

Me aparté. Me abroché los botones.

—¿Prefieres que hoy no lo hagamos? —pregunté.

—Es que no quiero follarte nada más entrar por la puerta —dijo.

—Perdona —contesté, irritada—, pero la última vez sí quisiste. La última vez fue exactamente lo que quisiste que hiciéramos.

Tragó saliva y permanecimos en silencio. Ninguno de los dos sabía qué hacer.

—Oye —dijo, transcurrido un momento, y me tocó la mejilla con las yemas de los dedos—. No te enfades. No sé lo que quiero. Sé que te deseo, pero no quiero tener la sensación de que solo estás aquí por el dinero.

¿Qué podía decir a eso?

—No podría hacer esto con cualquiera —empecé, procurando limar asperezas. Adular un poco su ego.

—Lo sé, lo sé. Y lo siento —dijo—. No tendría que haberte hecho sentir así.

Vamos arriba.

Me las arreglé para sonreír un poco. Cuando subíamos las escaleras me dijo que quería ver cómo me desvestía poco a poco mientras él esperaba desnudo en la cama.

Mirando mi uniforme de fisio, comentó:

—Puedes hacer de enfermera.

Me desvestí tal como me había indicado y me pidió que me acostara.

—Cierra los ojos —susurró, y luego se puso a besarme con suavidad, empezando por los tobillos. Cuando hice ademán de responder, dijo—: No, no hagas nada.

Esa tarde me hizo el amor con tanta ternura, tanta devoción, que tendría que haberme percatado de la magnitud de sus sentimientos.

Pero no me percaté. Fui una estúpida.

O quizá sencillamente preferí ignorarlo.

—¿Dónde estás? —preguntó Petra enfadada—. Estoy delante de tu consulta, con una quiche de queso y tomate, y ese tipo, Gary, dice que te has ido al hospital. ¿Qué haces en el hospital?

—¿Puede oírte Gary? —repuse al tiempo que me sentaba en el borde de la cama y me apartaba de Scott.

—No. —Bajó la voz—. Me parece que no. Ha vuelto a su consulta.

Lancé un suspiro.

—Estoy escaqueándome.

—Ah, qué alivio... Pensaba que estabas enferma.

—¡Petra! —le advertí, antes de que siguiera yéndose de la lengua.

—Sí, sí, lo siento. —Dejó de hablar, y oí el ruido de sus tacones—. Ahora estoy fuera —dijo un momento después—. No puede oírme. ¿Por qué te estás escaqueando?

—Porque puedo. Wayne no está para vigilar todo lo que hago, así que he pensado que podía tomarme la tarde libre.

—Qué suerte.

—Eso lo dice alguien que lleva más de quince años sin trabajar a jornada completa.

—Veo que llevas la cuenta. Sea como sea —dijo—, ¿qué se supone que voy a hacer ahora con la quiche?

—¿Aguantará hasta mañana?

—Debería.

—Vale, pues métela en la nevera.

—¿Qué nevera?

—En la cocina, en la parte de atrás de la clínica. Tendrás que cerrar los ojos cuando la abras, porque está bastante sucia. No la limpia nadie. Ponle una nota encima con la advertencia de «No tocar» o se la zampará Gary. Mañana me la llevaré a casa.

—De acuerdo. ¿Dónde estás? No estás en casa.

—Sí.

—Entonces es que te has comprado algunas alfombras de repente, ¿no? Cuando hablo contigo, siempre suena como si estuvieras dentro de un contenedor. Suena metálico, como si no hubiera mobiliario para atenuar el sonido.

—Estoy en la cama.

—¿A media tarde?

—Sí, Petra. A media tarde. Hay gente que hace eso, ya sabes.

—Ah —repuso, sorprendida de verdad.

Petra adoptaba muchas veces una actitud puritana respecto del descanso.

Recelaba de cualquiera que descansase sin un motivo válido de salud y creía que la gente que dormía hasta tarde desperdiciaba el día.

—Bueno, gracias por la quiche —dije sin mucha convicción, para intentar reencauzar la charla.

—No hay de qué —repuso, y se apresuró a poner fin a la conversación en ese momento, porque había recibido un mensaje y no podía verlo si seguía hablando conmigo.

Me di la vuelta. Scott se había tapado la cara con el brazo.

—Con qué facilidad mientes —dijo, su voz impregnada de somnolencia poscoital.

A la mañana siguiente, un miércoles, llegué temprano a trabajar. Como había dado hora a una paciente de la tarde anterior a las ocho de la mañana, dejé a George en el club de desayuno, para el que, a diferencia del club de extraescolares, no hacía falta pedir plaza de antemano. Llevaba unos veinte minutos de tratamiento cuando oí voces en recepción. Asomé la cabeza para indagar, esperando ver a un paciente que quería pedir cita, o si no, comprar los inútiles suplementos alimenticios de Wayne.

Pero era una pareja. Y además una pareja que no casaba muy bien.

Al verme en la puerta, ella se acercó primero. Tenía unos cuarenta años, complexión mediana, y llevaba un elegante traje gris de dos botones con un ribete negro en la solapa y una camiseta de cuello redondo tan blanca que debía de estrenar ese día. Se había recogido el pelo en una cuidada cola de caballo y apenas iba maquillada.

De inmediato me sonó de algo, ¿una antigua paciente, tal vez? Decidí que no, porque si bien tenía una expresión agradable, casi entusiasta, no me miró como si me reconociese.

El hombre era mayor y rayaba en el desaliño. Era bajo, rechoncho y llevaba la camisa del día anterior, que estaba muy arrugada. Le habría venido bien recortarse el bigote.

—Hola. Lamento molestarla —dijo la mujer—. Soy la inspectora Joanne Aspinall y este es mi colega, el inspector Ron Quigley. Queremos hablar con un tal señor Geddes.

—Wayne Geddes no está.

—¿Tiene idea de dónde puede estar?

—Me temo que no.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Eso me cogió por sorpresa.

—Esto... lo siento mucho —tartamudeé—, pero ahora mismo estoy en mitad de una sesión de tratamiento. ¿No podemos hablar más tarde?

—Claro —accedió la inspectora Aspinall.

—Es posible que tarde un rato.

Sonrió.

—No hay prisa. Es un día tranquilo en la oficina, por así decirlo. Podemos esperar tanto como sea necesario.

Cerré la puerta.

¿Tanto como sea necesario para qué?

Era lo último que faltaba. La policía —y no solo la policía, sino el Departamento de Investigación Criminal— husmeando. ¿Qué demonios querían de Wayne? ¿Había traicionado nuestro acuerdo y había informado a la central de que me había quedado con el dinero? ¿Habían dejado el asunto en manos de la policía? Dios mío.

Necesitaba ganar tiempo para aclararme las ideas. Pensar en lo que les diría.

En realidad, casi había terminado con la paciente a la que estaba atendiendo, pero me entretuve. Fingí que había una zona del deltoides posterior que podía estar agravando su problema y dediqué un rato excesivo a ablandar el tejido y movilizar la escápula, todo ello más bien innecesario.

Cuando no pude retrasarlo más, acabé y le dije a la paciente que la vería en recepción.

Los inspectores parecían estar totalmente a sus anchas. No se apreciaba en ellos ni rastro de la ansiedad que a menudo expresaba el rostro de los pacientes, conscientes de que iban a sufrir cierto grado de dolor. No pasaba una semana sin que alguien hiciera alguna referencia a los «fisioterroristas», y yo sonreía como si oyera el término por primera vez. Los dos inspectores, en cambio, estaban sentados cómodamente, con los hombros relajados, las rodillas levemente separadas, como si vieran la televisión con una cerveza.

Después de que hubiera concertado otra cita con la paciente y me hubiera despedido, los dos inspectores se acercaron al mostrador. Cerré la página de programación de citas en la pantalla y les dije que enseguida estaría con ellos.

—Estaremos merodeando por aquí hasta que esté preparada —dijo el hombre.

—Merodeando sin fines delictivos —comenté, y él intentó sonreír.

Al final, les dije que ya estaba libre y les pregunté en qué les podía ayudar.

Con gesto serio, me enseñaron sus placas de identificación y yo sonreí nerviosa ante tanta formalidad. Parecía superfluo y absurdo, como cuando el camarero te sirve un poquito de vino para que lo pruebes, y tienes que pasar por el trámite de decir que es aceptable. «Muy bueno, gracias. Sirva el resto».

—Intentamos determinar el paradero de Wayne Geddes —empezó la inspectora Aspinall—. Le estaremos muy agradecidos por cualquier información que pueda aportar.

—No sé dónde está Wayne —repuse.

—¿Es normal que se ausente del trabajo?

—No es típico de él.

Los dos asintieron con gesto pensativo y la inspectora Aspinall sacó una libreta y garabateó algo ininteligible con el lápiz.

Mientras, me volví hacia el inspector Quigley.

—¿Puedo preguntar a qué viene todo esto?

—Investigaciones preliminares —contestó.

—¿Investigaciones sobre qué?

Puso cara de que no estaba autorizado a decírmelo de momento.

—O sea que, según usted, no es típico del señor Geddes faltar al trabajo durante... ¿cuántos días lleva? —indagó la inspectora Aspinall.

—Si no viene hoy, será el tercero.

—Normalmente ya estaría aquí a esta hora, ¿no? —preguntó.

Asentí.

—Viene temprano.

—¿Para abrir la clínica?

—Sí, pero todos tenemos un juego de llaves, por si Wayne está en la sede central, o supervisando otra clínica.

No podía creer que yo hubiera usado la expresión «sede central» de Wayne.

—¿Y cuándo dice que lo vio por última vez? —preguntó.

Titubeé.

—Debió de ser el viernes por la tarde, después de trabajar —mentí.

—¿Qué impresión le dio?

Pensé en Wayne en aquel momento. Wayne dándome el ultimátum. Wayne amenazando con ir a la policía si no accedía, si no cumplía sus exigencias.

—No estoy segura de a qué se refiere —dije.

—¿Le pareció preocupado? ¿Inquieto?

—No especialmente.

—¿De qué hablaron?

—No sé si lo recuerdo. De trabajo. El fin de semana. Nuestros planes.

—¿Qué planes tenía Wayne para el fin de semana? —indagó.

—Me parece que no me lo dijo.

—Entonces ¿le habló usted de sus planes?

—Supongo que sí. Mire —dije procurando hablar más despacio antes de que la inspectora me obligara a soltar algo que lamentaría, pues no quería divulgar la auténtica naturaleza del asunto que me había llevado a casa de Wayne el sábado—. La verdad es que no me acuerdo. Wayne y yo no somos precisamente íntimos. Es mi jefe. Hacemos los comentarios de rigor. Procuero mantener un tono neutro. No me meto en su vida, él no se mete en la mía.

La inspectora Aspinall sonrió.

—Entiendo.

Pasó una página de la libreta y me pidió que esperase un momento mientras anotaba un par de cosas.

Fue uno de esos silencios incómodos que yo tendía a llenar con charla intrascendente. Guardé silencio, recolocando algunos objetos en el mostrador.

Quitó la tapa de la perforadora y le di un par de golpes para que los circulitos de papel blanco cayeran a la papelera.

Levanté la mirada y vi que la inspectora seguía escribiendo.

El inspector Quigley tenía las manos en los bolsillos y se mecía adelante y atrás sobre a las plantas de los pies. Sus zapatos emitían un ruidito de succión del que no parecía percibirse. Se volvió y paseó la mirada por la recepción.

—¿Con qué clase de asuntos se encuentran aquí? —me preguntó.

—¿Se refiere a qué problemas tratamos?

Asintió.

—De espalda y cuello, sobre todo.

Arqueó las cejas, indicando que no era lo que esperaba que dijese.

—Desde que los primeros hombres decidieron caminar erguidos, ponerse en vertical, venimos teniendo problemas con la columna —le expliqué.

—Yo creía que era con las rodillas —dijo, al tiempo que doblaba las suyas haciendo un gesto de dolor.

Oí la crepitación, el roce de un hueso contra otro al enderezarse. (Por cierto, los hombres con tendencia a flirtear preguntaban si veíamos muchas hernias inguinales).

—Nos encontramos muchos problemas de rodilla —continué—, pero sobre todo de espalda y cuello... luego de rodillas, hombros y pies. Además de alguna que otra lesión deportiva.

—¿Qué trabajo hace aquí el señor Geddes? —preguntó la inspectora Aspinall, que había dejado de tomar notas.

—Es administrador de la clínica.

—¿Le cae bien a la gente?

Abrí los ojos de forma involuntaria y me reí un poco.

—Sin comentarios.

La inspectora Aspinall sonrió a modo de respuesta, y esperó a ver si yo añadía algo.

—¿Se ha metido Wayne en algún lío? —pregunté con cautela.

—Sencillamente tenemos que localizarlo —respondió.

—¿Han ido a su casa?

—Vamos a ir ahora. Esto nos quedaba de camino, así que tenía sentido pasar por aquí. Nos han dicho que no se ha puesto en contacto con el trabajo desde el viernes. ¿Es así?

—Por lo que yo sé, sí, pero, como he dicho, no soy la persona más indicada para contestar. Es posible que Gary, que llegará hacia las nueve menos cuarto, pueda ayudarles. Es el que llamó a la oficina central e informó de que Wayne no se había presentado al trabajo.

Me sostuvo la mirada y, como de la nada, caí en la cuenta de qué la conocía.

En el colegio iba unos años por detrás de mí, y desde entonces la había visto de vez en cuando. Había adelgazado, eso sí, o había cambiado de aspecto. Desde luego

tenía algo distinto. Simplemente no sabía decir qué exactamente.

Un momento después, preguntó:

—¿Tiene el señor Geddes algún pariente que viva cerca de aquí?

—Su padre murió y su madre está en una residencia.

—¿Algún hermano?

—No que yo sepa.

—De acuerdo, gracias —dijo—. Creo que eso es todo lo que necesitamos por ahora. Igual nos pasamos después, si nos hace falta más información.

Intenté disimular cuánto me aliviaba que se hubiera acabado el interrogatorio haciendo una cosa que nunca hacía: comentar su postura.

—¿Tiene problemas de cuello, inspectora?

—¿Por qué lo pregunta?

—Por su manera de moverse. Parece como si tuviera rigidez a nivel de C5/6.

Me abstuve de decir que tenía lo que recibe el nombre tan poco halagador de «postura de mentón protuberante». A menudo la rigidez en la parte inferior del cuello y la región torácica superior hace que la gente proyecte el mentón hacia delante. Eso tiene el efecto de limitar la rotación: cuando intentan girar la cabeza hacia un lado, elevan el hombro al mismo tiempo. Imaginad a Paula Abdul, robótica, volviéndose para reprender a Simon Cowell en los primeros tiempos de *American Idol*.

—Me operaron para reducirme el pecho —se limitó a decir la inspectora Aspinall—. Desarrollé rigidez de la parte superior de la espalda de tantos años de cargar constantemente... —Se interrumpió a media frase para que yo la concluyera.

Su compañero, el inspector Quigley, miró al suelo.

—Ah —dije, más tranquila ahora que habíamos vuelto a mi terreno—, puede ser una dolencia cruel. A veces va bien la postura del perro mirando hacia arriba. Si también echa la cabeza hacia atrás mientras la hace. ¿Conoce ese estiramiento?

—Sí. Lo probaré —dijo.

Cerró la libreta e hizo ademán de que estaba lista para irse.

Mientras paseaba la mirada por la recepción una última vez para asegurarse de que no había pasado nada por alto, me agradeció el tiempo que me había robado y me entregó una tarjeta de visita con sus datos, por si Wayne aparecía.

Se alejó unos pasos del mostrador y, justo cuando ya creía que me había librado de ellos, se detuvo y se dio la vuelta, frunciendo el ceño como si le hubiera venido a la cabeza algo desconcertante.

—¿Alguna vez le habló el señor Geddes de que faltara dinero? —preguntó.

—¿Dinero? —repetí.

—Sí —dijo la inspectora Aspinall—, dinero.

El inspector Quigley, que ya había salido de la clínica, se dio la vuelta, demorándose en el pasillo unos pasos por detrás de su compañera. Su expresión permanecía tranquila, cordial, y al instante caí en la cuenta de que era un numerito que tenían bien ensayado entre los dos.

Atraer a la víctima con el señuelo de su actitud afable y amistosa antes de entrar a matar cuando hubiera bajado la guardia.

—No creo que Wayne mencionara nada —murmuré.

—Haga memoria de la semana pasada —me instó la inspectora Aspinall—. ¿Le preguntó por unas irregularidades en la contabilidad?

Justo entonces se abrió la puerta de la clínica y entró Magdalena con un modelo a escala de la columna vertebral, dotada de todos los nervios principales y con un prolapso de disco lumbar a la altura de L5. La víspera yo lo había estado buscando cuando no conseguía que un paciente entendiera que la presión sobre un nervio de la espalda podía provocarle dolor en la parte anterior de la espinilla. Aunque la radiografía indicaba lo contrario, él estaba convencido de que tenía una fractura.

Magdalena saludó a los dos inspectores con una sonrisa de cumplido y dijo «Guten Morgen», que era lo que decía cuando no quería trabar conversación.

Desapareció en su sala de tratamiento y puso la emisora Clásica FM, a volumen lo bastante alto para que se oyera a través de la puerta cerrada.

La inspectora Aspinall señaló con un gesto la sala de Magdalena.

—¿También trabaja aquí?

—Sí.

—¿Es alemana?

—Austriaca.

—Tendremos que hablar con todos en algún momento —observó.

Le dije que no habría inconveniente y esperé a que dijera que se marchaban otra vez.

—¿Ha recordado lo que pasó la semana pasada? —me incitó, planteándolo como una pregunta.

—Ah, sí —respondí, aunque lo había olvidado por completo, y miré hacia el techo teatralmente, fingiendo recordar lo ocurrido los días anteriores.

Al final, negué con la cabeza, diciendo:

—No. Lo siento mucho, pero no recuerdo que Wayne mencionara ninguna irregularidad. Solía llevar con discreción los asuntos de contabilidad. Tenía la costumbre de darnos a entender que estaban por encima de nuestra capacidad de comprensión. Si sabe a qué me refiero.

—Claro —dijo—. Lo entiendo.

Tuve la impresión de que ahora sí había terminado la entrevista, y salí de detrás del mostrador mascullando que tenía que prepararme para el siguiente paciente.

La inspectora Aspinall me observó con atención antes de volver a darme las gracias por robar mi tiempo.

—Hasta luego —dijo.

Forcé una sonrisa.

—Sí, hasta luego.

Esperé hasta oír cómo se cerraban las dos portezuelas del coche, luego fui corriendo a la sala de tratamiento y aparté un poco la persiana de lamas. Iban en un Ford. No atiné a ver qué modelo. Pero era un turismo nuevo de color negro, de esos anodinos de gama alta en los que llegaban los representantes médicos.

La inspectora Aspinall iba al volante. Salió marcha atrás deprisa. De un modo temerario, en realidad. Y luego se alejó a toda velocidad por el camino de acceso a la clínica.

Yo estaba temblando.

¿Dónde estaba Wayne?

Si me había denunciado, ¿por qué no estaba aquí? La cosa pintaba muy mal.

Necesitaba un poco de aire.

Salí al aparcamiento y me senté en el banco. Por encima de mí, un águila describía círculos cada vez más alto. Vi cómo dos grajillas emprendían un ataque lanzándose en picado contra el ave, grajeando sus advertencias, hasta que aquella cambió de rumbo y se alejó de lo que debía de ser el nido de estas.

La puerta de la clínica se abrió a mi espalda.

—¿A qué han venido? —preguntó Magdalena, refiriéndose a nuestros dos visitantes de primera hora de la mañana.

—La policía. Están buscando a Wayne.

—¿Por qué lo buscan a él cuando hay tantos niños desaparecidos?

—¿Qué niños desaparecidos? —le pregunté.

—No sé —dijo a la defensiva—, pero los hay. Eso seguro.

Lo dejé correr. A menudo las conversaciones con Magdalena se terminaban cuando ella se iba, curiosamente dolida, como si la hubieras atacado directamente. No sé si eran malentendidos por causa del idioma o si sencillamente era su manera de ser.

Los pacientes también lo notaban. A veces salían de su sala de tratamiento con una mezcla de perplejidad y vergüenza, o bien porque habían ofendido a Magdalena de algún modo, o bien porque se habían quejado de que les había hecho daño... cosa que ofendía a Magdalena.

—¿Wayne habló alguna vez contigo de la contabilidad, Magdalena? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Siempre habla de sus estúpidos peces.

—¿Te preguntó por una cantidad de dinero que había desaparecido?

Abrió los ojos.

—No, nunca —dijo, con una mirada que decía: «Cuéntame».

Me levanté.

—No, a mí tampoco —dije en tono distraído, y volví adentro.

Procurando mantenerme ocupada y no dejar que se me desbocaran los pensamientos, hice una factura para enviarla a las oficinas de Scott. Esta vez la extendí por un cursillo de cómo levantar y mover pacientes.

Cargué a la empresa de Scott mil quinientas libras y luego envié por email la factura con la esperanza de cobrarla lo antes posible, en lugar de imprimir una copia y enviarla por correo postal.

Cuando llegó Gary le conté lo de la policía. Me pidió que le repitiera las preguntas de los inspectores palabra por palabra. Cuando terminé, dijo:

—Me parece que investigan un fraude. ¿Crees que Wayne se ha largado con todas las ganancias?

—Me parece poco probable —repuse enseguida—. Además, ¿qué ganancias?

La mayoría de las transacciones son electrónicas, o sea que el dinero está en el banco.

Gary se encogió de hombros.

—¿Recuerdas al tipo ese del club de golf, el secretario, que había estado desviando dinero de las cuotas de los socios?

—Vagamente.

—Llevaba haciéndolo cuarenta años. Se embolsó más de sesenta mil libras antes de que se dieran cuenta.

—¿Qué fue de él?

Gary hizo un gesto espeluznante, agitando los dedos.

—Nadie lo sabe —dijo con dramatismo—. Pero encontraron su coche cerca del muelle del ferry en Stranraer. Así que o se tiró al mar, o se fue a Irlanda del Norte sin que nadie lo viera.

Miré a Gary y de pronto me sobrevino la necesidad de huir.

¿Era posible?

Yo tenía dinero en el banco. George quería marcharse. De hecho, esa misma mañana me había preguntado de nuevo si podíamos mudarnos a otro lugar. A Winston lo destrozaría no ver a su hijo, pero cuando se había dedicado a cepillarse a otras mujeres no había pensado en eso, ¿verdad? Podía irme ese mismo día. Podía hacer el equipaje ahora mismo, antes de que la inspectora Aspinall y su colega regresaran para seguir haciéndome preguntas. Empezaría de nuevo. ¿Adónde iría? George y yo teníamos los pasaportes al día, podíamos tomar camino del sur y, sencillamente, seguir conduciendo hasta que llegáramos a algún sitio que nos gustara. Vivir en la playa en Aquitania. Cruzar la frontera de España y vivir en Galicia por poco dinero.

—¿Roz?

Oí la voz de Gary, como si llegara de muy lejos.

—¡Roz!

—¿Qué?

Gary me miraba igual que si yo hubiera perdido la cabeza.

—Ha llegado tu paciente —dijo señalando a Sue Mitchinson, que estaba sentada en una postura retorcida sobre una sola nalga, con una expresión de dolor en el rostro.

—¿Qué te has hecho, Sue? —pregunté, recuperando la lucidez.

—Me peleé con la aspiradora —dijo—. En las escaleras.

Me siguió a la sala de tratamiento, a la vez que decía entre dientes «¡Cómo me alegro de verte!», después de lo cual cerré la puerta, dando carpetazo de momento a cualquier idea de escapar, antes de decirle que solucionaría su problema tan rápido como pudiera.

Al final los inspectores de policía no volvieron ese día, de modo que por el momento no pude aprovechar las respuestas que había ensayado. De hecho, no ocurrió nada en absoluto, aparte de las disparatadas especulaciones por parte de Gary y Magdalena acerca del paradero de Wayne y la cantidad de dinero que podía haberse llevado.

Curiosamente, fui capaz de hablar de ello como si fuera real. Como si yo también creyera responsable a Wayne. Terrible, la verdad. Pero no tenía muchas opciones. Con inquietud creciente, probé a llamar a Wayne al móvil cada pocas horas, pero siempre ocurrió lo mismo. No hubo respuesta.

El jueves por la tarde llegó antes de que me diera cuenta, y después de tanto desasosiego, y de preocuparme por el juego que se traería entre manos Wayne, fue agradable tener otra cosa en que pensar. Le había enviado un mensaje de texto con mi dirección al hermano de Nadine después de que me llamara, y pasaría a recogerme a las siete. Como no tenía la menor idea de qué había planeado, me vestí de forma discreta, con una falda de verano, blusa sin mangas y sandalias. No me molesté en maquillarme, salvo por un poco de brillo de labios, pues tenía la piel de un color aceptable y, como creo que ya he mencionado, se me da fatal el maquillaje.

Vince se había llevado a George a las cinco. Había llamado para decirme que no me molestara en darle de cenar: comprarían pescado y patatas fritas por el camino. «¿Qué he hecho yo para merecerme un cuñado tan estupendo?», le pregunté. A lo que me respondió diciendo que en realidad era yo la que le hacía un favor. Petra estaba con un cabreo monumental, un estado que podía prolongarse durante semanas, y él se alegraba de tener ocasión de salir de casa.

—¿A qué se debe esta vez? —pregunté.

—Ah, la pregunta del millón de dólares. Es una de esas ocasiones en que tengo que adivinarlo... miento, en que debería saberlo ya, sin que ella tenga que decírmelo.

—Oh —dije.

—Sí —repuso—. Oh.

Luego dijo:

—¿Lo traigo de vuelta hacia las diez? ¿Tienes tiempo suficiente?

—Seguro que será más que suficiente. Tráelo a las nueve si quieres. Así tendré una excusa para librarme de mi cita si me aburro.

—Como quieras... pero ¿Roz?

—¿Qué pasa, Vincent?

—Creo que ese tío puede estar bien.

—¿Por qué lo dices?

—Me da esa sensación.

Llegó temprano. Tenía la ventana del salón y la puerta de atrás abiertas de par en par a fin de crear un efecto de túnel de viento a través de la casa. No tenía planeado invitarle a pasar, porque el interior de la vivienda seguía siendo bastante inhóspito y la casa ofrecía un aire de escasez y falta de atención. Tal como le había comentado a Petra por teléfono, todavía no había tenido ocasión de comprar alfombras nuevas, así que teníamos que conformarnos con el suelo de hormigón negro. La casa tenía un aspecto lamentable y me daba vergüenza.

Además, después de un día de sol, la sala de estar tendía a rendirse a los aromas arraigados de inquilinos anteriores. Se llenaba de olores a café requemado, tufillos de tabaco y calcetines sucios cuya procedencia nunca alcanzaba a identificar.

Me estaba poniendo una segunda capa de esmalte de color rosa caramelo en las uñas de los pies cuando oí la voz de Celia por la ventana abierta.

—¡Así que es usted el caballero del trabajo del que Roz no quería que supiéramos nada!

Noté que se me encogía el estómago.

Aunque no me fue posible entender sus palabras exactas, discerní por el tono que mi acompañante respondía con palabras amables y modestas. Esperé que no decidiera interrogarme luego acerca de ese hombre misterioso «del trabajo».

Tal como se sucedieron las cosas, olvidé al instante todo eso, porque cuando abrí la puerta, antes de que pudiera evitarlo, se me escapó de la boca: «¿Tú?».

Me ofreció una sonrisa de disculpa a la vez que decía «Sorpresa», en tono no muy expresivo.

La cara me ardía.

Era Henry Peachey, el agente de seguros que me había pinchado en el pulgar para sacarme sangre.

Madre mía, qué atractivo era. Era atractivo y era el hermano de Nadine.

Joder.

Joder. Joder. Joder.

Esto sí que no me lo esperaba. Había planeado retirarme con la mayor dignidad posible de la cita y no volver a verlo nunca.

Advertí que Celia se quedaba perpleja cuando vio mi cara de pánico. Casi pude oír sus pensamientos sobre que no era extraño que siguiese soltera si recibía así a mis posibles pretendientes.

—¿Por qué no me dijiste que eras tú? —pregunté en voz baja.

—Porque no estaba seguro de que fueras a aceptar salir conmigo —respondió también entre susurros.

—Claro que habría aceptado —repuse—. En fin, espera aquí —le dije, procurando recobrarme—. Voy a por el bolso. ¿Adónde vamos?

Hizo un amplio ademán.

—A donde quieras —dijo—. He pensado que podemos dejarnos llevar por el olfato.

Llevaba vaqueros desgastados y una camiseta gris de marga. Me sacaba unos cinco centímetros de estatura y tenía un bonito trasero. La musculatura de la parte superior de su espalda tenía una densidad que resultaba muy atractiva. Y andaba como un boxeador. Con pasos firmes, sólidos.

¿Qué estaba haciendo? No podía ir. No debía ir.

Tuve que ir. No pude evitarlo.

Nos dirigimos hacia la cancela, pasando junto a Celia, que, en el tiempo que había tardado en coger el bolso y los zapatos, se las había ingeniado para pintarse de nuevo los labios y plantarse una pamelita ridículamente grande en la cabeza. La llevaba sujeta por medio de una tira de gasa anudada bajo la barbilla, y al pasar le lancé una mirada perpleja.

El coche era un Peugeot rojo. Estaba meticulosamente limpio y tenía unos quince años, uno de esos vehículos robustos que dejarías a un adolescente para que aprendiera a conducir.

—¡Que lo paséis bien! —gritó Celia dando alegres palmaditas.

Estaba radiante.

—Eso haremos —repuso Henry, a la vez que me abría la portezuela del acompañante.

—Adiós, Celia —dije.

Se despidió de nosotros con la mano y suspiré, aliviada de que no hubiera intentado sonsacarle más detalles a Henry, pero tremendamente inquieta y nerviosa, pues me había embaucado ocultándome su identidad. Me remonté a nuestro primer encuentro, intentando recordar si en algún momento había mencionado a Scott Elias. Scott Elias, su cuñado.

¿Me había acostado ya entonces con Scott?

No. Eso vino después. En el hotel, donde Henry me guiñó el ojo. Ay, la leche.

¿Vio fugazmente a Scott aquella noche? Debió de estar a un suspiro de verlo.

¿Era esto alguna clase de trampa?

Qué lío. No podía pensar con claridad. Notaba que empezaba a perder la seguridad en mí misma.

No habíamos ido muy lejos, quizá unos cientos de metros, cuando Henry puso el intermitente y aparcó. Echó el freno de mano y se volvió hacia mí en el asiento. Lo miré muerta de miedo. Tenía el aspecto de quien se dispone a sincerarse, y me aterraba lo que iba a decir.

Alargó la mano.

—Henry Peachey —dijo sonriente—. Me alegro mucho de conocerte.

—Roz Toovey —repuse, trémula, a la vez que le estrechaba la mano—, pero creo que ya nos conocemos.

—Lo siento mucho. Tendría que haberte dicho por teléfono que sabía quién eres. Veo que te ha sobresaltado bastante. Es como si hubieras visto un fantasma.

¿Podemos empezar de nuevo?

Procuré sonreír.

—De acuerdo —dije con voz débil.

Hubo un silencio incómodo, durante el que los dos nos esforzamos por decir algo para llenar el vacío, y entonces me vino a la cabeza un pensamiento y me eché a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Mi dirección.

—¿Qué le pasa a tu dirección?

—Que ya la sabías. Te dije que te enviaría un mensaje con mi dirección cuando hablamos por teléfono, pero ya sabías dónde vivía. Te la dije cuando viniste a la clínica.

Hizo una mueca.

—Ah, sí —dijo—. Estaba en tu expediente.

—Lo sabes todo acerca de mí.

—No creas —aseguró—. De todos modos, ¿te molesta?

Me encogí de hombros.

—Por lo menos sabes que no tengo sida.

Cambió de postura en el asiento y de pronto se volvió a poner serio.

—No estoy autorizado a hablar de los resultados de los análisis de sangre. Son confidenciales. Te llegarán por correo.

Me quedé mirándole.

—Anda ya —dije—. No estarías aquí si hubiera dado positivo.

No le conté que me había hecho un análisis de sangre en cuanto me enteré de que Winston me era infiel. Y lo había repetido seis meses después, solo para asegurarme.

Le dije que me vendría muy bien una copa, y se animó al oírlo.

—¿Un pub? —sugirió con entusiasmo—. ¿O la opción tacaña?

—Explica eso de la opción tacaña.

—Pasamos por la cooperativa, vamos a por un surtido de cervezas y nos las bebemos en un lugar bonito de nuestra elección. Las patatas fritas son opcionales.

—Hagamos eso —dije.

Tarn Hows era un sitio tan bueno como cualquier otro. Está a kilómetro y medio o así de Hawkshead y es un lugar agradable en el que sentarse a ver la puesta de sol. La gente suele venir aquí porque, en esencia, hay todo el paisaje que se pueda desear en un área reducida.

Está el pequeño lago de montaña: perfectamente ubicado, de un bonito color cobalto bajo el cielo azul, y cuando está nublado negro como la tinta. El bosque, con sus pinos solitarios a orillas del agua, da al lugar un aire romántico. Y luego están las vistas de Langdale Pikes, las colinas rocosas, más majestuosas desde esta perspectiva y elevación.

El inconveniente de Tarn Hows es la cantidad de gente que viene, sobre todo de un tiempo a esta parte, pues han arreglado tanto el sendero que rodea el lago que si alguien quisiera podría recorrerlo en patines.

A esas horas, casi las ocho menos cuarto, solo había unos cuantos rezagados y un grupo de turistas japoneses. Cuando el grupo salió del minibús nos quedamos en el coche, pues no queríamos vernos envueltos en la confusión general mientras abrían los paraguas (usados como sombrillas), se colgaban las cámaras al cuello, extendían los palos para *selfies* y se anudaban las deportivas con tacón de cuña.

Cogimos las cervezas y las gafas de sol y nos pusimos en camino. En lugar de ir hacia el sendero, dimos media vuelta y ascendimos por la pequeña colina que queda al sur de la carretera. La vista es muchísimo mejor, y casi nadie es lo bastante anarquista para ir en contra de los carteles del Patrimonio Nacional, así que casi se puede contar con disfrutar del lugar a solas.

Henry dijo que también había vivido desde siempre en la región. Así pues, como habíamos ido a Tarn Hows durante toda nuestra juventud, no teníamos el gesto embelesado de quienes visitaban el lugar por primera vez, parejas con una expresión llena de esperanza por los años que les aguardaban, como si esa experiencia fuera a convertirse en el punto de referencia por el que medirían su relación. Con su paso animado y la afectada cadencia de sus palabras, las chicas parecían decir: «Así es como será, —y yo pensaba, con crueldad—: Todos los días, cielo. Todos los días».

—¿Te parece bien aquí? —preguntó Henry cuando llegamos a la cima, las botellas tintineando en la bolsa que llevaba.

Había una zona de hierba del tamaño de un colchón de matrimonio, hollada por un pícnic anterior. Le dije a Henry que estaba bien, y nos acomodamos; él sacó el abridero del bolsillo. Me ofreció un botellín de Miller mientras me lanzaba otra leve mirada de decepción fingiendo reprenderme por la cerveza que había elegido.

—Con todo esto —había bromeado antes, señalando la variedad de cervezas que había en la cooperativa—, ¿y tienes que decidirte por una cerveza americana insípida?

—Una cerveza americana insípida que casualmente me gusta —repuse.

—¿Qué? —le dije ahora mientras le quitaba la chapa al botellín—. ¿Te gustan más esas mujeres que beben pintas de Guinness, o Caffrey's, mientras ven el rugby con los amigotes?

Me lanzó una mirada divertida.

—Pues la verdad es que he salido con un par de esas.

—Ya me parecía a mí. ¿Has estado casado?

—Solo una vez —contestó—. Estuve casado una vez.

Seguimos hablando un rato, una de esas conversaciones en las que se tocan los asuntos de pasada, poniendo al otro a prueba, ambos con cuidado de no ofender ni esforzarse demasiado por impresionar. Nuestros diálogos eran juguetones e iban cargados de guasa, pero en todo momento me mantuve un poco a la defensiva porque la situación de Scott no se me acababa de ir de la cabeza.

—Bueno —dijo Henry, después de que hubiéramos hablado de cine, músicos que nos irritaban, lugares que nos gustaría visitar en el extranjero. Me alegró que no empezara a rebuscar en su lista de cosas que hacer antes de morir, sin darse cuenta de que era exactamente la misma que la de todos los que leían GQ: bucear en el Gran Arrecife de Coral, vivir un año en Barcelona, sacarse el carné de piloto—. Bueno, ¿así que estás saliendo con un compañero de trabajo? —preguntó Henry como si nada.

Me cogió desprevenida. Esperaba que no hubiera dado importancia al comentario de Celia.

Mientras me liaba con mis propias palabras, dijo:

—No se me ocurre quién puede ser. Wayne no, ¿verdad?

—No —me apresuré a responder—. No, Wayne no.

Lanzó un suspiro de alivio, sonriendo.

—La verdad es que no conseguía imaginarme esa relación. Si quieres que te diga la verdad.

Tomé un sorbo y guardé silencio, pensando el mejor modo de seguir adelante.

Si reconocía estar saliendo con alguien —cualquiera (no tenía por qué existir en realidad)— dispondría de una estrategia de escape.

Podía decir que su hermana, Nadine, prácticamente me había obligado a aceptar esta cita, y que estaba saliendo en secreto con alguien del que nadie sabía nada.

Eso es lo que tendría que haber dicho.

Eso habría sido lo más sensato. Dejarlo ahí antes de que nadie saliera perjudicado.

Solo que no fui capaz de hacerlo. Henry era muy atractivo, y ya me había cautivado. Tenía la sensación de que, por mucho que lo intentara y le dijera a Henry que estaba saliendo con otro hombre, lo que me saldría de la boca sería algo completamente distinto.

—No quiero meterme donde no me llaman —dijo Henry, camelándome un poco —, pero, como es natural, estaría bien saber si estoy perdiendo el tiempo.

Apuré el botellín.

—No hay nadie —dije con firmeza, y él arqueó las cejas sorprendido— Estaba saliendo con un tipo, pero se acabó. Le mentí a mi vecina porque siempre está intentando emparejarme. Le dije que salía con uno del trabajo solo para, ya sabes...

—Ah —dijo, con cara de aliviado y encantado al mismo tiempo—. Ah, bueno, qué bien. No quería tener que pelearme por ti.

Sonreí un poco.

—Sobre todo porque no se me da muy bien —añadió, a la vez que me pasaba otra cerveza.

—¿Y qué se te da bien? Solo por curiosidad —pregunté.

—¿A mí? —repuso, y sin perder comba, dijo—: Vivir.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—La única que tengo.

Me eché a reír y empecé a despegar la etiqueta húmeda del lateral del botellín.

—Suenas un poco arrogante —comenté.

—¿Ah, sí? —respondió—. No era mi intención. No es que diga: «Eh, ¿verdad que mi vida es una maravilla y la tuya una basura?». Solo que intento dedicar el mayor tiempo posible a hacer las cosas que me gustan y apenas nada a hacer las que no me gustan.

—Como trabajar —señalé.

—Sí —reconoció—, como eso.

Inclinó el cuello del botellín de su cerveza de fresa contra el mío.

—Salud —dijo alegremente.

A nuestro regreso Foxy estaba ladrando en el jardín.

—¡Calla! —gritó Celia, antes de tocar el silbato.

Como no quería que Henry viera el estado de mi casa, ni que estuviera cuando volviese George, no le invité a tomar un café. De hecho, me despedí de él a la vez que cerraba la portezuela del coche. No nos besamos. Celia y Dennis tomaban los últimos rayos de sol en su banquito recién comprado, y habría resultado de lo más incómodo.

Aun así, Henry se atrevió a seguirme hasta la puerta de casa.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó Celia, y yo mascullé que de maravilla, gracias.

Me di cuenta de que le lanzaba una mirada a Dennis. Ahora ella creía que yo era de las que saboteaban todas las relaciones por ser demasiado quisquillosa.

No tuvo que decirlo. Ahí estaba, más claro que el agua, en la mueca de desaprobación con que me miró.

Mientras giraba la llave en la cerradura, le dije a Henry:

—Te invitaría a pasar, pero mi hijo...

Dejé la frase en suspenso para que él mismo dedujera que si George iba a llegar a casa pronto, su presencia sería inapropiada.

—Pues invítame —dijo.

—Va a llegar George.

—Y qué, ¿no recibes visitas de amigos? —preguntó débilmente—. ¿Nunca?

—De amigos hombres no.

—¿Por qué no?

—Porque no soporto el rollo ese de «Este es el nuevo amigo de mamá». O:

«George, ven a conocer al tío Henry». Es malo para los chicos.

Me miró como si dijera que me pasaba un poco, que era demasiado protectora con George, así que le dije, sin dejar de hablar en voz baja, que, puesto que él no era padre, no tenía ningún derecho a airear su opinión sobre mis decisiones como madre.

Por un instante me pareció enfadado. Pero fue fugaz. Esa clase de arrebato efímero que sientes cuando te cortan el paso en la carretera, antes de darte cuenta de que conoces al anciano del coche de delante.

—Solo cinco minutos —insistió Henry.

—No —dije—. No puedo. Lo siento.

—Quiero ver dónde vives.

—Y yo prefiero que no lo veas.

En ese momento Celia se levantó del banquito y cruzó con paso vacilante el jardín, con las manos en las caderas.

—¿Os apetece un vaso de Pimm's, tortolitos?

—A mí no, gracias —repuso Henry enseguida—. Tengo que conducir. Y Roz acaba de invitarme a uno de sus famosos cafés.

Celia se puso seria.

—Quizá la próxima vez —dijo ella.

Henry le ofreció su sonrisa más encantadora, al tiempo que decía:

—Desde luego. No me lo perdería.

Así pues, abrí la puerta.

—La sala de estar —dije en tono neutro, y le indiqué a Henry que pasara.

Me di la vuelta y vi que Celia no se había movido. Seguía en el mismo sitio en el jardín.

—Lo siento —dije en voz queda—, ¿te importa mucho?

Me sentí mal al verla tan abatida.

—Qué va —contestó en tono animado, reponiéndose—. ¡Venga! ¡Disfrutad! —Y luego—: Es guapo a rabiar, Roz —susurró, su tono ahora infantil y conspirativo—. ¿Vas a echarle el lazo?

Henry se había paseado por la sala de estar.

—Veo que te va el look minimalista.

—Oye, si vas a ponerte en plan crítico...

Se llevó el dedo a los labios.

—No critico nada. Pero, Roz, no tienes muebles. ¿Qué diablos ha pasado?

—Bueno, ya sabes. Tal y cual.

—¿Te acabas de mudar? —indagó.

—No exactamente. Me hicieron una visita los agentes judiciales. Bueno, ¿todavía quieres ese café?

Intentó esbozar una sonrisa compasiva, pero parecía dudar de que no le estuviera tomando el pelo.

—Ya lo hago yo —dijo, y fue hacia la cocina—. Tú siéntate... —paseó la mirada por la sala—, siéntate ahí... en esa caja.

Me quedé donde estaba. Las sandalias empezaban a apretarme, así que me las quité y me quedé descalza.

Un momento después reapareció.

—¿Tazas?

Negué con la cabeza.

—Solo lo que hay en remojo en el fregadero.

—Es como volver a mis tiempos de estudiante —comentó alegremente—. Té en vaso, vodka en cuenco.

Lo seguí a la cocina. Las plantas de mis pies hacían un suave ruido como de ventosa sobre el linóleo.

—¿Qué estudiaste? —pregunté.

—Ingeniería química.

—¿No deberías tener un trabajo en, no sé, alguna empresa de la industria química, o algo así?

Asintió.

—Tienes razón. Debería.

—Pero, en cambio...

—Pierdo el tiempo con los seguros dos días a la semana.

—¿Qué haces cuando no trabajas?

—Leo, sobre todo —aseguró.

—¿Por qué?

Se echó a reír. Cuando se dio cuenta de que no bromeaba, sopesó mi pregunta.

—¿Sabes qué? —dijo—. Si me hubieras preguntado eso hace un año, no estoy seguro de lo que habría contestado. Desde luego no leo para evadirme, o como un ejercicio de autosuperación, si es lo que estabas pensando.

Me encogí de hombros.

—No lo he pensado.

—Siempre me ha gustado leer —explicó—. Siempre me he visto deseando coger un libro sin preguntarme el motivo en realidad. Y el año pasado leí una reseña de un libro de John Malkovich.

—No sabía que fuera escritor —comenté.

—No estoy seguro de que lo sea. La reseña era de John Malkovich, no el libro.

—Vaya, he metido la pata.

—En cualquier caso, el libro era *Ojalá nos perdonen*, de A. M. Homes. —Hizo una pausa—. ¿Lo conoces?

—No.

—Da igual. Eso no importa. Es lo que dice Malkovich en esa reseña lo que revela la razón por la que leo. Dice que hoy en día todo el mundo es muy aburrido. Básicamente, a todo el mundo le preocupa tanto molestar al prójimo que ya no hay personajes. Y cuando se sentó a leer *Ojalá nos perdonen*, por fin empezó a pasar tiempo con alguien interesante. El protagonista le pareció tan interesante, tan irresistible, que se moría de ganas de volver al libro. En respuesta a tu pregunta, creo que leo por eso.

—¿Porque la gente es aburrida?

—Sí. Tienes los dientes bonitos, por cierto.

—Gracias.

En ese momento se dio cuenta de que no había suficiente agua en el hervidor, por el sonido que hacía. Mientras lo llenaba en el fregadero, comentó despreocupadamente:

—Así que agentes judiciales. Eso tiene miga. ¿Cómo fue?

—Gasté más dinero del que tenía. Y mi exmarido me dejó con un lío de mucho cuidado. Contrajo unas cuantas deudas a mi nombre.

—Ah, sí. Lo recuerdo. Qué cutre. No pareces demasiado enfadada, si no te importa que te lo diga.

—Lo estuve. Pero ¿de qué sirve enfadarse? Después de todo, lo escogí yo. Al principio pasaba mucho tiempo culpándolo, pero luego me di cuenta de que eso no iba a ayudarme a solucionar el problema. Nadie iba a venir a decir: «¿Sabes qué? Tienes toda la razón. Es todo culpa de Winston». Además, hay muchísima gente en peor situación que yo. Pero tendría que haber llevado el asunto mejor.

Sea como sea —concluí—, ahora todo es más fácil. Lo peor ha pasado. Me las he arreglado para salir del hoyo en el que estaba y las cosas empiezan a ir a mejor.

—Estupendo —dijo—. Te admiro.

Aparté la mirada.

—¿Te gusta tu trabajo? —preguntó.

—Me gustan algunos aspectos. Disfruto aliviando el dolor de la gente, el problema es que me ocupa...

—¿Todo el tiempo?

—Sí.

Le conté que había tenido que cerrar mi clínica pero que aún aspiraba a trabajar por mi cuenta algún día.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó—. ¿Por qué no te estableces por tu cuenta?

—Me ha surgido una oportunidad de hacerlo, pero tengo miedo. La última vez me fue fatal y acabé trabajando una cantidad absurda de horas porque no podía decirle a la gente que no. Y luego los dejé en la estacada de todos modos por mi irresponsabilidad.

—Tú no eres irresponsable —aseguró—. Crías a un hijo sola, mientras trabajas a jornada completa, con muy poca ayuda de nadie, por lo que sé. ¿Cómo puedes considerar eso irresponsable?

—Es amable por tu parte decirlo —repuse—. Pero hay gente que tiene una opinión muy distinta cuando...

Rechazó con un gesto de la mano mis palabras como dando a entender: «¿Qué saben ellos de nada?».

—Hace poco leí que al setenta y uno por ciento de la gente no le gusta su trabajo —dijo—. Eso es mucha gente insatisfecha con su vida haciendo algo que no les gusta.

—¿A ti te gusta el tuyo? —pregunté.

—No especialmente, pero solo trabajo dos días de cada siete. Me parece que se puede hacer prácticamente cualquier cosa dos días a la semana. Nos aseguraron que con la llegada de todos esos dispositivos que nos ahorran trabajo, todo el mundo tendría una semana laboral de tres días. Pero no llegó a ocurrir tal cosa, ¿verdad?

—¿A qué crees que se debe?

—Necesitan tenernos ocupados para que no nos rebelemos demasiado —dijo—. ¿Qué pasaría si de pronto nos dejaran tanto tiempo libre? Sería la anarquía. —Sonrió—. Siempre habrá gente que quiera trabajar todo el día. Pues que trabajen, digo yo, y que nos dejen a los demás en paz. Como es natural, hay algunos que por lo visto no entienden que yo prefiera ganar menos y trabajar menos. Porque hoy en día la riqueza es el único indicador de éxito.

Winston también había pasado por una prolongada fase de anticonsumismo.

Soltaba largos discursos sobre autonomía, los luditas incomprensidos, el mito de que una vida gratificante se consigue por medio del trabajo duro.

El problema era que seguía comprando cosas.

Le pregunté a Henry a quién se refería con eso de que algunos tenían problemas con sus opciones de vida, y contestó:

—Scott Elias.

Trasladé el peso del cuerpo al otro pie.

—Supongo que conoces a Scott, ¿no? —preguntó.

—Ajá, lo he visto un par de veces.

—Vaya capullo —dijo—. No entiendo por qué Nadine sigue con él. Bueno, supongo que sí. Los hijos, y todo eso. Pero aun así...

—No te cae muy bien —señalé en un tono neutral, y con una expresión que no reflejaba ni una cosa ni otra.

Él frunció el ceño, antes de decir:

—¿Cómo iba a caerme bien?

—Entiendo que no estéis de acuerdo.

—No estoy de acuerdo con él —replicó— porque es gilipollas.

—¿No porque está forrado? ¿No te da envidia su dinero? —pregunté en broma.

—A eso voy: deja al margen el dinero y fíjate en el hombre. ¿Qué queda? Nada. ¿Ha dicho alguna vez algo divertido o interesante en tu presencia?

No contesté.

—Bueno, ¿a qué se dedica? —continuó—. ¿Qué le importa en realidad? Scott tiene una fortuna, ¿y qué hace con ella? Comprar objetos. Nada más.

—¿Sugieres que debería salvar el mundo?

—Sugiero que tendría que hacer algo útil. Ese tipo jode a todo el que entra en contacto con él.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—En todos los sentidos. Tiene que llevarlo todo al límite, es incapaz de ceder. No soporta perder ni un solo penique.

—¿De verdad? —dije, muy poco convencida—. A mí me pareció bastante generoso. Por lo menos, eso cree mi hermana.

Henry se echó a reír.

—Ah, sí, Scott el tipo simpático. Scott traerá el vino, él pagará la cuenta. Pero, te lo aseguro, no se lleva la mano al bolsillo a menos que sea desgravable. No se gasta ni un solo penique de su dinero. Todo acto de supuesta generosidad lo declara como gasto comercial.

Pensé de inmediato en la factura que le había presentado a Scott por los servicios prestados. Me había dicho que no le iba bien pagarme en efectivo.

Cosa que me había resultado difícil de creer.

—Date prisa, bébete el café —le recordé.

—Tiene que burlar el sistema —continuó Henry con obstinación—. Es un gran ejemplo de codicia desatada... nunca tiene suficiente, nada le basta. Se lo queda todo y nunca aporta nada. Y tiene un temperamento siniestro.

»De verdad —remató Henry—, Scott Elias nunca es feliz a menos que esté jodiendo a alguien.

Así que yo era un gasto comercial.

No tenía derecho a sentirme molesta. ¿Qué más daba cómo financiara Scott nuestros encuentros?

Y, sin embargo, curiosamente, así me sentía. Lo que Scott recibía de mí en forma de «servicios» le salía en esencia gratuito. Al mentir, al manipular la contabilidad de esa manera, podía costearse nuestras citas con dinero que tendría que haber declarado a la Agencia Tributaria en concepto de impuestos. Así pues, podía acostarse conmigo tantas veces como quisiera, y, tal como había señalado Henry, no le costaría ni un solo penique.

¿Tendría que haberme sentido un poco ofendida? Probablemente no. Pero así me sentía. Y no pude por menos de preguntarme de qué otras maneras manipulaba Scott sus declaraciones fiscales para sus propios fines.

En el fondo nunca me había tragado la excusa de Scott de que no podía reunir el dinero suficiente para pagarme. ¿Había ingeniado el asunto de la factura para demorar el pago? Aún estaba esperando que me abonase nuestra última cita.

¿Estaba retrasándolo a propósito para tener más control sobre la situación? ¿Más control sobre mí?

Ahora era el fin de semana. Sábado por la mañana. Estábamos en la clase de natación de George, que pagaba la generosidad de Dylis. Estaba en el quinto nivel, lo que quería decir que era capaz de nadar tres brazadas, flotar, bucear para coger un bloque, pero no podía alejarse mucho. No era culpa suya, ni del profesor, sino la consecuencia de que la piscina municipal hubiera cerrado unos años atrás cuando se quedó sin fondos. Ahora los niños de South Lakeland tenían que aprender a nadar en los *spas* de diversos hoteles. No era lo ideal, pues por lo general las piscinas tenían diez metros de largo y, de vez en cuando, huéspedes contrariados se quejaban de tener que compartir el espacio con los críos «cuando hemos pagado una buena suma de dinero por estar aquí», y los niños tenían que irse. Se había acabado la clase.

Hoy no había más que una señora mayor nadando a braza: la cabeza fuera del agua, el cuerpo casi vertical, sin avanzar apenas pero aun así sonriente.

Disfrutaba con los niños que se esforzaban todo lo posible por flotar boca arriba: los torsos blancos y delgados oscilando arriba y abajo, las cabezas entrechocando.

Yo estaba sentada en la zona de la pequeña cafetería con el portátil encendido.

Aunque solo eran las diez y media de la mañana, el aire olía mucho más a fritanga que a cloro. En la mesa de al lado había dos madres. Eran dos asiduas a las que veía cada dos sábados. Una (me parece que se llamaba Gail) llevaba mechales pelirrojas, de esas pintadas a mano con brocha; la otra cambiaba el color de pelo de una semana a otra. Se pasaban la clase entera encorvadas, sus caras a escasos centímetros, los ojos entornados, hablando del divorcio de Gail. De vez en cuando, oía las palabras

delatoras que rodeaban una ruptura (comunicación, tutela compartida... y: «A ese cabrón desagradecido le preparaba asado para cenar dos veces a la semana. Ahora, cuando están con ella, se alimentan de barritas de pescado. Puta vaga»), de modo que prefería eludirlas en lo posible.

Alargué el cuello al oír que alguien tenía arcadas, un niño que había tragado demasiada agua de la piscina. Cuando vi que no era George, volví a teclear mis datos bancarios; estaba conectada al *wifi* gratuito del hotel.

Mi saldo seguía igual.

El último pago de Scott no había llegado.

Me mordí la uña. No podía llamar a la secretaria de la empresa, claro: «¿Esa factura que les envié? ¿La falsa? Sí, ¿pueden hacer el favor de abonarla?».

Y no quería llamar a Scott.

Esperaba evitarlo unos días. Hasta que hubiera amainado la tormenta posterior a mi cita con Henry. A Scott no le había hecho ninguna gracia y temía que quisiera interrogarme al respecto.

Henry había insistido en verme de nuevo y yo había accedido. Le dije que le llamaría pero, de momento, no lo había hecho.

Me gustaba. Me gustaba mucho. Pero era un momento de mierda. ¿Por qué no habría llegado a mi vida un mes más tarde, cuando ya me hubiera librado de Scott? ¿Cuando hubiera saldado mis deudas?

Al final de la cita me había quedado un poco callada, abrumada por la enorme decepción que me sobrevino mientras Henry seguía despotricando contra Scott, ajeno por completo a mi estado de ánimo. Sospeché que se había marchado confuso por mi súbito distanciamiento, que quizá interpretó como aversión hacia él, lo que no podía estar más lejos de lo que sentía.

Volví a cargar la página, esperando que el dinero apareciera como por arte de magia.

Concentrada en la pantalla, no me di cuenta de que George se acercaba hasta que estuvo a mi lado: estaba encorvado, tembloroso, dando saltitos de un pie al otro.

—Tengo que ir al baño —dijo.

—Pues ve.

—Dijiste que no fuera solo. Dijiste que solo podía ir si estabas tú o había otros niños.

Es verdad, se lo había dicho. Me disculpé y me puse de pie. Lo había olvidado. Ya no se puede dejar a los hijos ni que vayan al baño solos desde que les inculcan que pueden agredirlos en los aseos del supermercado, en los vestuarios de la piscina.

¿Se daban cuenta nuestros padres de lo fácil que lo tuvieron?

«Vete a jugar por ahí y no vuelvas hasta la hora de cenar —decía mi madre—. Ahí tienes cincuenta peniques para patatas con salsa. No te compres golosinas».

Y su labor como madre consistía más o menos en eso.

—Tendrás que ir al baño de mujeres —le advertí a George, que torció el gesto.

—No quiero.

—Es que yo no puedo entrar en el de hombres.

—¿Por qué?

—Porque estarán desnudos. Haz pis en el de mujeres, y date prisa. Te estás perdiendo la clase.

Cuando se escabulló, me pregunté, y no por primera vez, si después de la reciente cobertura en los medios la incidencia de pedófilos entre famosos era más alta que en la población en general. ¿O era sencillamente representativa de la población en su conjunto?

O, y cada vez lo sospechaba más, ¿hay algo presente en la psique de los hombres que adoran ser objeto de interés público que los predispone también a desear tener relaciones sexuales con niños? Alguien tendría que estudiarlo, la verdad.

—Ya está —dijo George.

—¿Te has lavado las manos?

—Sí.

—¿Seguro?

—Vuelvo a la piscina —repuso, y se alejó antes de que pudiera mandarlo de regreso, medio corriendo, medio andando, como se hace sobre las baldosas mojadas.

Le vi resbalar un poco cuando llegaba al agua, ansioso por volver a entrar en calor, y el corazón me dio un brinco. «Sigue sano y salvo, cariño». Mi plegaria.

Lo que decía cuando me sentía impotente para protegerlo.

Hacía dos semanas, había elevado la misma plegaria cuando le dejé irse de la piscina con un niño del que yo no sabía gran cosa. Naturalmente, George lo sabía todo, pues había pasado los dos días anteriores jugando con él. Su abuelo lo traía a las clases de natación, la familia era nueva en la zona, y tenían ganas de que el niño, Leif, hiciera amigos.

El abuelo era afable, amistoso, tenía un pendiente en la oreja izquierda y una cicatriz semicircular en el mentón: ¿quizá se debía a un golpe recibido con un vaso de cristal mucho tiempo atrás? George me agarraba la blusa y tiraba de ella, suplicándome que le dejara ir en vez de pasar una tarde aburrida a solas conmigo. Me vi acorralada. Le mostré una sonrisa incómoda al abuelo, intentando pensar una excusa y sintiéndome abochornada al mismo tiempo, porque estaba juzgando claramente a ese hombre por su aspecto.

¿Qué se hace en una situación así?

—Vale, puedes ir —dije al final, a regañadientes, y pasé la tarde pronunciando mi plegaria, mi mantra, una y otra vez.

Aquella noche mis temores se hicieron realidad.

Cuando George volvió a casa, lo encontré reservado y poco comunicativo, no quiso cenar y jugó en su cuarto para no estar conmigo. Habíamos tenido «la charla» alguna que otra vez: «Si alguien intenta tocarte en los calzoncillos... Si alguien te dice alguna vez que no me cuentes a mí un secreto». Pero como George no sabía

hasta qué punto era grave lo que intentaba hacerle entender, no me hacía mucho caso y soltaba alguna tontería.

Llamé a su puerta.

—¿Va todo bien?

Asintió sin levantar la vista.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunté.

—No, gracias.

—¿George? ¿Ha pasado algo hoy?

No contestó.

—¿Se ha enfadado el abuelo de Leif contigo?

—No —dijo en voz baja.

—¿Ha intentado... ha intentado —hice una pausa, buscando las palabras adecuadas— tocarte?

—No.

—¿Había alguien más en la casa?

—El hermano de Leif.

—¿Cuántos años tiene?

—No sé.

—Más o menos —dije—. ¿Más pequeño que tú? ¿Mayor que tú?

—Más pequeño.

—¿Había algún otro adulto?

—Su abuela.

—¿Y cómo era?

—Bastante vieja.

—Vale, George, escucha. ¿Qué ha pasado exactamente? Porque está claro que ha ocurrido algo, y no voy a irme hasta que me lo cuentes.

Me temblaba la voz, procuraba mantener la calma por su bien, pero sencillamente me era imposible.

Se rascó una postilla en la rodilla, reticente a hablar.

—¿George! —le insté—. Habla.

Y respiró hondo.

—Bueno —empezó, vacilante, sin ningunas ganas de hacerlo en realidad—.

Bueno —dijo—, ¿sabes los Pokémon?

Cerré los ojos. Me recosté en la pared, aliviada.

—Sí —dije.

—Pues Leif tiene como treinta muñequitos, mamá... y... bueno, cuando los he visto me ha dado envidia.

Dios.

Era algo espantoso. Cómo te jodía la vida, la paranoia atormentando todos y cada uno de tus pensamientos.

—Ya te compraré más Pokémon, cielo —le dije, y luego me tomé un par de tragos de brandy.

Ahora los niños saltaban al agua: con los brazos y las piernas abiertos por si alguna vez se encontraban en una situación de emergencia y tenían que saltar de un barco al mar, sin ver el fondo. El monitor les explicaba la importancia de golpear fuerte con los brazos al alcanzar la superficie, procurando que entendieran que no debían hundirse demasiado.

Pero los niños no le hicieron caso y se lo tomaron como una oportunidad de salpicarse legalmente.

Volví a cargar la página. El dinero seguía sin llegar. Y entonces caí en la cuenta de que, puesto que era sábado, no habría transferencias bancarias hasta el lunes como mínimo.

Distraída, miré el aparcamiento del hotel por la ventana, preguntándome si podría tomar alguna medida factible en el caso de que no me llegara ese dinero, cuando me llamó la atención un Range Rover negro.

Los Range Rover negros eran comunes. En esos momentos, quizá no tanto como los blancos, pero aun así gozaban de bastante popularidad. Salvo que este era un Range Rover de alta gama, un Overfinch Long Wheelbase. Costaba más de doscientas mil libras. Y, por lo tanto, no era tan común.

Era el Range Rover de Scott.

Me deslicé un poco hacia abajo en el asiento para que solo mis ojos asomaran por encima del portátil y vi el coche moverse lentamente por el aparcamiento, como si buscara algo. Había plazas libres de sobra, estaba claro que no quería aparcar.

Inició una segunda ronda. Aún no me había visto mirándolo. Quizá desde fuera, si el sol se reflejaba en el vidrio, era invisible.

¿Qué hacía Scott aquí? ¿Cómo sabía que yo estaba en el hotel?

Aunque si me estaba buscando, habría visto mi coche de inmediato. Había aparcado el Jeep junto a la entrada. Y aunque Scott no hubiera memorizado mi matrícula, habría sabido que era el mío por la abolladura en el capó, causada por un carrito de supermercado descontrolado.

Así pues, si no me buscaba a mí, ¿a quién buscaba?

Mi mano se cernió sobre el teléfono móvil. Qué mal rollo.

¿Me atrevería a llamarlo? ¿Le permitiría explicarse?

Sonaron cinco tonos antes de que viera iluminarse las luces de freno, y Scott contestó desde el otro extremo del aparcamiento.

—Hola —dije—. ¿Puedes hablar?

—Claro.

Su voz sonó perezosa. Fingía, porque no le había oído hablar tan lento a menos que en efecto estuviera quedándose dormido. Noté un espasmo en el estómago cuando vi avanzar un poco su coche.

—Hay un problemilla —dije.

—¿Qué clase de problema?

—La factura que envié. No la han pagado y sigo esperando el dinero.

—Ah —dijo—. Ah, me sorprende. Deborah suele ser muy eficaz. Tendría que haberla pagado el miércoles. Lo comprobaré en cuanto pueda y me aseguraré de que quede solucionado.

—Estupendo. Perdona que te moleste, pero, ya sabes...

—No tienes por qué disculparte. Quieres tu dinero, lo entiendo.

Ahora tenía un deje más hosco. Soltó los frenos una vez más y el coche se desplazó hacia la derecha. Si seguía avanzando, volvería a pasar justo por delante de donde estaba yo.

Tragué saliva.

—¿Estás bien? —pregunté.

—De maravilla.

—¿Cómo te va? ¿Qué haces hoy?

El morro del coche se acercó.

Distinguí a Scott a través del parabrisas, y se me cortó la respiración al pensar que podía verme.

—No gran cosa —dijo con despreocupación, mientras lanzaba miradas a derecha e izquierda, escudriñando los coches aparcados—. Estoy leyendo la prensa y poniéndome al día de unas cosillas en casa.

Su embuste me provocó un escalofrío que me recorrió la espina dorsal.

—Qué bien —murmuré.

—Sí, quiero relajarme y recargar las pilas un poco —añadió.

—Recargar las pilas —repetí, mientras se detenía junto a un viejo Peugeot un poco más allá.

El coche era parecido al de Henry. Del mismo color. Del mismo modelo.

Scott examinó el coche durante diez segundos antes de contestar.

Pensaba que era el coche de Henry. Pensaba que yo estaba en este hotel con Henry. Scott me estaba vigilando. Pero ¿cómo sabía siquiera que me encontraba aquí?

—Oye —dijo, distraído—, ¿puedo llamarte luego? Oigo que viene Nadine de la cocina. Tengo que colgar.

—No hay problema —le dije.

Y le vi pisar el acelerador y salir a toda velocidad del aparcamiento.

Esa tarde llegó una nueva mesa de comedor y una nueva cocina: un horno eléctrico independiente con un quemador de cerámica encima. Nada muy allá, pero era limpia. Y puesto que coincidía con la opinión de la difunta cocinera televisiva Clarissa Dickson Wright de que se puede cocinar perfectamente bien con un hornillo de dos placas, me encantó ver cómo sustituía la cocina horrible y grasienta que me había dado Vince. Incluso después de haberle dado un repaso a fondo con Don Limpio, seguía sin animarme a usarla. La grasa requemada despedía un olor a rancio que se me quedaba dentro de las fosas nasales, igual que cuando quemaron aquellos animales muertos durante la epidemia de fiebre aftosa de 2001. Aquel olor se quedó en el aire, y en la nariz, durante meses.

No imaginaba que echaría de menos cocinar. Prepararle comidas a George al final de una larga jornada había perdido su atractivo mucho tiempo atrás. Pero enfrentada a la perspectiva de no poder cocinar en absoluto, bueno, me moría de ganas de volver a la cocina.

Ese día venían Petra y Vince con Clara, así que me puse manos a la obra con mi plato estrella: espaguetis a la carbonara. Vince me había pedido que le dejara ocuparse del vino, y aunque intenté poner reparos, explicándole que no iba tan escasa de dinero como últimamente, él insistió. Tenía un nuevo blanco portugués, F. P. Branco; desde que lo había descubierto hacía poco, no paraba de insistir en que lo catase.

Troceé en rodajas grandes unos tomates, cosechados por Dennis esa mañana.

Invité también a Celia y Dennis, porque Petra y Celia se llevaban bien, aunque mi hermana se quejaba de que mi vecina siempre se ponía a alardear de su familia después de dos copas de vino (Celia habría dicho lo mismo de Petra, de no haber sido mi hermana). Pero tenían entradas para la entrega del Premio al Libro del Año de Lakeland. Un miembro del grupo de lectura de Celia se había autopublicado una breve biografía de William y Dorothy Wordsworth, que según Celia estaba muy bien escrita pero no era lectura para mí, conque mejor evitarla.

Aderecé los tomates con albahaca (también de Dennis), aceite de oliva, aliño y un chorrito de vinagre de jerez, antes de preparar una ensalada verde para los niños. A George le asqueaba a más no poder el tomate crudo, aunque eso no le impedía empaparlos todo en ketchup.

Además de estar en posesión de una cocina llena de comida por primera vez en meses, tenía copas de vino, tazas, dos cacerolas nuevas y platos a juego.

También había derrochado el dinero comprando polos escolares para George, toallas de baño y de playa, y ropa de cama.

Las vacaciones estaban a la vuelta de la esquina. Sería una de las últimas tardes tranquilas antes de que la casita adosada fuera ocupada por una procesión de familias

ruidosas. Familias que bebían más de la cuenta y se gritaban después de oscurecer, percatándose demasiado tarde de que en realidad no les gustaba pasar tanto tiempo juntos.

—Bueno —dijo Petra cuando nos sentamos en el patio.

—¿Bueno? —repetí.

—Bueno, ¿qué tal Henry?

—¿Y con eso te refieres a...?

Su mirada decía: «No a qué tal es en la cama, idiota».

—Me refiero a si te gusta —aclaró.

—Parece bastante majo —repuse para fastidiarla.

—¿Bastante majo para qué? ¿Un rollito? ¿Una relación? ¿Casarte?

—Ah, para casarme, sin duda —contesté, inexpresiva.

—¿Te has enterado de que en Hollywood ahora tienen la versión conyugal de la dieta 5:2? —dijo Petra.

Le pedí que se explicase.

—En lugar de comer cinco días y ayunar dos —explicó—, vives con tu cónyuge cinco días y luego pasáis dos separados.

Vince pareció interesado.

—¿O es al revés? —se preguntó Petra. Lo pensó un momento, calculando la logística del asunto—. Sí, debe de ser al revés. Cinco días separados y dos juntos.

—Como los bomberos —señalé.

—Exacto —repuso—. Las parejas famosas dicen que así su matrimonio funciona mucho mejor, y es más satisfactorio.

—Eso es porque, en esencia, lo que tienen son citas —observó Vince.

—¿Dónde lo leíste? —pregunté a Petra.

—En una revista en la sala de profesores. No de esas cutres. La directora no las tolera. Era *Marie Claire*. O una de esas revistas para mujeres intelectuales en las que los artículos son demasiado largos... y deprimentes.

Vince le dijo a Petra que ya habían tenido su propia versión del 5:2. Ella se enfadó con él por algo sobre lo que Vince no tenía la menor idea y luego pasó a ignorarlo durante dos días.

—A nosotros nos funciona a las mil maravillas, ¿verdad que sí, cariño?

Petra hizo el gesto de apartarlo como a un moscardón y le dijo que fuera a buscar más agua para la mesa.

Cuando Vince estaba en la cocina y no podía oírnos, comenté que al parecer ya se dirigían la palabra de nuevo.

—Estamos bien —dijo.

—¿A qué se debió?

—¿Sinceramente? —preguntó—. Insatisfacción disfrazada de alguna otra cosa, supongo. ¿No te pasa que a veces piensas en tu vida y te parece que te mereces algo más?

—¿Más de qué?

—Más de todo.

—Petra, tú lo tienes todo.

—Lo sé. Tengo todo lo importante. Y no soy desagradecida, de verdad que no. Es que, a veces, veo a otras personas y pienso...

—Estás hablando de Nadine.

Lo reconoció, avergonzada.

—Está mal, lo sé —dijo—. Nadine es una persona maravillosa y ella y Scott están muy bien juntos, y no siempre han tenido tanto dinero. Pero es que a veces me puede la envidia, y me molesta todo. Me pongo furiosa, coño.

Dejé de comer y le sostuve la mirada.

—Vince es un tío estupendo, Petra.

Asintió.

—Soy una cabrona por desquitarme así con él, ¿verdad?

—¿Cómo te sentirías si él te ignorase por no ser lo bastante buena? ¿Por no ser lo bastante guapa? ¿Lo bastante rica?

Me lanzó una mirada de indignación que decía: «Él... no... se... atrevería».

—Efectivamente —repuse.

Me aseguré que intentaría portarse mejor con él.

—El caso es que Henry puede ser un hombre estupendo para ti. Nadine lo quiere con locura —siguió parloteando, antes de hacer una pausa y mirar a su hija—. Clara, tienes muchísima pasta en el tenedor. No puedes llenarte la boca de comida de esa manera, de verdad.

Crucé la mirada con George mientras él dejaba en el plato la mitad de los espaguetis que había cogido con el tenedor.

Hacía unas semanas lo había sorprendido girando el tenedor en el centro del plato para ver si era posible enroscar toda la ración de una vez y, cosa increíble, lo logró. No le regañé, porque lo levantó todo y empezó a mordisquearlo, como si fuera una manzana de caramelo. Me recordó a cuando Petra y yo éramos niñas y competíamos a ver quién acumulaba más patatas fritas en el tenedor.

Recuerdo que Petra ganaba las más de las veces.

—Nadine tiene una actitud muy protectora hacia Henry —continuó Petra ahora—, por lo que ocurrió.

Dejé de masticar.

—¿Qué ocurrió?

—¿No te lo contó?

—No sé si me lo contó o no, porque no sé de qué estás hablando.

Petra miró el plato y bajó la voz hasta casi susurrar.

—Su hijo murió.

—Ah —dije, totalmente perpleja—. No lo sabía.

Hubo un momento de silencio en el que me dejó asimilar lo que acababa de decir. Luego continuó:

—Fue un accidente en la piscina. Se le enganchó la mano en un filtro defectuoso cuando buceaba para recoger calderilla. Su matrimonio no sobrevivió después de aquello. Es comprensible, claro.

Petra dejó los cubiertos al lado del plato.

—¿Te importa si no lo acabo? —preguntó, y yo negué con la cabeza. Le dije que yo también había perdido el apetito—. Nadine dice que Henry volvió aquí por eso —explicó Petra—. No soportaba estar entre conocidos. Necesitaba empezar de cero.

—¿Dónde ocurrió?

—Fue en casa de un amigo. Su mujer y él estaban en Londres por motivos de trabajo. Tenía un puesto importante en no sé qué relacionado con la química.

—Ingeniería —señalé.

—Eso es.

Petra apuró el resto de su vino.

—¿Abro otra? —preguntó Vince, que volvía de la cocina.

Su tono era amable, paternal. Lo dijo como quien le pregunta a alguien si quiere otra compresa de hielo, otro analgésico.

—Por favor —repuso Petra—. ¿Te importa conducir de vuelta? —le pidió, y Vince dijo que no.

Con la copa llena de nuevo, Petra se inclinó hacia mí.

—¿Henry no te lo contó?

—No —repuse.

—¿No insinuó lo que le había ocurrido? ¿No detectaste ni rastro de tristeza?

—Al contrario. Estaba lleno de vitalidad, expresaba sus ideas con rotundidad.

Estuvo toda la velada muy animado. Aunque... —dije, y titubeé. Bajé la mirada al recordarlo—. Hubo un momento en que noté algo...

Sentí la comezón de la vergüenza cuando me vino a la cabeza plenamente.

—Se empeñó en pasar, entrar en mi casa, y yo no quería que lo hiciera.

—¿Por qué no?

—Por diversas razones. No quería que conociera a... —Hice una pausa, ladeando la cabeza hacia George—. Eso por una parte. Y, claro, la casa estaba hecha un desastre, y sencillamente no quería que entrase y... ya sabes, me juzgara.

»Sea como sea —continué—, el hecho de que yo no quisiese que conociera a George no le hizo gracia, y yo estallé. Le dije que, puesto que no era padre, le agradecería que se guardara sus consejos sobre la paternidad.

Petra hizo una mueca de dolor.

—Lo sé —dije—. Le pediré disculpas.

Ajenos por completo a nuestra conversación, Clara y George hablaban entre sí en el otro extremo de la mesa.

—¿Os habéis acabado el plato? —pregunté. George dijo que sí, pero Clara miró a Petra para ver si podía dejar el resto de la comida. Petra no se dio cuenta, absorta en sus pensamientos como estaba, conque le hice un gesto para indicar que no importaba—. Largo de aquí —les dije en voz baja—. Id a jugar. Ya os llamaré cuando esté listo el postre.

Permanecimos en silencio, mirando a los niños en la otra punta del jardín.

Señalaban unos conejos silvestres y se reían, George hacía desternillarse a Clara con lo que le decía.

—Imagina —dijo Petra en voz queda, a la vez que hacía un gesto hacia los niños—. Imagínatelo. Pobre, pobre hombre.

Y se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas.

Tanto Vince como yo asentimos en silencio.

Pasaron los minutos. Al final, le apreté la mano.

—Te quiero, Petra —dije—. No te lo digo lo suficiente. Eres muy buena hermana y te quiero.

—Ay, cariño —respondió, abrumada. Buscó un pañuelo de papel antes de sonarse la nariz—. Yo también te quiero.

Y entonces, entre lágrimas, dijo:

—Vincent, diles a esos críos que vengan aquí ahora mismo. Necesito abrazarlos. Bien fuerte.

Cuando llegué a trabajar el lunes por la mañana había un vehículo que me sonaba en el aparcamiento: el Ford negro de los dos inspectores. Wayne llevaba ya una semana sin aparecer por la clínica.

Amenazaba lluvia. El aire tenía tal densidad que resultaba difícil de respirar.

Cerré el techo corredizo y me apeé para acercarme hasta el lado del conductor del Ford. La inspectora Aspinall bajó la ventanilla.

—Buenos días —saludó.

Su compañero se estaba terminando un hojaldre de salchicha, limpiándose el bigote con la bolsa de papel. El coche olía a masa mantecosa y salvia.

—Buenos días —contesté.

—¿Tiene tiempo para una pregunta rápida? —inquirió la inspectora Aspinall.

—Déjenme que abra antes la clínica. ¿Pueden darme un par de minutos?

—Se lo agradezco mucho —contestó, y subió la ventanilla.

Se quedaron en el coche, tal como les había pedido, y para cuando entraron en la clínica ya tenía el hervidor al fuego, había recogido el correo, abierto la ventana del área de recepción porque olía un poco a cerrado, y estaba más o menos preparada.

—¿Alguna novedad? —pregunté.

—Wayne Geddes está oficialmente desaparecido.

—¿Antes no lo estaba? —comenté.

—No exactamente. El señor Geddes fue acusado de robo por sus jefes.

Informaron del robo a la policía, y lo estábamos investigando.

Me dio la impresión por su tono de que la pequeña cantidad de dinero que faltaba no había tenido exactamente máxima prioridad. Que no había esperado que el robo se convirtiera en un caso de persona desaparecida.

—Entonces ¿no han encontrado el dinero? —pregunté con voz vacilante.

—No. Y tampoco hemos encontrado a Wayne Geddes.

—¿No hay ni rastro de él? —pregunté, perpleja, porque ¿dónde demonios estaba?

Claro, esperaba que Wayne permaneciera ausente unos días. Que superase el bochorno, se aclarara las ideas y tal, pero ahora esta mujer me estaba diciendo que no lo encontraban por ninguna parte.

Sería incapaz de abandonar su casa y largarse. De eso estaba casi segura.

Tenía mucho patrimonio en esa casa. Sería incapaz de dejar atrás todo lo que poseía. Su seguridad para el futuro. No tenía ningún sentido.

—Su móvil no ha sido utilizado —señaló la inspectora Aspinall.

—¿Y las tarjetas de crédito? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Aunque eso no es nada fuera de lo normal cuando una persona quiere desaparecer. Están al tanto de que la mayoría de los comercios tienen cámaras encima

de las cajas registradoras, como la mayoría de los cajeros. A menudo hay un periodo de inactividad en ese sentido que se prolonga hasta un mes. Sobre todo si tienen abundante dinero en efectivo, como creemos que lo tiene el señor Geddes.

Pero no lo tenía. Ese dinero se había esfumado hacía mucho tiempo.

—Por cierto, el ejercicio que me recomendó me está yendo bastante bien —comentó.

—¿Cómo?

—¿El del perro mirando hacia arriba? —dijo—. ¿La postura de yoga? Tengo el cuello mucho mejor. Noté mejoría casi de inmediato. Ahora puedo dar marcha atrás con el coche sin que me duela.

—Ah, bien —tartamudeé—. Me alegra oírlo. Oiga, ¿han ido a casa de Wayne?

—Sí. Después de hablar con usted la otra vez.

El inspector Quigley, que había guardado silencio hasta ahora, levantó la libreta a la distancia que le permitía el brazo como hacen los hipermétropes y convino en que era lo que habían hecho.

—Y, evidentemente, no estaba, o no habrían vuelto aquí —señalé—. ¿Qué averiguaron?

—Hasta donde alcanzamos a ver no había nadie en la vivienda y...

—¿No entraron? —pregunté, asombrada.

—No teníamos autorización para hacerlo. No había una orden de registro entonces, señora Toovey. No podemos entrar por la fuerza.

—¿Estaba allí su coche?

—Me parece que sí.

Miró de soslayo otra vez a su compañero, que, después de un momento, coincidió con su afirmación.

—Bueno, lo que nos gustaría hacer, señora Toovey, es echar un vistazo por aquí para ver si encontramos algo que nos lleve por el buen camino. Esta era su mesa, ¿verdad?

—Sí, aquí pasaba Wayne la jornada.

—¿Alguna otra área que pueda ser de interés?

—La cocina —dije—. Preparaba mucho café. Y estaba a cargo de las existencias. A decir verdad, lo controlaba todo.

¿Adónde habría ido Wayne después de que yo saliera pitando el sábado? Los recuerdos que guardaba de haberme marchado de la casa eran como mucho incompletos. Había lapsos de tiempo que sencillamente habían desaparecido.

¿Habría ocurrido algo que no alcanzaba a recordar? ¿Le habría hecho yo algo a Wayne que no alcanzaba a recordar? Recordaba despertar y que no había ni rastro de Wayne. Pero ¿y si no había sido así? ¿Y si sencillamente obvié su presencia?

Dios santo.

—¿A qué hora llegan los clientes? —preguntó la inspectora Aspinall.

—Pacientes. Tengo el primero dentro de quince minutos.

Se pusieron a hurgar por allí. Sospeché que no encontrarían gran cosa de interés, pero igualmente no me entrometí. Me hicieron unas preguntas más: ¿había mencionado Wayne alguna dificultad económica? ¿Dijo si había quedado con alguien justo después de trabajar el viernes cuando se le vio por última vez, o durante el fin de semana? ¿Habló de irse de la zona?

No, no y no.

Cuando me pareció que habían terminado, pregunté por qué se consideraba ahora que Wayne estaba oficialmente desaparecido, cuando antes no lo estaba.

¿Qué había cambiado?

—Su primo —contestó la inspectora Aspinall—. No había tenido noticias del señor Geddes, así que entró en la propiedad. Una vez dentro, se preocupó. Dijo que era muy poco típico del señor Geddes no estar en contacto con él.

—¿Así que su primo no cree que se fuera sin decírselo a nadie? —indagué.

—Dice que no. Dice que el señor Geddes nunca se habría ido sin hacer planes con él. Planes para ocuparse de los peces.

—Ah —comenté—. Claro. Los peces.

—Sí —repuso, sin mirarme—. Han muerto todos.

La desaparición de Wayne me había desconcertado por completo y de resultados de ello, aunque quería llamar a Henry, no hacía más que coger el móvil, ir a contactos y luego rajarme. Estaba siendo una cobarde. Sencillamente no daba con las palabras adecuadas.

Henry tampoco se había puesto en contacto conmigo desde nuestra cita de la semana anterior. Creo que después de su pequeño discurso sobre Scott Elias, igual me había cerrado un poco y había adoptado un aire retraído que quizá él había tomado erróneamente por falta de interés.

Cuando digo que igual lo hice, quiero decir que sin duda.

Henry debió de llevarse la impresión de que no me importaba en absoluto.

Pero no podía dejarlo así. Ahora no.

Respondió al décimo tono.

—Henry —dije.

—Roz —dijo.

—Pensaba que no ibas a contestar.

—Pensaba que no ibas a llamar.

—Henry... —empecé, y me interrumpí.

—¿Qué pasa, Roz?

Respiré hondo.

—Petra me contó lo de tu hijo —dije— y solo quería decirte cuánto lo siento.

Fui brusca y poco sensible el jueves, cuando volvimos a mi casa, y quería disculparme. No habría dicho lo que dije de que no quería tus consejos sobre paternidad si lo hubiera sabido, y...

—No lo sabías —me atajó, en tono cortante pero no borde—. No te preocupes.

—Me siento fatal.

—No quería que lo supieras. No de entrada, por lo menos. Y hace seis años, conque no tienes ninguna culpa.

Hubo un silencio.

Oí la respiración de Henry, pesada, como si estuviera andando.

—¿Cómo era? —pregunté en voz baja, un momento después, y Henry no habló. Al cabo, dejó escapar una risilla arisca y al instante lamenté la pregunta—. Lo siento —dije—. Henry, lo siento mucho, no tendría que...

No —contestó. Luego suspiró—. No, no es eso. Nadie lo pregunta nunca, eso es todo. Nadie me pregunta nunca por él. Me preguntan cómo lo sobrellevo.

Cómo logro superar un día tras otro. «¿Cómo sigues adelante cuando ha ocurrido lo peor del mundo?», dicen. A su manera de ver todo gira en torno a mí. Nadie quiere saber nada de Elliot.

—Es porque les da miedo, Henry.

—Lo sé.

—Elliot —dije—. Háblame de Elliot.

—Lo quería.

Su respiración se acalló y noté que ahora había dejado de andar. Se había detenido justo donde estaba en la calle para pensar en su hijo. No hablé. Esperé.

—Oye —dijo—, ¿quieres que quedemos? Porque me gustaría hablarte de él.

Joder —continuó con rotundidad—, me gustaría mucho hablarte de él. De todo.

Ya no tengo ocasión de hacerlo. Y sé que probablemente es cosa mía, pero tengo la sensación de que necesito hacerlo a veces... No puedo hablar con Nadine.

Llora demasiado.

—Claro —dije en voz queda—. Me gustaría, Henry.

Quedamos dos días después. Yo no tenía canguro, Winston estaba en Newquay; su madre fingió no saber dónde estaba hasta que le dije que no quería sacarle dinero. Luego reconoció que se había ido con la rubia del pelo sucio y enmarañado (rastas) que había estado trabajando en el camping durante el verano. «Vuelve el viernes», me aseguró. De todos modos, no era exactamente una cita lo que había acordado con Henry, así que vino a mi casa, y fuimos juntos a los columpios con George y su amigo Ollie, que se había quedado a merendar.

Los niños se pusieron a jugar al balón y Henry y yo nos sentamos en una de las mesas de pícnic. Le había preguntado a Henry si le parecía bien que nos acompañara George, consciente de que había venido a hablar de su hijo, y frunció el ceño, antes de contestar: «Bueno, ¿qué vas a hacer con él si no?».

Observamos a los niños un rato. George no tenía un talento innato y apenas controlaba el balón. Una mujer de unos cuarenta años le lanzaba miradas asesinas cada vez que se acercaba a su niño, que todavía gateaba. Fingí no darme cuenta y presté atención a Henry.

—Ahora que estoy aquí, no sé por dónde empezar —reconoció.

Le dije que no tenía por qué hablar si no tenía ganas. Yo estaba feliz de tener compañía. Estaba feliz de estar aquí con él. Por lo general, venía sola.

—Es un buen chico —dijo Henry, señalando con un gesto de la cabeza a George, que estaba a punto de sacar un córner.

—Sí... ¿Elliot jugaba al fútbol?

—Intenté animarlo, pero no le interesaba.

—Igual que George —dije.

—Qué disgusto se llevó su abuelo —comentó Henry, sonriendo al recordarlo.

—El de George también —señalé—. Mi padre es hincha de los Bolton Wanderers, y su padre antes que él. Se quedó hecho polvo cuando vio que a George le traía sin cuidado. Ahora ya lo ha superado, creo.

—Sí, mi padre era igual...

De algún modo, cuando sacaba el córner, George se las arregló para chutar el balón hacia atrás.

—¡Perdonad! —resonó la voz estridente de la madre del crío pequeño. Vino hacia nosotros a firmes zancadas para cantarnos las cuarenta—. ¿No podéis decirles a esos niños que les agradecería que no chuten el balón...?

—Chicos —les grité a George y Ollie—, id a jugar al otro lado del campo. —Obedecieron sin rechistar, y yo ignoré a la mujer, volviéndome hacia Henry—. ¿Decías?

—Bien hecho.

—Tengo mucha práctica. Hay muchos padres que se indignan fácilmente por aquí. Por lo visto no creen que sus hijos acabarán llegando también a los nueve años.

—Ya recuerdo a esa clase de gente —dijo Henry—, los padres en toda regla que se comportan como si los parques estuvieran contruidos especialmente para ellos. A mí me ponían de los nervios, acaparando los columpios todo el rato, venga a decirles tonterías a sus hijos, alentando, qué digo, aplaudiendo todo ese rollo estúpido en plan «¿A que soy un padre magnífico?».

Asentí en conformidad.

—Te hacen sentir fatal por leer un periódico cuando tendrías que estar relacionándote con tu hijo.

—¿Tendrías que estar relacionándote con tu hijo en todo momento, crees tú? —preguntó.

—No, ¿y tú?

—Sería muy raro —contestó—. Bueno... ¿de qué estábamos hablando? ¿De fútbol?

—De tu padre.

—Ah, sí —dijo, y su expresión se volvió pensativa otra vez.

—¿Cómo ha sobrellevado perder a un nieto?

—Mejor que los padres de Helena —dijo.

—¿Helena es tu mujer?

Asintió.

—Lo era.

—¿Sigues en contacto con ellos? ¿Los padres de Helena?

—Les llamo cada quince días, solo para ver cómo lo llevan. Helena no lo sabe. Toma una medicación muy potente, así que ellos la cuidan. Yo lo intenté, pero al final no quería ni verme.

—¿Te culpa a ti?

—Se culpa a sí misma. No fue culpa suya, pero eso daba igual. Se culpa a sí misma y, al final, no sé exactamente qué nos ocurrió. Yo por lo visto no podía ayudarla, y ella no me quería tener cerca, conque sus padres me pidieron que me mudara. A regañadientes, eso sí; fue un último recurso. Le digo a la gente que yo no

soportaba estar en compañía de nadie que estuviese al tanto del accidente, pero no fue eso. Mi esposa ya no soportaba tenerme cerca a mí. Procuré hacer lo mejor para ella.

Asentí.

En realidad, no había nada que pudiera decir. Había ocurrido lo peor del mundo. Su matrimonio se había hundido como resultado. No había palabras de consuelo.

—Te agradezco que me hayas preguntado por Elliot —dijo con voz suave.

—Todos necesitamos hablar de nuestros hijos.

—La mayoría de la gente, incluso los amigos, dan por sentado que no quería hablar. Que es lo último que querría.

Vacilé, sin saber muy bien cómo contestar.

—No soy ninguna experta —dije—, pero la gente que conozco que ha perdido a un hijo sí que quiere hablar. Más que provocar dolor, les ofrece cierto consuelo.

Entrelazó las manos y asintió.

—Tendrías que verte la cara, por cierto, cuando hablas de él —dije—. Te conviertes en otra persona. Se te ilumina toda la cara.

—¿Ah, sí?

—Pues sí —aseguré—. Se te ilumina.

Los niños se estaban acercando a este lado del campo de fútbol. Miré a la mujer del crío pequeño, que estaba plantada, con los brazos en jarras, esperando a que yo les regañara, así que no lo hice.

—Tenía la sensación de que la otra tarde metí la pata —dijo Henry—. Pensaba que te había molestado y, aunque tenía muchas ganas de llamarte, creía que no querías volver a saber nada de mí.

—No me molestaste.

—¿No? —No estaba muy convencido.

—Las últimas semanas no han sido exactamente plácidas. Y supongo que era consecuencia de eso.

—¿Hay algo en lo que te pueda ayudar? —preguntó.

—Gracias, pero ya ha pasado.

Hizo ademán de decir algo más y luego cambió de parecer, notando, quizá, que no estaba dispuesta a hablar de lo que había estado preocupándome.

—Creo que eso es lo que me atrajo de ti —dijo, transcurrido un momento, a la vez que alargaba el brazo y me cogía la mano—. Ya sabes, ¿cuándo nos conocimos?

—¿Durante la evaluación para la aseguradora? —pregunté, sorprendida.

Adoptó una expresión triste.

—Me gusta ir con mucho cuidado —dijo—. Pero supe casi de inmediato que tú no intentarías cambiarme. Tenías tus propios problemas, así que no ibas a intentar arreglarlo todo. Ni a hacerme putas preguntas estúpidas sobre cómo me siento... Me sentí atraído por eso.

Le sonreí.

—Bueno, ¿cómo te sientes, Henry?

—Nada mal, la verdad.

Dejamos a Ollie en casa de su madre y volvimos andando a casa, George con el balón en la mano en vez de intentar hacer regates por la acera. Vince había dejado una botella del blanco portugués en el frigorífico el sábado, así que la abrí y serví dos copas mientras Henry chutaba el balón con George en el jardín de atrás.

Los observé desde la ventana abierta.

Henry se mostraba relajado con él. No quería impresionarlo, ni se esforzaba porque George le tomara cariño. Se comportaba con naturalidad. Después de un minuto o así Henry cogió el balón y le preguntó a George: «¿Quieres hacer otra cosa?», y George asintió. Henry le dijo que en realidad a él tampoco le gustaba mucho el fútbol y vio que George sonreía tímidamente a modo de respuesta.

Se sentaron los dos en el borde del patio, hombro con hombro, y por un instante tuve un atisbo de cómo podría ser la vida.

Un atisbo de un futuro.

El texto decía: «¿Estás libre?».

Contesté: «¿Para?».

Scott escribió: «¿Lo de siempre???».

Yo: «Aún no he cobrado la última vez...».

Y naturalmente, entonces, me llamó.

Era jueves por la mañana y había estado eludiendo a Scott en parte por Henry y en parte porque me había inquietado su presencia en la piscina, pero sobre todo porque sabía que tenía que poner fin a nuestro acuerdo y me ponía muy nerviosa encararme con él.

Le había enviado a Scott un par de mensajes inocuos, le había dado un toque amable para que me hiciera llegar el dinero restante, y él había contestado que estaba en ello; y luego otra vez, asegurando que había tenido problemas con el sistema informático en la empresa. Ahora todo estaba solucionado, el dinero estaba en camino, y tal y cual.

Pero no había llegado.

—Roz, lo siento muchísimo —dijo Scott sin aliento cuando contesté—, no tenía ni idea de que seguías esperándolo. Sacaré el dinero en efectivo. Qué bochorno. Detesto deber dinero.

—No te preocupes —dije sin alterarme—. No voy tan justa de dinero como antes.

—No —rio—. Dentro de poco ya no me necesitarás para nada. Tendré que pensar alguna otra artimaña para atraerte.

Reí con él, aunque cuando miré mi reflejo, no estaba sonriendo.

—Bueno, ¿cómo va todo? —preguntó—. Sigues teniendo mucho trabajo, supongo.

—Siempre. Ya sabes cómo va esto. Lo cierto es que me han hecho una propuesta para volver a trabajar por mi cuenta.

—¿Ah?

—Sí, un paciente. Un tipo que conozco desde hace años me ha ofrecido un local. Un local a un precio razonable. Y la verdad es que no quiere dinero por adelantado, así que no implica ningún riesgo grave.

Scott guardó silencio.

—¿Scott?

—Perdona, perdona, me he despistado un momento. Eso es una noticia maravillosa, Roz. Me alegro muchísimo por ti. —Sus palabras sonaron vacías—. ¿Cuándo pondrás en marcha el nuevo negocio?

—Dentro de unas semanas, me parece. Hay que terminar unas obras de mejora, pero no debería llevar mucho tiempo.

—Excelente. ¿Y qué tal con Henry? ¿Cómo van las cosas en ese aspecto?

—Bien —dije, evasiva.

—¿Le ves algún futuro?

Es curioso cómo la gente cree tener derecho a saber ciertas cosas. A mí no se me pasaría por la cabeza preguntarle a alguien cómo va su matrimonio, o qué relación tiene con su madre.

Aunque sospeché que el interés de Scott no tenía tanto que ver con una preocupación por mi felicidad a largo plazo como por saber si me había acostado con su cuñado.

—¿No se te ocurrió mencionar que había perdido a su hijo? —le pregunté con cautela.

Scott carraspeó.

—Se me debió de pasar.

Estaba a punto de contestarle cuando dijo:

—¿Por qué, está otra vez jugando la baza de la compasión?

Igual que si hubiera recibido un puñetazo en el estómago, estuve a punto de dejar caer el teléfono.

—Creía que había dejado de hacerlo —dijo—. Creía que el objetivo de regresar aquí era dejar todo eso atrás. Sea como sea, no ocurrió ayer precisamente. Y no le gusta que la gente hable de ello, o sea que...

No sabía muy bien cómo responder.

Al cabo, me recuperé lo suficiente para decir:

—Bueno, Scott, ¿el dinero?

—Desde luego —dijo—. El dinero.

—¿Qué sugieres?

Y contestó:

—¿Qué tal si me paso con él por la clínica dentro de una hora?

Puse en marcha los limpiaparabrisas. Había cambiado el tiempo de repente. Una tormenta veloz estaba cruzando la región y había hecho que todo el mundo se escabullera a su casa.

El limpiaparabrisas del Jeep del lado del conductor estaba averiado. A cada pasada emitía un leve gemido, luego vibraba, dejando un trocito de parabrisas sin limpiar que me obstaculizaba la visión. Tenía que ir erguida y un poco inclinada hacia delante en el asiento para ver bien la carretera.

Iba camino de la casita de Coniston que había alquilado Scott para nosotros.

Había rehusado su ofrecimiento a pasarse por la clínica, pensando que era más prudente quedar donde nadie pudiera vernos. Y se me pasó por la cabeza mientras hablábamos del encuentro que no habíamos sacado mucho partido a la casa, no tanto como quizá había esperado él al principio. Me pregunté si Scott estaría molesto por eso. De ser así, no dio la impresión de estarlo. De hecho, restó importancia a mi

comentario haciendo otro acerca de cómo la vida tenía la costumbre de desbaratar los planes mejor trazados.

¿Me pareció detectar cierta aspereza en su tono? No estaba segura.

Crucé el pueblecillo de Hawkshead Hill, pasando por delante de la capilla baptista: una iglesia diminuta ubicada en mitad de una hilera de pulcras y hermosas casitas blancas. La carretera ascendía suavemente hasta llegar a un cruce en la cumbre. Giré a la derecha en dirección a Tarn Hows, el lugar desde el que había visto la puesta de sol, tomando cerveza con Henry. Luego me dirigí directamente a Coniston.

Descendí lentamente, el coche zarandeado por el viento de costado, y ensayé el comienzo de mi discurso.

Planeaba decirle a Scott que los dos sabíamos que nuestro acuerdo tenía que tocar a su fin. Que no podíamos seguir adelante, tal como estaban las cosas. Era muy arriesgado. El destino nos había puesto obstáculos en el camino, uno de ellos encarnado en Henry, y este sería el fin de las que, para mí, habían sido unas pocas semanas agradables, además de lucrativas. Pero ahora se había terminado.

Eso debería ser suficiente, pensé. Se lo diría, cogería el dinero y me largaría.

Y Scott había aludido a que era del mismo parecer por teléfono hacía una hora escasa. Cuando se despedía de mí había reído, diciendo que la nuestra probablemente había sido la relación más satisfactoria de su vida. Ojalá pudieran ser todas tan sencillas, había dicho. Los dos habíamos obtenido exactamente lo que necesitábamos de ella.

Diez minutos después, me desvié de la carretera. Había caído una rama de un roble cercano y estaba en mitad del camino. Me la encontré antes de darme cuenta y decidí arriesgarme a pasar por encima, en lugar de bajarme y lanzarla por encima del seto.

Oí un sonido metálico sordo debajo del chasis, seguido por una sensación como de arrastrar un cuerpo bajo el coche. Unos metros después debió de desengancharse, porque el vehículo avanzaba sin trabas otra vez. No me apeé para comprobarlo. Siempre es mejor no saber qué daños se han sufrido, creo yo.

Al final del camino apareció la casita. Menos pintoresca que la última vez, parecía más como era en realidad: aislada, austera y un poco cutre.

No había luces dentro. Me quedé en el coche y esperé a Scott. El parabrisas no tardó en empañarse, conque puse el motor en marcha de nuevo y dirigí parte del calor hacia arriba. Al instante, el ambiente empezó a cargarse.

Al bajar la ventanilla un par de centímetros, oí una campana. Tañía, débilmente, y debía de estar situada en lo alto del mástil de un yate, o si no en una boya, en el lago a cierta distancia de la orilla. Tenía una manera de tintinear a intervalos regulares que resultaba espeluznante, tanto así que me vino a la cabeza la imagen de la nadadora solitaria arrastrada bajo las aguas en la escena inicial de *Tiburón*.

Me estremecí. Y entonces asomaron los faros. Un haz de luz dio de lleno en el retrovisor y me cegó un momento. Y el crujir de la grava. Un coche que venía demasiado deprisa y se detuvo a mi lado medio derrapando.

Volví la vista. Scott levantó la mano y se apeó.

Esperaba que me entregase el dinero y pudiéramos marcharnos, pero no. Fue a largas zancadas hasta la puerta principal, las llaves tintineando, y cuando le llamé por su nombre no me hizo caso. Así que le seguí.

Una vez que cruzamos la puerta, pegó su boca a la mía y me vi empujada contra la pared. Noté un gancho en la espalda.

—Gracias a Dios —dijo, jadeante.

—Scott, espera.

—No puedo esperar.

Intenté abrir un poco de espacio entre nosotros.

—Por favor —dije, apartándolo—. Por favor, dame un momento.

Dio un paso atrás y me miró con atención. Tenía una expresión preocupada, insegura. Infantil, en cierto modo. Era el niño aguardando a que el adulto le explicara exactamente qué había hecho mal.

—No esperaba esto —empecé.

—¿No quieres? —dijo, genuinamente asombrado.

—Es que...

Y me interrumpí, intentando aferrarme a los jirones de mi discurso. No había imaginado este escenario. Por su actitud, por la impresión que me había dado por teléfono, esperaba que Scott y yo tendríamos una breve conversación, cordial, civilizada, en la que los dos convendríamos en que el acuerdo había terminado.

Nos despediríamos. Quizá nos besaríamos por los viejos tiempos. Pero sería un beso cariñoso. Un beso en plan «Que te vaya bien». No el beso que acababa de darme por la fuerza. Y desde luego no vendría seguido por el semblante de absoluto abatimiento que había ahora en el rostro de Scott.

Tragó saliva.

Al no haber contestado yo todavía, preguntó:

—Entonces ¿qué hacemos aquí?

Enderecé la columna vertebral.

—He venido a por el dinero, Scott.

—Ah —dijo.

—Pensaba que ya lo sabías.

Profirió una risa triste y negó con la cabeza.

—Te he malinterpretado. Cuando has sugerido que nos viéramos aquí, he supuesto que querías... —Dejó la frase en suspenso.

Me moví hacia él.

—No quería que nos vieran juntos —le expliqué con suavidad—. He pensado que si quedábamos aquí, estaríamos en la intimidad.

Alargó la mano pero, antes de que me tocara la cara, se la cogí.

—Estás decepcionado —dije.

—¿No podríamos...?

—Lo siento, no podemos.

—Eso suena muy definitivo —señaló.

Dejé escapar un suspiro.

—Scott, no estarás sugiriendo que sigamos adelante, ¿verdad? Todo este asunto es muy arriesgado.

—Por Henry —dijo, tajante.

—No, por Henry no.

—¿Ya te lo has follado?

—No. Pero eso no es asunto tuyo.

Aprecié una tensión fugaz en su mandíbula, un parpadeo lento y deliberado.

Instintivamente, reulé, y en el espacio de un instante lo tenía otra vez encima.

Apretándome con fuerza contra la pared.

—No quiero que lo hagas —me siseó al oído—. No quiero que te folles nunca a Henry.

Tenía su boca contra la mía, y me estaba agarrando el bajo de la falda.

—Scott, no.

Hizo caso omiso de mis palabras.

Notaba sus manos ásperas, la respiración entrecortada. Me levantó la falda y tiró de mis bragas, haciéndome lanzar un chillido.

Luego se apartó un poco para desabrocharse los vaqueros.

Me quedé mirándolo fijamente.

—¿Qué haces? —le dije con serenidad—. ¿Qué coño te crees que haces?

Y se detuvo.

Me miró con una expresión extraña. Casi mudo de asombro. Como si no acabara de entenderlo.

—No lo sé —susurró.

Me bajé la falda. Me erguí.

—No sé qué estaba haciendo —repitió.

Nos quedamos en silencio, los dos tan conmocionados que no podíamos hablar.

Me moría de ganas de irme de allí. De alejarme de la casa. De alejarme de él.

Nadie sabía que yo estaba allí. Ni una sola persona en el mundo sabía que estaba allí en ese preciso instante.

—Lo siento, eso ha estado fuera de lugar —reconoció al final.

—¿Tú crees?

—Ha sido pensar en vosotros dos —dijo—. Pensar en que estéis juntos sencillamente me duele en lo más íntimo.

Tenía un odio en los ojos que contradecía su disculpa. Tragué saliva con dificultad, mirando hacia la puerta principal.

—Scott, ese es exactamente el camino que no podemos tomar —dije—. Sería algo demasiado íntimo.

—Y con eso lo que me das a entender es que no quieres continuar.

—¿Por qué no iba a querer, Scott? —repose con aspereza—. ¿Por qué no iba a querer hacerlo? Esto, este arreglo, casi me ha permitido saldar mis deudas.

Estaba a punto de perder mi casa antes de esto. Mi hijo y yo nos habríamos quedado sin techo. Y si siguiera adelante con lo que hemos estado haciendo...

Dios santo, podría ahorrar. Podría llegar a alguna parte en la vida otra vez. Pero no puedo continuar.

—¿Por qué?

Le sostuve la mirada, pero no contesté.

—Este es un buen acuerdo, Roz —arguyó—. Nadie sale perjudicado. Nadie se enterará.

—Las cosas han cambiado. Ya no somos dos individuos, prácticamente desconocidos, que se juntan por un beneficio mutuo. Ahora hay otras personas implicadas, y no es justo.

—¿Quiénes? ¿Por qué no es justo?

—Tu mujer. Mi hermana. Y sí, ahora está Henry.

Volvió a encogerse de dolor al oír el nombre de Henry.

—No quiero que me descubran, Scott —dije—. Quiero poner fin a esto antes de que hagamos daño a la gente que más aprecio.

Bajó la cabeza.

Hice ademán de continuar, de seguir defendiendo mis argumentos, pero me atajó.

—No pasa nada —dijo—. Lo entiendo. Cuando estabas hasta el cuello de deudas, estabas dispuesta a correr el riesgo. Y ahora que ya no lo estás, no quieres arriesgarte. Me hago cargo.

Me entregó el dinero que me debía antes de meter la mano en el bolsillo interior y sacar una bolsita de regalo de color azul marino.

—Te he comprado esto.

Al no cogerla yo, insistió:

—Por favor. Es para ti. Haz el favor de aceptarlo.

Aflojé el cordel que cerraba la bolsita. Había una caja. Dentro, había unos pendientes. Unos diamantitos nada ostentosos engarzados en oro blanco.

—Son muy bonitos, Scott, gracias, pero la verdad es que no...

—Acéptalos —me espetó—. De hecho, pónelos ahora mismo.

Asustada, a regañadientes, hice lo que me pedía, retirándome el pelo de la cara.

Me miró un momento, sonrió, y luego meneó la cabeza, al tiempo que decía:

—Pensaba que te tendría más tiempo, la verdad, Roz.

—Lo siento mucho —contesté, con toda la sinceridad de la que fui capaz.

—No imaginaba que terminaría tan pronto —continuó—. Supongo que esperaba que continuaría tanto como quisiera.

—¿Ah, sí? —pregunté con cautela.

—Sí —dijo—. Eso esperaba.

Intenté sonreír. Intenté quitarle hierro. Tenía presente que debía mantenerlo tranquilo.

—Cualquiera diría que pensaste que me comprabas de por vida —comenté.

Scott hizo ademán de hablar, pero vaciló.

Luego dijo:

—Lo haría por ti.

Bajé la cabeza, avergonzada por sus palabras.

—No entiendo.

Alargó la mano y me cogió el rostro. Agarrándome con fuerza, me levantó la barbilla.

Apretó con firmeza y se me acercó hasta que su cara estuvo a centímetros de la mía.

—Te cuidaría —susurró—. Te cuidaría de por vida, como tú dices, si me dejaras hacerlo.

La lluvia de media tarde salpicaba la ventana de la clínica. Hundí los pulgares en el vellosa glúteo mayor, la musculatura rígida porque el paciente se tensaba en respuesta a mi presión.

—Intenta relajarlo si puedes —le dije.

—Duele un montón —repuso—. Tiene que pasarme algo grave ahí.

Era un paciente nuevo. Un abogado de cincuenta y tantos años que había irrumpido en la clínica con aire autoritario, respondiendo mis preguntas como si en realidad no tuviera tiempo y pensara «¿No podemos empezar de una vez con el asunto?».

Cuando se desvistió, vi que llevaba los calzoncillos del revés.

Me desplazé a la otra nalga y hundí los pulgares en ese lado. Se estremeció y luego gritó como si le hubieran mordido.

—Es un punto desencadenante, ¿ves? —dije—. Duele tanto en el lado izquierdo como en el derecho. Haz el favor de relajarte si puedes.

Su silencio indicó que aceptaba a regañadientes que no estaba a punto de caérsele el culo, y siguió poco comunicativo el resto de la sesión. Aparte, claro, de cuando le apretaba demasiado fuerte y se sorbía la saliva entre los dientes.

Así pues, pensé en Scott. Pensé en lo que había dicho antes.

A todas luces, no habíamos llegado a abordar la logística de su absurda propuesta porque me había largado de allí en cuanto pude. Ahora que tenía ocasión de pensar en ello, no obstante, sentía curiosidad por cómo imaginaba él que mantendríamos un acuerdo semejante; si de verdad iba en serio su ofrecimiento de «cuidarme de por vida».

¿Ingresaría una suma mensual en mi cuenta y aparecería cada vez que quisiera mantener relaciones? ¿Sería entonces una amante en el sentido tradicional de la palabra?

¿O nos ceñiríamos al sistema de que le presentara una factura por los servicios prestados?

Después de su propuesta Scott se había percatado del miedo en mi mirada y había dejado de apretarme tanto la cara, abrumado de nuevo por sus propios actos. Se deshizo en disculpas, diciendo que no sabía de dónde salía semejante manera de comportarse. Después de eso, me pregunté con qué exactamente iba a tener que cargar yo.

¿Era Scott un psicópata? ¿Era un tipo rico y solitario que no soportaba ninguna clase de rechazo?

Por lo visto, ni una cosa ni otra.

¿Cómo lo supe? Porque se lo pregunté.

Se vino abajo, dijo que se sentía mortificado por lo que acababa de hacer, que nunca en su vida le había hecho daño a una mujer, nunca había estado cerca de hacérselo siquiera. Solo podía deducir que el que yo hubiera puesto fin tan pronto a nuestro acuerdo le había afectado más de lo que podría haber imaginado, y que se había apoderado de él una especie de compulsión primitiva.

Algo que nunca había experimentado.

Ahora el paciente levantó la cabeza, y dijo:

—¿Crees que nadar me vendrá bien?

—¿Te gusta nadar? —pregunté.

—No mucho. No se me da muy bien.

No sé por qué, pero todos los pacientes nuevos preguntan por la natación.

Quizá tenga que ver con que el peso no se apoya en las articulaciones, o que han visto purasangres en piscinas de hidroterapia en televisión y suponen que su lesión merece un tratamiento similar.

Lo cierto era que este tipo tenía problemas de espalda porque era barrigón, y nadar no suponía ninguna diferencia. Echaba el peso hacia delante, sobrecargaba las articulaciones de la parte inferior de la espalda, y el dolor de la nalga se derivaba de eso.

—Me vendría bien adelgazar un poco —dijo, más para sí mismo que para que yo lo oyera.

No contesté. Nunca lo hacía. No acudían a mí para sentirse mal por su peso, y yo seguía dándole vueltas a la situación con Scott. A cómo podía evitar volver a encontrármelo en el futuro inmediato. Petra podía ser un problema. Tendría que tener listas buenas excusas por si organizaba alguna otra reunión.

—¿Tú crees que me conviene adelgazar? —insistió el paciente.

—Puede irte bien —dije distraídamente.

Tenía el dinero de Scott en el bolso. Esta vez no iba a ingresarlo en el banco, conque necesitaba tenerlo bien escondido. El problema era que mi casero tenía llave de la casa, y eso no me daba precisamente sensación de seguridad. Así pues, no me convenía dejarlo en ninguno de mis escondrijos habituales: la panera; dentro del cajón del queso en la nevera.

Y ahora iba a hacerme falta una parte para arreglar el coche.

De vuelta al trabajo, después de verme con Scott, oí un siniestro traqueteo metálico procedente de los bajos del coche que no auguraba nada bueno. Uno de esos ruidos que uno ignora por su cuenta y riesgo. Bueno, yo lo ignoré hasta que Terry, el revisor del ferry, se paró a mirarlo cuando subía a bordo, dio unos golpecitos en la ventanilla y dijo que había algo colgando del tubo de escape.

Entonces no me quedó otra que reconocer que había un problema y tomé nota de pedir hora en el garaje. Me saldría caro. Pasar por encima de aquella rama acabaría resultando una decisión cara. Era como la cuarta ley de Newton o algo así.

Le enseñé cómo hacer unos ejercicios de extensión de espalda al abogado, porque tenía las articulaciones de la zona lumbar de la columna permanentemente flexionadas hacia delante, y se mostró interesado, preguntando cuántas tenía que hacer y cuál era la mejor hora del día.

No haría los ejercicios. Lo más probable era que su mujer hubiera pedido esta cita para que él dejara de quejarse.

—Scott Elias me dijo que eras muy buena —comentó mientras se anudaba la corbata ante el espejo, y yo lo miré una vez y luego otra.

—¿Sois amigos? —pregunté con precaución, procurando que no se me notara inquieta.

—Desde hace mucho tiempo.

Se sentó en la camilla, levantando una rodilla y después la otra para atarse los cordones de los zapatos. Cuando se puso en pie, dijo:

—El caso es que desde hace diez años me duele la espalda cada vez que me pongo en pie. Y ahora el dolor ha desaparecido.

Le sonreí.

—Me alegra que te encuentres mejor.

Yo estaba pendiente del reloj. Necesitaba ir rápido al aseo antes del próximo paciente y quería librarme de este lo antes posible.

—Mi mujer dice que una pulsera de cobre va bien para el reuma. ¿Tú qué crees?

—No tienes reuma.

—Pero supón que lo tuviera.

—Entonces te aconsejaría que hagas todo lo que te vaya bien.

—Crees que es una bobada —dijo.

Puse cara de que en realidad no me quería mojar.

—¿Y qué me dices de los imanes, los cristales? —preguntó—. A ella le va todo eso.

—Como decía, cualquier cosa que vaya bien.

—¿Pido hora para otro día? —preguntó, y le dije que me acompañara a recepción, donde le buscaría un hueco la semana que viene.

Cuando abrí la puerta, estaba esperando la inspectora Aspinall. Dejó en la mesita ante ella la revista que estaba leyendo antes de levantar la mano para saludar. Tenía un semblante neutro, impenetrable.

Acepté la tarjeta de crédito del abogado y le pedí que introdujera el PIN.

—¿Nos veremos en la fiesta? —preguntó. Debí de poner cara de perplejidad, porque añadió—: ¿El aniversario de boda de Scott y Nadine?

Me encogí de hombros.

—Debe de ser solo para amigos íntimos y parientes —comenté.

Se mostró avergonzado y se disculpó, diciendo que por como hablaba Scott de mí, había supuesto que éramos íntimos.

—No tanto —dije, un poco rígida, y él se guardó el billetero.

Una vez que salió de la clínica el abogado, la inspectora Aspinall se acercó al mostrador.

—Hemos descubierto algo —dijo.

—¿Un cuerpo? —repetí.

La inspectora Aspinall asintió.

—¿Un cuerpo muerto? —pregunté.

—Estamos esperando la identificación formal, pero a estas alturas damos por sentado que es el cadáver del señor Geddes.

Me senté con todo mi peso en la silla de oficina que tenía detrás.

—¿Wayne ha muerto? —susurré—. No me lo puedo creer.

Me quedé mirándome las manos. Dios, no parecía posible. Miré a la inspectora Aspinall, que al principio guardó silencio, dejándome que procesara la noticia. Solo cuando preguntó «¿Quiere tomar algo? ¿Un vaso de agua?

¿Té?», caí en la cuenta de que iba a quedarse un rato y no había venido solo a informarme del fallecimiento.

—¿Lo sabe su madre? —pregunté.

—Ha sido informada. Su primo ha accedido a identificar el cadáver una vez que esté... —En ese momento hizo una pausa, se contuvo de seguir hablando—. Voy a tener que hacerles a usted y sus colegas unas cuantas preguntas —prosiguió la inspectora Aspinall—, una vez que esté preparada. Entiendo que debe de resultarle difícil encontrarle sentido. —Pero por si había alguna duda, añadió—: Voy a tener que hablar con ustedes uno por uno, señora Toovey. Hoy.

Levanté la cabeza.

—¿Dónde lo encontraron?

—En su domicilio.

Me llevé la mano a la boca.

—¿Cuánto llevaba muerto? —pregunté.

—No lo sabemos con seguridad en estos momentos.

Wayne, ¿qué has hecho?

Sabía que estaba deprimido cuando lo dejé. Sabía que estaba confuso, abochornado incluso, por lo que había ocurrido, pero ¿muerto? ¿De veras?

—¿Cómo lo hizo? —indagué en voz queda.

—¿Perdone?

—¿Cómo se mató?

—Ah, señora Toovey, lo siento mucho, no me ha entendido bien. Wayne Geddes no se suicidó.

Fruncí el ceño.

—Lo encontramos dentro del frigorífico del cobertizo —dijo.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Lo metió alguien allí?

—Eso creemos, sí.

Qué pregunta tan estúpida, comprendí. No iba a meterse Wayne por propia voluntad. Si la inspectora Aspinall pensó que estaba hablando con una idiota, no dio señales de ello.

—Perdone —dije—, no puedo pensar con claridad.

—En estos momentos no conocemos la causa exacta de la muerte, pero como puede imaginar queremos ponernos manos a la obra lo antes posible. Ahora que es una investigación de homicidio, tengo que preguntarle, señora Toovey, ¿estuvo alguna vez en su domicilio?

—¿En casa de Wayne? —pregunté, temblorosa.

Asintió.

Tragué saliva.

—Me parece que no.

Ladeó la cabeza.

—Necesito un sí o un no definitivo.

—Entonces, no.

—De acuerdo, bien. Lo que esperamos hacer en primer lugar, después del puerta por puerta inicial, es tomar las huellas dactilares de todo aquel que estuviera en contacto con el señor Geddes. Amigos, colegas y demás. Así podremos eliminarlos rápidamente del caso. Me pregunto si podría usted facilitarnos una lista de nombres, señora Toovey.

—Nombres.

—Sí —dijo—. Nombres de colegas, pacientes que pudieran tener alguna discrepancia con él, cosas así. A decir verdad, solo necesitamos algo por donde empezar. Tenemos muy poco con lo que trabajar tal como está ahora la situación.

Noté que el pulso me latía con fuerza en la arteria temporal. Me pregunté si se me vería.

Mis huellas dactilares estaban por toda aquella casa. Por todo Wayne.

La inspectora Aspinall fue a darme otra tarjeta de visita con sus datos, pero antes de soltarla, se detuvo. Me observó un momento, ladeando la cabeza como si mirara desde otro ángulo fuera a brindarle una respuesta.

Entonces sonrió.

—Cuanto antes haga esa lista, mejor, señora Toovey —dije, y le aseguré que la haría lo antes posible.

La lista:

Roz Toovey.

Roz Toovey.

Roz Toovey.

Luego, después de que se hubiera marchado, me quedé sentada con la cabeza entre las manos, intentando recordar, desesperadamente; intentando hacer memoria de cualquier cosa de aquella noche en casa de Wayne. ¿Dónde dejé mis huellas? ¿Mi ADN?

«¿Así que nunca estuvo allí, señora Toovey? —me preguntaría inevitablemente la inspectora Aspinall—. ¿No entró nunca en la casa del señor Geddes? Entonces, explíqueme si es tan amable la presencia de su vello púbico en la sala de estar. Explíqueme la serie de huellas dactilares en el alféizar de la ventana».

Debería entregarme. Debería ir tras ella ahora mismo y sincerarme. Fui allí a acostarme con Wayne, pero no lo asesiné. Fue sexo consentido. Acordado de antemano. Fui específicamente para mantener relaciones sexuales con Wayne Geddes, aunque en realidad no se consumaron.

Solo que se trataba de Wayne.

¿Quién que tuviera dos dedos de frente se lo creería? Nadie se lo creería.

Así pues, tenía que decirle a la inspectora Aspinall que fui allí para acostarme con Wayne porque me estaba chantajeando por el dinero que faltaba.

Dinero que yo había hecho creer a la inspectora Aspinall que se había llevado Wayne.

Me enjuiciarían. Mi nombre saldría en la prensa. Ya podía despedirme de mi trabajo, de volver a tener mi propio negocio. Nadie confiaría en mí.

Joder.

¿Y si le decía que Wayne me estaba chantajeando porque había estado acostándome con Scott Elias a cambio de dinero?

Entonces, me situaría en el primer puesto de su lista de sospechosos porque no solo estuve en el domicilio, sino que también tenía un móvil para matarlo.

Matarlo.

Alguien había matado a Wayne. El pobre, pobre, patético Wayne.

¿Quién haría tal cosa? ¿Y si estaban en la casa cuando estuve yo? ¿Y si vieron lo que ocurrió entre nosotros?

A continuación, ocurrieron dos cosas.

Dos llamadas de teléfono que en sí mismas eran inocuas pero juntas tendrían consecuencias devastadoras.

Volví a casa pensando en el cadáver de Wayne, pensando en mi situación, entendiendo por primera vez lo que era el miedo de verdad. Para cuando llegué al ferry, ese miedo era tan intenso que se me olía. La combinación de café y adrenalina brotaba en forma de sudor maloliente en mis axilas. Permanecí sentada con las manos aferradas al volante, la cara a unos centímetros del parabrisas.

Había terminado el turno de Terry, así que un chaval engréido que no llegaba a los veinte años se ocupaba de revisar los billetes. Golpeó con los nudillos bien fuerte en mi ventanilla y me sobresaltó, envolviéndome en una vaharada de aliento a patatas fritas con cebollas en vinagre cuando bajé el cristal. Tenía los dientes superiores recubiertos de comida.

Abrí la guantera y saqué el abono para alcanzarle un billete, justo cuando empezó a sonar mi móvil.

NÚMERO DESCONOCIDO.

—¿Roz?

Dejé escapar un suspiro largo y hastiado.

—Winston —dije.

—Roz, no vas a adivinar lo que ha ocurrido...

—Te has quedado tirado en Newquay.

—¿Cómo lo has sabido?

—He acertado por casualidad.

—Sí, bueno, no me he entendido con el que iba a llevarme de vuelta a casa, y no tengo dinero para el billete de tren. No llegaré a tiempo para recoger a George mañana. ¿No puedes encargarte tú este fin de semana, y yo me quedo con él los dos siguientes?

—¿Qué pasó con la chica?

—¿La chica? —dijo en tono inocente.

—Tu madre me dijo que habías ido a Newquay con la rubia del camping.

—Ah, esa. Sí, la cosa no fue muy bien. Se lio con otro, un cabrón delgaducho que podía pillar hierba de lo más potente. En cualquier caso, escucha, si no consigo el dinero en los próximos días, volveré haciendo autostop, ¿vale?

—Vale.

—¿Seguro que no te importa?

—No me importa.

—Suenas rara, Roz. No irás a hacer eso de que parece que no hay ningún problema con algo y luego me lo echas en cara, ¿verdad?

—No voy a hacer eso.

—Estupendo. Qué alivio. Nunca estoy seguro. Bueno, ya nos veremos cuando llegue a casa.

—Claro, Winston. Cuando llegues a casa.

Colgamos y me retrepé en el asiento. Respiré hondo.

La vida sin complicaciones de Winston Toovey.

¿Que no tenía dinero para volver y estar con su hijo? Bueno, ya se solucionaría todo. Y conmigo y su madre para ir recogiendo detrás de él, por lo general se solucionaba.

El ferry atracó, rezongando más de lo habitual. Los turistas regresaron a sus coches, pusieron en marcha los motores y bajaron las viseras, porque todos íbamos al oeste, directamente hacia el sol. La mujer de delante debía de haber dejado la marcha puesta, porque el vehículo dio una sacudida cuando giró la llave de contacto. Se tocó el pelo repetidamente, avergonzada.

Wayne había sido asesinado y yo era la última persona que lo vio con vida.

Sencillamente no conseguía entender que alguien quisiera matar a Wayne y meter su cuerpo en el frigorífico. Investigaciones puerta por puerta, había dicho la inspectora Aspinall. ¿Recordaría alguien un Jeep negro camino de la casa de Wayne aquella noche? ¿Marchándose de nuevo más tarde, arrancando el césped en el borde del jardín, de tanta prisa como tenía por escapar de allí?

La casa rural estaba aislada al final de un tramo de carretera. Pero había otras dos casas desde las que se veía campo a través. Alguien podía haber estado mirando por la ventana del dormitorio. Alguien podía recordar algo.

¿Y si identificaban las marcas dejadas por el dibujo de los neumáticos? Solo podía esperar que la lluvia las hubiera borrado a estas alturas.

Fui tomando las curvas de Claife Heights, detrás de una furgoneta con dos perros pastores escoceses en la parte de atrás, junto con unos cuantos fardos de heno. Los tiempos en que los pastores cuidaban de un rebaño habían quedado atrás. Ahora estos tipos iban de aquí para allá, transportando suministros en la trasera de sus Mitsubishi, más parecidos a empleados de FedEx que a granjeros.

Soy inocente, me repetí mientras descendía hacia el valle. La tormenta de antes había escampado y el valle estaba ahora bañado por una luz de color miel.

Era tan bonito que te paraba el corazón. No podían acusarme de haber matado a Wayne Geddes, porque no lo hice. Soy inocente, me dije de nuevo. Con la esperanza de que algo que lo demostrase, lo que fuera, surgiera de las pesquisas de la inspectora Aspinall.

George estaba sentado a solas cuando llegué al club de extraescolares.

Sujetaba un papel con la mano izquierda y parecía estar dibujando. Iba a acercarme cuando Iona captó mi atención.

«¿Podemos hablar?», dijo moviendo mudamente los labios, a la vez que me hacía gesto de que me acercara.

Percibí peligro, así que pregunté «¿Qué tal la rodilla?», en tono animado y despreocupado, como si no fuera consciente de que se avecinaba algo desagradable.

Por instinto, Iona levantó la pierna izquierda, doblándola y estirándola por la articulación.

—Muchísimo mejor. ¿La venda que me pusiste? Me fue de maravilla. Deberías patentarla.

—Tengo intención de hacerlo. ¿Todo bien? —pregunté, con respecto a George.

Y su expresión se tornó de inmediato grave y formal.

—Me han dicho que te dé esto.

Me entregó un sobre. Delante llevaba impreso «Señor y señora Toovey», seguido de «Confidencial».

—¿Lo leo ahora? —pregunté.

—Es cosa tuya.

La abrí y la leí. La escuela me pedía que asistiera a una reunión programada el lunes por la mañana para hablar de George. Estaría presente un representante de la Autoridad Local de Educación.

Levanté la vista hacia Iona.

—¿Sabes de qué va esto?

Se me acercó y bajó la voz:

—Lo siento, Roz, en realidad no es cosa mía, porque yo no soy profesora suya, pero creo que ha estado robando otra vez.

Volví a meter la carta en el sobre y me la embutí en el bolsillo de la bata.

—Seguro que no tiene mayor importancia —aseguró Iona, que procuró sonreír, dejándolo de lado como si fuera un inconveniente menor.

Pero no lo era. Si estaba implicada la ALE, no lo era.

Asentí, agradeciéndole a Iona su discreción, y le dije a George que recogiera sus cosas tan rápido como pudiera. No me miró a los ojos en ningún momento, y tampoco dijo palabra. Hasta que no subimos al coche y le di al contacto, no dijo:

—No fui yo.

Apagué el motor.

—¿Qué quieres decir con que no fuiste tú?

Me lanzó una mirada como diciendo «Ya sabía que no me creerías», y miró fijo al frente por el parabrisas.

El sol asomó detrás de una nube, cegándonos a los dos.

—George, mete la mano en el bolso y coge mis gafas de sol —le dije—. Creo que están en el bolsillo lateral.

Se puso el bolso en el regazo y abrió la cremallera. Solía atascarse, conque tuvo que darle un par de tirones antes de que se abriera, soltando una nube de billetes de veinte libras, que revolotearon a nuestro alrededor.

George me miró entusiasmado. Coño, el dinero. Lo había olvidado por completo.

—¡Recógelo! —le grité—. Rápido, antes de que alguien lo vea.

George hizo lo que le pedía, revolviendo por la alfombrilla reposapiés.

Cuando hubimos recogido los últimos billetes, nos quedamos sentados en silencio.

—¿Ahora somos ricos? —preguntó, cauteloso.

—No.

—¿Ni siquiera con todo ese dinero?

—Ni siquiera con todo este dinero —dije—. Con esto solo hay para pagar el alquiler de tres meses, cariño. Así que no, no somos ricos. Dime qué pasó en la escuela.

—No quiero.

—Por desgracia, no tienes elección.

Asomó a su cara un gesto de ira.

—Yo no lo hice —insistió—. Les dije que no lo hice. Te he dicho a ti que no lo hice. Pero nadie va a creerme.

—¿Qué ha desaparecido?

—Unos muñecos de Pokémon.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Cuáles exactamente?

—No lo sé. Leif dice que le quitaron tres de la mochila, y los profes los encontraron en mi mochila.

—Entonces ¿cómo llegaron a tu mochila?

Volvió a fusilarme con la mirada.

—No lo sé.

—Dios santo, George, si los encontraron en tu mochila, si un profesor los encontró en tu mochila, ¿quién más pudo ser?

—Pero yo no los cogí.

—¿No pudiste evitarlo porque tenías muchas ganas de tener los muñequitos de Leif y creíste que no se daría cuenta porque tiene muchos?

George suspiró con impaciencia y dijo:

—Nunca se te olvida cuáles tienes.

—Entonces ¿quién los cogió? —pregunté.

—No lo sé.

—¿Te has peleado? ¿Te has portado mal? ¿Haría algo así otro niño para meterte en un lío?

—No lo sé.

—¡George! ¡Por el amor de Dios, intento ayudarte! ¿No entiendes que, una vez que has robado algo, a la gente no le importa si has sido tú o no la siguiente vez que pasa? ¡Te echarán la culpa de todos modos!

—Pero yo no lo hice. ¡Y no es justo!

—¡Ya sé que no es justo, pero así son las cosas!

¿Por qué tenía que pasar esto hoy? ¿Por qué hoy, precisamente?

Miré a George y estaba llorando. Yo estaba muy furiosa para intentar consolarlo. Furiosa con él. Furiosa con Winston por no haber vuelto. Por dejarme sin blanca. Furiosa conmigo misma por ser tan inútil.

Me froté la cara con las manos.

—Vale —dije—. Vale, vamos a empezar otra vez. No quería gritarte.

Asintió, con lágrimas resbalándole por las mejillas sucias.

—Soy lo único que tienes ahora mismo —continué con voz suave—. Soy la única persona, salvo por tu padre, y, qué sorpresa, no está aquí. ¿Lo entiendes?

—Sí —gimoteó.

—Te aseguro que esto no me hace ninguna falta hoy, George. De verdad que no. Pero estoy de tu parte, y te apoyaré porque eres mi hijo. Y en el fondo me da igual si lo has hecho o no, porque eres todo lo que tengo y te quiero. Pero para que encuentre el modo de solucionar esto tienes que dejar de estar tan enfadado conmigo, porque yo no lo he provocado. No he obligado a nadie a robar nada.

Fuera quien fuese.

Seguía costándome respirar, y la cabeza me daba vueltas. Me esforcé por sofocar un sollozo que amenazaba con estallar.

—Lo siento —dijo George.

—No pasa nada. A nadie le gusta que lo acusen. Lo entiendo.

Arranqué y me incorporé al tráfico. Habíamos recorrido unos veinte metros cuando reparé en que George se agarraba las manos con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Mamá —dijo.

—¿Qué pasa?

—Yo no los cogí.

—Ya sé que no, cielo. No pasa nada. Vamos a casa.

La segunda llamada de teléfono fue de Nadine.

Apenas había entrado en casa cuando oí que su voz resonaba desde la sala de estar. George había visto el contestador automático iluminado y había pulsado el botón de reproducir, pensando que sería su padre. «Así que, en resumidas cuentas, Scott se pasará por tu casa esta tarde con una invitación. Lamento mucho todo esto, Roz, pero ya sabes lo que se suele decir: “Si quieres que se haga algo, pídeselo a una mujer ocupada”. Espero que vengas. Estoy abochornada. La pobre Petra no sabía si decir algo o no. Le he calentado bien las orejas a Scott. Tenía que haberte dado la invitación en su última sesión de fisio.

Sea como sea, espero que todo haya quedado en un malentendido y nos veamos mañana».

Me quedé mirando el contestador. «Pues me parece que no nos vamos a ver», dije, y fui a la cocina en busca de alguna bebida alcohólica.

Una recepción al aire libre, o una merienda, como queráis llamarla. Eso decía Nadine. Era para celebrar sus bodas de plata y se celebraba en un hotel cercano al día siguiente. Viernes. Nadine le había restado importancia por teléfono —discreta, nada muy allá—, pero el hotel no era nada discreto. Esthwaite Manor era donde se alojaban las estrellas de cine cuando visitaban la Región de los Lagos. No conocía a nadie que hubiera comido allí, porque costaba un ojo de la cara, y no se alentaba a hacerlo a quienes no estuvieran alojados allí.

Sea como sea, claro que no iba a ir. Y no es que supusiera la menor diferencia en mi decisión, pero Scott no quería que asistiese, como dejaba bien a las claras que no me hubiera dado la invitación. Se le había ido de la cabeza, por lo visto.

Y luego la extravió. Nadine quería que fuese como invitada de Henry; naturalmente, siempre había habido una invitación para mí, aseguró.

¿La razón de que Nadine se decantara por una recepción al aire libre y no una cena como era debido? Iban a tomar un vuelo a las islas Galápagos, con escala en Atlanta, y luego a Ecuador, el sábado. Y Scott no sabía nada al respecto. Era un viaje del que llevaba años hablando. Las tortugas gigantes y demás, y Nadine decía que si no lo hacían ahora, nunca lo harían. Conque una noche de juerga quedaba descartada si tenían que hacer un largo viaje en avión al día siguiente.

Ponía fin a la llamada advirtiéndome: «Ni palabra sobre el viaje, Roz». Y luego: «¡Qué ganas tengo de verte!».

Qué simpática era la puñetera.

Antes yo fumaba. En ese preciso momento lo eché en falta más que nunca.

Era lo primero que hacía cuando me enfrentaba a un problema, una situación que se me hacía difícil. Encendía un cigarrillo, salía al escalón de atrás, le daba unas fuertes caladas y el problema no me parecía tan insuperable.

Si aún fumara, me habría fumado un pitillo tras otro hasta que me ardiesen los pulmones. Necesitaba unas vacaciones de mis problemas; de mi cerebro, en realidad. No podía afrontar la fiesta. Pondría una excusa para no ir y les desearía lo mejor. La lista para la inspectora Aspinall no podía eludirla. Tenía que hacerla. Además de la reunión con la ALE. Y necesitaba tiempo para pensar en esas cosas. Necesitaba espacio para idear lo que iba a hacer. No me hacía ninguna falta que se presentase Henry, preguntándome qué demonios me ocurría.

Me ausentaría de casa. Esa era la respuesta. Evitar, evitar, evitar.

—¡George! —grité—. Lávate la cara, vamos a salir.

—¿Adónde? —contestó a voz en cuello desde el jardín.

—No lo sé. Lávate la cara, ponte otra camiseta, ponte calcetines limpios.

—No quiero salir.

—¡Venga!

Pasó corriendo por mi lado, subió en estampida las escaleras, pisando bien fuerte para hacer todo el ruido posible, tal como acostumbran los críos cuando no les hace gracia lo que se les ha pedido que hagan. Yo también tendría que arreglarme un poco. Tiré el resto del vino por el fregadero y fui a quitarme el uniforme.

Cinco minutos después, con blusa blanca y vaqueros, cogí el bolso. La puerta de la calle estaba entreabierta. Oí que Dennis murmuraba suavemente y George parloteaba sin parar. George comentó una vez que el motivo por el que Dennis le caía tan bien (aparte de que tenía un perro) era que no fingía estar interesado en él. A diferencia de otros adultos.

Dennis o bien hablaba o bien no. Hablaba cuando quería saber algo, pero no tenía necesidad de llenar el silencio con palabras solo porque sí. Celia lo hacía lo suficiente por los dos.

Yo le había preguntado a George si él creía que yo fingía estar interesada en él, y se lo pensó un momento antes de contestar: «No. Tú tienes que preguntarme esas cosas porque eres mi madre».

Fui a cerrar la puerta de atrás y, cuando volví a la sala de estar, el bolso estaba encima del sofá. No podía dejarlo ahí con tanto dinero dentro. Miré por la ventana y vi a George acucillado, con un solo zapato, ahora en el lado de la valla de Celia, haciéndole cosquillas a Foxy en el vientre. Dennis tenía el zapato de George en la mano y parecía estar hurgándole la suela con una navaja.

Ni rastro de Henry.

Abrí la cremallera del cojín del sofá y empecé a meter allí dentro el dinero del bolso. George había arrugado muchos billetes, pero no tenía tiempo para ponerme a alisarlos, de modo que los escondí como mejor pude...

—¿Hay alguien en casa?

Mierda.

—Hola —dijo Henry.

Me volví lentamente. Había abierto la puerta y estaba en el vano, sonriendo con calidez.

—¿Esperas un momento? —dije, impotente.

—Claro —repuso—. ¿Puedo pasar?

—¡No! —grité, y se quedó donde estaba, inmóvil—. No —repetí de inmediato, esta vez en tono más suave—. Perdona, dame un momento y ahora mismo salgo. Tengo que hacer una cosa.

—Vale —dijo lentamente, extrañado pero procurando que no se le notara. Retrocedió al tiempo que decía—: Te espero aquí fuera.

—Cierra la puerta, ¿quieres?

Un momento después, con el dinero escondido, salí para encontrarme con que Celia se había sumado a ellos y estaba acribillando a preguntas a Henry.

—No estoy seguro de qué vamos a comer —decía Henry, mientras Celia indagaba acerca de la celebración del día siguiente.

Su amiga Joyce del club de lectura había comido en Esthwaite Manor poco después de inaugurarse y hablaba maravillas del postre de limón: «Entraba sin darte cuenta», por lo visto.

Celia estaba entusiasmada.

—Roz, abre la invitación para que la veamos. Dennis, vete a por mis gafas de leer.

—No es del palacio de Buckingham, Celia —dije.

—Eso ya lo sé —saltó.

Henry se volvió hacia mí.

—¿Estás bien? —susurró, y me apresuré a asentir, sin mirarle a los ojos, con la esperanza de que no insistiera.

Antes de abrir el sobre, dije:

—Me temo que no voy a poder ir.

Celia me miró y volvió a mirarme, abriendo la boca.

—¿Qué quieres decir con que no puedes ir? Claro que vas a ir —dijo.

Henry arqueó las cejas.

—Winston no ha vuelto —expliqué—. Se ha quedado colgado en Cornualles.

—Puedes llevar a George —sugirió Henry.

—Gracias, pero si he de ser sincera me parece que no es un lugar para niños, sobre todo cuando...

—Tienes que ir, Roz —insistió Celia, como si mi vida dependiera de ello—. No puedes rehusar la invitación. Es sencillamente demasiado... —Hizo una pausa, intentando dar con la palabra adecuada—. Es demasiado importante.

Y me lanzó una mirada feroz antes de señalar con un leve gesto de la cabeza a Henry, como si él no fuera a darse cuenta.

Henry dijo:

—Me gustaría mucho que vinieras, si puedes. No quiero presionarte, pero va a ser aburrido de cuidado. Scott pronunciará uno de sus discursos en plan «¿A que me ha ido de maravilla?», y será mucho más fácil soportarlo si estás allí.

—Ojalá pudiera, de verdad.

—Y habrá un montón de amigos suyos preguntando a qué me dedico, y si me he planteado alguna vez hacerme socio del Rotary Club.

Una pausa.

—Ya nos ocuparemos nosotros de George —dijo Celia con firmeza—. ¿Verdad que sí, Dennis?

Dennis estaba volviendo por el jardín, con las gafas de Celia en alto. Convino en que no sería ninguna molestia, y le sonrió tímidamente a George, diciéndole que podría ayudarle a pasear a Foxy.

Me estaba viendo acorralada.

Volví a protestar, pero Celia no pensaba dar el brazo a torcer. Me dijo que no fuera ridícula, que Dennis y ella eran más que capaces, que rayaba en el insulto, de hecho, que me lo estuviera pensando siquiera. Y luego me dijo que le pasara la invitación.

Entonces asomó al rostro de Celia un peculiar semblante de melancolía.

Movió los labios mientras leía. La miré, entendiendo que estaba asumiendo en esos instantes que probablemente nunca la invitarían a una celebración en Esthwaite Manor. Ese barco ya había zarpado. Al observarla, casi se la podía ver despidiéndose de un sueño.

Se recobró. Ahuyentó el momento de tristeza y volvió a ser Celia. Le preguntó a Henry si quería una copa de cava —«¡Entre semana no bebemos champán!»—, ¿y qué tal unas fresas de Dennis como acompañamiento?

Henry aceptó, mientras yo intentaba sin éxito mostrarme contenta y agradecida por el arreglo.

Por dentro, estaba conteniendo el impulso de huir. Sentía deseos de coger a George, largarme de allí y no volver nunca.

Que era exactamente lo que debería haber hecho.

—¿Qué se le compra a una pareja que lo tiene todo? —le pregunté a Henry.

—Ya compro yo un regalo y tú pones tu nombre —repuso.

—No puedo presentarme con las manos vacías.

—No irás con las manos vacías, estarás conmigo.

—De acuerdo, entonces ¿qué le compras tú a una pareja que lo tiene todo?

—Ya se me ocurrirá algo.

Al final, no se le ocurrió nada, e hicimos lo que había temido yo: nos presentamos sin regalo. Cuando empecé a inquietarme por ello en el coche de camino allí, Henry me aseguró que nadie se daría cuenta, y que no pensaba gastar dinero en ese capullo; invitaría a Nadine a un buen almuerzo cuando volvieran del Pacífico.

—Ella lo preferirá así —aseguró—. Siempre se queja de que no pasa suficiente tiempo conmigo y nunca sabe cómo me va la vida. De verdad, Roz, no pasa nada.

Yo lucía mi atuendo para bodas —el vestido de gasa de Coast con rosas de té— y una expresión tensa; la clase de expresión que se le ve a una mujer que se siente gorda con la ropa que lleva y que por mucho que se la halague no va a cambiar de idea.

Tenía miedo. Miedo de la velada en ciernes, miedo de ver a Scott en público.

Miedo de facilitar mis huellas dactilares a la policía.

Me había repensado lo de la lista que me pidió la inspectora Aspinall y, en lugar de demorarme en enviarla, me había puesto las pilas y anotado a todo aquel que se me pasó por la cabeza, para tenerla ocupada. Me situé en el antepenúltimo puesto de una lista de en torno a cien personas, con la esperanza de que para cuando llegara el momento de tomarme las huellas hubiera surgido algo que me exonerase.

Una posibilidad remota. Pero era mejor que nada.

Henry me dijo que me quedara en el coche mientras él se apeaba de un brinco, aparecía por mi lado, abría la puerta y me ofrecía el brazo. Llevaba un traje a medida de dos botones en zapa azul y estaba divino. Antes de que fuéramos hacia la entrada, se detuvo.

Volviéndose hacia mí, dijo:

—Dime una cosa, ¿no te apetecía venir hoy aquí porque preferirías no estar conmigo o porque preferirías no haber venido en absoluto?

Titubeé.

—La verdad, por favor, Roz —dijo.

—Lo segundo —respondí, bajando la vista—. No se trata de ti, Henry.

—Muy bien —repuso, y me levantó la barbilla con el dedo, a la vez que me daba un suave beso en la frente.

Sus labios apenas me rozaron la piel, pero me sorprendí sofocando un jadeo al notar su tacto. Avergonzada, me aparté.

—Espera —dijo, mirándome con intensidad.

Me di cuenta de que pasaba un coche por nuestro lado. Me di cuenta de que arreciaba la brisa y me despeinaba.

Sin apartar en ningún momento sus ojos de los míos, Henry alargó la mano y me retiró unas hebras de detrás de la oreja. Luego me besó.

Su olor, la suave presión de su lengua dentro de mi boca, y empezaron a cederme las piernas.

—Te prometo que nos largaremos de aquí en cuanto podamos —susurró mientras me conducía hacia la entrada del hotel.

Me pasó el brazo por la cintura, y me sentí de maravilla. Llevaba mucho, pero que mucho tiempo presentándome sola en esos actos: galas, cumpleaños, bautizos. Henry me acercó a él como si fuera suya. Y por un instante breve y maravilloso me sentí como si así fuera. Quería pertenecerle. Tenía el cuerpo esbelto y fibroso bajo el traje. Oía bien. No era un gilipollas.

—¿A qué hora les has dicho a tus vecinos que volverías a recoger a George? —preguntó Henry.

—Hacia las ocho.

Miró el reloj.

—Tenemos menos de tres horas. Nos asomamos, cruzamos los comentarios de rigor con la feliz pareja y nos escabullimos a la primera oportunidad.

En ese momento noté una especie de ebriedad que me atraía a Henry. Y si me decía que lo siguiera a cualquier parte, lo haría.

Esthwaite Manor estaba construido de arriba abajo con piedra de la Región de los Lagos. Tenía un aire gótico, con sus tres torreones, el tejado tan inclinado.

Cuando llegamos a las puertas, Henry dijo: «Prepárate».

Había sido inmaculadamente restaurado. Era uno de esos sitios en los que te sorprendes andando de puntillas para no estropear el suelo con los tacones.

Una guapa joven con un traje elegante que supervisaba el acceso nos dijo que la fiesta de los Elias era fuera. Si atravesábamos el salón, nos indicó, la encontraríamos sin problemas. Henry me cogió la mano y me la apretó antes de seguir adelante. «Cómo me alegro de que hayas venido», susurró, y nos vimos arrastrados por un grupo de gente achispada que andaba cerca de los sesenta, de esos que aparecen en las páginas de sociedad de la revista *Cumbria Life* asistiendo a actos benéficos y demás. Sus risas eran estridentes, sus acentos cerrados, y me alegré de desaparecer entre ellos camino del patio.

Fuera, bajo un pintoresco cenador de hierro forjado pintado de color marfil, un cuarteto de cuerda tocaba versiones de temas populares. «Englishman in New York» de Sting estaba terminando cuando llegamos, y Henry comentó en voz baja: «A ver cuánto tardan en tocar “Eleanor Rigby”».

Resultó que no mucho. Fue el siguiente tema.

Había una vista sin obstáculos a través del lago. Esthwaite Water es un lago pequeño, de menos de kilómetro y medio de largo, por lo que en realidad solo lo frecuentan los pescadores. Se veía una barca de remos meciéndose en la orilla oeste, con una figura solitaria en su interior.

Debía de tener semblante pensativo, porque una voz a mi izquierda dijo:

—¿Te gustaría cambiarte por ese tipo? Scott.

Intenté sonreír.

—Qué va —dije—. Y enhorabuena.

Me besó en la mejilla, susurrándome que lamentaba haber olvidado darme la invitación, y cuando le dije en confianza que me parecía sensato que no quisiera verme allí, y que no tendría que estar allí, se mostró sorprendido.

—Claro que quiero verte aquí —dijo con voz tersa, aunque baja, de modo que no lo oyera Henry, que estaba conversando con un camarero a la derecha de Scott—. Se me fue de la cabeza porque me mandaste a tomar viento la última vez que nos vimos. Por eso no lo mencioné —añadió, y luego se volvió hacia Henry.

Henry le dio la enhorabuena a Scott, estrechándole la mano, y Scott dijo:

—Veinticinco años. —Su voz ahora resonante, llena de alegría—. ¿Qué se suele decir?

—¿Qué te cae menos por un asesinato? —sugirió Henry.

—Iba a decir que los últimos años son los mejores —repuso Scott.

Tenía que escabullirme. Tenerlos a los dos tan cerca me superaba. Henry le sonreía a Scott de una manera que no había visto nunca; era una sonrisa de desdén risueño. Los ojos le bailaban al mirar a Scott, y el resultado era escalofriante.

Aunque a Scott le traía sin cuidado.

Él ya sabía lo que pensaba Henry de él. Scott me miró y vi el asomo de una sonrisa. «Hay que ver este tipo —decía su mueca—. Si supiera quién se ha estado cepillando a su nueva novia, tan mona...».

—Perdonad —dije, y me fui.

Con la cabeza a punto de estallarme, crucé el patio en línea recta dejándome llevar por la noción imprecisa de pasar un rato en el servicio de señoras. Por el camino, vi a Petra llamándome. Agitaba la mano como loca junto a los músicos.

«Vuelvo en un momento, ¿vale?», le indiqué, y señalé hacia el interior. Me hizo gesto de que fuera y siguió hablando con una mujer que yo no conocía.

El servicio de señoras tenía una serie de lavabos de cromo, cada cual con una lámpara y un secador individuales. Era como un tocador de la década de los treinta: encantador y totalmente en contra de las tendencias actuales. Dos de los asientos estaban ocupados por mujeres bien vestidas que charlaban acerca de que habían contratado amas de llaves búlgaras porque el entusiasmo inicial por parte de las polacas empezaba a decaer. «Ahora son tan vagas como las inglesas», le dijo una a la otra.

Me senté y me retoqué un poco el pelo, haciendo tiempo. Cuando salí de los aseos me di cuenta de que había parado la música, y fui a ver qué ocurría.

Los invitados se habían congregado en un lugar, formando una especie de semicírculo irregular en la hierba justo al fondo del patio. Había en torno a un centenar de personas. Nadine estaba en las escaleras, dirigiéndose a los presentes, junto con Scott, y se encontraban de espaldas a mí. Me apresuré a unirme al grupo y fui a donde estaban Petra y Vince. Felicité a Petra por su vestido y ella me pasó el brazo por el codo. Tenía la barbilla en alto y no perdía detalle de lo que Nadine estaba diciendo.

Nadine estaba deslumbrante con un traje chaqueta de color ostra de corte maravilloso. Se la veía delgada y preciosa, su piel radiante. Scott estaba a su lado, sonriéndole a su esposa.

—Naturalmente, lo que Scott no sabe, y lo que todos hemos tenido muy buen cuidado de mantener en secreto —decía Nadine—, es el viaje.

Se volvió hacia Scott y tomó sus manos en las de ella como si renovaran sus votos. Scott dijo «¿El viaje?», quizá un poco nervioso ahora.

Me fijé en Henry, que estaba en el otro extremo del semicírculo. Sonrió con timidez en dirección a mí.

Nadine dijo:

—Gracias por estos maravillosos veinticinco años, Scott. Ha sido un viaje alucinante y no me lo habría perdido por nada del mundo. Mañana nos vamos a las Galápagos. —A Scott se le dilataron los ojos y, antes de que pudiera hablar, Nadine dijo—: Y ya sé lo que estás pensando. Estás pensando que no puedes dejar el trabajo. Bueno, pues está organizado. Y vas a venir tanto si quieres como si no.

Hubo una pequeña ovación, seguida por gritos de «¡Que hable! ¡Que hable!», antes de que el ruido se calmara y Scott pronunciara unas palabras. Estaba abrumado de tener a todos sus amigos en un mismo lugar, dijo, y pasó a hablar de lo maravilloso que era que hubieran venido a casa sus hijos. Lamentaría pasar solo una noche con ellos, ahora que iban a tomar un vuelo al día siguiente, pero... y se interrumpió.

Se interrumpió como si la emoción del acontecimiento lo superase.

Entonces me miró directamente.

Su silencio se prolongó, pero todos seguían sonriendo, sin darse cuenta. Luego empezó a resultar incómodo y, poco a poco, las caras comenzaron a cambiar. Un murmullo grave se propagó por la concurrencia.

¿Qué ocurría?

—Scott, hombre, ¿estás bien? —preguntó alguien, y no obtuvo respuesta.

Nadine se volvió hacia él, con el pánico tomando forma en sus ojos.

Scott siguió mirándome y me di cuenta de que otros, siguiendo su mirada, también lo hacían.

—¿Qué le pasa? —oí que decía una mujer detrás de mí—. ¿Hay que llamar a un médico?

Y entonces ocurrió lo peor.

Cerró los ojos, se llevó la mano a la boca.

—Lo siento —sollozó—. Lo siento, pero no puedo hacer esto.

—¿Scott? —dijo Nadine.

—No puedo seguir haciendo esto —insistió.

Me quedé sin aliento.

—No puedes hacer, ¿qué? Me estás dando miedo, Scott. ¿Qué pasa? —preguntó Nadine.

Él se frotó la cara con las manos y oí que Petra susurraba «Oh, no», en voz queda, a mi lado.

—Estoy enamorado de otra persona —dijo con firmeza, y resonó un grito ahogado de horror colectivo—. Estoy enamorado de otra persona —repitió—, y creo..., no, eso no es del todo correcto, sé con seguridad que esa persona está enamorada de mí.

Me miró y esperó.

Yo no podía moverme.

Petra me soltó el codo y se volvió para ver quién estaba detrás de nosotras. No debía de haber una candidata evidente al afecto de Scott, porque se volvió de inmediato y me dijo al oído:

—¿Qué demonios está pasando?

—¿Roz? —me instó Scott. Y al no hablar yo, dijo—: Creo que es lo más adecuado, ¿no te parece? Tenemos que decírselo. Se lo debemos.

Se me cerró la garganta. Algo parecido a un puño me aferró el corazón y me lo arrastró hasta el estómago.

Petra apartó el brazo del todo.

—Dios bendito —susurró.

—No fue... —tartamudeé—. No es...

Nadine se echó a llorar.

Scott dijo:

—Lo siento mucho. No quería que ocurriera así. Dios, cuánto lo siento, Nadine.

Y a nuestro alrededor se hizo el silencio. Me quedé plantada donde estaba mientras se abría un espacio entre mí y los demás. Fui vagamente consciente de que Vince tiraba de Petra hacia él, apartándola de mí.

Busqué a Henry con la mirada. Atisbé su expresión perpleja, pasmada, antes de que el gentío se cerrara a su alrededor.

Recuperé el habla.

—Yo no quiero a Scott —dije a la desesperada. Sonó flojo y patético.

—¡Qué importa eso! —gritó Petra ahora, forcejeando para soltarse de Vince—. ¡Mira! —Señaló hacia las escaleras.

Nadine estaba desmadejada. Se había desplomado en el patio. La gente se precipitó a ayudarla.

Petra se acercó a mí y me cogió por el cuello del vestido. Tenía la cara a escasos centímetros de la mía.

—No es lo que crees —dije.

—¿Te has acostado con él? —siseó.

No contesté.

—¿Has estado acostándote con Scott Elias? —repitió—. ¡Roz, dímelo!

Asentí.

—Sí —dije—, pero, Petra, no es lo que crees. Tienes que escucharme...

Pero ya se estaba yendo.

No había música. Ni música, ni voces, ni risas: ni el menor sonido, salvo por los susurros asordados de las mujeres que rodeaban a Nadine.

Yo estaba sola a unos seis metros de Scott. Nos miramos un largo momento y le pregunté moviendo mudamente los labios: «¿Por qué?».

Estaba aturdida. Desconcertada por lo que acababa de ocurrir. Así que cuandoladeó la cabeza, frunció el ceño y rio una vez para sí mismo, sencillamente no lo entendí.

Fui hacia él.

—No lo entiendo —dije en voz queda—. No entiendo qué estás haciendo. —Miré en torno. Todo el mundo seguía mirando fijamente—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—No me has dejado otra opción —se limitó a decir.

—Pero mira a tu alrededor. Lo has perdido todo.

—No lo quiero —contestó—. No quiero nada de esto.

—Pero tu esposa —dije—. Tus hijos. Mira lo que piensan de ti.

Dio un paso hacia mí.

—No me importa lo que piensen de mí. No me importa lo que piense Nadine.

Creía que eso ya te lo había dejado bien claro el otro día.

—¿Tenías esto planeado?

Se encogió de hombros.

Me quedé sin palabras. El semblante de Nadine cuando Scott anunció aquello era de desesperación.

—Pero yo no te quiero —dije—. ¿A qué viene arriesgarte a...?

—No me quieres aún —matizó.

Lo fusilé con la mirada, horrorizada.

—No te querré nunca.

Respiró hondo.

—Igual no es necesario que me quieras. Igual yo te quiero lo suficiente por los dos...

—Has perdido la cabeza —le espeté, y empecé a volverme—. Estamos humillando a tu mujer. Me estoy humillando yo misma. No hagamos esto aquí.

Me cogió del brazo.

—¿No lo entiendes?

—¿No lo entiendes tú? —repliqué—. No te quiero. No te necesito, Scott.

Percibí cierto revuelo por encima del hombro de Scott. Habían ayudado a Nadine a ponerse en pie y unas mujeres tiraban de ella, reteniéndola, casi. Se deshizo de ellas mientras le rogaban que no hiciera lo que estaba a punto de hacer, fuera lo que fuese.

—¿Cuánto tiempo? —gritó, dirigiéndome a mí la pregunta.

—Nadine...

—¿Cuánto tiempo, joder? —chilló.

—Tres semanas —contesté.

—¿Le quieres? —preguntó.

—No. No le quiero.

Y se le demudó el gesto.

—Entonces ¿por qué? —aulló, con la mano en el cuello—. ¿Por qué tenías que hacer algo así? Igual el matrimonio no significa nada para ti, pero eso no quiere decir que puedas ir por ahí tirándote a los maridos de otras.

Me volví hacia Scott.

—Igual podrías explicarle a tu mujer lo que pasó en realidad.

Scott puso cara de no entender.

—No sé a qué te refieres —dijo.

—Nadine, yo...

Pero entonces volvió Petra. Cruzó el patio a paso firme para decirme que me fuera:

—Venga, vete —dijo.

Nadine negó con la cabeza.

—No, Petra, quiero oírlo. Quiero saber cómo ha podido venir hoy aquí.

Quiero saber cómo ha sido capaz de tener una conversación conmigo, cuando venía haciendo esto desde el principio.

Bajé la cabeza. ¿Qué podía decir? No había nada que decir.

Vince estaba unos pasos por detrás de Petra, y yo esperaba que, como tenía por costumbre, intentara tranquilizarla. Pero alzó la voz:

—Creo que Nadine se merece una respuesta, Roz —dijo en tono razonable.

Meneé la cabeza.

—No —susurré.

—¿No? —repuso Nadine—. ¿No? ¿Eso es todo? ¿No tienes nada más que decir? ¿Destrozas mi matrimonio, mi vida, y ni siquiera tienes un motivo?

Estaba implorando. Resultaba algo terrible.

—Se lo tienes que preguntar a Scott —dije.

—Te lo pregunto a ti.

Al final, con apenas un hilo de voz, dije:

—Me pagó.

—¿Te pagó para que guardaras el secreto? —preguntó Petra, confusa, estupefacta ante semejante idea.

La miré a los ojos.

—No, Petra. Me pagó para que me acostara con él.

Nadie dijo nada.

El grupito cruzó miradas nerviosas.

«¿Qué acaba de decir? No ha dicho lo que creo que ha dicho, ¿verdad?».

—¿Cuánto te pagó? —preguntó Nadine con voz trémula, mirando ahora a Scott.

—Lo suficiente para que yo accediera. Lo siento, Nadine, pero estaba sin blanca y me pareció que era la solución.

—¿La solución a qué? —me interrumpió Petra.

—A la deuda, Petra. Tenía deudas. No es que tú no estuvieras al tanto.

Y entonces me abofeteó.

—¡No te estabas muriendo de hambre! —gritó Petra—. ¡No estabas en la puta calle! ¡No estabas tan necesitada de dinero como para que fuera la única opción que tenías! Dios santo. ¿Qué clase de mujer tienes que ser para...? —Ni siquiera fue capaz de decirlo—. ¿Te conozco? —preguntó—. Me parece que ya ni sé quién eres.

Me volví hacia Scott, que los veía atacarme y no decía ni una sola palabra.

Solo lucía una especie de sonrisa irónica mientras yo soportaba los improperios.

Luego, en el taxi de regreso a casa, me preguntaría por qué nadie se metió con él. ¿Por qué no abofetearon a Scott? ¿Por qué no lo insultaron por pagar a cambio de sexo? ¿Por engañar a su mujer? ¿Por humillar a su familia delante de todos sus conocidos? Pero no lo hicieron. Por la razón que fuera, prefirieron no hacerlo. Quizá ocurrió después, pero no tuve ocasión de preguntarlo.

Scott se quedó al margen y observó, su actitud impertérrita y distante mientras yo tartamudeaba mi razonamiento, mi confesión. Era casi como si él lo estuviera disfrutando. Y entonces lo entendí. Entendí en ese momento, entre tanta locura, y tantos lloros, que sí, Scott lo había planeado. Había querido que saliera a la luz tal como había ocurrido. Había sido sincero al decir que no le importaba perderlo todo. Siempre y cuando yo también lo perdiera.

Por lo que a él respectaba, si no podía tenerme, nadie más podría.

Y se quedó allí sonriendo. Sonreía como si no hubiera pasado nada.

—¿Una tarde agradable? —preguntó la taxista, una mujer.

Llevaba una camiseta naranja holgada, sin sujetador, y tenía una maltrecha y manoseada novela romántica de la época de la Regencia debajo del freno de mano.

—No exactamente —repuse, subiendo al asiento del pasajero.

—¿Una boda? Dios, estoy harta de bodas. —Siguió divagando—. Como tenga que ir a otra puñetera boda...

—Mira, no tengo ganas de hablar. ¿Te importa si no hablamos?

Le importaba. Arqueó las cejas como para decir: «¿Quién te has creído que eres, guapa?».

—Ha sido una mala tarde —dije—. No te ofendas.

Henry se había largado. Más o menos cuando Nadine había exigido respuestas. Cuando por fin escapé, había una plaza vacía en el aparcamiento donde había estado su Peugeot. No le llamé para averiguar la razón. No se había quedado para ver cómo estaba su hermana, así que el mensaje estaba claro.

Miré la plaza vacía y me sobrevino la necesidad de explicarme. Henry se había marchado pensando que yo había tenido una aventura con Scott, y necesitaba hacerle saber que estaba muy lejos de eso. Lo que había tenido con Scott era absurdo.

«¿Henry? —imaginé que le decía—. Te has hecho una idea completamente equivocada. Scott me pagó para que me acostara con él».

«Ah bueno, ¿por qué no lo habías dicho? Porque eso lo cambia todo».

No, Roz, Henry no querría saber nada de tus motivos.

Henry odiaba a Scott. Adoraba a su hermana. Había empezado a apreciarme, y yo había traicionado a todo el mundo.

Mientras el taxi iba camino de Hawkshead, reviví la escena que había dejado atrás. Cada vez que la repasaba, le daba vueltas a un aspecto distinto. Cuánta gente afectada. Cuántos puntos de vista. Tendría que marcharme de la zona.

Petra no volvería a hablarme nunca, conque no tenía razón para quedarme. Y aunque lo más probable es que fuera capaz de sobrellevar ser objeto de escarnio, y cotilleos, por los restos, no soportaba la idea de que George se enterase.

—¿Has oído lo de ese cadáver en el frigorífico? —preguntó la taxista.

—Sí.

—Pobre idiota —comentó—. Parece que se metió con quien no debía.

—Es todo muy triste.

—Resulta que estaba robando dinero —dijo en tono prosaico.

—¿Eso dice la gente? —indagué, y asintió con seriedad.

Le dije que parase un poco más adelante a la derecha, a la altura de mi casa.

Mientras esperaba el cambio, ella señaló con un gesto el Jeep y dijo:

—¿Es tu coche? —Y le dije que lo era—. Tienes algo colgando del chasis. Más vale que lo llesves a que le echen un vistazo.

Un centenar de metros carretera adelante, distinguí a un niño con un perro. Mi pequeño. El corazón me dio un vuelco al verlo. Saludé con la mano, pero no me vio. Estaba absorto en sus pensamientos, caminando con la mirada fija en Foxy.

Celia tenía razón. Foxy paseaba especialmente bien con George. Casi con orgullo. Por lo general, a esas alturas iba a rastras de la correa, desesperada por volver, mientras brotaban de su garganta horribles jadeos. Conforme se acercaban, vi que la perra levantaba las patas delanteras, bien alto, como un caballo adiestrado en miniatura. George le estaba parlooteando, ajeno a mi presencia.

Después, diría que ocurrió muy rápido.

Después, diría que fue instantáneo, pero en realidad no lo fue.

Me percaté de algo antes incluso de percatarme de ello, si tiene algún sentido.

Estaba acostumbrada a los ruidos del pueblo. Acostumbrada al discurrir de los coches por delante de la casa. Y del mismo modo que cuando oyes una sirena a lo lejos y empiezas a ubicar mentalmente a tus familiares, calculando si hay alguna posibilidad de que estén implicados, cuando oí el motor que venía a toda velocidad desde el sudeste, y vi dónde estaba George, supe sin duda que cabía esa posibilidad.

Y fue entonces cuando se detuvo el tiempo.

Estaba muy lejos para llegar hasta él. El sonido del motor que se acercaba me indicó que el coche iba demasiado rápido, y la distancia entre nosotros era demasiado grande.

Aun así, corrí.

Eché a correr gritando, agitando los brazos, porque sabía lo que se avecinaba.

Lo supe antes de verlo. El Overfinch. El Range Rover negro. Tres toneladas de metal atravesando a toda velocidad el pueblo, al volante alguien enloquecido de dolor. La causa de ese dolor: yo.

—¡Apártate! —le grité sin poder hacer otra cosa—. ¡George, apártate!

Era muy pequeño, claro. Aún no lo sabía. No sabía que las aceras eran peligrosas. Que a veces los coches se subían a la acera cuando el conductor iba borracho. O era viejo. O tenía un infarto. O era joven y estúpido e imprudente. O tenía el corazón roto e intentaba conducir entre lágrimas.

Él no sabía eso, conque permaneció ajeno al Range Rover hasta que pasó como una exhalación por mi lado, y yo estaba lo bastante cerca de George como para apreciar un asomo de preocupación en su rostro. Frunció el ceño un poquito al ver a su madre correr hacia el coche que se le aproximaba.

Si hubiera estado a su lado, lo habría apartado de un empujón. Pero no lo estaba. Y cuando el pequeño Fiat salió marcha atrás del sendero de acceso diagonalmente opuesto, el conductor feliz en su ignorancia —la música alta audible a través del techo corredizo, el desenfadado ukelele de George Formby—, el Range Rover tuvo que dar un volantazo para evitar su parachoques.

Se oyó un tenue ruido de frenos, neumáticos que patinaban y un crujir de metal.
Y vidrio. Saltó muchísimo vidrio.
Luego silencio. Ningún sonido en absoluto. Únicamente yo, sola, en el silencio.

Este es un dato curioso: muere más gente en las carreteras rurales que en las calles de las ciudades. ¿La razón? Hay mayores distancias hasta el hospital más cercano.

Puede llevar más de una hora llegar a la unidad de Urgencias más cercana desde Hawkshead, y eso sin contar el tiempo que tardan los servicios de emergencias en llegar hasta el herido ya para empezar.

Razón por la que dependemos de una ambulancia aérea que se costea con fondos benéficos. Y por la que, en ese momento, mi hijo estaba siendo trasladado, junto con la persona que lo había atropellado, en la Ambulancia Aérea del Gran Norte, mientras yo la seguía en coche.

Más adelante, no recordaría nada de ese trayecto al Hospital General de Furness. Qué ruta seguí, si el tráfico del viernes a última hora de la tarde era pésimo, si cogí un tiquet en el aparcamiento del hospital. Más adelante, tendría problemas para recordar nada en absoluto de ese día. Me vendrían a la cabeza retazos en los meses posteriores, recuerdos fugaces que intentaría atrapar al vuelo, pero, sobre todo, lo único que recuerdo pensar era: «Ojalá hubiera corrido más rápido por la calle. Ojalá hubiera salido del hotel un momento antes. Ojalá nunca hubiera aceptado la propuesta de Scott Elias desde el principio».

Es lo que hace el cerebro. Busca una vía de escape en lugar de afrontar la atrocidad. Rastrea posibilidades remotas que quizá pasó por alto. Localiza puntos débiles en la realidad. Repasa los acontecimientos como si estuvieran ocurriendo por primera vez, como si de veras eso pudiera alterar el curso de los acontecimientos.

La mente consciente te dice que lo dejes. «Es inútil», dice. Pero es imposible parar.

Si hubiera transferido dinero para el billete de tren de Winston, habría llegado a tiempo. George habría estado con él, a salvo en Outgate, en vez de con Celia y Dennis. Si no nos hubiéramos separado ya para empezar, George aún tendría su propio perro y no habría estado paseando a Foxy. Si me hubiera casado con alguien más de fiar. Si...

—¿Señora Toovey?

Me puse en pie.

—Acompáñeme —dijo la enfermera.

Llevaba el uniforme blanco de Cuidados Intensivos, una mujer de cuerpo diminuto que sin duda era capaz de levantar el doble de lo que pesaba ella. En Cuidados Intensivos son así.

—¿Está vivo? —pregunté.

—Venga conmigo, podemos hablar por aquí. Usted es fisioterapeuta, ¿verdad?

—¿Está vivo? —repetí, plantada donde estaba.

—Está vivo.

—¿Consciente?

Bajó la mirada.

—Todavía no. Está siendo trasladado de Urgencias a la unidad.

—¿Qué más? ¿Qué otras lesiones? —pregunté.

Le vociferé las palabras, pero no se ofendió. Me sostuvo la mirada y enumeró los problemas de George contando con los dedos.

—Doble neumotórax —dijo—. Tibia y peroné fracturados en la derecha: son fracturas múltiples. Ya se ha llevado a cabo la irrigación y el desbridamiento, y las fracturas están estabilizadas. Pérdida de piel; probablemente necesitará un injerto. Es posible que le hagamos un TAC del estómago más adelante, pero hemos tenido que ponerle drenajes en los pulmones antes. No hay indicios de hemorragia abdominal, eso sí. Tiene bien la presión arterial por ahora. Los pulsos distales están bien por debajo de la fractura de la pierna.

—¿Y lo de que haya perdido el conocimiento? ¿Una herida en la cabeza?

—No lo sabemos. No hay indicios de trauma en la cabeza, pero no lo sabemos. Ya sabe cómo son las cosas en esta fase. ¿Hay alguien con usted?

¿Alguien a quien quiera llamar para que la acompañe?

—Mi hermana viene en camino. Su padre está en Cornualles. No consigo localizarlo. Mis padres están viniendo, pero tardarán un par de horas en llegar.

Asintió y me preguntó el nombre de mi hermana. Dijo que avisaría en Ingresos de que la acompañaran a Cuidados Intensivos nada más llegar. Petra estaba fuera de sí. No podía hablar, y mucho menos conducir. Y Vince había estado bebiendo, conque...

La enfermera dijo:

—¿La mujer que han traído con él en la ambulancia aérea? ¿La conductora?

¿Es...?

—No estamos emparentadas —dije con frialdad.

—Ah.

—¿Sigue con vida? —pregunté.

—Sí —dijo—. Está consciente. Me ha dado la impresión de que conocía a su hijo.

—Ha atropellado a mi hijo —señalé.

Asintió.

—Está muy afectada.

—No me extraña —dije—. ¿Puedo verlo ya?

Dio media vuelta y la seguí. Andaba a paso rápido y cuando llegamos a Cuidados Intensivos introdujo una clave de seis dígitos en el teclado numérico.

No pasó nada, y suspiró.

—Pongo una y otra vez la clave antigua —explicó. Probó de nuevo y, antes de que entráramos, se volvió hacia mí—. No hace falta que le diga que no tiene el aspecto de siempre, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—De acuerdo —dijo—. Vamos.

Había seis camas. Tres estaban ocupadas. Nadine en una, George en la de al lado y otro paciente enfrente, un joven con un tubo de traqueotomía en la garganta, lo que quería decir que llevaba aquí tiempo. Más adelante me dijeron que tenía el síndrome de Guillain-Barré, tenía paralizados los músculos respiratorios y llevaba cinco semanas en Cuidados Intensivos. Su madre venía a visitarlo y lloraba suavemente durante una hora antes de irse.

La enfermera me explicó que George sería trasladado a la unidad pediátrica de Cuidados Intensivos de otro hospital, siempre y cuando permaneciera lo bastante estable para su traslado. De momento, no obstante, se quedaría aquí. Con Nadine.

No la miré. Tuve que pasar por delante de su cama. Fui consciente de que había movimiento, un brazo se levantaba, una especie de gorgoteo. Dejó escapar una suerte de gañido agónico, como un animal atrapado.

Mantuve la vista al frente y fui hasta George. Me arrodillé junto a su cama y le besé la mano. Estaba en calzoncillos. Su cuerpo diminuto y fracturado estaba cubierto de manchas de sangre seca, y los dos drenajes en el pecho eran monstruosos, asomando como culebras entre sus costillas.

—Estoy aquí, cariño —susurré.

Instintivamente, miré los monitores. La saturación de oxígeno estaba un poco baja. Le re Coloqué el oxímetro de pulso en el dedo índice y espiré al ver que los números subían a un ritmo constante.

Habían instalado una pequeña carpa protectora sobre su pierna derecha. Una fractura múltiple es una fractura abierta, lo que significa que se le había desgarrado la piel. Tenía un fijador externo alrededor de la pierna, pero sumando a eso los injertos de piel, teníamos por delante en torno a un año de recuperación.

Me giré hacia Nadine. Abrió los ojos de par en par al ver mi cara, y empezó a menear la cabeza, intentando decirme algo importante. Su expresión era urgente y desesperada. Me volví.

Me puse en pie y corrí la cortina, dejándola aislada. Me di cuenta de que lloraba sin emitir sonido alguno.

Había venido a buscarme. Había cruzado Hawkshead en coche en busca de mi casa. Y ahora estábamos aquí.

Volví a besarle la mano a George y le susurré que le quería. Una y otra vez, le dije que estaba bien, que despertaría pronto y estaría bien. Le dije que no tuviera miedo. Estaba aquí. No lo dejaría solo.

Era tan hermoso. Su piel tan suave. Tenía un poquito de sangre seca en la oreja. Pregunté si se la podía limpiar, y una enfermera me trajo algodón y una bandeja en forma de riñón medio llena de agua tibia. George no se movió. Tenía el tubo respirador sujeto con un trozo de esparadrapo y le tiraba hacia abajo de la boca, dándole aspecto de estar haciendo una mueca. Pregunté si se lo podían ajustar un poco, y lo hicieron. El personal de enfermería lo atendía como si fuera su propio hijo.

Y sería eso, ver la ternura y el cuidado que le dispensaban, lo que me haría venirme abajo.

Lo había llevado bastante bien hasta entonces.

Nadine permaneció en Cuidados Intensivos veinticuatro horas antes de ser trasladada a la unidad de alta dependencia. Tenía una lesión en el pecho.

Mientras estuvo en Cuidados Intensivos, Scott no la visitó. Sus hijos sí, y oí sus voces muy bajas detrás de la cortina. Para entonces, había corrido la noticia entre el personal y estaban al tanto de «nuestra situación». Nos trataban con actitud imparcial y profesional, accediendo a mi petición de que no quitasen la barrera que había entre nosotros, algo que yo sabía por mi periodo de formación en Cuidados Intensivos que no estaba estrictamente permitido. No fue hasta que Nadine hubo sido trasladada a otro pabellón cuando un enfermero chismoso con mucha pluma que se llamaba Kyle hizo referencia a la cortina, diciendo: «Me parece que ya podemos prescindir del Muro de Jericó, ¿no cree?».

Mis padres iban y venían. Winston iba y venía. Volvió con provisiones y se quedó.

Llegó la policía, y eso resultó bastante sencillo. Había testigos de que Nadine había perdido el control cuando el anciano de enfrente invadió marcha atrás su carril. Le midieron el nivel de alcohol en sangre en el momento de su ingreso y estaba por debajo del límite, aunque había bebido algo, eso lo reconoció.

También les dijo que acababa de averiguar que su marido había tenido una aventura, por lo que sus reflejos podían estar afectados. Les aseguró que lo lamentaba mucho.

Todos lo lamentábamos mucho.

Vino Petra, y se quedó. Y lloró. Y siguió llorando. Estuvo tres días seguidos gimoteando, suplicándole que volviera en sí, retorciéndose las manos. De vez en cuando, me lanzaba una mirada y notaba cómo se le tensaban los músculos a los lados del cuello.

—Dilo —la insté al final, después de unas cuantas horas así.

—¿Que diga qué? —preguntó.

—Que digas lo que quieres decir.

Volvió a alisarle el pelo a George, retirándoselo de la frente.

—No tengo nada que decir.

—Crees que esto lo provoqué yo.

Y se volvió hacia mí de súbito.

—Yo nunca diría eso.

—No tienes que decirlo, Petra.

Se llevó la mano a la boca para sofocar el comienzo de otro sollozo. Luego cerró los ojos con fuerza e inhaló profundamente antes de agarrarse al bastidor de metal de la cama para mantener el equilibrio.

—Yo no te culpo —aseguró.

Sus palabras eran medidas, firmes, pero como vinagre en la boca.

—Yo misma me culpo —le dije, y la miré fijamente—. Yo lo provoqué. Ahí lo tienes. Ya lo he dicho. Ahora no hace falta que lo digas tú.

—Qué frivolidad —estalló.

—No es frivolidad. ¡Claro que es culpa mía! ¡Claro que lo es! Eso ya lo sé. Pero no quiero que estés aquí con toda esa ansiedad, todo ese puñetero resentimiento reprimido en tu interior. Por lo menos no mientras estás cerca de mi hijo inconsciente.

—Tu hijo —dijo sin entonación.

—Sí, mi hijo. Para bien o para mal, Petra, soy su madre. Ahora o bien dices toda esa mierda que quieres decir, o bien lo dejas correr. Porque no puedo soportar seguir así.

Se apartó de George. Fue hacia los pies de la cama y me hizo gesto con el dedo de que le siguiera.

Tenía el semblante severo.

—Eres una mujer estúpida e inconsciente a la que me avergüenza conocer —dijo—. Con la que me avergüenza estar relacionada, por no hablar de emparentada.

—Venga, sigue.

—Has demostrado una vez más optar por la solución más fácil. Siempre la solución más fácil. Nunca piensas que lo que haces vaya a perjudicar a otras personas. Nunca piensas en las consecuencias.

Petra estaba reprimiendo algo. Las palabras que elegía eran casi formales, supongo que por respeto al lugar donde estábamos.

Negó con la cabeza mientras hablaba:

—No puedo creer que te estuvieras acostando con él. No puedo creer que tuvierais una aventura...

—No fue una aventura.

—No puedo creer que tuvieras una aventura con el marido de mi amiga. Precisamente con él. —Se le anegaron los ojos en lágrimas. Sacudió la mano delante de la cara como si así fuera a contenerlas—. Eres una desgraciada, Roz, y me has abochornado profundamente. No sé si alguna vez seré capaz de...

George abrió los ojos.

Nos estaba mirando con expresión de perplejidad. Intentaba decirnos algo, y no entendía por qué las palabras no le salían como era debido.

Al intentar llevarse la mano a la boca, se dio cuenta de que había algo extraño allí. Frunció el ceño cuando tocó el tubo respirador.

Me abalancé hacia él.

—No intentes hablar, cariño —dije—. ¿Estás bien?

Y asintió.

No estaba asustado. Solo parecía contento de verme, como cuando despertaba de niño. Abría los ojos y al verme al lado de la cuna me ofrecía una enorme sonrisa de alegría soñolienta, como diciendo: «¿Has estado ahí todo el rato?».

—George, ¿sabes dónde estás? —preguntó Petra con voz trémula—. ¿Recuerdas algo?

Le puse los ojos en blanco y le dije que le dejara un momento para orientarse.

A Petra se le nubló el gesto.

George parpadeó, y fue evidente que intentaba deducir qué estaba ocurriendo.

Miró hacia abajo y ladeó la cabeza al ver el fijador en torno a la pierna.

Le susurré a Petra:

—Avisa a los enfermeros de que ha despertado.

Petra asintió antes de salir a toda prisa.

Me agaché a su lado.

—George. Estás en el hospital. El tubo que tienes en la boca es para ayudarte a respirar. ¿Lo ves? —Y seguí el tubo con el dedo, lentamente, hasta donde estaba conectado al respirador—. Eso respira por ti. ¿Lo oyes? —George sonrió, y dije—: Ya sé. Qué guay, ¿eh? —Lo observó un momento y luego me miró a mí—. Tienes la pierna bastante mal. Por eso te han puesto todo ese metal. Es para sujetar los huesos fracturados. ¿Te duele?

Se quedó mirando la pierna, como si intentara descifrar si aquello era doloroso o no. Luego me miró y me comunicó que no.

—Te han dado medicamentos para eso —expliqué—, para que no te moleste.

Le dije que me alegraba de que hubiera despertado. Le dije que había estado un poco sola sin poder hablar con él. Le dije que su padre vendría luego, pero había tenido que ir un momento a casa para coger unas cosillas que yo necesitaba. «Volverá enseguida», le aseguré. George estaba bastante medicado y pasivo, y esperaba que siguiera así.

—¡Vaya, qué tal! —dijo una voz a mi izquierda.

Kyle, el enfermero, estaba a los pies de la cama, todo sonrisas, y le dijo a George que era mucho más guapo ahora que tenía los ojos abiertos. George se mostró tímido.

—¿Se le puede retirar el respirador? —pregunté, y Kyle dijo que sí, ahora que estaba consciente, aunque era probable que se le siguiera suministrando oxígeno hasta que le retiraran los drenajes del pecho.

Le revolví el pelo a George y le dije otra vez que me alegraba de que hubiera vuelto en sí, y fue entonces cuando vi que le cambiaba la cara.

—¿Estás bien? —pregunté.

Se me quedó mirando, con la mirada salvaje y temerosa, antes de intentar moverse.

—¿Qué pasa? —dije—. George, tienes que quedarte quieto. ¿Qué ocurre? ¿Te duele en algún sitio?

Petra intentaba tranquilizarlo, diciendo «No pasa nada, no pasa nada», una y otra vez, pero George se quedó rígido en la cama. Lo primero que pensé fue que tenía algo que ver con una lesión craneal. El cerebro se le estaba inflamando y estábamos

presenciando los preliminares de un ataque. Me volví hacia el enfermero, pero no me pareció muy preocupado.

—¿Estás recordando lo que pasó, George? —le preguntó en voz suave, y George asintió repetidamente, más asustado a cada segundo que pasaba.

Me acerqué más.

—Tuviste un accidente —dije.

No hubo respuesta.

—George, te atropelló un coche.

Y negó con la cabeza como si no lo pudiera recordar. Parecía frustrado y aterrado a partes iguales.

Luego intentó hablar:

—Foxy.

Tenía seis llamadas perdidas de la inspectora Aspinall, junto con dos mensajes de texto en los que me pedía que me pusiera en contacto con ella lo antes posible. No tengo buzón de voz. No sé cómo activarlo. Para el caso, como si escribís un mensaje en un pedazo de papel y lo tiráis al lago.

Winston había vuelto al hospital, y los había dejado a él y a Petra con George mientras yo salía al pasillo y llamaba a Celia para averiguar qué había sido de Foxy.

Por lo que yo sabía, la perra estaba bien. No recordaba haberla visto aplastada ni herida justo después del accidente, pero también es verdad que no recordaba haberla visto en absoluto.

Eso no fue suficiente para tranquilizar a George. No conseguía calmarse, y poco después estaba tan inquieto y lloroso que el interno señaló: «Igual sería mejor llamar al dueño del perro, ¿no? Para ver si el animal está bien».

El pasillo estaba concurrido. Dos médicos jóvenes venían caminando hacia mí, con aire saludable y llenos de entusiasmo. Hay una regla no escrita en los hospitales según la cual los médicos llevan el estetoscopio al cuello, o a la vista, pero todos los demás que requieren estetoscopio —fisioterapeutas de cuidados respiratorios, enfermeros y demás— tienen que llevarlo en el bolsillo. Solo para que todo el mundo tenga claro su lugar en la organización general del tinglado.

Los médicos dejaron de hablar cuando pasaban y sonrieron con seriedad como muestra de respeto, pues estaba cerca de Cuidados Intensivos. Cosa que fue un detalle, a mi modo de ver.

Celia contestó al tercer tono.

—¿Celia?

—¡Roz! ¿Cómo es que llamas? ¿Cómo está? ¿Está bien? Ay, Dios mío, ojalá esté bien. ¿Cómo tiene la pierna? ¿Han conseguido salvarle la pierna?

—¿Estabas allí? —pregunté, un poco pasmada. No lo recordaba.

—Sí, estábamos allí. ¿Cómo se encuentra? ¿Cómo está George? Dios santo, Roz, dímelo.

—Está bien. La pierna se le curará, esperamos. La tiene bastante machacada.

Acaba de volver en sí y... ¿Celia...? Bueno, pregunta por Foxy.

—Ah, está bien.

—¿De verdad?

—Se hizo un esguince en el ligamento cruzado de la rodilla cuando intentaba volver a casa corriendo más rápido de lo que había corrido en años, pero eso no se lo digas a George. No hará más que preocuparse. Está bien, Roz. De verdad.

Dejé escapar un suspiro.

Puse a Celia al corriente de la situación y estaba a punto de ponerme en contacto con la inspectora y cargar las tintas sobre lo de George, pues era evidente por sus

mensajes que no estaba al tanto del accidente —¿es que los policías no hablan entre sí?—, cuando vi que Henry Peachey venía desde el lado opuesto del pasillo. Traía un ramo de flores en una mano y un grueso libro de bolsillo en la otra. Debía de ir camino de visitar a Nadine.

En ese momento no me había visto. Tenía la cabeza gacha, y me pregunté de pasada si debía meterme en Cuidados Intensivos para evitar la confrontación.

Pero para cuando hubiera pulsado el interfono y esperara respuesta, me habría visto.

No era que quisiese eludirlo. Me moría de ganas de hablar con él, de disculparme, de empezar a compensarlo. Pero algo en su manera de caminar hizo que me entrasen ganas de huir. Se echaba en falta su postura, por lo general erguida; no se apreciaba aquella manera confiada y firme que tenía de andar. Y, por primera vez desde que Nadine había estampado su coche contra mi hijo, sentí una intensa oleada de remordimiento por algo que no tenía que ver con George.

Mi hijo seguía aquí, y el de Henry no.

Me volví hacia él y, cuando me vio, se detuvo en seco. Le ofrecí una sonrisa más bien lánguida e inútil y esperé a que se acercase.

Por un momento, no lo hizo. Se quedó donde estaba y me miró como quien mira a una criatura que se ha topado medio descomponiéndose en el camino; algo que hay que esquivar, evitar.

Un celador que tiraba de una silla de ruedas hacia atrás por el pasillo le pidió a Henry que se apartara un poco para dejarle paso. Al parecer, eso le sobresaltó, y siguió andando hacia mí.

—Hola —dije.

—Hola —contestó, sin mirarme a los ojos.

—¿Cómo estás?

Eludió la pregunta y, en cambio, contestó:

—Tengo entendido que George salió mal parado. ¿Cómo se encuentra?

—Acaba de recobrar el conocimiento. Quería saber cómo estaba Foxy, así que...

Dejé las palabras en suspenso a la vez que levantaba el móvil para indicar que había llamado a Celia para averiguarlo.

Asintió, e intentó sonreír como para dar a entender «Sí, eso parece propio de George», pero su rostro no respondía de esa manera hoy. Dio un puntapié al suelo con la bota.

—Bueno... —empecé, pero me atajó.

—Tengo que irme, de verdad.

—Henry, espera. Necesito decirte una cosa.

Suspiró y miró pasillo adelante. En un momento de insensatez alargué el brazo hacia él, pero se apartó enseguida, como si hubiera notado una descarga.

—Disculpa —dije.

Disculpa: eso fue un error.

—Es un poco tarde para todo esto, Roz —dijo con franqueza—. Siento mucho lo que le pasó a George. Y me alegro mucho de que esté mejorando. Pero en realidad no tengo interés en escuchar lo que tengas que decir. Le has destrozado la vida a Nadine. Me hiciste quedar como un auténtico idiota. Prefiero no tenerte cerca, si no te importa.

—Henry, escucha. Entiendo que no quieras verme ahora mismo, pero tengo que decirte una cosa. No estaba teniendo una aventura con Scott. Eso sencillamente no es verdad. ¿Eso que ocurrió en la fiesta? Bueno, no sé a qué venía todo eso. Pero no teníamos una relación y desde luego no estábamos enamorados.

No contestó. Tras un minuto de silencio, dijo:

—¿Eso es todo? ¿Eso es lo que querías decirme?

—Me sentía muy bien contigo, Henry.

Levantó los ojos al techo.

—No —continué diciendo—. De verdad. No te estaba dando falsas esperanzas.

—Así que, por lo que dices, no te estabas acostando con Scott, ¿no es eso?

Bajé la voz.

—Teníamos un acuerdo —dije.

—Un acuerdo —repitió sin entonación.

—Por el que Scott me pagaba. No es una excusa en absoluto, pero tienes que saber que no hice lo que hice por gusto.

—¿Estás diciendo que te obligó?

—No —tartamudeé, incapaz de hacerme entender—. Me vi obligada por las circunstancias. Te fuiste de la fiesta antes de que tuviera ocasión de explicar nada de esto. Y, si lo recuerdas, intenté eludir nuestras citas, porque no quería que tú...

—¿Qué? ¿Que me enterase? Estabas con él aquella vez que te vi en el hotel cerca de Lancaster, ¿verdad?

Asentí.

—Fue la primera vez —reconocí—. Oye, no quería hacerte daño. No esperaba sentir nada por ti. Supuse que saldríamos una vez, aplacaríamos a Nadine, y luego lo dejaríamos correr. —Hice una pausa—. No esperaba que fueses tú, Henry. No esperaba que me gustaras como me gustaste.

Me pareció ver que su mandíbula se relajaba un poco al oírlo, así que señalé con un gesto el libro de bolsillo y pregunté «¿Qué estás leyendo?», para aligerar la situación.

— *Ana Karenina*.

—¿Es bueno?

—Ya lo había leído. Hay mucho menos adulterio y mucha más agricultura de lo que recordaba.

Sonreí.

—Henry, escucha, ya sé que estás dolido. Sé que estás profundamente dolido y humillado. Pero necesito que tengas claro que el asunto con Scott empezó antes de

conocerte. Y que lo hice por dinero. Así de sencillo. Tú mismo dijiste que se podía hacer prácticamente cualquier cosa por dinero si no era más que dos días a la semana. No estoy excusando lo que hice. Pero una vez que empezaron a quedar atrás los problemas de dinero, le puse fin. Y estaba desesperada. Iban a desahuciarme. No lo habría hecho de no ser así.

Hubo un momento tenso de silencio durante el que me pareció que Henry sopesaba mis palabras, y pensé que se había ablandado un poco.

Al final habló:

—Eso es lo que dijo que dirías.

—¿Qué?

—Scott —explicó—. Dijo que dirías eso.

—Henry, no entiendo a qué te refieres.

—Scott vino a verme antes de marcharse...

—¿Antes de marcharse adónde?

Henry se encogió de hombros.

—Ni idea. Las Galápagos, a mí qué me importa. Nadine desde luego no quiere ni verlo. Se largó ayer.

—¿Qué dijo, Henry?

—Dijo que ese cuento que ibas soltando, acerca de que te pagaba por acostarte con él, no era más que eso, un cuento. Dijo que habías instigado la aventura la primera vez que fue a que le tratases el codo. Dijo que te había seguido la corriente porque le parecías atractiva y no pudo negarse.

Me quedé boquiabierta.

—Scott dijo que eras una cazafortunas —continuó—. Dijo que no dejabas de darle la lata para que te hiciera regalos, pendientes y joyas y demás, y quizá lo considerabas una salida para el embrollo económico en el que estabas. Dijo que le pediste un préstamo.

—¿Y le creíste?

—¿Por qué no iba a creerle? Ha sido una mentira tras otra contigo, Roz. Y desde luego tiene más sentido que la posibilidad de que fueras una especie de chica de compañía. Lo siento, pero eso no me lo trago.

Me quedé allí, aturdida.

—Mira —dijo—, no te guardo rencor. Pero ya he pasado por bastante mierda estos últimos años, y si te parece bien, prefiero no volver a hacerlo.

—Espera —repuse—. Por favor, Henry, espera. Sé que piensas que ojalá hubiera sido cualquier otro en vez de Scott, que me hubiera liado con cualquiera en vez de con él...

Y me interrumpió.

—No, Roz —dijo con suavidad—. Me da igual lo que haga Scott. No me ha importado nunca. Eras tú. No quería que tú te liaras con nadie más. Cualquiera menos

tú. Estaba enamorándome de ti, y ahora tengo que mantener las distancias si quiero tener la menor oportunidad de aclararme las ideas.

Se fue. Y me quedé siguiéndolo con la vista a medida que se iba haciendo más pequeño pasillo adelante, antes de desaparecer.

Al día siguiente habían desconectado a Henry del respirador, le habían retirado los drenajes del pecho y lo habían trasladado al pabellón de pediatría, donde permanecería hasta que le dieran de alta del Hospital General de Furness.

Tendría que someterse a una serie de operaciones debido a la lesión por aplastamiento en la pierna, para cerrar la herida, para ajustar el fijador externo, pero, tal como estaban las cosas, se encontraba mejor de lo que podríamos haber imaginado. En la zona de la fractura no había ninguna infección y tenía los pulmones en perfecto estado. Se le veía de buen ánimo. Me maravillaba la capacidad de resistencia que tienen los niños. Al pasear la mirada por el pabellón se veía miedo, preocupación, agotamiento en el rostro de todos los padres. Pero ¿los niños? Todos parecían tan tranquilos, como si fuera su aventura más reciente. George se hizo amigo de un chico llamado Lucas, al que también le gustaban mucho los Pokémon, y pude dejarlo en manos de Winston unas horas mientras iba a la comisaría de Kendal para que me tomaran las huellas dactilares y una muestra de saliva. Era voluntario, se entiende, pero hicieron hincapié en que si no pasaba por ese trámite se me consideraría automáticamente sospechosa.

Habían llegado los resultados de la autopsia, y ahora se sabía que Wayne había sido estrangulado.

Sentí náuseas al pensar en sus últimos momentos, pero ya no tenía miedo.

Estar a punto de perder a tu hijo tiene ese efecto. En cambio, me sentía como atontada. Les facilité una muestra de ADN, mi actitud tranquila y serena, porque ya había pasado lo peor. Si volvían a llevarme a rastras a comisaría cuando contrastaran las huellas y encontraran restos de mí en el cadáver de Wayne, que así fuera.

¿Parece que estoy trivializándolo? Supongo que así era, hasta cierto punto.

Igual estaba escondiendo la cabeza, pero tenía la sensación de que la muerte de Wayne estaba al final de una larguísima lista de cosas que requerían mi atención.

Así pues, hice lo que me pedían, ciñéndome una vez más a mi versión de que no había estado nunca en su casa, y les deseé suerte con la investigación. Les dije a los inspectores que esperaba que encontraran al asesino y se le hiciera justicia a Wayne. En el caso de que volvieran con pruebas de que yo mentía, les soltaría la verdad. Pero no antes. Ahora mismo no podía enfrentarme a las horas de interrogatorio que tendría que afrontar, no con George en cama y en el estado en que se encontraba. Me necesitaba. Tenía que estar con él. No podía ser detenida.

Una mentira tras otra, había dicho Henry.

Sí. Eso más o menos lo resumía. Scott también había comentado una vez que tenía facilidad para mentir.

No resulta fácil contemplar tu vida y darte cuenta de que tienes absolutamente toda la culpa de que te fuera como te fue. Todos esos embustes fueron sin duda los

que pusieron a Nadine al volante, los que pusieron a George delante del coche de Nadine, los que hicieron que Henry se largase antes de que yo pudiera seguir destrozándole la vida.

Y, ahora, nadie creía nada que tuviera que decir. No se lo podía reprochar precisamente.

Dos días después George seguía por el buen camino. Aún tenía bastante dolor, pero se las apañaba para echarle valor y no quejarse. Cuando recibió una tarjeta de sus compañeros de clase deseándole que se recuperase pronto, aseguró que ya no quería mudarse y cambiar de escuela. Echaba de menos a sus amigos, y lo arreglamos para que vinieran un par a visitarlo al hospital al día siguiente.

Junto con la tarjeta de sus compañeros, también llegó una carta de disculpa de la escuela, asegurando que habían acusado a George por equivocación de haber cogido los muñequitos de Pokémon.

Por lo visto, después del accidente de George, un niño angustiado confesó haber sido él quien los dejó dentro de la mochila de George. Lo había hecho como venganza porque George había dicho que su fiambarrera del almuerzo era infantil, y ahora el asunto estaba solucionado.

Winston y yo decidimos que George estaba lo bastante bien para que pasara la noche sin compañía, así que volvimos a Hawkshead, donde llevé mi coche al taller. Iríamos a Barrow en la camioneta de Winston todos los días mientras no estuviera arreglado mi coche. Y puesto que la oficina central me había concedido dos semanas de baja, no necesitaba un vehículo más que para visitar a George.

El segundo día recibí una llamada. Querían que fuera al taller a hablar de un asunto. «Eso suena a caro», comenté, y se hizo un silencio pétreo en el otro extremo de la línea.

Brian, el dueño del taller, era un antiguo compañero de colegio de mi padre.

Tenía cuatro hijos, tres de los cuales trabajaban con él. El otro había sido atropellado por un conductor drogado hacía quince años en la A590 mientras le cambiaba la rueda del coche a una embarazada. Ahora Brian bebía de tapadillo durante el día de una vieja petaca que llevaba en el bolsillo de su mono azul marino, y aunque se le seguía considerando fiable a la hora de arreglar motores, no se le permitía nunca ponerse al volante de un coche. Se veía a sus hijos llevándolo de aquí para allá, dejándolo donde tuviera que ir.

—¿Qué tal le va a tu padre últimamente? —preguntó Brian cuando entré.

La oficina estaba sembrada de papeleo, pinzas y tazas vacías. Había un calendario de Cliff Richard en la pared y lo habían pintarrajeado poniéndole a Cliff una barba a lo menonita, de esas sin bigote.

—Está bien —contesté.

Brian sabía lo del dinero que había perdido yo y el motivo por el que se mudaron mis padres. Pero si tenía alguna opinión, no la aireó.

—Hace una buena temporada que no lo veo —dijo.

—Oí que has tenido otro nieto, Brian. Esta vez una chica, ¿eh?

Se sonrojó de orgullo, metió las manos en los bolsillos y se apoyó sobre los talones.

—Sí —contestó—. Una cosita diminuta. Pero agarra bien fuerte.

—Eso está bien —comenté—. ¿Qué nombre le han puesto?

Frunció el ceño.

—Algo extranjero. Ahora no lo recuerdo.

Meneó la cabeza, sonriendo o bien por su incapacidad para recordarlo, o bien por su nuera, que le estaba complicando la vida más de lo necesario.

—Bueno, ¿a cuánto asciende el estropicio, Brian? —pregunté.

Hojeó unas facturas, levantó el documento y entornó la mirada.

—Doscientas ochenta y siete, IVA incluido.

Hice una mueca de dolor.

—¿Qué hice exactamente?

Me lanzó una mirada divertida.

—¿De verdad quieres que te lo explique?

—Lo cierto es que no.

—Se estropeó la sección central del tubo de escape. Pero no te he hecho venir por eso.

—¿Ah?

Asintió y guardó silencio un momento mientras señalaba un objeto manchado de barro más o menos del tamaño de una calculadora de bolsillo. Estaba encima de un trapo mugriento en su mesa.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Dímelo tú —repuso.

—No tengo ni idea.

—¿Cuánto hace que tienes este coche, Roz? —indagó.

—Cuatro o cinco años, ¿por qué?

—¿Cuándo fue la última vez que lo trajiste al taller?

—Le cambiaste la cadena de distribución hará unos tres meses. Y le pusiste dos neumáticos nuevos.

—Si hubiera estado entonces, lo habríamos visto —dijo—. Eso seguro.

—Brian, me estás preocupando. ¿Qué ocurre?

—Es un localizador.

Fruncí el ceño, confusa.

—¿Un localizador?

Brian se encogió de hombros.

—Es un localizador. No sé de qué otro modo llamarlo. Le indica dónde estás a alguien que quiere saber dónde estás.

—¿Es legal?

—¿Sabes qué? —dijo—. No sé la respuesta, pero yo diría que no. ¿Has tenido a alguien siguiéndote por ahí?

—No que yo sepa.

—Bueno, este trasto funciona y envía una señal, conque...

Dejó las palabras en suspenso y observó mi cara mientras procesaba sus palabras.

—Harías bien en contárselo a la policía —concluyó.

Conduje hasta la orilla del lago para sopesar mis opciones. Todavía era temprano, así que no tuve problemas para aparcar. No había mucha gente, aparte de algunos que paseaban al perro y madres de aspecto pálido con niños pequeños sujetos con arnés o empujando cochecitos, provistas de bolsas de comida para patos. Tenían la cara demacrada por la falta de sueño y parecían al borde de las lágrimas ante la perspectiva de pasar así otras doce horas enteras. Mientras las observaba, me remonté a la época de mi vida en que pasaba varios días seguidos a solas con George porque Winston se había ido a alguna parte.

Para entonces habíamos entrado en un ciclo destructivo del que por lo visto no podíamos salir. Yo le regañaba por la frecuencia y duración de sus ausencias, a lo que Winston respondía no volviendo a casa en absoluto, lo que me llevaba a regañarle más, y luego de pronto, casi de la noche a la mañana, me había convertido en una mujer que nunca había pensado que sería.

Pero me voy por las ramas, porque sé lo que estáis pensando.

Estáis pensando: ¿cómo es posible que no lo supiera?

Hasta que vi el localizador, solo estaba al tanto de una ocasión en que me hubiera seguido Scott: la clase de natación de George en el hotel. Ahora que lo pensaba, caí en la cuenta de que Scott me siguió hasta allí con ayuda del dispositivo.

Naturalmente, era una especulación. Pero tenía que ser Scott. ¿Quién más iba a hacer algo así?

Me miré las manos sobre el volante y vi que me temblaban.

¿Qué clase de bicho raro sigue a mujeres? ¿Qué clase de bicho raro rastrea todos sus movimientos, observándolas desde el ordenador en su casa?

Se me cerró el estómago.

Si lo que pensaba era verdad, Scott era capaz de mucho más de lo que podría haber imaginado. Corría peligro, y tenía que hacer algo.

Saqué el móvil del bolsillo. Consulté la lista de llamadas entrantes, respiré hondo para calmarme y pulsé el botón de llamada.

Cuando contestaron, dije:

—Tenemos que hablar.

—Señora Toovey, ¿quiere venir por aquí?

Me levanté y seguí al joven.

—Hoy hace otra mañana preciosa —dijo, y contesté que sí, la hacía—. Hemos tenido mucha suerte con el tiempo este año, ¿verdad? —comentó, y una vez más asentí.

Se detuvo un poco más adelante y me pidió que esperase dentro del último despacho a la derecha.

—¿Le apetece beber algo? —preguntó—. ¿Té? ¿Agua?

—Agua, gracias.

—Desde luego —dijo, y dio media vuelta en el sitio, lo que me llevó a preguntarme si no habría recibido entrenamiento militar.

Me vi obligada a esperar más de una hora. Los minutos iban pasando lentamente y el ambiente en el despacho estaba cada vez más cargado. Notaba las palmas de las manos sudorosas, tenía el cuero cabelludo caliente y me picaba, y mi actitud general pasó a ser la de una gata asustadiza. Estaba a punto de salir, poniendo alguna excusa en la entrada, cuando se abrió la puerta y entró la inspectora Aspinall tan tranquila. Venía acompañada de otra policía de paisano a la que yo no conocía y que me presentó como la agente Hannah Gidley.

La agente Gidley rondaba los treinta años, era pelirroja y tenía la piel lechosa pero con zonas subidas de color en las mejillas, los lóbulos de las orejas y la punta de la nariz. Se apreciaba cierta tersura en su piel, amabilidad en sus ojos.

Era más maestra de guardería que agente de policía, y cuando me sonrió me sentí de inmediato menos nerviosa.

—Ha venido a hacer una declaración —comenzó la inspectora Aspinall.

—Así es —repuse.

—¿Le importa si le pregunto por qué ahora?

—Ha surgido algo —dije—. Algo que... probablemente será más fácil si hago la declaración.

La inspectora Aspinall asintió en conformidad. Si había despertado su interés en absoluto, lo disimuló. Cruzó unas palabras en voz queda con la otra policía e indicó que estaba lista para que yo comenzara. Cuando vacilé, dijo «Soy toda oídos, señora Toovey», como quien está harta y hastiada, y me pregunté si se las verían con mucha gente que les hacía perder el tiempo. Quizá yo solo fuera una más en una larga lista.

—Pensaba que ya se habrían puesto en contacto conmigo a estas alturas —dije, mirando a la inspectora Aspinall.

—¿Por...?

—Por las huellas dactilares, ¿no? ¿Y la muestra de ADN?

Me miró con cara de no entender.

—Señora Toovey —dijo—, no nos ponemos en contacto con nadie para decirle que ha sido descartado de una investigación.

¿Descartado?

—Un momento. ¿Quiere decir que no encontraron ninguna huella mía en casa de Wayne?

—Así es —dijo lentamente, alargando las palabras mientras adoptaba una expresión de perplejidad—. ¿Tendríamos que haberlas encontrado, señora Toovey?

Bajé la cabeza. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Mis huellas estaban por todas partes en esa habitación. En el acuario. La mesa. El alféizar.

La inspectora Aspinall esperó a que contestara y, cuando no lo hice, relajó los hombros, recostando todo su peso contra el respaldo de la silla como si pensara que íbamos a pasar allí un buen rato.

—¿Por qué no empezamos por el principio? —sugirió.

Así pues, eso hice. Justo por el principio.

Le expliqué cómo había perdido mi primera consulta, lo de las deudas contraídas por Winston, lo de que había estado otra vez al borde de la bancarrota.

Le expliqué mi situación general en las semanas que precedieron a la desaparición de Wayne.

Le hablé a la inspectora Aspinall de mi primer encuentro con Scott Elias y cómo se había presentado en mi sala de tratamiento unos días después para hacerme una propuesta. Bosquejé cómo esperaba él que funcionara el acuerdo y vi que la inspectora Aspinall y la agente Gidley cruzaban miradas furtivas, a todas luces divertidas por lo que había ocurrido pero manteniendo al mismo tiempo un aire profesional. No hicieron ningún comentario sobre esta parte salvo cuando la agente Gidley me pidió que deletreara el apellido de Scott.

Les dije cuánto dinero había cambiado de manos y cómo al principio me pagó en efectivo, pero con el tiempo eso cambió. Y les conté cómo Wayne había querido aprovecharse de la situación y me estaba chantajeando.

Al oírlo, las dos se sentaron más erguidas en sus sillas.

—¿Wayne Geddes quería sacarle dinero? —inquirió la inspectora Aspinall.

Negué con la cabeza.

—Quería sexo —dije.

—¿Por dinero? —preguntó.

—Gratis —repuse—. Wayne me dijo que si no hacía lo que me pedía, revelaría lo que había estado ocurriendo entre Scott y yo y me quedaría sin trabajo. No podía permitirme el lujo de ponerlo a prueba, conque accedí a hacerlo.

No les conté la otra parte. La de que Wayne me amenazó con informar a la policía de que yo había estado robando dinero a la empresa.

—¿Dónde tuvo lugar ese encuentro? —preguntó la inspectora Aspinall.

—En casa de Wayne.

Asomó a su cara un destello de aversión.

—¿Cuántas veces ocurrió?

—Una. El sábado por la noche. Aunque, al final, Wayne tuvo un problemilla y no pudo hacerlo. Y entonces le entró pánico y me dejó inconsciente de un golpe, y acabé quedándome allí unas dos horas.

—¿Sufrió heridas? —preguntó.

—Un buen golpe en la cabeza. Pero no fui al hospital.

—De acuerdo, pero según su primera declaración, dijo que la última vez que vio a Wayne fue el viernes, después de trabajar. ¿No es así?

—Sí, eso dije, pero mentí. Habrían querido saber por qué estaba con Wayne, y no quería decírselo. Pero recuerde que en aquel momento yo no estaba al tanto de que hubiera desaparecido. De que estuviera muerto. Así que no creí que una diferencia de un día tuviera mucha importancia en la investigación.

Asintió.

—De acuerdo —dijo—. Bien, volviendo a mi pregunta anterior, ¿por qué ahora? ¿Qué ha cambiado para que sienta la necesidad de sincerarse?

—Dos cosas —dije—. El acuerdo secreto que tenía con Scott ya no es un secreto.

La inspectora Aspinall frunció el ceño, incapaz de ver a estas alturas qué relación tenía con Wayne que yo me acostara con Scott por dinero.

—Y luego está esto —dije.

Saqué del bolso el dispositivo localizador, que había envuelto en una bolsa de plástico, y se lo pasé por encima de la mesa.

—Lo encontré debajo de mi coche. Alguien ha estado siguiendo mis movimientos. Alguien sabía que yo estaba en casa de Wayne aquella noche y probablemente me siguió hasta allí.

La inspectora Aspinall le dio la vuelta en la mano y leyó el número de serie.

—No debería costarnos mucho esfuerzo averiguar dónde lo compraron —le dijo a la agente Gidley.

—Creo que lo fabricó Scott Elias —señalé—. Tiene una empresa de electrónica. Creo que producen dispositivos así.

—¿Está diciendo que cree que fue Scott Elias quien puso el localizador y la siguió hasta allí?

—Eso creo, sí.

—¿Tenemos sus huellas dactilares? —le preguntó a su colega.

—Tengo que comprobarlo —respondió la agente Gidley.

La inspectora Aspinall guardó silencio, dándole más vueltas al localizador entre las manos, sopesando, supuse, posibles escenarios. Contuve el impulso de decirle que creía que Scott podía ser el responsable de la muerte de Wayne, porque estaba muy claro por su forma de conducirse que la inspectora Aspinall solo trabajaba con hechos.

—Qué curioso —dijo con aire abstraído, como para sí misma—. No había visto nunca uno de estos. Naturalmente, no podemos saber con seguridad que lo colocaron

debajo de su coche antes de la muerte del señor Geddes, y además me pregunto: ¿por qué iba a tener Scott Elias necesidad de seguirla a usted en particular, señora Toovey?

Me encogí de hombros.

—Solo puedo hacer suposiciones al respecto. Se volvió bastante posesivo.

—¿Llegó a ponerse violento?

—Creo que estuvo cerca más de una vez. Me agarraba más fuerte de lo necesario y cosas así. E intentó forzarme sexualmente una vez, aunque no llegó hasta el final.

—¿La amenazó a usted o a su familia?

Negué con la cabeza.

—La verdad es que no. No hizo ninguna amenaza directa.

—¿Tiene antecedentes de maltrato doméstico, que usted sepa?

—El hermano de su mujer mencionó que tenía un temperamento oscuro.

—¿Alguna vez le habló de ello su esposa?

—No.

—Entonces, cuando habla de comportamiento «posesivo», ¿a qué se refiere exactamente? —indagó.

Debió de endurecerse el gesto de algún modo porque se inclinó un poco hacia delante y dijo:

—No dudo de usted, señora Toovey, pero me gustaría saber con qué estamos lidiando exactamente.

Suspiré.

—Ya sé lo que parece —dije—. Cree que estoy paranoica. Cree que me he estado acostando con un tipo rico que ha estado vigilando mis movimientos y ahora de pronto me he vuelto irrazonable, se me ha ido la pinza e imagino que es responsable de todos los crímenes cometidos en la zona.

—No creemos eso, señora Toovey.

—Sí, bueno, yo sí lo creería en su situación. No tengo ninguna prueba de que Scott Elias estuviera implicado en la muerte de Wayne. Estuve en esa casa y no se encontraron huellas mías. No puedo explicar por qué. Lo que he venido a hacer es contarles la verdad tal como la conozco. Es cosa suya decidir si hacen algo al respecto. No pretendo decirles cómo hacer su trabajo.

La inspectora Aspinall sonrió.

—Se lo agradezco —dijo.

—Cuando intenté poner fin al acuerdo con Scott, cuando estaba intimando con un hombre al que acababa de conocer, Scott intentó convencerme de que lo dejara estar.

La inspectora Aspinall esperó a que continuara.

—Al negarme yo, reveló nuestro acuerdo a su esposa y sus hijos, diciendo que estaba dispuesto a perderlos para que me quedara con él. Aun así, me negué, y me advirtió de que si él no podía tenerme, nadie más podría.

—Lo que ahora le lleva a pensar que quizá se enteró de lo suyo con Wayne y también le puso fin.

—Exactamente —dije.

La inspectora Aspinall resopló.

—Es una historia interesante, desde luego —reconoció.

—Cree que es inverosímil.

—Yo no he dicho eso —repuso sin alterarse—. Pero lo que le prometo, señora Toovey, es que con toda seguridad lo investigaremos. Y si hay alguna novedad se lo haré saber lo antes posible.

—Gracias —contesté, pero me di cuenta de que la había perdido—. Hay otra cosa —añadí—. Pero antes de abordar este siguiente asunto, quiero decirle que tengo a mi hijo en el hospital en estos momentos y está...

—Estamos al tanto del accidente de su hijo —repuso con amabilidad.

—Bueno, espero que lo tenga en cuenta a la hora de decidir si...

Hice una pausa, planteándome la mejor manera de formular lo siguiente.

—¿Detenerla por prostitución? —sugirió.

Asentí.

Miró a su colega, haciéndole lo que debía de ser alguna seña imperceptible, porque la agente Hannah Gidley dejó el bolígrafo junto a sus notas.

—No es ilegal, señora Toovey —dijo.

—¿Ah, no? —pregunté, asombrada.

—No la clase de prostitución que estaba ejerciendo usted. Pero haga el favor de recordarme cómo le pagaba Scott Elias esos encuentros.

—La primera vez, me pagó en efectivo —dije—. Y las citas posteriores, le presenté una factura y se la envié directamente a su empresa.

—¿O sea que su empresa cubría el coste del tiempo que pasaban juntos?

—Eso es.

—Qué interesante —dijo otra vez.

Transcurrieron dos semanas, y nada. Ni llamadas de la policía. Ni detención. Ni rumor alguno de que Scott hubiera sido interrogado siquiera.

Había estado tan confiada, tan plenamente segura de que mi declaración tendría consecuencias... Pero no.

Y para colmo de males, según Petra, Scott había vuelto a la casa familiar después de convencer a Nadine de que no habíamos tenido más que un rollo absurdo, un rollo que ahora lamentaba con amargura. Estaba profundamente avergonzado de su comportamiento y lo achacaba a un momento de locura en presencia de una depredadora, según dijo.

Era labia de político para apaciguar a las masas. Y lo asombroso era que parecía haber dado resultado. Scott se disculpó con todos los implicados. Se había portado mal, dijo, y por lo visto todo el mundo coincidió en pensar: «Qué demonios, hasta los mejores cometen errores a veces». Nadie es perfecto.

Al final, cuando ya no pude esperar más, llamé a la inspectora Aspinall. Se mostró evasiva, y me informó de que no podía comentar nada acerca de la investigación en curso sobre la muerte de Wayne Geddes, asegurándome que, en cuanto se llevase a cabo alguna detención, se me pondría al tanto.

—¿Así que no han averiguado nada que relacione a Scott Elias con la muerte de Wayne? —le pregunté a voz en grito por teléfono.

Scott prácticamente había estado acosándome y ella se comportaba como si estuviera siendo boba e irracional.

—Todas las líneas de investigación siguen abiertas, señora Toovey —me aseguró.

—¡Pero tienen que hacer algo!

—Le aseguro que lo estamos haciendo.

No sirvió de nada. Era como si hubieran descartado mi declaración en cuanto salí por la puerta de la comisaría, quizá sin haberse tomado siquiera la molestia de hablar con Scott.

Tendría que haber acudido a otro inspector. Tendría que haber prestado declaración ante alguien que me tomara en serio. Ahora lo lamentaba.

—Déjalo correr —me aconsejó Petra, cuando me quejé de que no estaban haciendo nada.

—No puedo dejarlo correr.

A estas alturas, le había contado a Petra todo el asunto de Wayne. Había decidido que era hora de poner fin al ciclo de mentiras. Pero Petra era de la opinión de que lo que había hecho que Wayne acabara muerto en ese frigorífico era con toda seguridad el resultado de sus propios actos. No creía ni por un segundo que tuviera nada que ver con Scott. «Eso es absurdo —dijo cuando le conté mi teoría—. Scott no sería capaz de nada parecido».

Ahora era miércoles por la tarde. Estábamos en la cocina de Petra, y aunque ella aún se mostraba glacial conmigo, por lo menos nos dirigíamos la palabra.

Petra estaba atravesando las distintas etapas de duelo por la pérdida de su amistad con Scott y Nadine. Parecía llegar a la fase de aceptación y, justo cuando yo creía que ya lo había superado, volvía otra vez a la etapa de negación. Quería que le explicara todos y cada uno de los detalles de «la aventura», como insistía en llamarla, del mismo modo que interrogaría una a su esposo sobre un antiguo amor. No deberías querer conocer los detalles, pero no puedes evitarlo. Es como arrancarse el contorno de una postilla. O como tocar algo muerto con un palo.

—¿Y dirías que disfrutaste? —me preguntaba, mientras rizaba el borde de la masa de una empanada de filete y riñones—. ¿Dirías que en el fondo lo disfrutaste?

—Fue sexo, Petra. Ya sabes lo que es eso.

—Le dijo a Nadine que solo os acostasteis una vez. Y Nadine va diciendo por ahí que tu cuento de que eras su amante por dinero no fue más que la invención absurda de una histérica desesperada.

—¿Ah, sí? —comenté en tono neutro, porque a estas alturas ya había renunciado a enfurecerme.

Se mordió el labio.

—¿Te escandalizó, pidiendo que le hicieras cosas extrañas? ¿Quería que... ya sabes?

—¿Ya sabes...? —repetí, arqueando las cejas, porque no lo sabía.

—No puedo decirlo —reconoció.

Y seguimos en ese plan.

George había sido dado de alta del hospital e iba a pasar los tres siguientes días con Winston. Le había dicho a mi ex que estuviera atento al Range Rover de Scott, por si acaso, y aunque Winston sin duda creía que estaba paranoica, me aseguró que no perdería de vista a George, cosa que no era difícil, porque George no podía ir muy rápido precisamente. Se movía bastante bien con unas muletas sujetas a los codos, y no tendría que volver al hospital hasta la semana siguiente, cuando estaba previsto que le ajustaran el fijador externo. Yo había vuelto al trabajo, y en mi ausencia habían contratado a una nueva administradora llamada Andrea. Era lista, eficiente y ya estaba sobre la pista de Gary, a quien obligaba a demostrar su eficacia como terapeuta y justificar la cantidad de sesiones que tardaba en curar una sencilla lesión. «Los pacientes no vendrán si no consigues que mejoren enseguida, Gary, —la oí casualmente decirle, y él asintió, y respondió—: Desde luego, desde luego». Después lo encontré señalando con círculos ofertas de trabajo en la sanidad pública en el último ejemplar de *Frontline*, leyendo con el ceño fruncido.

Los planes de poner en marcha mi propia clínica habían quedado arrinconados. Después del accidente de George, quedó claro que pensar que volvería a trabajar por mi cuenta había sido una falsa ilusión. Ser autónomo significa que no puedes ponerte nunca enfermo, cosa a la que, por alguna razón, tu cuerpo se aviene. El problema

surge cuando tienes hijos: a ellos no se les puede convencer de que no enfermen. O no sufran atropellos. A veces ocurren cosas y, como yo no tenía nadie a quien recurrir, la clínica se vería perjudicada y los pacientes se irían a otra parte. A regañadientes, le hice saber a Keith Hollinghurst que no podría aceptar el local en alquiler que me había ofrecido.

Había tenido que renunciar a mis sueños otra vez. Me sentía como si hubiera fracasado de nuevo. Y aunque estaba rodeada de gente —Petra, por ejemplo, que era capaz de parlotear felizmente sobre cualquier cosa, sobre nada en particular, llenando una habitación de ruido y conversación—, en las semanas que siguieron al accidente me sentía más intensamente sola que desde hacía muchos años.

Pensaba en el pobre Wayne, introducido en el frigorífico por la fuerza, sin que a nadie le preocupara en realidad cómo había llegado allí. Y me parecía que yo era la única persona con cierto interés en si encontraban o no a su asesino. Y sí, era el remordimiento el que se manifestaba, porque si estaba en lo cierto, lo metieron allí por mi culpa.

Decidí que, si no había ninguna novedad en las siguientes veinticuatro horas, volvería a comisaría y exigiría una explicación. Averiguaría a qué dedicaban exactamente el tiempo. Le debía a Wayne eso al menos.

Dos noches después volví a casa cuando el crepúsculo se convertía en oscuridad.

La inspectora Aspinall se había mantenido en sus trece en nuestra reunión de la víspera, sin revelarme nada mientras que al mismo tiempo me aseguraba que se estaba haciendo todo lo que se podía hacer. Y: «Por el amor de Dios, señora Toovey, ¿no podría dejarnos ya que sigamos con nuestro trabajo?».

La figura sentada a la mesa del comedor no era visible al principio, pues la casa estaba en penumbra.

Así pues, solo cuando crucé hasta la cocina y encendí la luz me detuve en seco y me di la vuelta para mirar.

Me quedé muy quieta. Noté un zumbido en los oídos. Una inmediata sensación de terror se apoderó de mi cuerpo.

—Hola, Roz —dijo—. Cuánto tiempo sin verte.

—¿Qué haces aquí, Scott?

—He venido a hablar. Creo que ya va siendo hora, ¿no?

—¿Has forzado la cerradura?

—La puerta de atrás estaba abierta.

No lo estaba. Sabía que no.

Fui a la cocina a comprobarlo. Había cristales en el suelo. Me planteé coger algo del cajón, un cuchillo, cualquier cosa, pero Scott ya estaba en el umbral detrás de mí. Me quedé de piedra. Me daba miedo respirar. Me daba miedo moverme.

—Te he echado de menos —dijo arrastrando las palabras—. Ven a sentarte.

Vamos a hablar.

Hice lo que pedía y volví hacia el comedor, sin quitarle ojo.

Nos sentamos uno frente al otro.

—¿Qué tal tu hijo? —preguntó—. George, ¿no? —continuó, como si fuera de lo más normal.

Como si no hubiera entrado en mi casa por la fuerza.

—Mejor —dije.

—Excelente. Me alegra oírlo. Excelente.

Me temblaban las manos. Scott miró hacia abajo, me vio entrelazarlas con fuerza y me lanzó una mirada de perplejidad herida, como si estuviera reaccionando de manera sumamente exagerada a su presencia.

—Lo vi en el hospital —dijo—. Se te parece mucho.

—¿Cómo? ¿Cuándo lo viste? ¿Cómo entraste allí?

—No fue más que un momento. Quería ver por mí mismo que estaba bien. No te preocupes tanto, Roz. Tuvimos una agradable charla. ¿No te lo dijo?

Me brotaron en el labio superior finas gotitas de sudor al pensar en lo que había hecho Scott.

Ir a ver a George. Sin que yo lo supiera. Dios mío.

—Scott —susurré—. ¿A qué has venido?

—El caso es que Nadine se siente fatal por lo ocurrido —dijo, haciendo caso omiso de la pregunta—. Le digo una y otra vez que fue un accidente. Que si no hubiera estado fuera de sí, no habría ido conduciendo tan temerariamente. Le digo una y otra vez que no tuvo más culpa que nosotros, ¿no te parece?

No contesté, y frunció el ceño, esperando.

—Scott, me estás asustando. ¿Has venido a hacerme daño?

Dejó escapar una sonrisa desganada y negó con la cabeza.

—Claro que no —repuso—. Yo nunca te haría daño. ¿Por qué iba a hacerte daño?

—Pareció genuinamente pasmado de que lo sugiriera—. Solo quiero hablar.

—¿De?

Se le tensó la mandíbula. Titubeó antes de continuar:

—Has ido otra vez a la policía —señaló.

—¿Me estás vigilando? ¿Sigues vigilándome? ¿Por qué? ¿Por qué me estás siguiendo?

Se encogió de hombros.

—He venido para pedirte que lo dejes estar —continuó—. Me gustaría mucho que no persigas eso que crees estar persiguiendo, sea lo que sea. No acabará bien, Roz. Y sería mucho mejor que te mantengas al margen.

—¿Ha hablado contigo la policía?

—Sí.

—Ah —dije.

—Pareces sorprendida.

—Creía que...

—Supusiste que en cuanto les facilitaras mi nombre y encontrarán en el escenario del crimen ADN que coincidiera con el mío, procederían a la detención, ¿no? Eso no ocurrirá —dijo con firmeza.

Una pausa.

—¿Por qué lo mataste, Scott? —pregunté con cautela—. ¿De verdad era...?

Levantó la palma de la mano para hacerme callar.

—La muerte de Wayne es lamentable —dijo con suavidad—, pero no tenía intención de hacerlo. No fui allí para hacerlo. ¿Por qué clase de animal me has tomado?

—¡No lo sé! —grité.

—Lo hice por ti.

—¿Por mí?

—Tuve que hacerlo.

—No, nada de eso, Scott. Y me gustaría mucho que te fueras. Quiero que te vayas ahora mismo.

Hice ademán de apartar la silla de la mesa para levantarme, pero alargó el brazo y me cogió por la muñeca.

—Quédate ahí —me ordenó.

Me sobrevino una oleada de miedo. Sentí náuseas.

—Me estás haciendo daño —dije, y al final, a regañadientes, aflojó un poco.

—Mira —aseguró—. No he venido a asustarte. He venido a pedirte ayuda. Quiero que dejes correr tu investigación, o lo que creas que es, y que nos dejes a todos seguir con nuestras vidas. Nadie saldría ganando nada si yo confesara lo que le pasó a Wayne.

Le miré fijamente. Me costaba respirar.

—¿Qué? —dijo a la defensiva—. ¿Qué quieres que haga exactamente? ¿Que diga que puse un localizador en tu coche, te seguí hasta allí, esperé a que te marcharas y luego maté a ese tipo? ¿Es eso lo que quieres? ¿Qué bien le haría eso a nadie, Roz?

Temblando a ojos vistas ahora, bajé la mirada. Cambié torpemente de postura en la silla e hice como que me acomodaba los vaqueros.

Scott puso los ojos en blanco.

—Pásame el móvil —dijo con hastío.

—¿El qué?

—El móvil, Roz. No vas a grabar esto. Pásamelo.

Hice lo que me pedía.

—Vamos a empezar de nuevo —dijo, una vez que lo hubo apagado.

Estaba atrapada. Me encontraba a solas con un asesino y nadie sabía que estaba aquí.

—No iré a... No iré a la policía —le dije, embarullándome con mis propias palabras—. Haré lo que tú quieras que haga. Pero por favor, Scott, quiero que te vayas.

—No hay problema. Eso es todo lo que te quería decir. Como he dicho, no se ganaría absolutamente nada, y creo que ya hemos sufrido todos bastante, ¿no?

Asentí, aturdida.

—Y, sinceramente, estarías perdiendo el tiempo —continuó—. No hay nada que me vincule a ese escenario del crimen. Tuve buen cuidado de ello. —Y luego dijo—: No se armó demasiado estropicio. No opuso mucha resistencia. Y no fue difícil limpiar mis huellas... ni limpiar tus huellas, Roz.

—¿Las mías?

Me miró, perplejo.

—No pensaste que te dejaría cargar con la muerte de Wayne, ¿verdad?

Maldita sea, Roz, cuando te dije que te quería iba en serio. Esto no es un juego.

Wayne explicó cómo se había dejado llevar por el pánico y te había dejado inconsciente de un golpe con el extintor. Dime: ¿qué habrías hecho en mi lugar?

¿Qué habrías hecho si a la persona a la que quieres le hubiera ocurrido eso?

Cualquier hombre decente habría hecho lo mismo. Cuando oí lo que te había hecho, simplemente no pude soportarlo.

—No tenías por qué asesinarlo.

—En realidad fue más bien un accidente. Y había circunstancias atenuantes.

Ese tipo me dice que te está follando...

—No me folló.

—¿Ah, no?

Negué con la cabeza.

—Ah, o sea que decía la verdad sobre eso. Bueno, aparte de eso, me dice que te ha hecho daño. Y luego me dice que te obligó a ir allí porque tiene pruebas de que has estado robando a la empresa.

—¿Te lo dijo? —pregunté.

—Bueno... —Hizo una pausa, sonriendo fríamente—. Igual eso se lo saqué a la fuerza. El caso es que yo no entendía cómo se te podía haber pasado por la cabeza siquiera hacer lo que hiciste con semejante canalla. Era insultante. Al principio no quería hablar. Por eso acabé echándole las manos al cuello. Solo quería asustarlo un poco. Pero luego, cuando me dijo lo que te obligó a hacer, tuve que impedir que volviera a respirar nunca más. Era necesario.

Me quedé mirándole fijamente.

—Me llevé el extintor —dijo—. Está manchado de sangre tuya, por cierto. Es una prueba de que estuviste en su casa y de que hubo un... problema. No iba a dejarlo allí para incriminarte, claro.

—¿Todavía lo tienes?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué lo guardas?

—Podría hacer que salga a la luz de nuevo. Y estaría encantado de volver a hablar con la policía. Contarles que Wayne te chantajeaba por el dinero. Creo que estarían

muy interesados. Desde luego es un móvil para que lo mataras.

—No estoy segura de que mi sangre en el extintor sea una prueba.

—Bueno, tendrás que correr ese riesgo —señaló—. Vete a saber qué conclusiones sacará la policía, ¿verdad? No me gustaría tener que hacer conjeturas. Sea como sea, seguro que les interesará saber que fuiste tú quien robó el dinero de la clínica. O quizá lidie con todo el asunto de otra manera. No debería ser muy difícil averiguar el paradero de George. Y, recuerda, ya nos conocemos.

Aguardó un poco mientras digería esa información. Me tenía acorralada. Si hacía lo que me pedía, no habría repercusiones. En caso contrario...

Alargó los brazos por encima de la mesa y me tomó las manos.

—Vuelve conmigo —susurró.

Me quedé mirándole. Intenté ocultar mi horror.

—¿Por qué no? —dijo, ofendido por mi reacción—. Estaba bien, ¿no?

Hacíamos muy buena pareja.

—Me pagabas, Scott.

—Ah, sí —convino, restando importancia a mi respuesta—. Hay otra cosa que he olvidado mencionar sobre nuestro amigo Wayne. Te habría obligado a hacerlo otra vez. Y luego otra.

—Le dejé claro a Wayne que solo lo haría una vez, y él accedió.

Scott hizo un pequeño movimiento de cabeza como si lo que acababa de decir yo fuera una tontería.

—Con alguien así —observó—, les das la mano y te cogen el...

—¿Te dijo que tenía pensado obligarme de nuevo? —pregunté.

—No tuvo que hacerlo.

Aparté mis manos de las suyas.

—Vete a casa, Scott. Ya has dicho lo que querías decirme. Haré lo que me pides. Me mantendré alejada de la policía, porque no tengo otra opción, pero es hora de que te vayas.

Asintió.

—Te echo de menos —dijo mientras se ponía la chaqueta.

Intenté sonreír. Intenté poner cara de «Sí, yo también te echo de menos, psicópata», al tiempo que me apartaba de él. Estaba loco. Loco de remate.

—No me odies —susurró—. Solo hice lo que hice para ayudarte. No soy una persona violenta. Lo que pasa es que los hombres como Wayne nunca dan el brazo a torcer. Te habría acosado eternamente. Te habría amargado la vida, y no te mereces algo así, Roz.

—No —dije en voz queda, con la cabeza gacha, tranquilizándole como mejor podía.

Con la chaqueta puesta, preguntó:

—¿Qué planes tienes ahora?

Como si acabáramos de tener una reunión profesional.

—Seguir como hasta ahora.

—¿No vas a montar esa clínica de fisioterapia por tu cuenta? Es una pena.

—No es factible, después de todo. —Yo estaba rondando la puerta de la cocina. Unos pasos, y podría salir corriendo por la parte de atrás—. Pensé que podría establecerme por mi cuenta —divagué—, pero... bueno, ya sabes cómo es eso.

—Déjame que te ayude.

—No es necesario, Scott.

—Mi oferta sigue en pie. No hace falta que trabajes en absoluto. Puedo cuidar de ti. Déjame que cuide de ti.

No contesté.

—¿Por qué no aceptas? —dijo, ahora furioso—. No veo qué problema hay. Alguien te ofrece ayuda, quiere hacerte la vida un poco más fácil, y tú se lo devuelves con una patada. ¿Por qué?

—Porque no puedes comprar a las personas, Scott —repuse—. No es normal. No es lo que hace la gente. De hecho, es jodidamente raro. De todos modos, ¿por qué me elegiste a mí?

—Yo no te elegí.

—Tengo la sensación de que me elegiste como parte de un complejo plan. Y ahora que no me ciño a ese plan, sea cual sea, prefieres destrozarme antes que dejarme ir.

—Ay, Roz —dijo, separando las manos—. No podemos elegir a quién amamos. El amor nos escoge a nosotros. Tengo tan poco control sobre lo que siento por ti como sobre las mareas, o el tiempo. Eso es lo que ocurre. No quiero quererte. No quiero ponerme en esta situación tan comprometida. Es lo que hay.

¿Amor? Se le había ido la pinza. ¿Quién paga por sexo esperando que esa persona se enamore de él? ¿Qué clase de iluso pirado hay que ser?

—Al principio me diste a entender que era todo cuestión de azar —dije.

—Repito: no tuve elección.

—¿Por qué no me abordaste como una persona normal? —pregunté—. ¿Por qué me ofreciste dinero? ¿Por qué no intentaste tener una aventura conmigo?

Dejó escapar una risotada breve, sarcástica.

—Te tiré los tejos y me rechazaste, ¿recuerdas? Tus principios eran demasiado sólidos para tener una aventura. Así que recurrí a lo que estaba a mi alcance.

Necesitabas dinero con desesperación, y yo lo tenía de sobra. Me pareció lo más lógico.

—Más vale que te vayas.

—Sí —dijo, pero no se movió—. No quiero que lo dejemos así —insistió—. No soporto pensar que me odias.

—No te odio —mentí.

—Ven aquí —dijo.

Me quedé donde estaba.

—Roz, no soy un monstruo.

Vino hacia mí y retrocedí un paso.

—Por el amor de Dios. ¿Qué te pasa? Te comportas como si... ¿Quieres que te haga daño? ¿Es eso? ¿Necesitas que te eche las manos al cuello, de modo que puedas justificar que soy un monstruo?

Guardé silencio. Aterrada.

Se me acercó a paso firme y me cogió la mano derecha. La apretó con fuerza entre sus dedos. Me quedé inmóvil, confusa.

—¿Estás segura? ¿Estás totalmente segura de esto, Roz? —gritó, doblándome el pulgar hasta donde alcanzaba la articulación.

—¿Qué haces?

Tiró de mí hacia la cocina y apoyó mi pulgar en la jamba de la puerta. Luego cogió el pomo con la otra mano, amenazando con estampar la puerta contra mi carne.

—¿Es esto lo que quieres? —me gritó.

—No lo hagas —gimoteé.

—¿Es esto lo que quieres que haga? ¿Poner fin a tu carrera de mierda?

—No —dije, ahora llorando.

Mis manos eran mis instrumentos. Me permitían ganarme la vida. Sin ellas, era prácticamente una inútil.

—Te pagué porque te quería —chilló—. No me quedó otra opción. ¡Así que no te atrevas a mirarme con semejante desprecio! ¡No te atrevas!

Apretó más fuerte. Ya no notaba los dedos.

—Podría acabar contigo ahora mismo si quisiera —amenazó—. Podría destruirte ahora mismo.

De pronto, estallé contra él.

—¡Bueno, pues hazlo! ¡Hazlo de una puta vez! ¡Si estás tan jodido de la cabeza que necesitas hacerlo, hazlo!

Y su respiración se volvió áspera y entrecortada.

Escudriñó mi rostro en busca de pistas, como si no lo entendiera.

—Necesitas ayuda, Scott. Estás trastornado. ¿No lo ves? ¿No ves en qué te has convertido? Eres un animal.

E intentó hablar, pero no pudo.

Era un hombre perdido. Un hombre a la deriva. Sin la menor idea de cómo había llegado hasta aquí.

DOS MESES DESPUÉS

Ahora estábamos a finales de octubre. Habían transcurrido casi tres meses desde el accidente de George, el atropello, y teníamos la jornada llena de citas en el hospital, visitas de amigos y cosas cotidianas que antes daba por supuestas. Esa noche, la noche que Scott irrumpió en mi casa, no me hizo trizas los pulgares como temí que iba a hacer. Como él mismo temió que iba a hacer. Y después de tenerme retenida durante lo que a mí se me hicieron horas, al final, Scott me soltó la mano.

Me miró con una tristeza honda, muy honda, y le dije que se había terminado.

Le dije que no le quería. Que nunca le querría. Y por muy fuerte que arremetiera contra mí, no cambiaría de parecer. Si quería perder la razón continuando acosándome, era cosa suya. Pero nunca podría convencerme de que lo quisiera.

Entonces ¿qué hice a continuación?

Me conduje con discreción y volví a la normalidad. Scott todavía me tenía con el agua al cuello, así que en realidad no tenía elección. Quizá alguien mejor que yo, más fuerte, con más recursos, alguien con más aguante, más resistencia, habría buscado la manera de llevarlo ante la justicia por la muerte de Wayne.

Pero yo había llegado a mi límite. Opté por dejarlo atrás y seguir adelante con mi vida.

George y yo llevábamos una vida sencilla. Después de esforzarme por cuadrar las cuentas y hacer un examen realista de los gastos domésticos (y una vez saldadas las antiguas deudas), vi que podía reducir las horas de trabajo. Les dije en la clínica que trabajaría veintiséis horas como máximo y que o lo tomaban o lo dejaban.

Lo tomaron.

Algo de lo que dijo Henry Peachey debía de haber calado en mí, porque descubrí que, con más tiempo a mi disposición, en realidad gastaba menos dinero. Estaba mejor preparada, y en lugar de que mi vida fuera un torbellino frenético en el que acababa cruzándome conmigo misma y derrochando dinero solo para ir tirando, disfrutaba de jornadas más razonables. Más tranquilas.

Disfrutaba haciendo las cosas más sencillas.

Winston y yo habíamos tenido una charla —la Charla— que llevábamos demorando ya mucho tiempo. Le dije que ya se le había acabado lo de tomarse las cosas tan a la ligera. Que si no era capaz de estar a la altura de sus responsabilidades como padre en el aspecto económico, me mudaría para estar cerca de mis padres, tan lejos que él vería mucho menos a George. Al final, le dije que necesitaba ayuda. Ya no podía seguir haciéndolo sola. Y Winston, siendo Winston, dijo: «Claro, Roz, no hay ningún problema». Como si, de habérselo pedido antes, hubiera accedido encantado.

Y al cabo, después de aplazarlo una y otra vez, escribí un email.

Es increíble hasta qué punto nos engañamos a nosotros mismos cuando tenemos que decir algo por escrito. De pronto, era de suma importancia que me ocupara del montón de ropa para planchar que llevaba meses en el rincón del dormitorio.

Ordené los armarios de la cocina, con la excusa de organizarme para la Fiesta de la Cosecha que se avecinaba, de manera que George no tuviera que presentarse en la escuela con un tarro de mostaza inglesa caducada y un paquete de harina de maíz.

Pedí hora en el dentista para las vacaciones de mediados de trimestre.

Y luego, cuando ya no pude encontrar nada que me impidiera pegar el culo a la silla y quedarme allí hasta que hubiera acabado, lo hice. Busqué su dirección y le escribí aquello.

De: RToovey@hotmail.co.uk

Para: henry.peachey@live.com

Asunto: Nosotros

Querido Henry:

Voy a intentar abreviar e ir al grano, aunque quiero decirte muchas cosas.

No estoy segura de si te pedí disculpas, conque voy a empezar por ahí. Lo siento. No es suficiente, lo sé, y te imagino leyendo esto, poniendo los ojos en blanco, profundamente ofendido, con fuertes deseos de no seguir.

Lo cierto es que te echo de menos. Y no puedo evitar preguntarme si, de habernos conocido en otro momento, en otras circunstancias, las cosas podrían habernos ido de otra manera.

George está mejorando a ojos vistas y ya le falta poco para dejar las muletas.

Y si crees que he mencionado a George para que te ablandes un poco conmigo, pues tienes razón.

Gracias a ti, me parece que estoy logrando poner un poco en orden mi vida. He estado leyendo libros acerca de cómo no contraer deudas, cómo trabajar menos y gastar menos, cómo disfrutar de la vida sin estar esclavizado por la economía. Y si crees que lo menciono para halagarte, pues también tienes razón.

En cuanto te conocí intenté poner fin al acuerdo que tenía con Scott. La desesperación me empujó a aceptar aquella oferta, pero conocerte me ayudó a ver el trato tan absurdo que era en realidad, y cómo tenía que haber alguna manera alternativa de hacer las cosas.

Te lo digo otra vez, te echo de menos. Intento no escribir tonterías como «Hay muy poca gente con la que tengo sintonía».

Pero eso es lo que quiero decir. Y si pudiera encontrar una manera mejor de decirlo, lo haría.

Si alguna vez te ves pensando algo parecido (aunque solo sea un momento, a pesar del desastre espectacular que provoqué), ya sabes que estoy aquí, esperándote.

Atentamente, Roz

Y mientras esperaba respuesta de Henry, lentamente, poco a poco, George y yo nos íbamos rehaciendo. Aquella noche, la noche que vino Scott, había supuesto una suerte de extraño punto de inflexión.

A veces, me encontraba pensando en Scott; en su forma de ser, en por qué hacía lo que hacía, y si cabía la posibilidad de que estuviera motivado por el amor.

¿Qué era exactamente lo que había impulsado a Scott a pasar a ese otro ámbito — el asesinato—, el ámbito al que tan pocos cruzamos?

Quizá ganar era para Scott lo mismo que el amor. Quizá las dos cosas le provocaban la misma emoción y no acertaba a distinguirlas.

O quizá sencillamente no tenía miedo y se sentía libre de hacer lo que le viniera en gana.

Y era libre.

Ahí radicaba la tragedia. A Scott no se le había declarado culpable de la muerte de Wayne porque estaba plenamente convencido de que saldría impune.

No tenía remordimientos porque, a su modo de ver, no le quedaba otra alternativa que matar a Wayne. Wayne, un ser humano prescindible. Alguien que iba a cruzarse en el camino de lo que Scott deseaba. Y yo no podía hacer nada al respecto porque, si lo hacía, Scott estaba totalmente dispuesto a endosarme el asesinato y contarle a la policía lo del dinero que había sustraído, o, peor aún, a hacerle daño a George.

Mi palabra contra la suya.

Si iba a la policía y les contaba que él había confesado matar a Wayne, se limitaría a decirles que yo le había confesado un crimen similar. Wayne me estaba chantajeando, les diría.

De modo que así estaba el asunto. Y así creía que seguiría estando.

Por lo menos hasta que recibí la llamada.

George y yo mirábamos por el parabrisas del Jeep hacia la barrera de enfrente.

Habíamos subido los primeros al ferry esa mañana después de salir especialmente temprano por la cita de la que George estaba intentando escaquearse. Tenía la ventanilla bajada para ver si nos espabilábamos. Los días se habían hecho más cortos. El aire denso y cargado del verano había sido sustituido por un frente otoñal del norte más fresco y enrarecido.

Allá en el cielo, y siguiendo la línea del lago, una bandada de gansos se dirigía hacia el sur. Hacían mucho ruido, disputándose el puesto, y se los señalé a George,

indicándole que los mirase.

Dejó escapar un largo y sonoro suspiro.

—Ojalá pudiera yo volar al sur —dijo, todo melancolía. No hice caso de su comentario, de modo que suspiró de nuevo—. Es que es muy mala —añadió.

—Tiene que ser mala para hacer su trabajo —repuse.

—Tú no eres mala.

—No intento que vuelvas a caminar como es debido.

A George se le había acortado unos dos centímetros la pierna. El ortopedista estaba seguro de que la discrepancia se corregiría con el tiempo pero, de momento, George tenía que llevar un zapato con alza para evitar que más adelante tuviera problemas de pelvis. No le había sentado nada bien. Y su fisioterapeuta le caía fatal.

Era una mujer severa y arisca, con el pelo corto y repeinado, zapatos feos y un culo enorme en el que se le hacían hoyitos al caminar. Dejaba bien claro que no quería saber nada de fisioterapeutas que se hubieran pasado al sector privado. Se habían «vendido», según dijo en la primera visita. Y yo no la contradije porque con una mujer así no había manera de salir ganando.

George no podía entender por qué no era yo su terapeuta, pues siempre me las había apañado para aliviarle molestias y dolores en el pasado. Pero el análisis de la marcha no era mi especialidad. Y el tratamiento lo había prescrito su médico y tenía que llevarse a cabo en el Hospital de Kendal. Así que allí estábamos, dos mañanas a la semana.

Llevé a George a la sección y me di cuenta de cómo se le agriaba el gesto a su fisio cuando veía que echaba la pierna afectada hacia un lado en lugar de doblarla por la rodilla, tal como le había indicado ella. Le esperaba una sesión dura, y me partía el corazón verlo. Aún tenía mucha aprensión, le asustaba cargar peso sobre la pierna lesionada, temía dejar la muleta. Pero no había otra opción. Tenía que hacerlo, o cojearía de por vida. Y, pese a lo mal que me caía la terapeuta, no había duda de que sabía lo que se hacía. Y era necesario cierto nivel de austeridad cuando se trataba de devolver la movilidad a los pacientes. El fisioterapeuta simpático que se hace amigo de todo el mundo no es particularmente útil en estos casos.

Le dije a George que me hacía falta un café y que volvería dentro de cinco minutos. No era del todo cierto: no necesitaba café; era una treta para aligerar la sesión. Si me quedaba en la sección, como había hecho al principio, George notaba que sufría al ver cómo le dolía, y perdía toda la confianza. Así que me escabullía. Y de momento había funcionado. Para cuando regresaba, él estaba centrado en lo que se le pedía, disipando sus miedos a cada paso que daba.

Cuando la puerta se cerró a mi espalda, el móvil me vibró en el bolsillo.

Contesté, y al oír la voz en el otro extremo, me detuve en seco.

—¿Roz Toovey?

—Sí —dije.

—Soy la inspectora Aspinall. ¿Podemos vernos? Tengo que hablar de una cosa con usted.

Le dije a la inspectora dónde estaba, lo que acabó siendo una casualidad, porque ella tenía su base en Kendal, y dijo que se reuniría conmigo en la sección de pacientes externos en diez minutos.

Cogí dos cafés, busqué un rincón tranquilo y esperé.

Llegó en cinco minutos.

Cuando entró y me vio, la inspectora Joanne Aspinall sonrió. Venía sola y, a diferencia de la última vez que nos vimos, parecía tener prisa. Tenía el rostro cansado y demacrado. Su piel ofrecía el aspecto apagado de quien necesita unas vacaciones. O dormir de un tirón una noche entera.

—Le he pedido un café —señalé cuando se sentó a mi lado, y me dio las gracias, asegurando que era justo lo que le hacía falta.

Quitó la tapa y se bebió la mitad de tres tragos, sin molestarse en preguntar si llevaba azúcar.

—¿Está bien? —pregunté, y asintió con gesto rápido, vehemente, para indicar, supuse, que no tenía mucho tiempo.

—No puedo acceder a él —empezó.

Debí de fruncir el ceño, porque añadió:

—Scott Elias. Con respecto al homicidio de Wayne Geddes —dijo—. Es como si fuera intocable.

Le dije que pensaba que ya no trabajaba en ese caso y dejó escapar una risilla.

—No trabajo en nada más —aseguró.

Miré a la inspectora Aspinall en busca de alguna pista de adónde quería llegar con aquello, pero parecía estar esperando a que hablara yo, conque dije:

—No estoy segura de qué quiere que le diga.

—Usted cree que lo hizo él —contestó bruscamente. Y luego—: Déjeme que lo diga de otra manera. Yo sé que lo hizo, pero no lo puedo demostrar. No con la suficiente claridad para garantizar que sea condenado, por lo menos.

—Siento curiosidad —reconocí—. ¿Cómo sabe que lo hizo?

—Su versión no encaja. También muestra una seguridad y una confianza excesivas cuando se le interroga. Además, está la declaración que hizo usted. Y el localizador. Supongo que se podría llamar «experiencia». Sé que lo hizo él, pero no tengo nada que lo sitúe en el escenario, ni un móvil de verdad, así que he venido a pedirle ayuda. ¿Me ayudará?

Vacilé.

—Fue a ver a George cuando estaba ingresado en el hospital. Creo que lo hizo como una especie de advertencia. Y luego me amenazó —dije.

—La amenazó, ¿cómo?

—Tiene una prueba de que estuve allí aquella noche con Wayne y de que este me agredió. ¿Recuerda que le dije que Wayne me dejó sin sentido de un golpe?

Bueno, fue con un extintor, y tiene mi sangre. Scott me amenazó con...

—Supongo que no sabrá dónde guarda ese extintor, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Imagino que estará bien escondido. Es meticuloso. No creo que lo dejara por ahí para que pudiera encontrarlo alguien como usted.

—Bueno, da igual —se apresuró a decir, dejándolo correr—. ¿Y si le pido que tome parte en una nueva investigación?

—Una investigación, ¿sobre qué?

—Sus negocios —dijo—. Algo que comentó una vez sobre que había presentado facturas a su empresa se me quedó grabado en la mente. Durante los dos últimos meses ha estado reconcomiéndome. Lo bueno es que ahora lo estamos investigando por evasión de impuestos, y hemos llegado a la etapa de entrevistar a testigos.

—¿Ha estado ocultando dinero?

Asintió.

—¿Cuánto? —indagué.

—Más de lo que hubiera creído posible —aseguró.

—¿Y qué probabilidades hay de que cumpla pena de prisión por ese... engaño?

—Muchas —dijo—. No puedo entrar en detalles sobre la lista de delitos de evasión de impuestos, naturalmente, pero hay muchos.

—¿Qué pena de cárcel le correspondería?

—Por esta clase de delitos, se suele cumplir una pena de entre cuatro y cinco años. Pero cabe la posibilidad de que le caiga una condena más larga en este caso, porque hay mucho dinero de por medio.

—No me parece suficiente, la verdad —dije—. No si se tiene en cuenta lo que le hizo a Wayne.

—No —reconoció—. Pero lo perdería todo. Todos sus bienes serían incautados. Y no sé usted, pero yo creo que hay cierta justicia poética en ello. Solo lo he conocido de pasada, pero por lo que he visto no es de esos hombres capaces de llevar con dignidad perder toda su fortuna.

SCOTT PARKER ELIAS

PRIMERA PARTE DE LA ENTREVISTA GRABADA

Fecha: 14-11-2014

Ubicación: Comisaría de Kendal, Buser Walk, Kendal, LA9 4RJ

Realizada por los agentes de la Policía de Cumbria: inspectora Joanne Aspinall, inspector Ronald Quigley. También presentes: asesor jurídico de la defensa, Jeremy Inglis, e inspectora de la Agencia Tributaria y de Aduanas, Jennifer McCauley

Inspectora Joanne Aspinall: El objetivo de esta entrevista es recabar información para profundizar en la investigación y/o pruebas del presunto fraude. ¿Entiende usted, señor Elias, por qué ha sido detenido hoy aquí?

Scott Elias: Lo entiendo perfectamente.

Inspectora JA: Bien. Antes de seguir adelante, voy a leerle la advertencia... No tiene que decir nada.

Pero si no lo hace, puede perjudicar su defensa cuando se le pregunte algo que más adelante diga ante un tribunal. Y todo lo que diga puede usarse como prueba. Lo que eso significa, en esencia, es que no tiene que contestar mis preguntas, no si no lo desea.

SE: Ya sé lo que significa. Y no tengo nada que ocultar, conque contestaré sus preguntas encantado, inspectora.

Inspectora JA: Estupendo. Entonces me gustaría empezar, si me lo permite, por su relación con la señora Rosalind Toovey...

SE: No tengo nada que decir al respecto. Como he dicho, no he cometido ninguna infracción, así que estoy dispuesto a contestar preguntas sobre mis actividades empresariales. Pero no sobre mi vida privada.

Inspectora JA: Las dos están vinculadas, señor Elias. Me temo que estas preguntas forman parte de la investigación del presunto fraude.

SE: Sin comentarios, entonces.

Inspectora JA: ¿Cómo describiría su relación con la señora Toovey?

SE: Sin comentarios.

Inspectora JA: ¿Hubo una relación?

SE: (*Inaudible*).

Inspectora JA: ¿Señor Elias?

SE: Hubo una relación, sí. Una breve.

Inspectora JA: ¿Una relación sexual?

SE: Tuvimos relaciones sexuales. Así es.

Inspectora JA: ¿Y hubo algún intercambio de dinero?

SE: Sin comentarios.

Inspectora JA: De acuerdo, ya volveremos sobre eso. Vamos a hablar de su esposa. Nadine Elias.

SE: Nada de esto tiene que ver con mi esposa.

Inspectora JA: Una inspección preliminar de las cuentas de su empresa, SPE Electrónica, reveló que la señora Elias figura como empleada de la empresa. ¿Puede decirme en calidad de qué trabaja su esposa?

SE: Es asesora.

Inspectora JA: ¿Sobre qué asesora, exactamente?

SE: Es asesora empresarial.

Inspectora JA: Y se le paga espléndidamente por ese trabajo, ¿no? ¿Cuánto cobra la señora Elias como asesora de su empresa?

SE: Eso tendrá que decirlo el departamento de contabilidad.

Inspectora JA: Voy a ayudarle. Recibe un sueldo anual de ciento setenta mil libras. Es un buen pico.

SE: Hay que pagar para obtener resultados.

Inspectora JA: ¿Cuántas horas a la semana diría usted que pasa la señora Elias en SPE Electrónica?

¿Diez? ¿Cincuenta?

SE: No estoy seguro. Se lo tendría que preguntar a ella.

Inspectora JA: Cuando se lo preguntamos, su secretaria, Debbie Harris, aseguró no haber visto nunca a la señora Elias en las oficinas. Ni una sola vez.

SE: Nadine hace la mayor parte de su trabajo desde casa, supongo.

Inspectora JA: Ya veo. ¿No será que inventó usted ese puesto para la señora Elias? ¿No será que en realidad no trabaja en absoluto para su empresa? ¿Que deduce usted un sueldo para la señora Elias en lugar de pagar impuestos sobre los beneficios de la empresa?

SE: No.

Inspectora JA: ¿Qué me dice de estos empleados, entonces? ¿Graham Fisher, que figura como ingeniero electrónico; Robert Wood, que figura como asesor de gestión; Eileen Young, asesora financiera? No hemos sido capaces de localizar a estas personas.

SE: *(El entrevistado no contesta).*

Inspectora JA: ¿No será que estas personas no existen en absoluto? ¿Que las inventó usted, señor Elias, y se embolsó su sueldo como ingresos extra?

SE: ¡Eso es imposible!

Inspectora JA: ¿Lo es?

SE: De ser así, habría indicios de ese dinero en mi cuenta bancaria.

Inspectora JA: Quizá. Quizá no. Hay otros dieciocho empleados sin un número de la seguridad social que hayamos logrado identificar. Incluso un jardinero, al que se le paga nada menos que veintiuna mil libras al año, cuando, por lo que sé, SPE está rodeada de hormigón.

SE: Sin comentarios.

Inspectora JA: ¿Por qué cree que ha desaparecido su contable, señor Elias?

SE: No sabría decírselo, la verdad.

Inspectora JA: Igual podría intentar darnos una explicación. Porque desde el 2 de noviembre, no hemos podido localizarlo.

SE: Estaba pasando por dificultades en su matrimonio. Salía con otra mujer. Igual se ha escapado con ella.

Inspectora JA: ¿Cuánto hace que es contable suyo el señor Bennett?

SE: Unos veinte años.

Inspectora JA: Es curioso que se fuera sin decirle nada, ¿no cree?

SE: La gente hace cosas rarísimas por amor, inspectora.

Inspectora JA: ¿Verdad que sí...? Ahora quiero que le eche un vistazo a esta factura, señor Elias, y me diga si es el número de CIF de su empresa el que aparece en la parte superior derecha de la página.

La factura es por, disculpe mi ignorancia, un importante pedido de alguna clase de componente electrónico. Ascende a diecisiete mil cuatrocientas libras. IVA incluido.

SE: No me sé de memoria el número de CIF. ¿Quién se lo sabe?

Inspectora JA: De acuerdo, bien, puedo decirle que no es el número de CIF de SPE. Puedo decirle que, hasta la fecha, hemos descubierto una cantidad considerable de facturas como esta, todas con un número de CIF alternativo.

SE: Como le decía, de eso tendría que hablar con el departamento de contabilidad.

Inspectora JA: La verdad es que no. Porque el IVA facturado no llegó a la Agencia Tributaria. De hecho, fue desviado a una cuenta que creemos que está en Nigeria.

SE: No sé nada de una cuenta semejante.

Inspectora JA: ¿Aunque está a nombre de su esposa, señor Elias?

SE: *(El entrevistado no contesta).*

Inspectora JA: Hablemos de su segunda residencia. La de Antibes. Según la página web, se ha alquilado con bastante regularidad,

generando unos ingresos de en torno a ciento cuarenta mil libras.

Ahora bien, creo que estos ingresos no serán gravables hasta el año que viene, pero tengo curiosidad por ver las reservas de los años anteriores. La Agencia Tributaria nos informó de que no se han declarado nunca ingresos por esa propiedad.

SE: Sin comentarios.

Inspectora JA: Entonces, igual nos quiere aclarar esto. Es una copia de su estado de cuentas de julio.

Aquí hay una cantidad... Trescientas mil libras, que fueron enviadas a un banco en Sierra Leona.

SE: Sin comentarios.

Inspectora JA: No pasa nada, señor Elias, creo que tenemos más que suficiente para dejar el asunto en manos del director de Investigaciones Penales de la Agencia Tributaria y de Aduanas. Seguro que querrán registrar a fondo su domicilio y su sede empresarial. Y, quién sabe, es posible que incluso se encuentren con un extintor. El que tiene restos de sangre de Roz Toovey.

SE: No lo encontrarán nunca.

Inspectora JA: ¿Ah, no, señor Elias? Qué raro que sepa a qué me refiero.

Los días se iban haciendo más breves, fríos y luminosos a medida que la penumbra de noviembre quedaba atrás, y ya estaba casi encima el fin del año.

Por desgracia, no tenía noticias de Henry, y aunque intentaba quitármelo de la cabeza, me veía revisando los emails todos los días con una ilusión que enseguida se iba al traste cuando comprobaba que seguía sin recibirlas.

Petra se había relajado casi del todo y habíamos vuelto a ser hermanas. No sé si la detención de Scott Elias y su posterior caída en desgracia influyeron en cómo veía las cosas, pero desde luego se mostraba mucho más simpática conmigo que en los últimos tiempos. Oí que, después de que los inspectores de la Agencia Tributaria interrogaran a Nadine, se marchó de la Región de los Lagos. Fue al sur, aunque no sabía dónde. La versión oficial era que le resultaba insoportable seguir en la zona después de que pusieran a su marido en prisión preventiva en Cheshire, a la espera de juicio. Pero en el pueblo se rumoreaba que no se podía permitir quedarse. Sin dinero propio, y con todos sus bienes incautados, había tenido que largarse. Aún no sabíamos si iba a ser acusada por su implicación o no.

La muerte de Wayne seguía rondándome pero, gracias a la tenacidad y rigurosidad de la inspectora Aspinall, tenía la sensación de que en cierto modo se había hecho justicia con él. Desde que Scott me había confesado sus actos, me había sentido terriblemente culpable y había tenido que lidiar con sentimientos de responsabilidad por la muerte de Wayne. Le manifesté esos sentimientos a la inspectora Aspinall, que me miró con expresión de perplejidad, antes de contestar: «Wayne era mayorcito, Roz. Y te estaba chantajeando. A menudo hay repercusiones inesperadas cuando te metes en asuntos con los que no estás familiarizado».

Lo que en realidad no me hizo sentir mucho mejor.

Así pues, todas las mañanas elevaba una pequeña plegaria por Wayne Geddes.

Bueno, igual era un poco de cháchara en general sobre la situación, más que una plegaria, lo que suponía una manera curiosa de empezar el día, eso seguro. Y fui a ver varias veces a su madre.

Glenda estaba en una residencia asistida en Ulverston, y parecía disfrutar del tiempo que pasaba con ella. Sobre todo, supongo, porque yo no tenía sino elogios para Wayne: era un jefe excelente, generoso con el personal, siempre dispuesto a escuchar si tenía un problema. Mentiras, ya lo sé, pero no creo que hicieran daño a nadie. La semana pasada fui con una tarjeta de Navidad, una flor de Pascua más bien mustia y una caja de pastelillos de fruta, y casi se deshace en lágrimas.

Lo que me lleva a George y el problema de la Navidad, como hemos dado en llamarlo. Como Papá Noel iba muy justo de dinero este año, no podría traerle a George la consola que había pedido. A pesar de que, sí, George se había portado bien. Y sí, Papá Noel había tenido en cuenta lo mucho que se había esforzado a la hora de

andar sin muletas. A veces, no obstante, por desgracia hasta Papá Noel debe tener cuidado de no pasarse de la raya y gastar más dinero del que puede permitirse su negocio.

George se mostró estoico, aunque decepcionado, y revisó su lista reduciéndola a tres artículos, que le aseguré que Papá Noel le traería sin lugar a dudas.

Y entonces pasó una cosa.

Abrí la puerta una tarde y me encontré en el umbral a Dennis con cara de estar muy preocupado. Lo que pensé de inmediato fue: Celia.

—Dennis —dije—. ¿Ha pasado algo? ¿Está bien Celia?

—La verdad es que no —contestó.

—¿Le ha pasado algo?

Al oírlo, rio suavemente y negó con la cabeza.

—¿Está George? —preguntó, y contesté que sí—. Le he traído algo —dijo—. Un regalo anticipado, por así decirlo.

Al oír su nombre, George se levantó del suelo, donde estaba escribiendo tarjetas de Navidad, y vino a la puerta. Dennis no dijo nada, solo hizo un gesto hacia la derecha, y George asomó la cabeza por la puerta.

Allí, temblando, había un animal de aspecto lastimoso, atado a la cañería.

—Se llama Tess —dijo Dennis—, y es tuya si la quieres.

Yo estaba a punto de decir algo cuando resonó la voz de Celia:

—¡Se le ha ido la cabeza, Roz! Se lo he dicho: «Dennis, se te ha ido la cabeza».

Y cruzó la cancela y vino hacia nosotros por el sendero a paso decidido.

Para entonces George ya estaba fuera, intentando agacharse (casi no podía porque aún le resultaba difícil flexionar la rodilla), y Tess, la cachorrilla, se estaba orinando de emoción. Se levantó sobre las patitas traseras, intentando encaramarse a los brazos de George.

—He pensado que ha hecho tantos progresos en lo de caminar y tal... —susurró Dennis—. He pensado que esto podía animarlo un poquito más.

—Ay, Dennis —dije, abrumada—. Es un detalle encantador por tu parte, pero me parece que no podemos tenerla. Mi casero...

—Es un plan idiota de Dennis, Roz —saltó Celia, acallándome—. Os quedáis con la perra. Es de George en teoría, pero la cuidamos nosotros mientras estés trabajando. Y si tu casero dice algo, le aseguras que es nuestra.

Dennis entornó los ojos y dijo:

—Foxy se está haciendo mayor, así que estaría bien tener un cachorro por aquí.

—A Foxy no le hará gracia —le advertí.

—Bueno, ya se acostumbrará.

—No sé qué decir —repuse.

George ya tenía a la perrita en brazos. Era del tamaño de un conejillo de Indias, con pelaje de color café con leche, y un par de motas negras por cejas.

Me miraba a la expectativa, como si ella también estuviera esperando a que yo decidiera su suerte.

—Gracias, Dennis —dije con firmeza, y él asintió una sola vez.

—¿Os la podéis quedar ya? —preguntó, y le contesté, viendo la expresión extasiada de George, que dudaba que yo tuviera nada que decir sobre el asunto.

—Estupendo —dijo sonriendo, sin mirarme a los ojos—. Voy a buscar el cuenco y las mantas.

George se había quedado paralizado. Tenía aferrada a la cachorrilla como si su vida dependiera de ello.

—¿Vas a entrar? —pregunté, y asintió. Alargué el brazo y tomé suavemente el mentón de la perrita en el cuenco de la mano—. Bienvenida —le dije—. Bienvenida, Tess.

Y entramos todos para empezar a conocernos.

De: henry.peachey@live.com
Para: RToovey@hotmail.co.uk
Asunto: Nosotros

Querida Roz:

Acabo de recibir tu correo. Estoy haciendo el Camino de Santiago para ver si me encuentro a mí mismo.

Todavía no he encontrado ni rastro de mí, de modo que voy a volver a casa.

He visto que huir no era la solución. No he podido dejar de pensar en ti. Vamos a retomarlo donde lo dejamos.

Te llamaré en cuanto regrese.

Con cariño, Henry

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a:

James Long, Debbie Leatherbarrow y Zoe Lea.

Y también a: Jane Gregory, Stephanie Glencross, Claire Morris y toda la gente de Gregory & Company. Frankie Gray, Sarah Adams, Alison Barrow, Rachel Rayner, Claire Ward y toda la gente de Transworld. Corinna Barsan de Grove Atlantic. Gracias también a Cathy Rentzenbrink.

Mientras escribía esta novela, me resultó muy útil el libro de Tom Hodgkinson *Elogio de la pereza*.



PAULA DALY nació en Lancashire, Gran Bretaña. Antes de publicar su primera y exitosa novela *¿Y tú qué clase de madre eres?*, trabajaba como fisioterapeuta. Vive en el distrito de los Lagos, al norte de Inglaterra.

«Una novela sentida sobre vidas corrientes
y los temores que las hacen tambalearse.»

THE GUARDIAN

UN MAL NEGOCIO

PAULA DALY

Roja & Negra

Lectulandia

